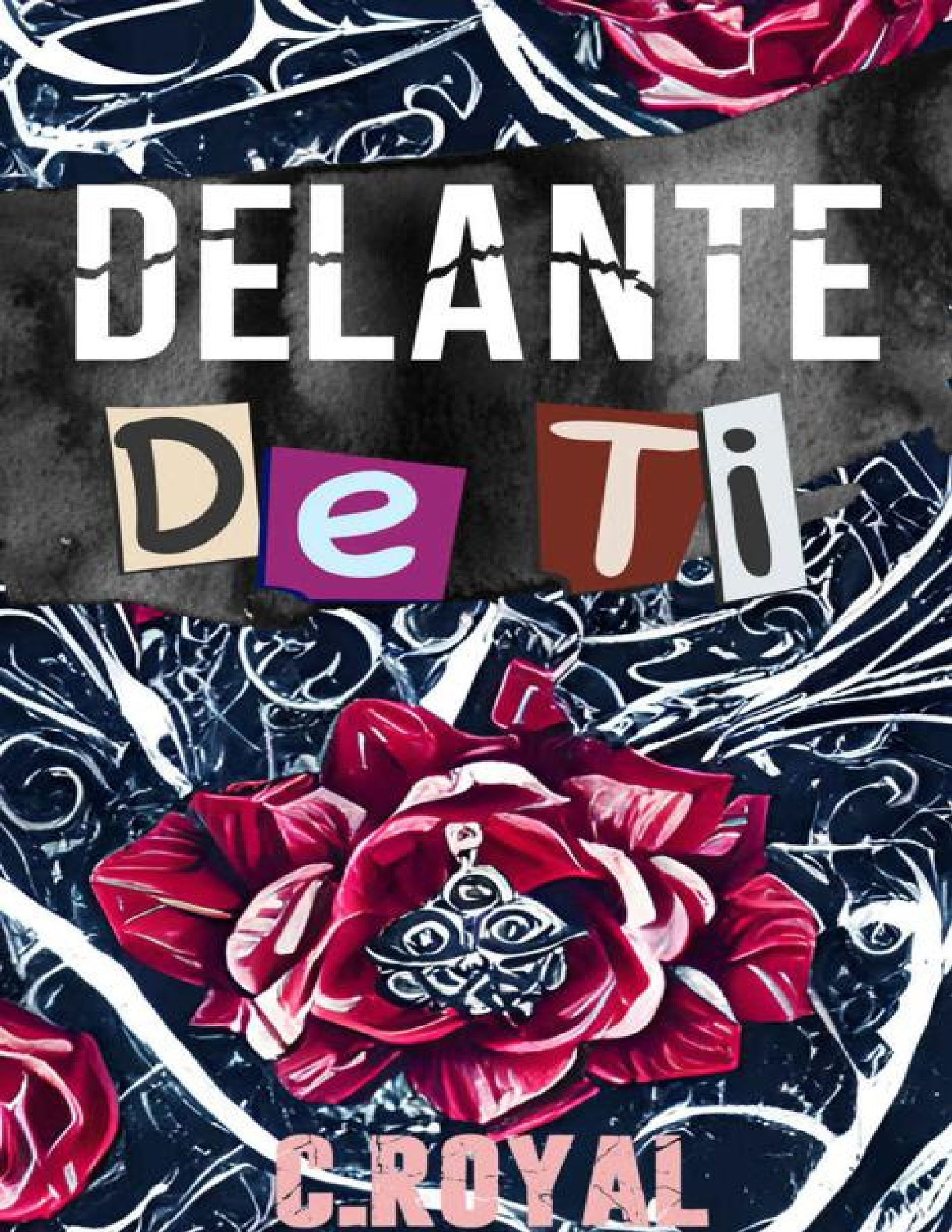




DELANTE

De Ti

C. ROYAL

DELANTE DE TI

C. ROYAL

CAPÍTULO 1

Todo empieza con un mensaje de un número oculto.

“¿*No te cansas de ser la gran cornuda de Trinidad?*”

Lo tengo que releer varias veces. El corazón empieza a retumbarme en la caja torácica. *Pom, pom, pom*. Me pitan los oídos. Por suerte, estoy sentada.

—Caye... ¡Caye! —Los susurros de Lorena cada vez cobran más volumen.

—¿Qué...? —Mi compañera de pupitre me señala hacia el señor Aguirre, que me mira con el ceño fruncido y los brazos cruzados, como si llevase tiempo esperando a que yo salga de mi trance.

—Lamento enormemente que la lección de Economía Europea le resulte tan tediosa, señorita Castro —dice, con sorna. —Si le parece, puedo recordarle la política del centro en cuanto al uso de móviles se refiere.

Me hundo en mi asiento.

—No, no será necesario. Lo lamento mucho, doctor Aguirre. No volverá a ocurrir —Murmuro, y procedo a meter el móvil en el bolsillo del blazer.

En cualquier otra circunstancia me habría puesto roja y estaría totalmente abochornada. No es propio de mí que ningún docente tenga que llamarme la atención por no cumplir las normas. Me esfuerzo cada día para seguir manteniendo la fachada de perfección que me ha acompañado toda la vida.

Toda la vida.

Echo un vistazo a mi alrededor, ignorando la mirada interrogante de Lorena. Estamos en una de las aulas pequeñas de la facultad, y todo lo que veo son rostros conocidos desde la infancia.

Cuando tus padres pertenecen a la élite de empresarios de España, te rodeas prácticamente siempre del mismo grupo de personas y, aunque cambie la ubicación, todo es lo mismo. Da igual la primaria, que el instituto que la universidad. Todo es lo mismo. Un reducto estanco de la sociedad, los retoños de los directivos de empresas del Ibex 35, la *crème de la crème*. Ni qué decir tiene que nuestros padres no podían correr el riesgo de que nos juntásemos con algún mortal corriente, así que aquí estamos, todos juntos. Las mismas caras de siempre. Las mismas pestañas postizas de siempre. Los mismos dientes blanqueados de siempre.

Intento concentrarme en lo que tengo alrededor. No hay mucha gente que conozca lo sucedido con Julio y Ursu. Fue hace más de un año, en un mes de diciembre que recuerdo como el más sombrío de mi vida. Fue una traición por partida doble, no solo de mi novio, sino también de mi amiga de siempre. No dolió el doble, dolió más del triple.

No entiendo el mensaje, ni entiendo por qué alguien me lo mandaría. Tampoco sé cómo alguien ha podido enterarse.

Trato de examinar los rostros de los demás alumnos, pero no obtengo pistas. Todo el mundo tiene los ojos fijos en el docente o en sus apuntes.

Me hormiguean las manos por las ganas que tengo de coger el móvil y volver a leer el mensaje. Quiero comprobar si es cierto, si sigue estando ahí, y si no es un mero producto de mi

imaginación.

Últimamente he estado durmiendo muy poco, y me cuesta concentrarme con los exámenes a la vuelta de la esquina.

Lo último que necesito es que un doctor en Economía que me ha de evaluar piense que no presto atención en clase.

Cuando salgo del aula, Julio me está esperando fuera. Está charlando animadamente con varios de nuestros amigos, Ursu entre ellos. Me recorre un escalofrío mientras me acerco.

Mi novio me sonríe y me pasa un brazo por los hombros, acercándose a él. Me susurra que tenía ganas de verme, y yo le devuelvo una sonrisa vacía.

En su momento hablamos de lo sucedido abiertamente, largo y tendido. Decidí poner todo de mi parte. Ser racional, comprensiva. Ambos iban muy borrachos, prácticamente no se acordaban de nada. Decidí que pasaría página. Pero aquí estoy, intentando soportar el peso del brazo de Julio como si no fuese una carga muerta que me lastra... A veces siento que me hundo, y la paradoja no deja de sorprenderme. ¿No tengo todo a mi alrededor para salir a flote? ¿De dónde viene esta insatisfacción tan honda?

A la hora de comer, Lorena hace una breve mención a la pillada del señor Aguirre. No continuo con el tema, y ella lo deja correr.

A media mañana pude ir al baño, y constaté que el mensaje seguía estando en el móvil. Pues claro que estaba en el móvil. No había sido una mera imaginación, por mucho que me hubiese gustado.

En la cafetería no logro quitarme la sensación de que alguien me observa. Miro disimuladamente las caras de los demás, pero no parece que nadie se esté fijando en mí particularmente.

Úrsula ha dicho algo gracioso, y toda la mesa estalla en carcajadas. Miro a Julio, murmurando chorradas sobre el chiste con Andrés y Víctor. Lorena, Alexia y Martín sonríen, pero son mucho más comedidos que el resto. Erik tiene una sonrisa torcida en el rostro, que flaquea levemente cuando nuestras miradas se encuentran por un instante y frunce el ceño. Siempre es así con él. Siempre está haciendo equilibrios entre expresiones opuestas. Sonrisas con ceños fruncidos. Carcajadas furiosas. Esas miradas fugaces de odio mezcladas con anhelo que, en ocasiones, llego a atisbar, antes de que desaparezcan reemplazadas por su absoluta indiferencia.

Erik fue mi primer beso, si se puede llamar así a un roce de labios entre niños de nueve años con las consiguientes expresiones de asco posteriores. Él me lo dio a mí sin mi permiso. Yo escupí y me limpié la boca con las dos manos. Le grité que nunca más volviese a hacerlo y le pegué. Y, aunque se rió, él ni se limpió ni volvió a repetirlo.

Si hago cuenta de la cantidad de años que Erik estuvo presente en mi vida, ganan por goleada a los últimos años, en los que ya no está.

No importa ese balance. Los últimos años son los que pesan.

—Iremos, ¿no? —Parece que Úrsula está esperando a que responda a algo.

—¿Qué? —No tengo ni idea de qué han estado hablando en los últimos diez minutos.

—Estás muy rara —comenta Lorena, pero lo hace tan bajo que solo yo la escucho.

—A la discoteca nueva, el sábado —Úrsula parece emocionada. —Estamos en la lista VIP.

Me encojo ligeramente de hombros. No sé si me apetece. Tampoco sé si eso es importante o no. ¿Cuánto hace que no hago algo que me apetece? Así funciono, en piloto automático.

Cuando llego a casa mi padre me está esperando en la cocina. Amalia, la cocinera, ya se ha marchado, pero ha dejado preparados unos sándwiches. Cojo uno, con idea de llevármelo a mi habitación.

—Cayetana, —mi padre me frena. Me encojo al escuchar mi nombre completo. Es un nombre demasiado pesado. Demasiado viejo. Con demasiadas aspiraciones en sí mismo. —¿Cómo está Julio? Tu madre y yo hemos pensado que deberías invitarlo a él y a sus padres a comer este domingo al club.

—Van a pasar el fin de semana en la sierra —miento, y subo a mi habitación con el sándwich.

Lo de mentir e inventar excusas rápidamente se ha vuelto un hábito.

Cuando decidí darle una segunda oportunidad a Julio, fue totalmente idea mía. Ayudaron mucho los lloros de ambos, Julio y Ursu, jurando y perjurando que no sabían cómo había podido pasar, que habían bebido en exceso. Julio incluso llegó a decir que no se acordaba de casi nada, que tal vez alguien les echó algo en la bebida. Por aquel entonces, yo no desarrollé el pensamiento de que, si estás tan borracho que no recuerdas nada, probablemente ni consigas que se te levante.

En cualquier caso, decidí darles una oportunidad a ambos. Y lo decidí yo, porque pensé que los años juntos pesaban más que un pequeño desliz que, en palabras de Úrsula, no duró más de cinco minutos. En total. Pero desde hace algunos meses, estoy envuelta en una tela de araña de la que parece que no puedo escapar.

Los negocios de mi padre no pasan por su mejor momento, y está a punto de cerrar un trato mega millonario con los Vélez, la familia de Julio. Ya me ha advertido en más de una ocasión que ni se me ocurra meter la pata con él, pues es posible que Anselmo Vélez no se tome muy bien un cambio en la situación sentimental de su hijo.

No dudo de que Julio me quiera. Dudo de si yo le quiero a él. Como antes, seguro que no. El estar atada de pies y manos no me ayuda a discernir qué quiero. De momento no tengo opción, ¿no es así? Cuando termine todo el proceso de adjudicación del contrato podré pensar claramente. O eso me digo.

Mientras tanto, intento acallar la vocecilla de mi conciencia, la cual está muy en contra de mi forma de actuar en todo esto.

CAPÍTULO 2

El sábado, Ursu viene a casa. Se le ha roto la plancha del pelo y quiere usar la mía. Mientras decido qué ponerme, ella empieza a quejarse de que mi cepillo está lleno de pelos. Discutimos brevemente mientras ella lo limpia. Sé que no está lleno de pelos, pero también sé que Úrsula es muy exagerada.

Al rato viene Lorena, y nos maquillamos para ir a Zentral en plena inauguración.

Mi móvil suena, y doy un brinco. Ha sido así desde el jueves, cuando recibí el dichoso mensaje. Solo es un WhatsApp de mi madre.

No he vuelto a recibir ningún mensaje similar, pero con ese ha sido suficiente para darle miles de vueltas a la cabeza. No se me ocurre nadie que quiera molestarme de esa forma. No tengo enemigos entre mis compañeros. Tampoco entiendo que la persona en cuestión no dé la cara. ¿Por qué esconderse tras un número oculto?

Llegamos a la discoteca en taxi. Úrsula se acerca al portero y saca su carnet de su bolso de Chanel. Todavía no sé cómo se las apaña para llevar tantos complementos de marca, pues su familia lleva años rozando la bancarrota. Tampoco sé si es un Chanel de verdad. La gente podría pensar que, cuando tienes tantos bolsos de diseño como tengo yo, te resulta facilísimo diferenciar una imitación. Pues bien, no es el caso, ni es algo que vaya a discutir en ningún momento con Ursu. Nunca hemos sacado el tema, es parte de una especie de acuerdo tácito no hablado entre nosotras.

Muchas veces me he preguntado si sus problemas familiares fueron los que la empujaron a beber tanto aquella fatídica noche. Supongo que, aunque doliese igual, siempre he pensado que ella tenía más motivos para beber y olvidar que Julio.

El enorme portero abre para nosotras un cordón de terciopelo rojo, y pasamos, colándonos al resto de personas que esperan pacientemente en la fila, pese al frío invernal.

A veces, cuando pienso en mi relación con Julio y en la posibilidad de romperla, empiezo a ver las cosas como mis padres. Es cierto, el dinero me importa mucho menos que a ellos y, sinceramente, no gasto mucho. Pero, lo dicho, es mi elección. Prefiero ser rica y decidir que mis posesiones son una frivolidad que no necesito y dejar de comprarlas, a ser pobre y no tener ninguna capacidad de decisión.

Así de jodida me he vuelto.

Otro portero nos conduce a la zona reservada. De nuevo, las mismas caras de siempre, y alguna otra vagamente conocida.

Julio lleva el pelo engominado y una camisa blanca impoluta. Se acerca a mí y me besa en la frente. Hace tiempo ya que no se acerca para besarme en los labios. Es muy difícil que las cosas sean como antes.

Me desenredo de su abrazo y voy a saludar a Andrés. El miércoles tenemos un parcial importante, y comentamos sobre él. Él estudia Economía, como yo. El resto estudian carreras

relacionadas con el dinero o la política, como no podía ser de otra manera.

Julio está hablando con Erik. Ninguno de los dos me mira mientras la camarera me sirve un Puerto de Indias. Parece que miro a la chica poner frutos rojos en mi bebida, pero en realidad los estoy observando disimuladamente a ellos.

Tienen una relación curiosa, siempre han sido amigos pero no grandes amigos. De todas formas, Erik nunca ha tenido grandes amigos. Es más de deambular, llevándose bien con todo el mundo, con relaciones superficiales que no profundiza. Unos días con unos, otros días con otros. Unos días con rubias, otros días con pelirrojas.

Julio no sabe que Erik fue mi primer beso, ni sabe el peso real que tuvo en mi infancia y adolescencia. Nunca he sentido la necesidad de contarle una parte de mi vida que considero privada.

Sí, todos nuestros compañeros saben que nuestros padres eran socios, pero supongo que nadie imagina hasta qué punto estaba incluido en mi vida y en mi rutina fuera del entorno escolar. Vivíamos en nuestra burbuja particular e imagino que ninguno sentíamos la necesidad de compartirla con el resto del mundo.

Julio y Erik son parecidos, y a la vez diametralmente opuestos. Los dos son atractivos, atléticos. Perfectos.

Julio es tan perfecto, con su pelo rubio peinado al milímetro, con su sonrisa destellante, con sus hoyuelos de niño. Con su camisa pulcramente planchada, con los puños remangados con una simetría absoluta... y tanta perfección parece que lo hace imperfecto de alguna manera, como si fuese un anuncio del muñeco Ken. Como si fuese demasiado, algo ficticio.

Erik tiene la piel un poco más pálida, y su pelo azabache está siempre despeinado, sus mechones saliendo en todas direcciones. Como si alguna chica hubiese estado recorriendo sus manos sobre él. De hecho, muy probablemente una chica haya estado recorriendo sus manos sobre él.

Sus ojos son de un azul tan intenso que parecen irreales, con unas pestañas negras espesas por las que cualquier mujer mataría. Es alto, con la espalda ancha, y unos hombros y brazos que se adivinan musculosos bajo su ropa. Y digo que se adivinan, porque yo no los he visto. Cuando era mi amigo, no estaba tan desarrollado como ahora, eso seguro.

Sus paletas están ligerísimamente separadas, y su nariz está imperceptiblemente torcida debido a una pelea en la que se metió cuando tenía catorce años. Eso, junto con la cicatriz de su ceja izquierda, le da un aspecto peligroso, que desaparece si sonríe.

Sonreír. No es algo que Erik haga habitualmente.

Las imperfecciones de Erik son las que lo hacen casi perfecto.

—¿Estás bien? —Lorena interrumpe mi escrutinio.

Me giro hacia ella con el líquido rosado. Asiento con la cabeza mientras le doy un sorbo a mi copa tipo balón. Ella pone los ojos en blanco.

—¿Mirabas a Julio o a Erik? —Pregunta, y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para mantener mi cara de póker.

—¿Qué quieres decir? —La opción de hacerme la tonta me parece la mejor. Siempre he pensado que hacerse el tonto requiere de cierta inteligencia.

—Por un momento me ha parecido que estabas repasando a Erik —dice ella, con cierto juicio en su tono de voz.

Lorena viene de una familia del Opus y, aunque es bastante abierta para sus orígenes, sé que juzga a Erik. Todos lo hacen desde que empezó a descarrilarse.

En un momento era un niño normal, y de repente era un adolescente irascible con severos

problemas de comportamiento. Todo se torció todavía más cuando su madre se suicidó; ahí ya se perdió del todo. Un día llegó incluso a pegar a un profesor. Yo no estaba presente, pero fue algo bastante sonado.

No llegaron a expulsarlo del instituto, no cuando el dinero lo puede comprar todo y cuando tenía semejante panorama en casa, pero su familia lo obligó a ir a un psiquiatra para intentar controlar su ira. Al menos eso es lo que se rumoreaba por ahí.

—Sabes que lo desheredaron, ¿no? —A Lorena le encantan este tipo de cotilleos de gente descarriada. De todas formas, el camino pautado para nosotros es tan estrecho que es prácticamente imposible no salirse del mismo.

Niego con la cabeza. —No tengo claro que eso sea cierto—, le digo, y cambio de tema, porque no me gusta hablar de Erik, ni mucho menos recordar esa época.

Me pongo a cotillear sobre Aitana y Gema, dos chicas de nuestra clase que también están en la discoteca. No tengo nada en contra de ellas, pero sé que la mejor forma de hacer que Lorena se olvide del tema Erik es darle munición sobre otra gente. Porque fíjate tú, qué feos son esos Manolos que lleva Gema, únicamente quiere lucirlos y no sabe ni cómo combinarlos.

Varias horas después parece que todo el mundo está bastante borracho. Úrsula está a mi lado, bailando como loca e intentando que me anime tanto como ella. Complicado.

Saco el móvil del bolso, contemplando la opción de pedir un taxi, y de nuevo lo veo. Una notificación de un número oculto en la pantalla. La abro con cierta reticencia.

“No haces más que rebajarte. Lo hizo una vez. ¿Cómo sabes que no lo está haciendo de nuevo a tus espaldas?”

Un escalofrío me recorre, y me siento muy fría de repente. El alcohol que me he tomado me sube rápidamente por la garganta, y siento un sabor ácido en la boca. Intento mantener la calma mientras miro alrededor.

Julio está hablando con Alexia y presenta ligeros signos de embriaguez; desde el incidente ya no bebe tanto como antes.

Miro a mis compañeros. Cada uno está a lo suyo. ¿Me lo habrá mandado alguien presente en la fiesta? La sola idea me da ganas de vomitar.

Permanezco unos minutos más mientras Úrsula me insta a que baile. Finalmente me doy por vencida y anuncio que me voy. Julio quiere que me quede un rato más, pero al ver que no va a conseguir nada, se ofrece a acompañarme hasta que llegue el taxi.

Me pasa su chaqueta por los hombros para protegerme del frío, algo totalmente innecesario ya que llevo mi propio abrigo. Supongo que quiere seguir siendo el caballero que sus padres han intentado que sea.

El taxi llega y, tras dar un ligero beso a Julio, me monto. Pasan unos minutos hasta que el taxista puede volver a incorporarse al tráfico de la céntrica calle. Me da tiempo de ver a Erik acercándose a una Ducati último modelo reluciente y poniéndose el casco. No parece una pertenencia de un desheredado.

Tan pronto como el hombre inicia la marcha, me echo a llorar. Cuando llegamos a la urbanización, el guardia me ve y nos abre la barrera.

Tras pagar una generosa propina al taxista, me siento en las escaleras de casa. No me importa que sea de madrugada, ni que haga frío. Necesito este tiempo de desahogar, de llorar, y una de las urbanizaciones más seguras y lujosas de Madrid es un buen lugar para hacerlo.

No sé cuándo perdí el rumbo, pero se siente como si hiciera mucho.

Pienso en Julio y siento una rabia tremenda. Supongo que no logro perdonarle la traición, y no logro estar en paz con la idea de que, hasta que el trato de nuestras familias se cierre, tengo que

seguir con él. No sé si quiero dejarlo. Pero sí sé que quiero poder ser libre para decidirlo cuando yo quiera, y no únicamente cuando un papel esté firmado.

El martes estoy en la biblioteca estudiando para el parcial con Ursu y Lorena. Ursu no tiene el mismo examen que nosotras, pero nos acompaña en el sufrimiento.

Esta misma mañana he recibido un nuevo mensaje del número oculto.

“¿No te lo planteas? ¿Dejar de rebajarte de estas maneras?”

En esta ocasión he contestado un *“¿Quién coño eres?”*, pero no ha habido respuesta. Han pasado varias horas, así que no creo que la haya.

El tema me tiene tan molesta que me dan ganas de contárselo a mis amigas, pero recuerdo el parcial de mañana. Si saco la conversación, se puede alargar durante horas. Ahora necesito estudiar. Mente fría. No voy a permitir que los dichosos mensajes me molesten más de lo que ya lo están haciendo.

Cuando vuelvo a casa, mi madre dice que ha cocinado una lasaña. Estoy segura de que la ha preparado Amalia, y que quizás ella ha hecho el esfuerzo de pasarle la sal o algo, pero no hago ningún comentario.

En esta casa adoramos guardar las apariencias. Por ejemplo, jamás se menciona que mi hermano Alfonso es homosexual, y que lleva sin hablarse con mis padres casi un año porque no quieren aceptar la situación.

Tampoco se habla de lo que todos sabemos: que mis padres tienen más una unión de conveniencia que un matrimonio al uso. Prueba de ello son las constantes infidelidades que ambos cometen. Son maestros a la hora de intentar ocultarlo. Pero yo soy maestra a la hora de observar los cuellos de camisa manchados de un carmín rouge que mi madre jamás utilizaría, y que mi padre deja en el cesto de la ropa sucia para que la asistenta los deje como nuevos. O el nuevo anillo con grabado en el interior que mi madre dice que se compró hace dos semanas. Parece que es como un juego para ellos, el intentar mantener sus aventuras ocultas.

—Cayetana, hija, estás muy callada —comenta mi madre, mientras me sirve una minúscula porción de lasaña. —¿Va todo bien con Julio? Últimamente lo vemos poco por aquí.

—Todo va lo bien que puede ir después de lo que pasó con Úrsula —espeto, aunque mi enfado no está dirigido específicamente hacia ella, si no hacia el mundo en general.

Mi padre se revuelve incómodo en la silla, sin decir nada, pero el intercambio de miradas que se lanzan no me pasa desapercibido.

—Querida, hemos hablado muchas veces de esto. Tienes un gran corazón en el que cabe el perdón —mi madre repite la misma cantinela de siempre—. Y, si dentro de un tiempo decides que realmente Julio no es el hombre de tu vida, siempre estás a tiempo de terminar la relación.

—Sí, no pasa nada por que esperes un tiempo, hija —apostilla mi padre. —Sabiendo cuánto hay en juego es mejor no apresurarse.

Pensaba que mi porción de lasaña era enana, pero definitivamente se me han ido las ganas de comer. Ellos me están mirando expectantes, esperando por mi respuesta.

—Si lo que queréis es la confirmación de que no voy a terminar con él hasta que no se firme el contrato, podéis estar tranquilos —asiento, de mala gana. Mi agarre del tenedor es tan fuerte que las filigranas de la plata se me clavan en la palma de la mano.

—No lo pensábamos exponer tan crudamente, Cayetana —murmura mi madre, no sin antes soltar un suspiro de alivio. —Pero es la decisión correcta para nuestra familia.

—Tenemos que mirar por nuestro bien, hija. Tenemos que cuidarnos entre nosotros. Después de firmar el acuerdo, los Castro volveremos a asegurarnos tiempos de bonanza que durarán hasta

la próxima generación como mínimo —toma un sorbo de vino, satisfecho con mi reafirmación. —Y con los contactos y los conocimientos en gestión de empresas que estás adquiriendo en Trinidad, vas a ser imparable cuando puedas estar al frente de la constructora.

—Estamos orgullosos de ti, querida. —Remata mi madre. No le digo que esto no está bien y que no es para estar orgullosa, porque ya no sé dónde está la línea que separa lo correcto de lo incorrecto en esta situación. La realidad es que estoy hecha un lío, y que es posible que aunque fuese “libre” no dejase a Julio todavía. Al menos no hasta que me aclarase. Aunque he de reconocer que me tomaría un descanso que ahora mismo no estoy pudiendo tomarme. Además, él fue quien me engañó. Él es el malo de la película, ¿no es así? Al menos, eso es lo que le digo a mi consciencia.

Al día siguiente hago el parcial, que me sale sin pena ni gloria. Tengo que centrarme más en los estudios, volver a enfocarme en lo importante.

Cuando terminan las clases de la tarde quedo con Alfonso. Es el único momento de alegría en lo que va de día.

Mi hermano viene prácticamente de etiqueta. Que ya no esté bajo el ala de mi padre no implica que haya dejado de lado el mundo de los negocios. Tiene una consultoría con un socio, y le va bastante bien.

—Tienes muy mala cara —comenta, mientras pone extra de azúcar en su capuchino.

—En serio, estoy harta de que todo el mundo comente lo mismo. Que si estoy rara, que si tengo mal aspecto... Estoy hasta las narices de que todo el mundo opine.

—Ey, tranquila, fiera —. Me mira con expresión divertida, pero la preocupación está ahí, en sus ojos—. ¿Todavía sigues con el tema de la infidelidad?

Ruedo los ojos. —Mi vida no gira en torno a ese evento —digo, aunque claramente estoy estancada ahí. —Bueno, en parte sí. Ya sabes que papá no quiere que deje a Julio todavía.

Mi hermano se limita a encogerse de hombros.

—Ese capullo te engañó. ¿Qué quieres que te diga? Creo que podrás aguantar un par de meses más con él hasta que cierren el trato.

—Realmente no sé de qué parte estas, Alfon. —Suspiro, y decido contarle el tema de los mensajes ocultos.

Él se empeña en mirar mi móvil, convencido de que puede desbloquear el número. Ni qué decir que no da resultado. No prueba nada que no haya probado yo ya.

—No sé, quien quiera que sea es muy cobarde si está escondiéndose tras el anonimato. Probablemente sea una chica. Las mujeres soléis tener muchos celos entre vosotras... y esto suena a mujer celosa. Seguro que es alguien de tu clase.

De repente, ya no me apetece hablar del tema. Le quito el móvil de malas maneras.

—Caye, tienes que ponerte las pilas. No puedes estar decaída eternamente. O empiezas a mover el culo por ti misma, o nadie va a venir a salvarte —su semblante es serio ahora y, cuando le miro con mala cara, añade —Creo que podría ser una buena idea que hicieras algo de deporte, para desquitarte de tanto estrés y de tanto enfado. Podrías ir a mi antiguo gimnasio, los monitores son estupendos —por la forma en la que lo dice, no tengo dudas de que ha intimado con alguno de ellos. Mi hermano ha salido tan picaflor como nuestros padres.

—Lo pensaré —musito, aunque ninguno de los dos nos lo creemos. Él ya está cogiendo su móvil y tecleando en la pantalla.

—Ya está, te he concertado una cita con Claudia para mañana a las seis.

—Espera, ¿no habíamos quedado para ir de compras? —Le observo mientras se levanta y saca la cartera para pagar nuestros cafés.

—Sí, pero me ha surgido un asunto de trabajo. Así que, viendo que estarás libre a esa hora, qué mejor que empezar mañana mismo —se agacha y me da un beso. —Luego te mando la dirección, está muy cerca de Trinidad. Por cierto, —dice mientras se pone la gabardina —, ¿cómo le va a Lucas en la empresa?

Lucas es el hermano de Úrsula. Iba al instituto con Alfonso, justo antes de la crisis financiera. Cuando explotó la burbuja inmobiliaria, muchas de las grandes constructoras se fueron a pique, algo que parece que nadie vio venir. Por suerte mi familia pudo mantenerse a flote bajando los precios y con una gestión bastante agresiva de compra-venta de inmuebles y acciones, pero no a todo el mundo le fue tan bien. La familia de Úrsula, que tenía negocios similares, se declaró prácticamente en bancarota, y tuvieron que vender muchas de sus posesiones inmobiliarias. Por suerte, pudieron seguir costearo la misma educación para Úrsula que hasta el momento, pero con mucho esfuerzo y sacrificio. No sé qué hubiera hecho todos estos años escolares sin ella.

En cuanto a su hermano, no corrió la misma suerte. Todo el boom le tocó justo al terminar el instituto y, aunque en Madrid tenemos la suerte de tener buenísimas universidades públicas, la realidad es que o tienes un expediente notable, o no puedes entrar a las carreras más demandadas. Por lo visto, ni los padres de Lucas tenían dinero suficiente para Trinidad, ni Lucas tenía un expediente notable. Así que mi padre le ofreció trabajo en nuestra empresa, a pesar de su formación incompleta. Y ahí está desde hace varios años. Es muy trabajador, y desde que Alfonso salió del armario parece que está cobrando cierto protagonismo, pues hay un vacío que claramente mi hermano no va a llenar a no ser que deje de ser homosexual. Supongo que eso no pasará a corto plazo.

—Bien, creo que le va bien. Hace tiempo que no paso por las oficinas. —Me levanto, me pongo el abrigo y salgo con él a la calle.

Está cayendo aguanieve, y hace un frío que pela. Nos despedimos y, nada más subirme a un taxi, compruebo que tengo un mensaje con la ubicación del gimnasio.

Al día siguiente estoy en el gimnasio a las seis menos cinco. La tal Claudia es una chica ultra musculada que va en tirantes porque hace un calor insoportable en el lugar. Tiene una cantidad de protuberancias en los brazos que no creo haber visto nunca en ninguna mujer. Lleva el pelo prácticamente rapado, mechones más largos en la parte alta y en la zona del flequillo. Es, cuanto menos, pintoresca.

—Con un poco de entrenamiento, tú también puedes conseguir estar así —me suelta, sonriendo, mientras me extiende la mano.

Parpadeo, perpleja, un par de veces, y se la estrecho. Ha debido de pillarme mirándole los brazos y ha debido de pensar erróneamente que busco muscular o algo así.

—Mi idea es desfogar, más que nada —le digo, aguantándome las ganas de largarme en este momento. Si no lo hago, es porque no quiero dejar mal a mi hermano. Y, además, soy experta en fingir, ¿no? Aunque me entran serias dudas cuando Claudia añade:

—Sí, sin duda se te ve a la lengua. Vas tan estirada que parece que te vas a partir. ¿Has oído esa canción de Calle 13? ¿La de que tienes el área abdominal que va a explotar? —Cuando ve lo mal que la estoy mirando, dice —Olvidalo. Te enseño dónde están los vestuarios, te cambias y empezamos.

Cuando salgo me está esperando con una especie de bloc de notas para rellenar mi ficha personal. Le respondo a preguntas que se podrían haber resumido en sí, estoy muy sana y no, no tengo ningún problema cardíaco, respiratorio o de salud.

Me propone ir a las bicicletas elípticas, ella se sube a una y yo a otra. No sé si es todo el trabajo que va a hacer, pues nunca he trabajado con un monitor en un gimnasio. No sé si es

normal que se monten en las elípticas. Pero la verdad es que me da bastante igual, porque la música de la sala es muy machacona, y está tan fuerte que está consiguiendo acallar mi mente de mono loco, y por primera vez estoy dejando de pensar en todas mis movidas. Tengo tanta energía en el pecho que quiere liberarse que empiezo a darle fuerte a la bicicleta, mis manos agarrando con fuerza las palancas, y me dejo ir.

No soy consciente de que debo de haber estado pedaleando como alma que lleva el diablo, porque lo siguiente que sé es que Claudia ya no está en su elíptica. Está haciéndome gestos frente a la cara, indicándome que pare.

—¿Qué pasa? —Le digo, casi malhumorada por que me esté haciendo parar, pues realmente lo estaba disfrutando.

Ella sigue mirándome mientras los pedales se detienen. Después, alza una ceja y de forma deliberada acerca su mano a la mía y empieza a desenganchar mis férreos dedos de las palancas. Sigo sus dedos con la mirada y veo que los míos han dejado una huella importante en la espuma. Suelto rápidamente la otra mano, esperando que mis nudillos dejen de estar blancos.

—Creo que sé de otra actividad que te va a venir como anillo al dedo —me dice, sonriente, y dos minutos después hemos bajado al piso inferior, a una especie de sótano en el que hay varios sacos de boxeo y poco más. Solo estamos ella y yo.

Cojo los guantes que me lanza al vuelo.

—Definitivamente necesitas esto.

Quiero decirle que no, que deje de flipar, que ella no sabe qué es lo que necesito yo.

Pero la realidad es que tengo tanta mala leche que me apetece atizarle a algo. Así que me pongo los guantes y escucho las instrucciones que me da mientras se coloca para sujetar el saco.

Le doy un par de golpes tentativos. No sé por qué, pero pensaba que sería como tocar un cojín. No, definitivamente no es algo tan mullido. Me enfado con el dichoso saco, que no es nada mullido sino irritantemente duro, y le pego con la poca fuerza que tengo, y le vuelvo a pegar, y le vuelvo a pegar. Y ya no le estoy pegando al saco, estoy pegando a número oculto y a sus estúpidos mensajes, estoy pegando a Julio, estoy pegando a la pobre Ursu porque aunque diga que no, todavía duele. Y también me estoy pegando a mí por ser una pusilánime sin agallas para tomar las riendas de mi vida, demasiado anclada a los deseos de mi familia y al nivel socioeconómico que quiero tener y, de repente, ya no estoy pegando más, y Claudia me está abrazando mientras yo no paro de llorar.

Cuando Claudia me acompaña, mucho tiempo después, hasta la puerta del gimnasio, estoy mareada.

—¿Mañana a la misma hora? —creo que dice ella, y yo asiento.

Salgo a la fría calle y el viento me da un sopapo de realidad. Sí, definitivamente estoy muy mal.

Por la noche duermo sorprendentemente bien. Se ve que lo de aporrear cosas y desfogar no era una idea tan mala. De hecho, estoy de bastante buen humor.

En la universidad me dan la nota del parcial. Un siete con nueve. No está mal. Tampoco es que necesite una media estratosférica para impresionar a nadie. Está claro que acabaré en la empresa de mi familia.

En la comida, me siento con los de siempre. Están todos excepto Erik, que por lo que puedo ver, hoy ha decidido sentarse con un grupo de chicas de un curso superior. Retiro la mirada cuando me pilla mirando cómo una rubia le acaricia el hombro.

Julio está a mi lado, y posa su mano sobre mi rodilla. Me comenta algo de ir a cenar juntos el

fin de semana.

—Úrsula, ¿no querías ir a no sé qué sitio nuevo? —le pregunto, porque siempre tiene algún plan en mente y porque quiero que la cena con Julio acabe con una quedada grupal y no con un momento tenso en el que él quiere que volvamos a ser los que éramos y yo me escabullo porque ni se me pasa por la cabeza el acostarme con él desde hace siglos. Si podemos quedar después con los chicos, problema resuelto.

Ursu está muy distraída últimamente, cuando le pregunté al respecto el otro día dijo que sus notas no eran para tirar cohetes.

—Si no tenéis nada en mente, podríamos ir a una cata de vinos en la finca de unos amigos de mis padres —propone Andrés.

—Por favor, ¿qué tenemos? ¿Cuarenta años? —le espeta ella, y él no dice nada más. —He conseguido que nos metan en la lista VIP de Agüero —siempre nos mete en listas VIP. Es algo tan repetitivo que casi ha dejado de tener gracia.

—Podemos cenar en La Fontana nosotros y después ir a Agüero con los demás —le digo a Julio. Si tenía otros planes más románticos o menos multitudinarios, no dice nada. Le doy una patadita a Andrés por debajo de la mesa —y otro día, podemos ir a esa cata de vinos. Puede ser una experiencia distinta a lo de siempre —le guiño un ojo y él me sonríe levemente.

La tarde en el gimnasio es bastante productiva, y consigo grandes avances con el saco si entendemos por avances que no acabo llorando como una niña pequeña desconsolada. Punto para mí. Hoy salgo bastante entera. Hasta logro sonreír a Claudia.

El sábado antes de ir a La Fontana, Ursu se empeña en venir a casa para poder arreglarse el pelo. Me dan ganas de decirle que se compre una ghd de una vez, porque voy justa de tiempo y Julio va a tener que esperarme, pero por suerte logro reprimir el comentario. Como no hablamos del tema, no sé cómo va de dinero, y estas estupendas planchas cuestan lo suyo.

—No veas cómo me fastidian estos rizos —murmura desde el baño de mi habitación, mientras intenta domar su espesa melena.

—Eres una exagerada —le digo, mientras me pruebo el segundo vestido. Tiene una melena ondulada muy bonita, no sé qué le ve de malo. A través del espejo la veo luchar con su cabello y con mi cepillo. —No irás a decirme que tiene pelos, porque lo limpio todos los días. Creo que estás un poco histérica —. Intenta disimular, pero la he visto volviendo a mirar el cepillo con lupa. Me echo a reír. —Relájate, chica.

—A ti se te ve mejor. Estabas un poco estresada últimamente —Comenta.

Le cuento rápidamente que he empezado a ir al gimnasio, omitiendo que lo único que hago por el momento es pegarle a un saco, y le meto prisa para que termine de una vez.

Ella se empeña en terminar de maquillarme con unas sombras especiales que ha traído. Acepto, y debo reconocer que el resultado es estupendo. Hoy me veo y me siento bien.

Salimos las dos a la calle. En la puerta está aparcado el Mercedes de Julio, y él baja cuando nos ve salir.

Me da un beso en la mejilla y comenta lo guapa que estoy con el vestido. Ofrezco a Ursu el acercarle a su casa de camino al restaurante, y nos montamos los tres en el coche.

La cena con Julio es insustancial, así de simple. Hablamos de banalidades, de cosas superficiales, sin llegar a abordar el tema que los dos tenemos en mente: que hace tiempo que no estamos bien, y que estamos excesivamente distanciados. Hasta que, de repente, Julio se envalentona y lo saca.

—Sinceramente, siento que estás a años luz —suelta, así, sin más.

—¿A qué te refieres? —vuelvo a optar por hacerme la tonta, algo muy común en mí. Es una manera de intentar ganar tiempo para pensar una forma de salir del atolladero.

—No estás como estabas antes, no me miras como antes. Me cuesta conseguir un simple beso tuyo, más allá de un mínimo roce de labios. Ya no sé qué hacer —me mira con una mezcla de enfado y tristeza en los ojos.

—No sé qué quieres que te diga —le contesto, pues acabo de decidir que ser sincera es la única opción ahora mismo. —No estoy como estaba antes porque ya nada es como antes.

—Joder, Cayetana, te lo he dicho un montón de veces —su voz se torna suplicante y algo molesta. —Para mí no ha cambiado nada, te sigo queriendo como el primer día.

Frunzo el ceño, y no le digo que se puede meter sus palabras donde le quepan, porque alguien enamorado no comete un “desliz” como el suyo.

—Lo estoy intentando, ¿vale? —Mi tono es algo brusco, pero no lo puedo evitar. —No puedes pretender que finja que todo está bien cuando para mí no lo está.

—No pretendo que finjas, pero sí querría que lo intentases con más ganas, joder. —Julio casi nunca jura. Suspiro y él me coge de la mano. —Simplemente déjame intentarlo. No te cierres tanto a mí.

—¿Estás hablando del sexo? —le digo, retirando mi mano, sin ningún reparo. Llegados a este punto, no tiene sentido recular.

—No, claro que no —dice, pero sus ojos muestran que el asunto, o más bien la ausencia del mismo, le jode. —Pero quiero que volvamos a ser los que éramos. Inténtalo con más ganas, por favor.

Me muerdo el labio, incapaz de dejar salir las cientos de cosas que le diría ahora mismo. En lugar de eso, vuelvo a suspirar.

—De acuerdo —murmuro.

—Gracias —susurra, y me mira con cierta esperanza.

Cojo la botella de Chardonnay que nos ha dejado el maître junto con los entrantes, y me sirvo una copa bien llena.

—No voy a volver a repetir lo que ya sabes, pero no hay un solo día en el que olvide el daño que te he causado... que nos he causado. No hay un solo día que no me fustigue por lo que pasó —dice, y sus ojos brillan por un instante. Me mira intensamente y yo asiento. Él suelta una bocanada de aire y cambia de tema, volviendo al terrero seguro por el que tan bien nos movemos.

Me cuenta novedades sobre los negocios de su padre, y yo finjo interés.

Me relleno la copa con vino para intentar bajar el nudo que se me ha creado en la garganta, y seguimos manteniendo una conversación trivial el resto de la cena.

Cuando salimos del restaurante, estoy algo mareada. No suelo beber más de media copita, y el Chardonnay no me ha sentado bien.

Como Julio no ha bebido, cogemos el Mercedes y aparcamos en el parking privado de Agüero.

Damos nuestros nombres y nos hacen pasar al reservado VIP. Todos nuestros amigos ya están allí.

Ursu, con su pelo ultra dominado, viene a darme un abrazo en cuando me ve aparecer.

—Habéis tardado mucho, —me dice, y su aliento cálido huele ligeramente a alcohol.

—¿Me echabas de menos? —Le sonrío, y ella asiente efusivamente con la cabeza.

Lorena se nos une, y empieza a contarnos con todo lujo de detalles algo sobre un chico que ha conocido en uno de los servicios de la iglesia a los que va los fines de semana.

Julio está hablando con Erik, que tiene a su lado a la misma rubia del otro día en la cafetería.

Cuando mi novio ve que los estoy mirando, se separa de ellos y se dirige hacia mí. Intercambia saludos con las chicas y, pasando un brazo por mi cintura, me acerca a él.

—¿Qué te parece si esta noche realmente hacemos algo por intentarlo un poco más? —Me susurra al oído. —Mis padres están fuera de la ciudad... —Mi pecho se encoge y me alejo ligeramente de él. Antes de que pueda contestarle, su rostro ha cambiado, y tiene una mueca de resignación. —¿Sabes qué? Olvídalo.

—Julio, no puedes pretender marcar tú el ritmo —le digo, en el tono más comprensible del que soy capaz.

El exhala y niega con la cabeza.

—¿Tienes manera de volver a casa? —Enarco una ceja. Claro que tengo forma de volver a casa. Es su manera de decirme que se marcha. Asiento y me da un suave beso en la frente —Te llamo mañana —se despide de mis amigas, y se va.

Como la zona reservada es acristalada y está en el piso superior, lo observo abrirse camino entre el gentío de la planta baja para llegar a la salida. Se me encoge el pecho ante la visión. Antes me encantaba todo de él, la masculina forma en la que se mueve entre la gente, sus anchos hombros. Ahora ya no sé.

Les digo a las chicas que voy al baño y, una vez frente al espejo, intento retocarme un poco el maquillaje. Me ha cambiado el semblante, y no logro disimular la seriedad por mucho potingue que me ponga.

Al guardar el maquillaje en el bolso veo que la luz de notificación de mi móvil parpadea.

Estoy prácticamente segura de que es un mensaje de Julio, pero el corazón me da un vuelco al ver que se trata de otro mensaje del número privado.

“¿Tan baja es tu autoestima que necesitas estar con el chico de oro para que tus inseguridades se eclipsen? Porque no lo consigues, se te notan cada vez más.”

Aprieto los puños con rabia. Sé que no debería contestar, pero tecleo un *“que te jodan, cobarde”*, y apago el móvil.

Estoy tan enfadada que me parece imposible volver a la fiesta.

Justo al lado de los servicios hay un acceso a una larga terraza. Salgo por ella sin abrigo, pero no siento el frío. Llego hasta el final, que gira ligeramente sobre la fachada del edificio, haciendo que haya un recoveco más resguardado del viento.

Me siento junto a una bonita maceta con una enorme planta artificial. Tan bonita y perfecta como muerta. Porque no hay planta que sobreviva a este frío.

Mis dientes castañean, pero es de la rabia y no por la temperatura. Nunca había pensado que era una persona violenta hasta ahora. Las ganas con las que le pego al saco no son normales, y ahora mismo echo en falta tenerlo a mano.

Un ligero ruido hace que levante la vista, y me encuentro con Erik. Él no me ve. Ha debido de salir a tomar el aire. Se apoya en la barandilla de la terraza y suspira sonoramente. Después, eleva la vista al cielo y se queda mirando ahí. Me preguntó qué está mirando, la verdad, porque claramente el cielo de Madrid no tiene estrellas. Está demasiado iluminado artificialmente para que se vea algo real ahí arriba.

Repaso la impresionante silueta de Erik. Su espalda es algo más grande que la de Julio, y su figura es increíblemente atlética. Se adivina su fisionomía incluso a través de la cazadora de cuero negra que lleva. Él no suele vestir como el resto de nuestros compañeros de Trinidad. Lleva puestos unos vaqueros estrechos y unas botas. Definitivamente desentona con el resto, pero eso también hace que sea el que más miradas se lleva, el que más chicas se liga.

En ocasiones lo miro y todo lo que veo es a Erik. Mi amigo Erik, el de siempre. Como si aún estuviese presente en mi vida. Y me vienen un millón de recuerdos fugaces juntos. Cogiendo renacuajos en el río de pequeños. Haciendo un muñeco de nieve enorme al que le pusimos una corbata de seda de mi padre, con su consiguiente enfado. Unos años después, fumando nuestro primer cigarrillo juntos. Y dándonos un atracón de doritos después para quitarnos el asqueroso sabor a humo de la boca. Es como si lo supiera todo sobre él, a pesar de lo callado y reservado que fue siempre, incluso conmigo.

Otras veces, en cambio, lo miro y lo único que veo es a un completo desconocido. Una pequeña reminiscencia de algo que fue y que no es. Porque han pasado años sin hablarnos, años en los que él parece haberse transformado en una persona totalmente distinta.

Estábamos muy unidos. Realmente pasábamos todo el tiempo fuera de la escuela juntos. Hasta que hace unos años su padre se tiró a mi madre. O mi madre se tiró a su padre. Supongo que ambos se tiraron entre sí. Qué se yo. Lo único que sé es que nuestros padres eran los dos socios fundadores de una importante constructora, que casi se va a pique en el proceso de disolución.

El dinero de la constructora se salvó. Pero, lo que sí se fue definitivamente al carajo, fue nuestra pequeña, bonita e inocente amistad. Claramente no podíamos seguir yendo el uno a casa del otro, no cuando mi padre no se fiaba lo más mínimo de mi madre y aún estaba en proceso de intentar perdonarla.

El suicidio de su madre ocurrió varios años después, pero muchas veces me pregunto si el affair tuvo algo que ver. Prefiero no pensar en esa opción.

También prefiero no pensar en todo lo que tuvo que pasar Erik cuando murió su madre. En muchas ocasiones me planteé el realizar un acercamiento, pero la culpa por el comportamiento de mi madre me lo impedía. La ira incontrolable de Erik en aquella temporada tampoco era una señal de bienvenida.

En un momento se da la vuelta y se queda petrificado, mirándome.

—No sabía que estabas aquí —dice, y me quedo escuchando su voz, porque no importa cuántas veces la oiga, nunca deja de sorprenderme lo grave que es. Ya lo era cuando todavía era un niño. Como no digo nada, cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra —Si quieres me voy —ofrece, pero la realidad es que no se mueve.

—No, no es necesario —le digo, como si la terraza fuera mía.

Me observa por un instante más, y de nuevo se da la vuelta hacia la barandilla. Permanece así un minuto, y vuelve a girarse.

—¿Puedo sentarme? —señala al escalón en el que yo estoy sentada.

Me encojo de hombros, pues el estar concediéndole permisos me hace sentir incómoda.

Curiosamente, cuando se sienta algo más cerca de lo que yo había esperado, esa incomodidad no va a más.

No hablamos y, contra todo pronóstico, es como si la calma se hubiese sentado con nosotros.

Suspiro ligeramente, y miro al cielo. Lo confirmo, no se ve absolutamente ninguna estrella.

—¿Estás bien? —Me pregunta. Y es una pregunta tan general que me resulta imposible responderla. Además, ya no tenemos ese tipo de relación de colegao. De hecho, no tenemos absolutamente ninguna relación más allá de la circunstancia de compartir universidad y amigos. Esta es la primera vez que se dirige a mí en más de cuatro años. —Lo digo por esto —, señala a nuestro alrededor cuando no contesto, —estar aquí sola, en lugar de en la fiesta.

—Es exactamente lo que estabas haciendo tú —replico, e internamente deseo que vuelva a hablar, porque realmente me gusta su voz.

Él se limita a sonreír. Mete las manos en su chaqueta y apoya la nuca en el edificio.

—¿Sigues con la idea de publicar libros infantiles, o eso también te lo ha robado Trinidad? — Me dice, y ni siquiera me pregunto a qué se refiere con las cosas robadas por Trinidad, únicamente puedo concentrarme en seguir respirando a través del cálido y doloroso sentimiento que se ha instalado en mi pecho. Parecen tan lejanos esos momentos en los que soñaba con ser ilustradora, que la magnitud del asunto me ha pillado totalmente desprevenida.

Trago saliva, y lo miro. Hace años le miraba sin ningún problema. Por lo visto ahora es más complicado, pues ese azul ha adquirido un extraño magnetismo.

—¿Qué hay de ti? —Le devuelvo una pregunta genérica, escabulléndome como es habitual en mí, y le aparto la mirada.

Noto sus ojos sobre mi perfil, pero no dice nada. Pasa tanto rato en silencio que me sorprende cuando vuelve a hablar.

—Ya nada es como antes —se limita a decir. Y, aunque lo ha dicho en un tono uniforme, sé que tras esas palabras hay grandes verdades escondidas.

Lo vuelvo a mirar, y me engancha a sus ojos penetrantes. En algún momento se le han caído unos mechones oscuros sobre la frente, y me encuentro mirándolos. Es una sensación extraña el tener frente a ti un rostro tan familiar y tan desconocido al mismo tiempo. Irreal. Tal vez se deba al vino de la cena.

—No. No lo es —respondo en un susurro, y las comisuras de mi boca se elevan mínimamente, en una triste sonrisa.

Sus ojos caen a mi boca, y escucho perfectamente cómo el aire roza sus dientes cuando toma una brusca respiración. Su mirada se oscurece y sus labios se parten ligeramente. Puedo ver ese milímetro que separa sus paletas. También sus labios, ligeramente humedecidos, que brillan en las luces de la noche.

Tengo una urgencia extraña. Le busco los ojos, y él me mira con una determinación que antes no estaba ahí y que, de haber durado un instante más, me habría asustado. Pero no me da tiempo, porque un segundo después acorta la distancia que nos separa y me besa.

Mi primer impulso es echarme ligeramente para atrás. Él usa ese mínimo espacio que he generado por la sorpresa para volver a buscar mis ojos y sostenerme la mirada. Pasa una mano por mi nuca, impidiendo que me aleje, y me acerca con decisión. Me besa con urgencia, y esta vez me encuentro respondiendo a sus movimientos desesperados, y dejando que su lengua se abra paso a través de mis labios. De repente, todo estalla.

Me falta el aire, pero de ninguna manera dejo de besarlo. Respiro erráticamente, desbordada por una pasión que no sabía que podía experimentar. El beso se vuelve frenético, y de alguna manera me encuentro encima de él, a horcajadas, y ya no soy dueña de mis pensamientos. Solo puedo sentirlo a él, a sus manos recorriéndome el cuerpo, sus mechones de pelo entre mis dedos. Me muerde el labio inferior y gimo, y de alguna manera noto una enorme erección presionando a través de la tela de mi vestido.

Le abro la cazadora y mis manos se cuelan por debajo de su camiseta, encontrando unos músculos abdominales de piedra. Su agarre se vuelve más duro, y sus manos empiezan a subir firmemente por mis muslos, justo hasta que se encuentran con el bajo de mi vestido.

—Cayetana, ¿estás ahí? —Ambos nos detenemos, congelados al escuchar la cercana voz de Úrsula.

Me bajo rápidamente de su regazo y vuelvo a sentarme en el escalón mientras me recoloco el vestido y me atuso el pelo. Erik se ha puesto de pie y se ha colocado en la barandilla, dándome la espalda.

Úrsula y Lorena aparecen un segundo después, bordeando la enorme maceta.

—¡Aquí estabas! —Dice alguna de ellas. La cabeza me da vueltas, sin creermelo lo que acaba de pasar. Necesito una excusa rápida pero mis neuronas no cooperan.

Lorena saluda a Erik, que aprovecha para irse. No cruzo mirada con él en ningún momento.

—¿Cómo no avisas? Llevamos un rato buscándote —dice Úrsula, y ambas se sientan en el escalón. Ninguna parece haber relacionado la presencia de Erik conmigo.

—¿Estás bien? Tienes las mejillas muy rojas... y los labios como morados —Lorena empieza fruncir el ceño, y me devano los sesos pensando cómo cambiar de tema antes de que le dé tiempo de atar cabos.

—Del frío —la corto, y añado —os tengo que contar una cosa —tomo aire para intentar aclararme las ideas. —Alguien me está mandando mensajes anónimos desagradables.

Las dos me miran sin comprender, y les cuento toda la historia para distraerlas.

La cara de Úrsula se desfigura cuando hablo del contenido del primer mensaje, en el que se hace referencia a los cuernos. Imagino lo que está pasando por su mente. Termino de contar la historia.

—¿Crees... Crees que ha pasado alguna... otra vez? —Le cuesta pronunciar la pregunta.

—No lo sé —respondo, sinceramente. No hay nada en Julio que me haga indicar que ha vuelto a engañarme. Tampoco lo había antes, y pasó. Pienso en todo lo que teníamos antes y que no tenemos ahora, y la verdad es que no me extrañaría que fuese a buscarlo en otra mujer. Pero la realidad es que Julio no es de ese tipo de hombres. Estoy bastante segura de que me dejaría antes de volver a cometer un desliz.

—¿Tienes alguna idea de quién puede estar mandándolos? —El semblante de Lorena es muy sombrío. Cuando niego con la cabeza, me pide ver los mensajes.

Le paso el móvil, y ambas agachan la cabeza para leerlos.

—Es espeluznante.

Comentamos durante un largo rato el asunto, sin llegar a ninguna conclusión. Cuando ya no siento más los dedos de las manos por culpa del frío, les anuncio que me voy a casa. Ambas me abrazan y me lanzan palabras de ánimo.

Cuando el taxi entra en la urbanización, empiezo a ser consciente de las ganas que tengo de esconderme debajo de mi edredón. Entro en casa procurando no hacer ruido, me desvisto y, sin desmaquillarme, me meto en la cama.

Los recuerdos de lo sucedido con Erik me golpean con fuerza y la rabia, la vergüenza y el deseo se entremezclan con un resultado curioso. Me acaloro únicamente de pensarlo.

Lo que ha pasado esta noche está mal a todos los niveles. Pero a la vez, me he sentido tan bien, tan conectada con lo que quería, tan vacía de dudas. Cuando nos besábamos no me estaba planteando todo, calculando mis reacciones o evaluando cómo actuar. Simplemente me dejaba llevar, y se sentía jodidamente increíble.

Al día siguiente no consigo quitarme de encima la vergüenza y el arrepentimiento.

Es verdad que lo que tenemos Julio y yo actualmente no puede ni llamarse relación, pero la realidad es que lo he engañado. He hecho lo mismo que él hizo, con los atenuantes de que no ha sido con su mejor amigo ni llegamos a tener sexo. Aun así, para mí fue tan intenso que se siente como un desliz bastante grave.

Durante la siguiente semana, Lorena se empeña en que miremos cómo desbloquear el número oculto que envía los mensajes. Le digo que es imposible, no se puede hacer nada. Ya he mirado todo lo que hay en internet al respecto. Simple información sobre cómo ocultar tu número, pero

nada para hacer el proceso inverso.

Úrsula está demasiado preocupada por el asunto, y cree que debería comentárselo a Julio. No me parece una opción.

Me he cruzado varias veces en los pasillos con Erik, y la situación ha sido extrañamente tensa. Le evito la mirada, pues lo sucedido es demasiado bochornoso, pero las pocas veces que cruzamos nuestros ojos, los suyos están cargados de enfado y anhelo. Siempre me ha parecido una mezcla curiosa, si es que la estoy identificando bien. Vete tú a saber. Lo que sí sé es que es mejor hacer como si semejante metedura de pata nunca hubiese ocurrido.

A la hora de la comida del martes, estamos todos sentados en nuestro sitio habitual. Hoy hay secreto ibérico con patatas panadera. Nada que envidiar a cualquier restaurante del centro.

Los chicos están hablando del sábado pasado en Agüero. Julio y yo no hemos vuelto a estar a solas desde la cena previa a la discoteca. Se siente como si hubiese un muro enorme entre nosotros. Ambos lo vemos, pero optamos por hacer como si no estuviera ahí.

—Muy buenos cócteles. Y esa camarera bajita... ¡Uf! —Víctor hace un gesto imitando al pecho de la camarera. Menudo gilipollas.

—Estuvo muy bien —siento un escalofrío cuando Erik habla con despreocupación, mirando fijamente a Julio. —Es una pena que te fueses tan pronto, Julio. Te perdiste lo mejor —lo dice de una forma tan siniestra que me encojo en mi asiento y me concentro en intentar respirar.

¿Qué cojones está haciendo? Intento encontrar su mirada, pero ya no mira en mi dirección. No parece que nadie haya notado nada raro en su comentario. La conversación se ha ido por otros derroteros, y ya nadie habla de Agüero. Pero yo me he quedado petrificada y no puedo pensar en nada más.

CAPÍTULO 3

La semana se pasa bastante rápido entre deberes y trabajos por entregar. Parece que quedan siglos hasta las vacaciones de Semana Santa. Y los parciales están a la vuelta de la esquina.

No he vuelto a coincidir con Erik, pero he decidido que cuando tenga la oportunidad lo pararé en seco. ¿Quién se ha creído que es para hacer ese tipo de comentarios?

Esta semana voy varias tardes al gimnasio con Claudia. Cada vez le estoy cogiendo más el gusto.

Ella dice que golpear el saco es una manera de sacar algunos pensamientos que avasallan mi mente. También dice que tantas preocupaciones no pueden caber en un cuerpo tan pequeño como el mío, y que por suerte la he encontrado antes de explotar.

Tiene gracia lo elevada que es su autoestima. En parte la envidia.

Julio se va a pasar el fin de semana con sus padres en la casa que tienen en la sierra. Me invita, pero hace ya mucho tiempo que dejé de compartir ese tipo de reuniones familiares con los Vélez.

El sábado por la noche vamos a Deluxe, otra discoteca cuya zona VIP está abarrotada de estudiantes de Trinidad. La mayoría de las veces me pregunto cómo será estar en la zona común con el resto de personas. Todo caras desconocidas. Dejarse llevar y perderse con la música sin nadie que te juzgue.

Esta noche me he arreglado con esmero. Me he puesto un vestido negro con cuello halter que me encanta, y que en muy pocas ocasiones utilizo. Ursu lleva una falda de tela verde esmeralda y el pelo perfectamente domando. Parece que finalmente ha podido conseguirse unas planchas. Lorena es la única de nosotras que lleva pantalones.

Nuestros atuendos se diferencian a la legua del resto de chicas de la planta baja de la discoteca. Es imposible que sus miradas pasen desapercibidas cada vez que nos saltamos las colas y los porteros nos dejan entrar. Siempre miran tu ropa. Siempre hay cierto juicio en sus ojos, y cierto nivel de envidia. Me genera una extraña sensación con la que he aprendido a vivir.

El hecho de que Julio no esté este fin de semana me hace sentirme libre en cierto modo.

Así que siento que me puedo dejar llevar un poco y disfrutar la noche antes de que empecemos con los parciales. Me pido un gintonic y tras varios tragos noto como mis hombros están relajados. En parte es gracias a mis tardes con Claudia, lo sé. Pero el alcohol ayuda.

Mientras Lorena y Ursu bailan con unos chicos de último año, yo entablo conversación con Martín. Siempre está disponible para una charla liviana.

Justo cuando Martín me está hablando de uno de los trabajos de la próxima semana, mi bolso comienza a vibrar. Una, dos y tres veces. No puedo evitar sentir un vacío en el estómago.

Aunque intento no revisar el móvil con todas mis fuerzas, hace ya rato que solo pienso en eso y he dejado de prestar atención a Martín, que parece que se está dando cuenta de mis ausencias. Me despido de él y, muy a mi pesar, sucumbo y me dirijo a los servicios.

De camino casi me choco con Erik, que está bailando con una morena enfundada en un ajustado vestido rojo. Me busca la mirada, pero lo ignoro.

Como suponía, se trata del número privado. Ni más ni menos que tres mensajes.

“¿Te sientes superior con ese ridículo vestido?”

“Siempre te has creído mejor que los demás.”

“Déjame decirte cómo de confundida estás, pedazo de escoria.”

La sangre se me hiela en las venas. El tono se está volviendo más agresivo, y es alguien que está en la discoteca, pues sabe cómo voy vestida.

Siento tanta rabia y tanta impotencia dentro que me preocupa poder explotar. No creo que nadie pueda explotar, físicamente hablando, pero si se pudiera, probablemente me estaría pasando en este mismo instante.

Como estoy sola en los servicios, lanzo un grito de frustración. Tengo que recobrar el control. No puede ser que alguien decida amargarme la noche sin dar la cara y yo se lo permita.

Me echo un vistazo en el enorme espejo, y no puedo evitar tener dudas acerca del vestido que hasta ahora, tanto me gustaba. ¿Qué me está pasando?

La inmaculada repisa de los servicios está llena de amenities. Desodorante, colonia, toallitas refrescantes. Opto por estas últimas, y me paso varias por la nuca y los brazos.

Estoy enfrascada en la tarea de intentar calmarme cuando la puerta se abre. Detengo mi tarea cuando veo, reflejado en el espejo, que es Erik quien ha entrado. Parpadeo un par de veces, pero sigue ahí.

Me doy la vuelta para encararlo.

—¿Qué coño haces aquí? —Le espeto.

—Te vi entrar, pero no salir —es todo lo que dice, mientras se encoge de hombros.

Su indiferencia me enerva.

—No sé quién te has creído que eres —le digo, endureciendo el tono, mientras me acerco un par de pasos hacia él, —pero que sea la última vez que sacas a relucir lo que pasó en Agüero — levanto el dedo para señalarle acusatoriamente mientras le miro con la peor cara que puedo poner. Definitivamente no es un buen momento para discutir conmigo.

—¿Te refieres a la conversación con Julio en la cafetería? —Enarca una ceja, relajado, y se permite el lujo de soltar una carcajada vacía. —Vaya aires de grandeza te gastas, princesita —su tono esconde cierta furia. —En ningún momento me estaba refiriendo a ti.

Y, como vuelve a reírse, me entran unas enormes ganas de pegarle un puñetazo, pero todo lo que hago es acercarme y empujarle con todas mis fuerzas.

Se tambalea hacia atrás. Su primera reacción es de sorpresa, que rápidamente es sustituida por una peligrosa rabia que brilla en sus ojos. Recobra el equilibrio y me agarra con fuerza las muñecas para que no vuelva a empujarle.

—Estás jugando con fuego, Ave —su voz produce un siseo grave cuando se cuela por su mandíbula, fuertemente apretada.

Suelto un bufido al oír el apodo. Ave. Porque Caye se parece a calle, y cuando éramos pequeños me llamaba avenida para molestarme. Porque, según él, yo era más importante que una mera calle. Sí, así de idiota era. Parece que lo sigue siendo.

—Suéltame —espeto, haciendo caso omiso de la emoción que ha traído consigo el apodo. Hago un esfuerzo por zafarme, pero es inútil. Erik es grande y tremendamente fuerte.

Cuando no me hace caso, intento golpearle la entrepierna con la rodilla. De alguna manera se libra y, para impedirme que lo repita, nos gira y usa su cuerpo para presionarme contra la pared cercana. En el movimiento su erección roza mi cadera, pero aparta la zona rápidamente, como si

no quisiera que sepa que esta situación lo está afectando de esa manera. Porque hay algo siniestro en que nuestra discusión lo excite. Porque prefiero no pensar en cómo de oscuro es que también mi respiración se haya vuelto costosa y que no pare de mirarle la boca.

Tenerlo tan cerca es intoxicante. Su olor a jabón lo invade todo, y su cálido aliento roza mi frente, dejando un ligero aroma a ron flotando entre nosotros.

Alzo la vista para mirarlo, y todo lo que puedo ver en sus ojos es deseo y mucha ira. Siento el peligro, pero reconozco que mi deseo me gana la batalla. Soy consciente de que va a besarme, y dejo que lo haga. Todavía con mis muñecas sujetas, gimo en su boca cuando sus labios tocan rudamente los míos.

Él emite un gruñido bajo al escuchar cómo respondo, y me suelta para empezar a tocarme por todas partes con manos fuertes. Entre besos y algún mordisco, nos dirige hacia una de las cabinas de los servicios y cierra la puerta tras de sí. Echa el pestillo, y un temblor me recorre de pies a cabeza. Nos mantenemos la mirada un breve instante, nuestros pechos subiendo y bajando rápidamente por la excitación. Siento una vaga sensación de familiaridad al tenerlo en frente que se mezcla con la certeza de que a la vez estoy frente a un desconocido.

Erik vuelve a acercarse a mí con determinación, y vuelve a besarme con todo el alma. Es extraño recibir besos así, como si tu boca fuese lo único que mantiene viva a la otra persona. Solo logra excitarme más.

Llevo la mano hacia su pantalón y entrecierra los ojos cuando le toco sobre la tela. Baja la cabeza a la curva de mi cuello y emite un gemido ronco que reverbera contra mi clavícula. Después, recorre con su lengua toda la longitud de mi cuello. Me estremezco.

Coge una de mis piernas y sube mi rodilla, de forma que nuestras caderas se aprietan dolorosamente. Con manos temblorosas le desabrocho el pantalón y lo abro lo suficiente para liberarlo. En ningún momento se me pasa por la cabeza el plantearme qué es lo que estoy haciendo. Tampoco él parece detenerse a pensar nada cuando empieza a subirme el vestido y a bajarme la ropa interior.

—Ponte un condón —es todo lo que digo, tan nublada como estoy por la situación.

—¿Qué? —pregunta, mientras coloca con cuidado mi ropa interior sobre una pequeña repisa. Ha fruncido el ceño, así que supongo que sí que ha oído lo que le he dicho.

—Que te pongas un jodido preservativo —le digo, dejando claro que no es negociable, y mi voz suena tan enfadada como estoy ahora mismo. Tal vez sería un buen momento para plantearme qué coño estoy haciendo. Tampoco ahora sucede.

Suelta un suspiro que me parece crispado, y empieza a buscar en su cartera. No se separa en ningún momento de mi cuerpo, ni deja de mirarme con una sombra oscura que da miedo. Así que le cuesta encontrar protección a tientas, pero eso solo hace que mi expectación crezca bajo su atento escrutinio, bajo su mirada anticipadora.

Cuando por fin lo encuentra, se lo quito de las manos. No sé qué me pasa. Solo puedo pensar en tenerlo dentro. Puede que sea la cantidad de meses que llevo sin practicar sexo, ni acompañada ni en solitario. O puede que sea lo increíblemente atractivo que es Erik y lo dispuesto que parece estar a dejarse llevar.

Abro el envoltorio con los dientes, mientras sus ojos me penetran de una manera que debería estar prohibida y que me produce escalofríos. Tienen un brillo casi maníaco.

Intento colocárselo, pero detiene mi mano y se lo pone él.

Cuando está listo, desliza un dedo por mi zona íntima, y sus pupilas se dilatan. Aprieta la mandíbula al comprobar lo mojada que estoy, y me mira un instante, colocándose entre mis piernas. No sé si me está dando tiempo de arrepentirme o si me está avisando de lo que está por

venir. Se produce un último segundo de mirada estática, eléctrica, previo a que no haya vuelta atrás.

Entonces se entierra en mí de una estacada. Ambos gemimos a la vez. Nunca había escuchado nada tan erótico como el sonido que acaba de hacer. Se retira y vuelve a penetrarme con fuerza, y yo me agarro a su cuello con uñas y dientes, porque nunca he sentido nada igual. Parece que él necesita la misma intensidad que está pidiendo mi cuerpo porque empieza a moverse a un ritmo duro, implacable, y sé que no duraré mucho.

Dos o tres embestidas más, y siento cómo mis ojos se cierran, y me dejo llevar por un orgasmo apoteósico, mientras ignoro cómo le estoy clavando las uñas en los hombros y el daño que puedo estar ocasionándole.

De todas formas él no parece notarlo tampoco, y en cuanto empiezo a alcanzar mi orgasmo, él sucumbe al suyo con un par de estocadas duras mientras todo su cuerpo tiembla. Ese sonido que hace que no sé si es un gemido o un gruñido me ha puesto la piel de gallina.

Dos segundos después, cuando todo acaba, me quedo repentinamente fría y soy consciente de lo que acabo de hacer. Ya no hay una niebla de excitación nublándome las entendederas, y siento una urgencia absoluta de salir de allí.

Erik no dice nada cuando retiro las manos de su nuca y lo insto a salir de dentro de mí. Sé que me está mirando, pero mantengo mi vista en el suelo. Recupero mi ropa interior, que está tan perfectamente doblada que hace que frunza el ceño, pues no entiendo cómo ha tenido ese momento de delicadeza con lo frenético y crudo que ha sido todo lo demás. Me la pongo, me bajo el vestido, y salgo rápidamente de los servicios.

No me molesto en buscar a mis amigas. Voy directa al guardarropa para que me den mi abrigo, y huyo todo lo deprisa que puedo de la discoteca.

Tengo ganas de vomitar. En el taxi de camino a casa, todo lo que puedo pensar es en mi madre. En mi padre. En lo que se han hecho el uno al otro, en la lujuria que parece estar presente en todos los miembros de mi familia. ¿Está también en mí? ¿Es por eso que en las dos ocasiones en las que Erik ha estado cerca he perdido todo el raciocinio y no he podido pensar en otra cosa que en satisfacer unos oscuros deseos que no sabía que tenía?

No quiero ser como mis padres. No quiero ser como ellos en absoluto.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente intento evitar cualquier pensamiento relacionado con la noche anterior.

No quiero que Julio descubra lo que ha pasado, y decido que lo sucedido con Erik me lo llevaré a la tumba.

No ayuda el hecho de que mi cuerpo reacciona cuando lo tengo cerca.

Sucede en los pasillos de Trinidad, en la cafetería. En los patios. No lo miro, pero siento su mirada sobre mí como una soga al cuello que me quita el aire. Llena de odio y de deseo. Demasiado torcido todo. Demasiado jodido que me excite saber que me desea, aunque me mire con odio.

Intento centrarme en los estudios y en demostrarle a Julio que todo va bien. Que no ha pasado nada durante el fin de semana que ponga en peligro el contrato entre nuestras familias ni que ponga en duda mi integridad como persona.

He empezado a hacer uso de la piscina climatizada del campus. Me lo sugirió Claudia, que dijo que podría ser una buena idea el combinar la fuerza del saco con algo más liviano y más integral.

La piscina es enorme. Huele a cloro y a humedad. Está prácticamente vacía, salvo por una chica en la primera calle.

Me meto en una calle lejana, y dejo que la primera sensación de frío calme mi mente. Hace siglos que no nado, pero el cuerpo me pide que desfogue.

Es curioso. Había pensado que después del encuentro sexual tan intenso del sábado parte de la tensión acumulada desaparecería, pero ha pasado justo al contrario. Tengo una sensación de expectación y de necesidad creciente que no me gusta.

Hago cuatro largos y salgo de la piscina prácticamente ahogándome. Mi capacidad pulmonar es la justa para alguien que, como yo, solo se mueve a nivel usuario.

Me pongo las chancletas y el albornoz, y me dirijo a los vestuarios. Es tarde, y prácticamente no hay nadie. Tomo nota mental de volver a venir a esta misma hora, para usar la ducha tranquila, sin saber que hay gente esperándome para poder utilizarla.

La semana me resulta complicada en Trinidad cuando no estoy en clase. Julio está empeñado en que pasemos más tiempo juntos, y los ratos en los que ambos coincidimos con Erik me parecen bastante insoportables.

Convenzo a Julio de que podemos estudiar juntos para los parciales. Sé que no es lo que tenía en mente, pero un rato en la biblioteca es algo que sí puedo ofrecerle.

Ursu y Lorena están bastante desaparecidas, aprovechando para estudiar todo lo que pueden.

Los ánimos en general son de nervios, pues la gente le da bastante importancia a los exámenes.

A final de semana mis padres me presionan para que Julio venga a comer a casa el finde.

Cuando intento salir por la tangente, se ponen mortalmente serios.

—Tal vez no fuimos del todo claros con la gravedad de nuestra situación ahora mismo —me dice mi padre, intentando sonar calmado, y fallando. —Te gusta conducir ese BMW, ¿verdad? —levanta las cejas, como si no necesitase respuesta. Prácticamente no utilizo mi coche, aparte de para ir a la uni, porque es más fácil moverse por Madrid con taxi, pero sí, me gusta mi coche. — Pues la única manera de mantener esos pequeños lujos de la vida es perpetuando nuestro modelo de negocio.

—¿No puedes acelerar la firma del dichoso contrato? —Mi voz suena brusca, pues estoy harta de que parezca que el negocio depende de mí, al igual que la suerte de mi familia.

—Los contratos millonarios no se cierran de la noche a la mañana —mi padre me mira con cierto desdén, como si la respuesta fuese tan obvia que es una pérdida de tiempo el tener que contestarme. —El asunto está en manos de nuestros abogados. Cuando lo tengan listo, lo firmaremos.

—Invita a Julio a comer el sábado. Que venga a la una —dice mi madre.

—No es una propuesta —me aclara mi padre. —O empiezas a entender la gravedad del asunto, o ya puedes despedirte de los lujos que tanto te gustan, a ver si así te enteras de una vez de lo que está en juego.

Después de la conversación subo a mi habitación y ya no bajo hasta el día siguiente. Ni siquiera ceno. Me preocupa que la situación económica de mi familia sea tan compleja como dejan atisbar sus comentarios, y temo meter la pata. Es decir, más de lo que ya la he metido. Al menos, por ahora, es una metedura de pata privada.

Decido enviarle un WhatsApp a Julio, invitarle a comer el sábado, y sustituir el plan de estudiar en la biblioteca por estudiar en casa después de la comida. Acepta encantado.

La comida con mis padres el fin de semana es horrorosa. Se empeñan en que parezcamos la familia perfecta, y no paran de hacer referencias constantes a mi futuro con Julio.

Que si podríamos planear un viaje por Grecia para ambas familias. Que si en el velero de mi padre podríamos recorrer el Adriático. Que están orgullosos de nosotros por lo adultos que somos.

Comemos, entre otras cosas, parrillada de langosta con denominación de origen. Está increíble, no me puedo quejar, pues es lo único bueno de la comida. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si de verdad nuestra situación económica es mala, dado lo cara que ha debido de salir la comida, o si mis padres simplemente quieren aparentar frente a Julio.

Cuando subimos a la habitación para estudiar, Julio cierra la puerta y se echa sobre mí. Empieza a besarme, y me pongo tensa. Coloca su mano en mi abdomen y la introduce por debajo de mi camiseta, para acariciarme el estómago.

Suelto una risilla nerviosa y se la saco, mientras él me frunce el ceño.

—Vamos a estudiar, ¿no? —sonrío con la voz temblorosa, y su expresión cada vez es más sombría.

—No veo cómo eso es incompatible con darnos algún arrumaco —suspira, y se pasa la mano por el pelo. —¿Qué hay de tus intenciones de seguir intentándolo? —Me pregunta, y su tono suena impaciente.

—Mis padres están en el piso de abajo —le contesto secamente, aunque el hecho de que mis padres estén en casa no ha sido impedimento otras veces.

Vuelve a suspirar, y agarra su mochila. Saca un libro de mala gana y se tira en la cama.

Yo, de repente, tengo ganas de llorar. Las suprimo, tomo aire, y opto por colocarme en el escritorio, que es lo más lejano a la cama.

Cuando nos despedimos varias horas después, él no se acerca a darme un beso.

Ha sido una tarde extremadamente tensa, y no sé cuánto tiempo voy a poder mantener esta situación.

Los días pasan como un borrón de estudio, tardes con Claudia y con el saco, y alguna que otra escapada a la piscina del campus.

Fuera del horario escolar no veo a nadie, y me limito a estudiar.

Julio prácticamente no me habla. Coincido muy pocas veces con Erik, pero cuando lo hago, sus miradas son taladradoras.

El jueves hago un examen de contabilidad financiera. Salgo satisfecha del aula, y me dirijo a las taquillas donde se han quedado guardadas nuestras pertenencias.

Nunca nos dejan entrar las mochilas o los móviles a los exámenes, es política del centro.

Mientras espero a que salga Lorena, cojo el libro de contabilidad para comprobar un ejercicio, y al hacerlo un papel cae de dentro.

Me agacho a cogerlo, y al ver de lo que se trata tengo que suprimir un grito.

En pintura roja están escritas con trazos furiosos las palabras “*Pedazo de escoria*”.

Miro a mi alrededor, alarmada, pero no hay nadie más en el pasillo. Es lo mismo que ponía en uno de los últimos mensajes que recibí.

Me dan escalofríos solo de pensar que alguien ha estado tocando mis cosas. Que alguien sabía cuál de estas es mi taquilla y se ha atrevido a acercarse tanto.

Porque una cosa son unos mensajes malintencionados a través del anonimato y la distancia del móvil, y otra muy distinta es un movimiento como este.

Rompo la nota en mil pedazos y la tiro en una papelerera cercana.

Cuando Lorena sale, en seguida sabe que pasa algo.

Salimos a unos bancos exteriores y le cuento lo que ha pasado. Ella me mira horrorizada. Quiere ver la nota, pero lo último en lo que estaba pensando era en guardarla.

—Es una prueba —insiste, pero no voy a ir a buscarla. Además, está rota. La basura es donde tiene que estar.

Se nos une Úrsula, que trae muy mala cara y ojeras, pero ninguna de las dos le preguntamos por sus exámenes. Lorena la pone al día.

—Pero, ¿qué dices? —me mira con una expresión de espanto. —¿Por qué no nos dijiste que habías recibido más mensajes? Esto puede ser peligroso.

Peligroso. Molesto, sí. ¿Peligroso? No sé cuántas agallas puede tener la persona que está haciendo esto. Miro por encima de mi hombro, y veo que mis amigas también están mirando alrededor.

—No lo entiendo. Te mandan mensajes y notas insultándote pero, ¿para qué? ¿Te han pedido dinero o algo? ¿Chantajeado de alguna manera? —Lorena se está tocando las sienes, como si intentara resolver un puzle.

Niego con la cabeza.

—¿Se lo has contado a tus padres? —pregunta Úrsula. —Creo que deberían saberlo.

—No, no voy a preocuparles con este asunto —aprieto la mandíbula ante la cantidad de

emociones que se me agolpan en este momento. —Ya sabéis que están muy enfrascados en el posible negocio con la familia de Julio. Lo último que necesitan es que los atosigue con mis preocupaciones.

—Pero eres su hija —espeta Ursu. No pierdo el tiempo en explicarle la situación. —Tal vez deberías hablar con Julio —propone.

—Ya sabéis que no estamos en nuestro mejor momento —y dejo colgando el resto de la frase, el que todas sabemos. El que está implícito y no hace falta pronunciar. “No estamos en nuestro mejor momento porque se acostó con Úrsula, aquí presente”.

—Caye, a mí esto me da miedo. No sabemos si esta persona va a ir a más. Tus padres necesitan saberlo. —Ursu deja de hablar, cuando me ve negar de nuevo con la cabeza.

—Si veo que va a más, hablaré con ellos —les aseguro, pero ambas mantienen sus semblantes preocupados.

La siguiente semana hago una escapada a las oficinas de mi padre.

Tengo que revisar unos documentos para un trabajo de investigación comercial. No es la primera vez que uso la empresa familiar para los trabajos de la universidad. Me resulta muy fácil tener acceso a los documentos.

Sara, la recepcionista, siempre me facilita todo lo que le pido.

Cuando llego a la sede, el portero me sonríe. Lleva siglos trabajando aquí.

Sara no está por ningún sitio, así que me dirijo al despacho del final del pasillo, donde guardan los archivos de contabilidad.

Solo hay una puerta abierta, pues el horario laboral terminó hace horas. Llamo ligeramente con los nudillos cuando veo a Lucas, el hermano de Ursu, en su escritorio oculto tras una montaña de papeles.

—Ey, Cayetana —se sobresalta ligeramente, y después se levanta, sonriendo. Se acerca a saludarme con un par de besos. —¿Cómo estás?

—Bien, intentando terminar un trabajo para la uni. ¿Y tú?

—Uf, hasta arriba de trabajo —se gira y me señala los rascacielos formados por carpetas, —ya puedes ver.

Le hago una mueca cómplice.

—¿Sara se ha ido ya a casa? —le pregunto, y cuando me mira con extrañeza, siento la necesidad de añadir —Sara, la secretaria —obviamente sabe quién es. Lleva un montón de tiempo trabajando en la empresa.

Abre bastante los ojos y parece dudar antes de hablar. Cuando finalmente lo hace, me descoloca.

—Hace meses que Sara no trabaja aquí.

—¿Se ha ido a trabajar a otro sitio? —No salgo de mi asombro. Lleva tantos años en la empresa que prácticamente es parte del lugar. Es hasta raro ver el mostrador sin ella detrás.

—No... La despidieron, pensaba que lo sabías —Lucas se rasca la nuca, claramente incómodo.

—¿La despidieron?

—Sí, y a tantos otros. Carmen, Óscar...

—¿Carmen la contable? Pero, ¿por qué?

No lo entiendo, ni sé cómo mis padres no me han dicho nada. No es que hablemos con frecuencia del negocio, pero estamos hablando de personas que conozco desde que era niña.

—Ya sabes, las cuentas no van bien —me dice, como si fuese algo evidente. —No había más remedio que recortar gastos, y como ahora han abaratado legalmente el despido... —se encoge

de hombros, y veo que se ruboriza ligeramente — salía más a cuenta contratar nuevo personal y becarios, que no cobran los pluses de antigüedad.

Creo que se me ha quedado la boca abierta. Me cuesta creerlo. Sin embargo, es esa mentalidad de empresario agresivo la que ha hecho que mi padre esté donde está. El rubor que se extiende por el cuello de Lucas me hace pensar que él también estaba de acuerdo con la decisión.

—Crucemos los dedos para que tu padre pueda cerrar el contrato con los Vélez —dice con una sonrisa tensa. —Si no, las cosas se van a poner muy feas por aquí.

Asiento distraídamente.

—En fin, no te entretengo más. Tienes mucho trabajo, por lo que se ve —le digo, señalando a su escritorio cuando logro recobrar el habla. Le digo que voy a mirar los archivos durante un rato. Él me dice que no me preocupe, que va a seguir trabajando hasta altas horas, que simplemente cierre la puerta al salir.

Nos despedimos, y entro en la oficina de contabilidad.

No me puedo creer que mi padre haya prescindido de Carmen. Era la mejor contable del mundo. Avispada como ella sola, pero también en la cincuentena bien entrada. ¿Habría podido encontrar otro trabajo? De nuevo, la idea de que los ricos tratan a la gente como objetos reemplazables, de usar y tirar, me viene a la cabeza.

Miro los archivos de contabilidad de los últimos años, y hay un claro decrecimiento de los ingresos, con una tendencia muy al alza de los gastos. Ver la evolución de los últimos años es como ver un tren a punto de descarrilar. Un escalofrío me sube por la espalda. Las cifras que tengo delante tienen en mí un efecto mucho más potente que los comentarios de mis padres.

Por primera vez soy consciente de que nuestro nivel de vida está realmente en riesgo.

Cuando vuelvo a casa, no le digo a mi padre que he estado en la empresa. Es posible que no me comentase nada acerca de los despidos con intención de protegerme, de evitar que me asustase ante el panorama tan desolador que tenemos delante.

Miro mi habitación reparando en cada detalle. La enorme cama King size. La colcha de diseño. El precioso baño anexo con el jacuzzi.

Sé que puedo vivir con muchas menos cosas de las que tengo pero, ¿y mi madre? ¿Podrá sobrevivir sin una vida llena de lujos, de asistentes a las que mandar, de visitas semanales al spa con sus amigas? ¿Y mi padre? Normalmente el club de golf es su único escape social cuando no está trabajando.

Sé que la mayoría de estas cosas no me hacen falta. Pero necesitar no es lo mismo que querer, y yo quiero mantener esta vida.

Si la empresa se va a pique... ¿de qué viviré? ¿De la caridad de otro empresario, como hizo mi padre con Lucas? ¿Tendré que ir echando curriculums, empresa tras empresa? Hay excedente de graduados en Economía. Mis notas y mis capacidades no son mejores que las de cualquier persona media. Lo único que me hace diferente es el dinero de mi familia.

El sábado hago una excepción y voy al gimnasio con Claudia. Ella no está trabajando como monitora, porque es su día libre, pero se ofrece encantada a acompañarme en el sótano. Charlamos animadamente, y me encuentro sonriéndole, porque estar con ella es muy agradable. Como no me conoce de nada, es más fácil ser yo misma sin sentir que me juzga.

Cuando vamos al vestuario y cruzamos la sala de máquinas, suprimo la risa que me produce ver cómo hincha su pecho e intenta sacar más músculo del que tiene, para que todos la miren.

Me atraganto con mi propia respiración cuando veo que Erik está en una esquina lejana, haciendo flexiones de brazos en una barra elevada.

Retiro rápidamente la vista, pero tanto él como Claudia me han visto.

—Está bueno el príncipe, ¿que no? —comenta, y yo me hago la loca. —No es que a mí me vayan mucho este tipo de hombres, ni los hombres en general. Pero si me fueran, a este le daría un buen meneo. Y eso que hoy lleva puesta la camiseta, espérate a verlo sin ella.

Por un segundo había pensado que Erik me estaba acosando o algo así. Por los comentarios de Claudia, ya lleva tiempo en el gimnasio. Como siempre estamos en el sótano, no lo había visto.

De repente, parece que mi oasis personal junto a Claudia ha sido invadido. No me gusta. No quiero que esté aquí. Este gimnasio es mi sitio seguro, una burbuja para mantenerme alejada de Julio, Erik, número oculto y problemas financieros familiares.

Me ducho rápidamente y, cuando estoy saliendo del vestuario, me doy de bruces con un sudadísimo Erik. Pierdo un par de pasos.

—¿Puedo hablar contigo? —Dice, aunque parece más una orden que una pregunta.

Le dejo con la palabra en la boca mientras lo bordeo. No creo que haga falta ni responderle, mi actitud es suficiente.

Todavía no me puedo creer lo que pasó entre nosotros, y ni estoy lista para encarar una conversación con él, ni sé si lo estaré nunca. Por dios, es el mismo chico con el que hacía guerras de globos de agua... y ahora sé lo que es tener sexo con él.

Soy consciente del hecho de que llevo siglos sin hablar con Julio más allá de intercambiar saludos en Trinidad. Concretamente, desde que estuvo estudiando en casa hace un par de semanas.

Le mando un mensaje para ver qué va a hacer esta noche, aunque está claro lo que va a hacer. Lo mismo que todos nosotros. Ir a Agüero a la zona VIP para celebrar que hemos terminado los parciales.

No he vuelto a esa discoteca desde la noche en que me lié con Erik en el balcón, y la verdad es que no tengo ninguna gana de hacerlo. Y menos sabiendo que ni Úrsula ni Lorena acudirán en esta ocasión.

Julio me contesta de manera muy escueta, y empiezo a preocuparme, porque la dinámica habitual con él hasta ahora ha sido la de dejarme que lo mangonease para redimir su culpa. No puedo permitirme que cambien las tornas a estas alturas de la película, cuando sé qué hay en juego.

Me pongo una minifalda negra que resalta mi trasero, y una camisa con botones de perlas. Es una combinación perfecta entre sensual y clásica. Me maquillo con esmero, y no salgo de casa hasta que me veo impecable.

Llego en taxi hasta la puerta del local y, nada más decir mi nombre al portero, atisbo a Erik.

Todavía no ha subido a la zona VIP, está junto a un grupo de gente que no conozco en la zona común. Se aleja de ellos y me corta el paso. Cuando voy a bordearlo, me agarra del brazo.

—Tengo que hablar contigo —su voz es tan grave que lo escucho perfectamente por encima de la música aguda.

—Suéltame —espeto, y me suelto yo misma bruscamente.

Subo a la zona reservada y un portero me abre el cordón de terciopelo. Erik sube detrás de mí.

Localizo enseguida a Julio. Su camisa está tan planchada que le da una sensación estática. Como si fuese un maniquí.

Me acerco y le sonrío, pero él no me sonrío con la misma intensidad.

—¿Qué tal? —Le pregunto, interrumpiendo con mi llegada a Andrés, que parece que les estaba contando algo de un negocio nuevo importante de su familia. Me siento en la banqueta cercana a la suya.

—Bueno, aquí ando —me dice apáticamente, y Andrés y Víctor dan por terminada la conversación y nos dejan solos.

—¿Qué te pasa? —Le dedico una mirada inocente, que espero que se crea. Es evidente lo que le pasa. Se ha hartado, y un sudor frío empieza a formarse en mi nuca. No puedo dejar que eso pase.

—¿Tú qué crees, Caye? —Suelta un suspiro cansado y me mira, como derrotado. —Ya no sé qué hacer para llegar a ti.

Trago saliva.

—Estoy aquí mismo —le digo, intentando poner la voz más dulce que soy capaz y que aun así me escuche con la música.

—Sabes a lo que me refiero —él chasquea la lengua. No es tonto. —No lo entiendo. Estoy haciendo todo lo que está en mi mano. Somos perfectos juntos. Tú y yo —hace un gesto que nos incluye a ambos. —Siempre lo hemos sido. En un año nos graduaremos, tenemos el mundo a nuestros pies. No entiendo por qué ahora es todo tan difícil contigo. Por qué nos pones en riesgo. Por qué estás tan esquiva cuando todo puede ser perfecto. Cuando nuestras familias van a embarcarse juntas en un negocio tan importante.

Dejo de respirar. No sé por qué nombra el negocio.

Por un momento me ha parecido que hay una amenaza velada en su discurso. ¿La hay? ¿Me está diciendo que el contrato peligra si yo no pongo de mi parte? ¿Cómo de retorcido es esto?

Su expresión es neutra, y no puedo leerla. No cuando yo misma estoy intentando que él no pueda leer la mía. Nunca antes Julio ha hecho mención a los negocios compartidos.

Me repito que ha sido una mera manera de hablar y no una advertencia. Le cojo la mano entre las mías y, solo por si acaso, empiezo a jugar mi juego. Mi familia no va a perder todo lo que tiene porque un niño consentido no haya sabido mantener su bragueta cerrada y no sepa atenerse a las consecuencias de sus actos.

Me sorprende el rumbo de mis pensamientos, y la rabia que traen consigo. Pero por fuera, todo lo que muestro es una triste sonrisa.

—Te juro que lo estoy intentando —me quedo mirando nuestras manos entrelazadas. Como él no dice nada, evalúo mis opciones, pero la verdad es que no sé cuáles tengo. Me doy cuenta de que no puedo ganar si no conozco bien a mi oponente. Y ahora mismo no tengo ni idea de cuál es su mano.

Oponente. Nunca imaginé que pensaría en Julio de esta manera. Suelto un suspiro exagerado, y levanto la mirada lentamente, poniendo especial interés en que me vea vulnerable. —Sabes lo importante que eres para mí. No quiero perderte. No quiero perdernos —hago una especie de puchero y bajo la vista.

Inmediatamente él lleva su mano a mi barbilla y me levanta el rostro para que lo mire. Me acaricia la mejilla con cara triste. Tal vez he imaginado todo. “Es solo por si acaso”, me digo. “Tengo que curarme en salud”. Y cuando sus dedos se posan en mis labios sé que, al menos esta noche, la partida no ha acabado.

Julio se inclina y me besa. Escucho cómo se rompe un vaso en la distancia. Interrumpe el beso y los dos levantamos la cabeza.

Parece que un camarero ha tropezado con Erik y se le ha caído la bandeja. Me esfuerzo por devolver mi atención a Julio. Le acaricio los mechones de la nuca, con cuidado de no despeinarlo

mucho. Bastante le cuesta mantener su peinado impoluto. Es un gesto que he hecho miles de veces, pero en esta ocasión me resulta artificial.

Me sonrío, satisfecho con la situación, y se sienta en la banqueta conmigo en su regazo.

—Eso está mejor —dice, mientras recorre con la punta de la nariz el espacio que va desde mi clavícula hasta el lóbulo de mi oreja. —Esta es la única manera. Solo así podemos ser tú y yo. Solo así podemos seguir adelante con lo que está planeado.

Vuelvo a sentir un escalofrío, cada vez más segura de que se está reafirmando en su amenaza. Logro mantener una mueca dulce mientras por dentro me estoy asfixiando. El agarre de Julio sobre mi cadera es férreo, anclándome a su lado, sobre su regazo. Arrastrándome a las profundidades.

Se nos unen Andrés y Víctor. Empiezan a hablar sobre deportes. No escucho ni una sola de sus palabras. Me pitan los oídos y la estridente música reverbera en mi pecho. Me siento presa. Una gacela atrapada por un león. ¿Cuándo he llegado a este punto? ¿Desde cuándo he dejado de ser libre?

Ahora mismo odio cómo la mano de Julio me acaricia la rodilla. Odio todo esto.

Y entonces se nos acerca Erik, que está claramente borracho. Al principio parece que no repara en mí, pero los esfuerzos que hace por no mirarme son antinaturales. Temo que alguien se dé cuenta. Pero los chicos están demasiado absortos en su conversación.

Es muy incómodo tenerlo tan cerca de Julio, y me da miedo que pueda irse de la lengua. Dicen que los borrachos nunca mienten. Le busco la mirada, y entonces me doy cuenta de que la suya está clavada en el camino que recorre la mano de Julio sobre mi muslo. Su expresión, durísima. Cuando por fin me mira, me sobresalto ligeramente. Si las miradas matasen, Erik acabaría de asesinarme.

Me hace un imperceptible gesto para que vaya al baño. No me molesto en negar.

Una chica guapísima que no he visto hasta ahora se le acerca y le toca el codo. Él se gira lentamente, y se ponen a hablar. Ella sigue tocándolo mientras hablan. Me pregunto si se habrán acostado. Por las confianzas que se toma ella, yo diría que sí. La fama de Erik es conocida en todo el campus. No es que eso disuada lo más mínimo a sus ligues cambiantes. Supongo que ese rostro y ese cuerpo son difíciles de resistir.

Trago al recordar que yo también he caído, aunque no me meto en el mismo saco que otras chicas. Sé que ha habido muchas que han buscado tener una relación seria con él, a pesar de que todo el mundo sabe lo inestable que es. Creo que en mi caso lo puedo resumir en un win-win. Usarlo. Usarme. Desfogarme. Desfogarse.

Y solo pienso en lo libre que me siento las dos veces que nos hemos liado. Ya no me acuerdo de lo mal que me he sentido después. Quiero tener esa falsa sensación de control. De saber que si quiero, lo tengo. Que Julio no me controla, y que mis padres no son dueños ahora mismo de mi destino. Que el chico que me está acariciando la rodilla no acaba de amenazarme entre sonrisas. Que soy libre.

Y todo eso lo concentro en un pensamiento, y es que quiero acostarme con Erik.

Le busco la mirada, pero él no me mira. Está mirando a la modelo que tiene delante y que no para de tocarlo.

Le digo a Julio que voy a pedir un chupito de tequila; lo necesito para envalentonarme.

Resulta que él también quiere y se acerca conmigo a la barra. Mientras esperamos que la camarera nos lo sirva, empieza a manosearme el culo. La falda es demasiado apretada y noto cada movimiento que hacen sus dedos. No quiero que me toque. Me giro y le hago un gesto para que se dé cuenta de que tenemos público. Él me señala alrededor. Nadie nos presta atención.

Nadie, excepto Erik, al cual puedo ver perfectamente desde aquí.

Ha dejado de mirar a la chica y tiene un brillo asesino en los ojos, que me asusta y me excita a partes iguales. No sabría decir si está celoso. No sabría decir qué pasa por su cabeza, más allá de que creo que me desea tanto como me odia. Entiendo que odie a mi familia. Lo entiendo, después de lo que pasó con su madre.

Nos tomamos el chupito y volvemos con el grupo, con los ojos de Erik clavados como puñales en cada uno de nuestros movimientos. Ha aparecido Martín, y Julio tiene ganas de discutir con él no sé qué asunto. Le digo que voy a buscar a Lorena y a Ursu, aunque no estén, porque eso él no lo sabe.

Me alejo de Julio y localizo a Erik. No me cuesta ni un segundo cruzar la mirada con él pues, aunque parece prestar atención a la chica, sé que todos sus sentidos están puestos en mí. Ahora soy yo la que le hace un gesto para que me siga al baño.

El corazón me va a mil por hora. Bombea tan rápido que creo que me va a saltar del pecho. Hay una chica saliendo de los servicios justo cuando entro yo, pero nadie más, al menos a la vista.

Atisbo a ver mi reflejo, y el brillo de excitación que tienen mis ojos. No creo que me haya visto nunca así.

Entro en uno de los cubículos y entrecierro la puerta. Intento tranquilizar mi respiración, pero un segundo después entra Erik y cierra de un portazo. Doy un respingo y quiero decirle algo, pero me dice que no con un gesto de cabeza.

Sus ojos tienen un brillo siniestro, casi demencial.

Una de sus manos se enreda en mi pelo y me atrae hacia sí con una fuerza algo excesiva. Empieza a besarme y yo me pierdo en su sabor, en el calor que desprende su cuerpo. En lo duros que son sus músculos y sus brazos a mi alrededor.

Mis manos se deslizan por su vientre, pero él me las agarra.

—No —dice con voz grave, mientras me las apresa en una sola de las suyas, y utiliza la otra para tocarme el pecho.

Intento liberarme para poder tocarlo, pero me sujeta con más fuerza.

—¡No! —me vuelve a decir, evitando que lo toque, su voz dura por el enfado.

Y yo no me pregunto qué cojones está pasando, solo me dejo llevar, y cuando me da la vuelta y me sube la falda suelto un gemido, porque estoy muy excitada pese a lo mal que está todo esto.

Sigue teniendo mis manos en una de las suyas. Me las sube justo encima de la cabeza, y en un movimiento fiero me arranca el tanga. Me aprieta contra la pared, mi pecho pegado a las baldosas. Siento los pezones duros rozando contra la tela del sujetador.

Estoy respirando tan erráticamente que cada bocanada es un jadeo.

Empieza a tocarme el culo, deliberadamente lento, justo donde Julio tenía sus manos un rato antes. Me estremezco, porque empiezo a ver que su enfado está relacionado con mi novio.

Su agarre cada vez se torna más posesivo, más intenso. Su mano baja hasta que está entre mis piernas, y casi me da vergüenza cuando desliza su dedo entre mis labios y comprueba lo empapada que estoy. Casi. Ahora mismo no puedo pensar.

La respiración de Erik se vuelve costosa mientras desliza el dedo por mi zona íntima. En un momento apoya su frente en mi espalda y para, como si estuviera luchando por recuperar el control. Prácticamente está jadeando.

Intento soltarme las manos para poder tocarlo, o poder tocarme, pero eso solo hace que me las sujete más fuerte.

—Tócame —jadeo, y me jode tener que pedirselo. Pero, llegados a este punto, solo quiero una

cosa.

Suelta un gruñido ronco que se desliza por mi espalda como aceite caliente, y escucho cómo se desabrocha el pantalón y se baja la bragueta. También soy consciente de que está sacando un preservativo. Gimo ante la insoportable anticipación.

Vuelve a tocarme el culo, apretándolo de forma posesiva, y me muerde el hombro. Me retuerzo ante la sensación.

Coloca su erección entre mis piernas y me penetra con fuerza. Gimo y él empieza a moverse con decisión. En seguida estoy a punto de terminar, pero, cuando voy a hacerlo, se detiene completamente, su respiración acelerada. Empiezo a intentar soltarme de nuevo, pues no entiendo por qué para, pero él me tiene sujeta y no me lo permite. Necesito tanto esta liberación...

—Después de lo que pasó la otra noche, no pensé que volvería a verte tonteando con él. —Me susurra roncamente al oído, y la rabia de su voz hace que me estremezca y me acalore al mismo tiempo. —Quiero que lo dejes, ¿me oyes? Porque pierdo la cabeza cuando te toca. —Sentencia. Entonces me vuelve a penetrar con fuerza, una y otra vez. —No. Quiero. Que. Te. Toque. —Marca cada una de las palabras, cargadas de rabia, con una intensa penetración y me aprieta las muñecas cada vez más fuerte, y yo creo que me voy a morir allí mismo de la excitación y del bochorno de que algo tan retorcido me tenga al borde de un orgasmo. —¿¿Me oyes?? —Vuelve a susurrar en mi oído, y me muerde el lóbulo con cierta fuerza para reiterar.

No puedo respirar. Sigue moviéndose de una manera tan controlada, tan fiera, que no puedo quitarme la sensación de que, de alguna manera, me está castigando. Y de que se siente bien. Pero no, coño, no está bien. Necesito llegar al orgasmo para poder volver a pensar con claridad.

Cuando voy a terminar por fin, sale abruptamente de mí y yo creo que voy a perder la cabeza. Me gira, manteniendo todavía mis manos apresadas sobre mi cabeza. Levanta una de mis rodillas y la coloca sobre su cadera.

Me mira con esa expresión de odio y de anhelo de siempre, pero multiplicada por mil. Se coloca entre mis piernas y vuelve a penetrarme con determinación. Sus ojos están clavados en los míos, y ese brillo demencial en sus iris azules hace que todo sea demasiado intenso y que estalle en mil pedazos. Casi no noto cómo ha utilizado su mano libre para taparme la boca y que no nos escuchan. Gimo en su palma y dejo que su cuerpo me sostenga por completo, porque por un momento me he vuelto de gelatina.

En cuanto mi orgasmo termina, se detiene, aunque él no ha acabado. Me suelta las manos, sale de mí y aprieta la frente contra las baldosas. Salgo de entre su cuerpo y la pared, pero él se queda ahí, con la mano sobre su cabeza y la frente apoyada en los azulejos. Completamente vestido y con los pantalones ligeramente abiertos. Respirando tan costosamente que se cuele algún gruñido, su pecho subiendo y bajando sin parar, con los ojos tan cerrados como sus puños. Sus nudillos están blancos como la cal.

Me recoloco la falda y echo un vistazo al tanga de encaje azul marino, roto en el suelo. Inservible.

Salgo del baño dejando ahí a Erik, sintiendo que estoy jodida, bien jodida. No puedo seguir ni un segundo más en la maldita discoteca. Tampoco puedo irme sin decirle algo a Julio. Me vuelvo a recolocar el pelo, y me choco con Andrés. Creo que me pregunta si me encuentro bien. Le digo que no, que estoy vomitando, que por favor le diga a Julio que me voy a casa antes de abochornarme en la pista de baile. Se ofrece a acompañarme fuera pero me deshago de él.

Ni siquiera cojo mi abrigo del guardarropa. Paro un taxi en la misma puerta y me alejo de la situación más vergonzosa de toda mi vida.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente compruebo el móvil. Julio contestó al WhatsApp que le mandé desde el taxi explicándole lo mismo que le dije a Andrés. Su mensaje dice que lamenta que me pusiera tan mala y que, de haberle avisado, me habría acompañado a casa.

Lo siguiente que hago es plantearme si necesito una terapeuta. Está claro que algo no funciona bien en mí. Cuanto más pienso sobre anoche, más creo que Erik estaba intentando infringirme algún tipo de castigo. Es jodidamente siniestro por su parte. Y por la mía.

Me estremezco al pensar en sus palabras y en sus envites. *No. Quiero. Que. Te. Toque.*

Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo, y lo peor es que me vuelvo a excitar.

Me planteo el realizar una búsqueda en internet sobre trastornos sexuales. Con navegación de incógnito, por supuesto.

Me cuesta horrores salir de la cama el domingo, y solo lo hago porque mis padres me obligan a bajar a comer.

Las vacaciones de Semana Santa están muy próximas y no veo el momento de que lleguen.

Ni el lunes ni el martes de la siguiente semana veo a Erik. Parece ser que no ha venido a clase. Un alivio, sin duda.

Hago un esfuerzo enorme por mostrarle más atención a Julio. Le toco cuando lo tengo cerca, le acaricio el brazo. Cosas de esas que antes solía hacer.

No ha vuelto a sacar el tema del negocio.

Cuando intento recabar información sobre el asunto en la cena, mis padres me cortan de malas maneras. Están estresados y no, no tienen ni idea de cuándo se va a firmar el contrato. Esperan que pronto, porque estamos con el agua al cuello. La sola idea me aterra bastante.

El miércoles Erik sí que está a la hora de la comida. El verlo en la mesa sentado junto a los demás me produce tanto malestar que, por un momento, me planteo el dar media vuelta y no comer. Pero Julio me ha visto y no tengo escapatoria.

Me acerco con pasos lentos e, inevitablemente, recuerdo cómo vi a Erik la última vez, la rabia en sus facciones mientras trataba de calmar su respiración.

Sorprendentemente, Erik no me mira ni una sola vez. Mis ojos se escapan a su rostro varias veces, pero él está hablando con Alexia y su mirada únicamente va de su plato a ella y viceversa.

Julio está cariñoso. Es incómodo, pero no se sobrepasa en ningún momento.

Paso la tarde en el gimnasio con Claudia y, en lugar de hacer saco, hacemos sentadillas. Una ocurrencia horrible. Cuando conduzco de vuelta a casa, prácticamente no puedo ni pisar los pedales, sintiendo ya las agujetas.

Al llegar a la entrada de mi urbanización, el guardia de turno sale de la garita con un paquete rojo en la mano. Bajo la ventanilla.

—Envío para usted, señorita Cayetana —lo recojo y le doy las gracias.

Lo dejo en el asiento del copiloto y recorro el espacio hasta nuestra pequeña mansión.

Aparco el BMW y miro el paquete. No recuerdo haber comprado nada, y el envoltorio es más de regalo que de servicio de mensajería.

Lo desenvuelvo y sonrío al ver una enorme caja surtida de bombones. Miro por los dos lados del paquete, pero no hay ninguna nota. Abro la solapa, para ver si la nota de Julio está dentro. Tampoco.

Los bombones son artesanales, de una tienda del centro. Lo sé porque Julio me los ha enviado varias veces en el pasado. Cada uno en su pequeña oquedad. Cada uno distinto, pero todos igual de apetecibles. Mi tripa ruge tras el esfuerzo hecho en el gimnasio, y me llevo uno a la boca. Gimo al comprobar lo bueno que está. Mientras lo mastico, mis ojos se posan sobre uno de los dulces, sobre su extraña forma. Y antes de que en mi cabeza se haya formado el pensamiento completo, grito, lanzando todos los bombones por la tapicería.

Escupo el chocolate y me mancho la ropa. Todo en lo que puedo pensar es en sacarme eso de la boca. He visto una cucaracha. O un escarabajo. No sé, un insecto asqueroso en uno de los recovecos donde tenía que haber un bombón.

Salgo a trompicones del BMW, y vuelvo a escupir sobre la gravilla. Abro la parte de atrás del coche y saco la bolsa del gimnasio. Cojo la botella de agua y me enjuago para volver a escupir, por si aún me quedan restos. Me seco la boca con la manga, y noto que me he quedado fría.

Mi cerebro me dice que algo no cuadra.

Tomo aire y me asomo al interior del coche. Hay bombones por todos los lados. Está oscureciendo, así que pongo la luz interior del habitáculo.

Cojo la caja vacía. “Es totalmente imposible”, me digo, y echo un vistazo general. Entonces la veo. Efectivamente. Ahí está. Una cucaracha enorme muerta, en el asiento del copiloto. Suprimo una mueca de asco, cojo un pañuelo y la lanzo al exterior. Me da un escalofrío. Siempre he odiado estos bichos.

Lanzo la caja de bombones de nuevo sobre el asiento y decido que no voy a limpiar el desastre ahora. Que estoy muy cansada, y que quiero meterme en la cama y que el día acabe. Así que cierro de un portazo y me voy a casa.

Después de cenar, no paro de darle vueltas. No consigo dormir. Tengo una sensación de extraña inquietud. Es muy raro todo.

Quiero escribirle a Julio para preguntarle por los bombones, pero si no ha sido él quien los ha enviado, querrá saber por qué alguien me los manda. ¿Y si ha sido Erik? Aunque ni de coña encaja con él.

Pienso en la bombonería en cuestión. El mimo que le ponen a todo. Lo altísimos que son sus precios. Me resulta bastante increíble que se les haya podido colar una cucaracha en uno de los embalajes y que no se hayan dado cuenta. Entonces me quedo congelada. ¿Y si no ha sido algo fortuito? ¿Y si alguien la ha puesto ahí?

A medianoche decido bajar sigilosamente al coche, el abrigo sobre el pijama. Llevo la linterna del móvil, pero vuelvo a encender la del habitáculo.

Cojo la caja y empiezo a recoger los bombones con cuidado. Los voy colocando cada uno en un hueco. Quiero ver si están todos salvo el que me he comido. Y entonces veo otra cucaracha, y otra más. Me dan ganas de vomitar. No, no ha sido fortuito. Alguien me ha enviado una caja de bombones con tres cucarachas, como mínimo, dentro. Las observo, veo que sus patas no están, y me pregunto si alguien se las ha cortado, para que parezcan más ovaladas a simple vista. Tampoco veo que tengan ningún tipo de antena. Reprimo las arcadas.

Siento la necesidad de mirar fuera del coche, pues creo que alguien me observa.

No puedo ver nada a través de los vidrios, pues la luz del interior del vehículo hace imposible que se pueda ver la oscura calle.

Me estoy volviendo paranoica. Termino de recoger los bombones, y voy tirando las cucarachas al exterior, ayudándome de un pañuelo para no tener que tocarlas.

Cuando termino, el cómputo total de cucarachas es de cinco. Cinco jodidas cucarachas.

Tiro el paquete de bombones en la basura, y aunque es claramente una mala idea, decido ir a la garita del guardia de seguridad. No está muy lejos, a menos de un kilómetro de mi casa, y esta es una urbanización segura.

Si arranco el coche despertaré a mis padres. Voy caminando. La linterna del móvil en la mano y el abrigo apretado sobre mi cuerpo. Las pantuflas haciendo ruiditos al chocar contra la gravilla.

Claramente el señor de seguridad se sobresalta.

—Cayetana, es usted —dice, llevándose una mano al pecho. —Me ha asustado, ¿se encuentra bien? —Sale de la garita por si es necesario ayudarme, y me mira de arriba abajo, reparando en que llevo puesto el pijama bajo el abrigo.

—Sí, disculpe, no era mi intención —conforme voy hablando, más ridícula me siento. — ¿Sabe quién ha dejado el paquete que me ha entregado antes? El de color rojo.

—No, señorita. Lo han entregado esta mañana, a Ramón. Él me lo ha dejado a mí en el cambio de turno. Pregúntele a él mañana o, si lo prefiere, puedo preguntarle yo cuando lo vea.

—No se preocupe, le pregunto yo —digo, sintiendo las lágrimas picar en mis ojos y tengo que hacer un enorme esfuerzo por que no salgan. Doy las buenas noches al guardia y vuelvo sobre mis pasos.

Las sombras que proyectan los setos de las mansiones se me antojan espeluznantes. Escucho ruidos y siseos a mi lado. Un búho ulula cerca, y doy un respingo.

Me apresuro a llegar a casa, repentinamente asustada en el camino, y sin poder quitarme la sensación de que alguien me observa.

Cuando llego, me voy directa a la ducha. Me he duchado en el gimnasio hace unas horas, pero siento la necesidad de limpiarme después de haber estado en contacto con los insectos.

Estoy furiosa y asustada.

Cuando por fin me meto en la cama, veo iluminarse en la oscuridad la lucecita led que anuncia una notificación no leída en el móvil.

Me quedo petrificada al ver que es un mensaje del número oculto.

Me cuesta respirar, y me tiemblan los dedos sobre la pantalla, dudando de si abrirlo o no.

Cuando finalmente lo hago, hay un archivo gif dentro, nada más. Lo descargo, y miro horrorizada cómo empiezan a aparecer cucarachas moviéndose por toda mi pantalla, hasta llenarla totalmente, y aparecen unas letras rojas sobre los insectos. “Buen provecho, puta”.

No pego ojo en toda la noche. La situación está yendo a más, y no sé cuánto más puede escalar. Primero mensajes, después la nota en mi libro, y ahora este regalo en casa. En mi casa.

Me angustia pensar que quien quiera que es, sabe dónde vivo.

Si lo analizo fríamente, era esperable que lo supiera. Cualquiera que esté en Trinidad o tenga contacto con alguien de la facultad, lo sabe. Prácticamente todos los alumnos hemos sido compañeros toda la vida, hemos celebrado fiestas de cumpleaños en nuestras casas, hemos quedado para hacer trabajos. Yo sé dónde viven casi todos ellos.

Está claro que es alguien de ese círculo.

No puedo evitar pensar en lo que comentó Lorena el día de la nota. ¿Qué quiere esta persona? ¿Asustarme? ¿Insultarme? Se está tomando muchas molestias solo para transmitirme su odio.

A la mañana siguiente tengo que utilizar medio bote de corrector para intentar disimular las ojeras. Tengo que hablar con alguien del asunto. Necesito desahogarme.

Cuando salgo de la urbanización le pregunto al guardia del turno de mañana sobre el paquete. Me dice que lo dejó un repartidor, no cree que llevase ningún logo de empresa en la chaqueta. Hombre, estatura media, mediana edad, cabello con algunas canas. Puede que llevase gafas. O puede que no, dice, porque ahora está dudando. Sonsaco que no le prestó ninguna atención y que, sin recibo de entrega, no podemos hacer nada.

—¿Alguna cámara de seguridad pudo grabarlo? —pregunto, y la cara del hombre se empieza a tornar muy preocupada. —Se trata de una apuesta con las amigas —le quito importancia con la mano e intento que mi voz suene desenfadada. —Es como un amigo invisible, vamos recibiendo regalos, y la primera que descubra quién es la que se los manda, gana —el hombre me mira con extrañeza, como si estuviera decidiendo si crearme o no. En algún momento niega levemente con la cabeza, manteniendo un diálogo interno. —En este caso, sería hacer un poquito de trampa, pero necesito poder terminar con el juego y centrarme en los estudios —le digo, sonriéndole con toda la inocencia que puedo. Él asiente con la cabeza, pero me parece ver un brillo de hastío en sus ojos mientras lo sigo a la garita. Puede que esté hastiado de las estupideces que tenemos la gente rica.

Se sienta en su silla, frente a la que hay cuatro pantallas, cambiando constantemente la zona de la urbanización desde la que se está grabando. Teclea algunas claves en el ordenador que hay sobre la mesa, y accede a las grabaciones de ayer por la mañana. Cree que el repartidor llegó a eso de las once. Pasa en cámara rápida hasta ese momento y, entre autos de lujo entrando y saliendo, aparece una furgoneta blanca que queda aparcada fuera de cámara, haciendo que sea imposible verla. Por la esquina de la pantalla aparece el repartidor, vestido con el típico traje de repartidor. Una gorra normal en su cabeza. La imagen no es súper nítida, pero no conozco a ese hombre. Mediana edad. Gafas. Lleva un bloc en el que el guardia firma cuando le entrega el paquete. Sinceramente, parece un repartidor normal.

Suspiro, y le doy las gracias, desanimada por el rato que me ha llevado el no averiguar nada. No encuentro ni un solo hilo del que tirar.

Llego tarde a la universidad, y la primera clase ya ha empezado. La política de la universidad es de cero tolerancia a la impuntualidad. Si no llegas a la hora, te quedas fuera.

Espero en el parking hasta que llegue la siguiente hora y poder entrar a Macroeconomía.

Mientras estoy en el coche con la calefacción a tope, decido hacer un último intento con el tema de los bombones. Busco el número de la bombonería y llamo. Quiero saber si hacen repartos a domicilio. Me dicen que no, que por el momento no disponen de ese servicio. Cuelgo y me quedo mirando la pantalla en negro de mi móvil. Tengo un dolor de cabeza constante, resultado de no haber dormido y de no poder avanzar con este asunto.

Unos golpes en la ventanilla me sobresaltan y el móvil se me cae. Es Julio, está agachado sobre el vidrio del copiloto. Me llevo la mano al pecho y bajo la ventanilla. Él me enarca una ceja, incrédulo.

—¿No me dejas entrar? —dice, con cierta socarronería.

—Ay, sí, perdona —balbuceo. Vuelvo a subir la ventanilla y desbloqueo las puertas.

Recupero mi móvil y él entra. Cierra la puerta del copiloto con un ruido que parece que resuena en el pequeño habitáculo. Luego vienen unos momentos de silencio.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta, después.

—El coche no arrancaba, y he llegado cinco minutos después de la hora —le digo, intentando mantener una expresión de normalidad absoluta.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —ofrece, aunque los dos sabemos que él no tiene ni idea de mecánica y que sería todo postureo. Tal vez incluso llegase a abrir el capó.

Le murmuro que no hace falta.

—¿Y tú por qué no estás en clase?

Parece que la pregunta le pillaba desprevenido.

—Tenía que resolver un asunto en la empresa —dice, misteriosamente, y me resulta muy extraña la forma en la que ha evitado mi mirada.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro —dice, y me mira suspicazmente. —¿Por qué no iba a irlo?

—Por nada, por nada.

Posa su mano sobre mi rodilla y empieza a subirla por mi muslo. No puedo retirar la mirada cuando sus dedos llegan hasta la zona de mi pubis, y de ahí sube hasta el botón de mis Levis. Juguetea con él, intentando abrirlo lentamente.

Me mira con ojos más oscuros que antes.

—¿Recuerdas cuando nos lo montábamos en mi coche? —me susurra, mientras se acerca a mi cuello para dejar un par de besos. Yo me estremezco, y él lo malinterpreta como algo bueno. — No sabes las ganas que tengo de volver a hacer algo así. Parece que hace siglos que no estoy dentro de ti... —su voz suena estrangulada por la excitación y el corazón me bombea fuertemente.

Noto cómo su mano la logrado desabrochar mi vaquero y sus dedos están acariciando la parte superior de mi ropa interior. Definitivamente, no voy a hacer esto con él. Justo cuando voy a retirarle la mano y a decirle que pare, alguien golpea en la ventanilla. Los dos nos sobresaltamos.

Es Víctor, que nos sonríe burlonamente. Julio murmura una maldición y se recoloca como puede en su asiento. Se mete las manos en los bolsillos, intentando que su erección no sea evidente.

Me aclaro la garganta y me bajo el jersey para que no se vea que el botón de mi pantalón está desabrochado. No hace falta que Víctor sea un lumbreras para que se dé cuenta de que ha interrumpido algo. Por suerte.

Bajo la ventanilla y prácticamente mete su cabeza en el habitáculo.

—¿Qué pasa, tíos? —Saluda, la voz extremadamente alegre. —El viernes doy una fiesta por mi cumpleaños. En la terraza cubierta de Deluxe. Vendréis, ¿no?

—Tenemos una cena importante con mis padres —le espeta Julio. No es habitual en él contestar de malas maneras a nadie.

Víctor se lamenta un rato, proponiendo que vayamos después y varias alternativas más. Julio le dice que ya veremos.

Yo aprovecho su charla para coger mis cosas, pues ya es prácticamente hora de Macroeconomía.

Víctor se marcha y Julio sale tras de mi del coche.

—En qué jodido momento —dice, con rabia.

—Bueno, ya habrá otros —le respondo, con la boca pequeña, mientras cierro con el mando.

—Más vale —suelta, y me pasa el brazo por los hombros de una manera posesiva que no me gusta nada. —No te olvides de lo del viernes.

—¿Qué del viernes? —No sé de qué me habla.

—De la cena con mis padres. Es importante que vengas.

—No me habías dicho nada de una cena —le digo.

—Acabo de hacerlo, en el coche —me responde secamente.

Me muerdo la lengua para no decir lo que pienso.

Cada día está más idiota, y cada día tengo más ganas de mandarlo a la mierda. No creo que pueda aguantar mucho más tiempo así.

En la comida, Julio vuelve a colocar su brazo sobre mi hombro de una manera tan anclante que me resulta imposible pensar en nada más que en el peso que infringe.

Erik no se sienta con nosotros. Está con un grupo de chicas que no paran de reírse sonoramente de lo que sea que les está diciendo. Porque sí, parece que está manteniendo una larga conversación con ellas. Conversaciones de esas que no mantiene cuando está con nosotros.

Nuestras miradas se cruzan un instante, y su expresión se vuelve severa. La retira inmediatamente.

Ha sido así desde el incidente en Agüero. Estoy bastante segura de que me está evitando. Sin quererlo su imagen en el baño, con la frente apretada contra las baldosas y su dura expresión vuelve a mi mente.

Ursu y Lorena están hablando de un pequeño desfile que habrá en una boutique del centro. De pronto las siento a años luz, como si estuviésemos distanciadas desde hace mucho tiempo.

Intento participar de la conversación, y acepto encantada el acompañarlas a ver la muestra.

Antes de volver a clase, les pido que nos reunamos más tarde en un Starbucks cercano al campus.

Horas después estamos sentadas en una mesa del piso superior, cada una con un frapuccino.

—Cucarachas de insecto, ¿quieres decir? —Pregunta Úrsula con cara de asco.

—Claro que de insecto. Cucarachas muertas. Con las patas arrancadas o cortadas —sí, he estado mirando en internet y efectivamente las patas de las cucarachas sobresalen, al igual que sus antenas. Las de la caja no las tenían. Respiro hondo para no sentir una arcada y arruinar mi frapuccino.

—Tienes que hablar con tus padres —sentencia. Lorena asiente tajante con la cabeza. Opina lo mismo. —De hecho, me sorprende que esto no esté afectando a tus estudios.

—Ya te dije que no puedo molestar a mis padres con este asunto. Tienen problemas más importantes que atender.

Ursu hace un pequeño gesto de reconocimiento, y estoy segura de que su hermano le ha contado algo sobre nuestra situación económica, pero no dice nada al respecto.

—O a la policía. Sí, a la policía —Lorena se yergue en su silla. —Podría ser peligroso.

Ursu rueda los ojos.

—Tampoco seas tan dramática —le dice. —No creo que sea peligroso, pero tienes que hablarlo con tu familia. Ten en cuenta que un loco ha ido hasta la puerta de tu casa. Yo estaría aterrorizada —sentencia, y da un largo sobro a su café.

—No sabemos si es un hombre —le recuerdo. —Puede que todo sea una broma.

—Muy pesada —Lorena no está convencida.

—No sé, realmente no sé qué hacer.

Pasamos una hora más debatiendo el tema sin llegar a ninguna conclusión. Anoche, en medio de la oscuridad, todo parecía más siniestro que ahora, a la luz del día dentro de una acogedora cafetería rodeada de mis amigas.

Ya ha anochecido, pero decido ir al gimnasio. El turno de Claudia todavía no ha acabado y quiero proponerle algo.

—Defensa personal —me lanza las palabras de vuelta con incredulidad. —¿Y para qué

querrías tú clases de defensa personal? ¿Hay algo que necesite saber? —Me escruta con su mirada.

Niego con la cabeza. No. No hay nada que quiera contarle ahora mismo, la verdad. Porque creo que se va a reír de que me esté tomando tan en serio unos insultos y una broma con insectos. Así dicho, parece cosa de niños.

O tal vez me preocupa que ella sí le de importancia, y me confirme que el tema realmente la tiene.

—Solo las cosas básicas. Una chica siempre tiene que estar preparada —me encojo de hombros y, aunque no parece convencida, acepta.

Bajamos un rato al sótano de boxeo, y me enseña un par de movimientos muy básicos sobre cómo esquivar manotazos. Yo tenía en mente algo más serio, pero tal vez sea porque es una primera aproximación.

Cuando terminamos volvemos al saco, y lo cojo con ganas. Hay que ver qué curiosa es la relación entre los eventos del día y las ganas que tengo de pegarle.

Después subimos juntas al piso superior y pasamos por la zona de máquinas. Me resulta imposible no ver a Erik colgado de la barra, haciendo flexiones de brazos. Levantando su esculpido cuerpo en lo alto como si no pesara nada. Sus bíceps marcándose, duros, tensándose con el movimiento. No soy la única que lo mira. Las miradas furtivas que le lanzan otras usuarias son evidentes. De repente estoy acalorada.

Sus ojos se posan en mí y en cuanto me reconoce baja de las alturas de un salto ágil.

Se dirige a nosotras con paso decidido y, en ese momento, Claudia decide detenerme sujetándome del hombro para que la espere mientras se para a hablar con alguien.

Decido irme, pero Erik ya está frente a mí y me corta el paso.

—¿Podemos hablar? —pregunta, mientras se seca la nuca con una toalla.

—Preferiría que no —le digo, y estoy lista para escabullirme, pero me agarra del codo.

Quedamos costado con costado, y está tan cerca que su olor personal lo invade todo. Es una mezcla de sudor y de intensidad. No es un mal olor, de hecho es tan atrayente que me molesta.

—Siento lo que pasó en Agüero —dice, con voz ronca, y yo me estremezco al pensar en esa noche y al sentirlo tan cerca. Que siente, ¿qué? ¿Haberme follado hasta dejarme casi sin sentido? ¿Haberlo hecho de una manera tan siniestra que parecía un castigo?

En este momento Claudia aparece, diciendo algo de una quedada el sábado por la noche. Erik me ha soltado, y todavía puedo sentir con claridad el lugar donde estaba su cálida mano.

Él le dice que sí, que va a ir. Yo murmuro algo y me dirijo a los vestuarios.

—¡Estás muy rara! —Me grita Claudia, que viene detrás de mí.

La vuelvo a ver antes de irme a casa. Ya se ha cambiado de ropa y está lista para marcharse.

—Ven el sábado. Serán unas cervezas con la gente del gimnasio antes de que cerremos por Semana Santa.

Le aseguro que lo pensaré, aunque no tengo nada que pensar, y nos despedimos.

El viernes a final de tarde voy con mis padres a la mansión de los Vélez. Julio me escribió el jueves para hacer la invitación extensible a ellos. Se me revuelven las tripas al pensar en la velada que nos espera.

Después, Julio y yo iremos a la fiesta de cumpleaños de Víctor en Deluxe.

Mi madre lleva una bandeja de solomillo con foie y trufa blanca. Para que toda la tarea de cocinar no recaiga en la madre de Julio. Les hago la burla mentalmente a ambas. Es tan irrisorio. Amalia cocinando para que mi madre pueda fingir que lleva algo para contribuir a lo que ha

cocinado alguna empleada de los Vélez.

Las apariencias lo son todo.

Nos recibe el servicio en la puerta. La casa de Julio es bastante más grande que la nuestra, y eso ya es decir.

Dejamos que nos cojan los abrigos y nos conducen al salón, en el que la enorme chimenea crepita con un fuego acogedor.

Los Vélez se levantan del enorme sofá y nos dan la bienvenida.

Sandra, la madre de Julio, me abraza, y yo le respondo igualmente, aunque es algo tenso y poco natural.

—Estás preciosa —me dice, deslizando sus huesudos dedos a lo largo de un mechón de mi cabello. Dicen que las manos son lo único que la cirugía estética todavía no puede arreglar. Sus manos son lo único que evidencia su edad. Le sonrío, y después me giro para saludar a Julio.

Me da un casto beso en la mejilla. Es lo que siempre hacemos cuando estamos frente a sus padres.

La cena transcurre lentamente, como si nos hubiésemos quedado anclados en este momento del tiempo. Conversación superficial. Comentarios sobre la bolsa. Personal del servicio que viene y que va. Pequeñas porciones de comida en los tenedores, masticar con cuidado. Somos como una postal viviente.

Los padres de Julio me preguntan por mis exámenes. Les respondo que bien, que van bien.

Comentan la buena pareja que hacemos, lo contentos que están de la relación tan sólida que tenemos. Que no quieren otra cosa para su hijo que alguien de bien a su lado. “De bien” significa de “dinero”.

Cuando terminamos de cenar, el señor Vélez ofrece una copa de whiskey a mi padre y alardea del año. No quiero ni pensar en cuánto vale lo que se van a tomar.

Las mujeres no toman. Eso es cosa de hombres. Evito rodar los ojos.

Nos despedimos de ellos, pues nuestros compañeros nos esperan en el cumpleaños.

La madre de Julio acerca la mejilla a la mía. Sin llegar a tocarme. Sin molestarse siquiera en hacer el sonido de beso cuando nos despedimos.

—Cuídate, querida —me dice.

—Y cuida a nuestro hijo, —apuntilla su padre. Yo le sonrío. Es como si de repente, todos me estuviesen mirando. —Las familias de alta cuna nos tenemos que cuidar entre nosotros. Somos distintos. Solo podemos confiar en los nuestros —comenta, mientras mis padres asienten lentamente. —La prueba clara es nuestro próximo negocio —no soy la única que se tensa al oír sus palabras. Sé que mi padre está más estático que de normal, y la comisura de la boca de mi madre se ha congelado, pero es imperceptible para un ojo que no esté entrenado, que no los conozca tanto como yo. —No nos meteríamos en una inversión semejante con alguien que no fuese de plena confianza, con alguien que no estuviese, en cierta forma, unido a nuestra familia.

Todos asentimos a sus palabras, y mi madre murmura un “Claro, claro. No puede ser de otra manera”.

Vuelvo a ser capaz de respirar cuando nos montamos en el Mercedes de Julio y ponemos rumbo a Deluxe.

—No te he dicho lo guapa que estás —me dice, mientras desliza su mano por mi muslo. Le

sonríó ligeramente. —Tal vez podríamos continuar eso que dejamos a medias el otro día en el parking... —empieza a proponer, y nota cómo me tenso. Su ceño se frunce. Justo nos hemos detenido en un semáforo, y se gira para mirarme. —¿O tampoco va a ser hoy el día? —Me espeta, y pierdo la paciencia. Porque sé que hay mucho en juego, pero estoy harta de mantener tanta tensión como la que he sentido en la maldita cena. Y porque no aguanto cuando me presiona.

—Pues mira, no —le contesto de malas maneras. —No estoy de humor. Y pensándolo bien, tampoco estoy de humor para ir a la fiesta.

—No seas caprichosa, Cayetana —dice, malhumorado, volviendo a poner el coche en marcha. —Estoy cansado de esperar.

—Y yo estoy cansada de sentir que me presionas. Que tengo un deadline para estar preparada y para superar que mi novio me engañó con mi mejor amiga. Capricho o no, las cosas no funcionan así —tengo que morderme la lengua para no continuar, pero las pocas palabras que he dicho han hecho que la tensión en mi pecho se afloje. —Realmente necesito tiempo. Y creo que no es una buena idea que vaya a la fiesta. Necesito descansar.

Se pone a protestar, pero no le hago caso. Acaba de aparcar y le informo de que voy a coger un taxi. Le digo que lo llamaré mañana y me marchó.

Cuando llego a casa me doy un relajante baño de espuma y me echo a dormir. Puede ser que la haya cagado completamente. Puede ser que haya jodido el negocio de mis padres. Creo que tengo carta blanca para joderlo si la única opción de mantenerlo es dejar que Julio me manosee y me presione para que nos acostemos. Eso tiene una palabra cuyo eufemismo no es “ayudar a la familia a mantener sus negocios”, sino “el empleo más viejo del mundo”. Decido que se acabó.

Mis padres llegan un par de horas después, y mi madre me despierta cuando asoma la cabeza por la puerta.

—Pensábamos que volverías más tarde —me susurra. —Descansa, querida.

Por suerte, no ha preguntado por los motivos que hacen que esté tan pronto en casa, siendo un sábado por la noche.

A la mañana siguiente al despertar veo que tengo un mensaje del número oculto de las tres de la mañana.

“Missing bitch – 0. Cockroach – 1”.

Me pongo de mal humor. Supongo que lo de desaparecida hace referencia a la fiesta de anoche. Se me revuelve el estómago al saber que quien escribe los mensajes está mi círculo cercano.

Ahora mismo no podría poner la mano en el fuego por casi ninguno de mis compañeros. Y el no poder sospechar de quién me está haciendo esto me crispa los nervios. Porque es eso, no tengo la más mínima sospecha.

Úrsula viene después de comer. Mi padre la saluda con efusividad, recalcando que cada día se parece más a su madre.

Nuestros padres fueron juntos a la universidad, y siempre han tenido una relación estrecha. A veces me pregunto si demasiado estrecha, sabiendo lo promiscuos que son los miembros de mi familia. Prefiero no pensarlo.

Pasamos la tarde viendo la casa de papel y comiendo triskys. Hace siglos que no como marranerías y, aunque me duele la tripa del atracón, me siento genial después de compartir el rato con Úrsula.

Me dice que anoche conoció a un chico en la fiesta, un tal Luis. Que ya está graduado, en Administración y dirección de empresas. No se liaron, pero se intercambiaron los teléfonos.

Sonríó ante lo inocente que me parece todo. Nada que ver con mis últimas aproximaciones al sexo opuesto.

Sabe que ayer discutí con Julio, y me insta a que lo llame para arreglar las cosas.

—Realmente estáis hechos el uno para el otro —me dice, chocándome ligeramente el hombro y señalando mi móvil. —No hay nada que no podáis hablar calmadamente.

Ahora mismo no me nace el llamarlo. Y si me fuerzo a ello, será para peor seguro.

A veces creo que Ursu no es del todo objetiva con el tema de Julio, pues siempre va a ser una parte importante de nuestro declive. Es como si se tomase el hecho de que nos fuese bien como una especie de redención a lo que pasó entre ellos.

Por un momento, me planteo el contarle lo que ha pasado con Erik. Después lo reconsidero. No quiero que piense que soy infiel, por mucho que ella hiciera lo mismo con Julio.

—¿Qué te pondrás esta noche? —Pregunta, haciendo referencia a la fiesta que van a dar los de último curso en Agüero.

—No voy a ir —le digo, y me mira sorprendida.

—Pero, ¿cómo no vas a ir? Vamos a estar todos —no le digo que eso no es un reclamo, pues siempre estamos todos. Es lo mismo, fin de semana tras fin de semana.

—Creo que me va a venir bien descansar. No estoy de humor para ver a Julio.

—Sí, puede ser que te venga bien pensar en él y echarlo de menos. De verdad, sois la pareja perfecta. Siempre lo he pensado.

Para cambiar de tema, le cuento lo del mensaje de anoche.

—Yo no sé qué más hace falta para que decidas decírselo a tus padres, en serio —me mira como si no me comprendiera.

—Déjame gestionarlo como a mí me parezca —le digo con voz suave.

—¿Y cómo se supone que lo estás gestionando? —dice con socarronería.

—No sé, ya pensaré en algo —empiezo a morderme las uñas y pongo un capítulo nuevo. Damos por zanjada la conversación.

Cuando se hace de noche, Ursu se ofrece a quedarse conmigo en vez de ir a la fiesta. Aunque lo agradezco, rechazo su ofrecimiento, pues me parece muy evidente que tiene ganas de ir, y no de quedarse.

Antes de marcharse se lleva un par de mis vestidos, para poder sorprender al tal Luis. Sus palabras.

Después de cenar, me pongo a mirar Instagram. Algo se siente mal cuando, un sábado por la noche, tu único plan es mirar qué hacen otras personas.

En estas me entra un mensaje de Claudia, diciéndome que llego tarde.

Le contesto recordándole que en ningún momento le dije que iba a ir a la quedada del gimnasio.

Como si no me leyese, me manda una ubicación. También un selfie sacando la lengua. Y otro chupando una jarra de cerveza. Y varios más.

No puedo evitar reírme, y me dan ganas de salir con ella.

Miro cuál es la ubicación que me ha mandado. No es un bar del centro, así que no conozco el lugar. Los alumnos de Trinidad nos movemos siempre por los mismos sitios.

De repente siento un anhelo enorme de salir, de divertirme. De no sentirme juzgada. De no sentir que la gente que me rodea es la misma gente de siempre. De que nadie me conozca.

Le digo que estoy en camino, y me manda un audio con mucho ruido y música de fondo, en el que se la oye gritar “*Sí, baby, ¡sí!*”.

Suelto una carcajada. Es todo un personaje.

Les digo a mis padres que voy a salir con Lorena y Ursu.

Cuando mi madre me dice que tal vez mi atuendo no sea el adecuado, le digo que solo vamos a ir a una cafetería a charlar. Lo deja correr.

No es habitual que salga con vaqueros un sábado por la noche, y a ella le gusta que vaya immaculada.

El taxi me deja en la puerta de un garito cutrísimo. Cuanto menos, esto va a ser una experiencia.

Bajo unas largas escaleras, y noto cómo otras chicas me miran. Puede ser que no vaya muy arreglada, pero mi atuendo sigue gritando “dinero”.

No, definitivamente este antro no es un lugar que yo frecuentaría.

El ambiente está cargado, pesado y muy cálido, y me quito el blazer mientras me deslizo entre cuerpos sudorosos que se mueven al son de la música. Algunos me chocan sin querer.

Por fin veo a Claudia. Lleva una camiseta de tirantes rosa de tela deportiva, que brilla extrañamente con las luces del lugar.

—Ey, sexy —su cara se ilumina cuando me ve, y me besa en los labios. Es solo un pico que me ha pillado por sorpresa, pero ella estalla en carcajadas al ver mi expresión. Me resulta imposible no reírme al ver lo loca que está.

Empieza a darme manotazos como los del otro día, para que yo intente parárselos, y es todo tan surrealista que me encuentro riéndome a carcajadas mientras trato de esquivarla y que no me pegue.

—Estás como una cabra —le sonrío, y rechazo el cubata que me tiende.

—Y bien, pequeño saltamontes, ¿qué te trae por aquí? —me dice, pasándome el brazo por los hombros, y conduciéndome hacia un rincón del bar. Veo que allí hay algunas caras conocidas del gimnasio.

—Qué me va a traer. Tu insistencia —le digo, y ella me pone mala cara.

—Tenías que cortarme el rollo, ¿verdad? ¿Tú sabes lo difícil que es poder usar esa frase? Me parece que lo mínimo es que me sigas el juego —me mira con enfado y me hace un gesto impaciente.

—Bien. Pues vengo a ver qué me depara la noche en un ambiente tan sórdido como este.

Sus ojos se iluminan.

—Uy, chica. Quién sabe. Quién sabe.

Algunos de los chicos del gimnasio me saludan. Erik acaba de aparecer y todos mis instintos se despiertan.

Me hace un ligero gesto con la cabeza desde la distancia. Se lo respondo.

—Tal vez lo sabremos más pronto que tarde —comenta Claudia, que ha visto el intercambio.

—Oh, por favor —le suelto, y ella me da un manotazo. Logro esquivar los siguientes, pero cada vez me lo pone más difícil.

—¡Para! —le grito cuando intenta hacerme cosquillas. —¡Para! —Me estoy riendo como loca y estamos montando un numerito, pero no logro conseguir que me deje.

—¡No hasta que me digas qué pasa con ese tío! —Sigue hincándose el dedo juguetonamente en el costado hasta que me doy por vencida.

—¿Qué quieres saber? —Le pregunto, acalorada, retirándome los mechones de la frente. En

otras circunstancias me iría a retocar el pelo. En estas no. En estas me da igual.

—Está bien bueno —comenta, aunque ya dejó claro el otro día que no le interesan los hombres. Me mira, expectante. Cuando no le digo nada, vuelve a intentar hacerme cosquillas.

—¿Qué quieres que diga? Estás afirmando, ¿ni siquiera es una pregunta!

Se queda parada, meditando mis palabras.

—Cierto. Muy cierto. Veo mucha química aquí —hace un disimulado gesto que nos abarca a ambos.

—Ajá —le digo, notando cómo Erik está mirando en nuestra dirección. Por suerte, es imposible que nos oiga.

Se le acerca una rubia despampanante que he visto alguna vez en el gimnasio, reclamando su atención. Él apoya la espalda en la pared y se gira hacia ella. Empiezan a mantener una conversación que, a juzgar por lo cerca que están, es íntima.

—No puedo evitar mencionar que Samantha lleva toda la noche intentando que el príncipe le haga caso —doy por hecho que Samantha es la rubia tetona y que el príncipe es Erik. — Tampoco puedo dejar de expresar cómo de curioso me resulta que no le haya prestado ninguna atención hasta este preciso momento. ¿Será que intenta darte celos? —Plantea, mirando al horizonte mientras se toca el mentón.

—Por favor, déjalo ya —me separo de ella y voy hacia la barra. Escucho sus carcajadas alejándose detrás de mí.

Pido un Puerto de Indias, pero no tienen. Así que me conformo con un gintonic plano.

Una enorme e intensa presencia se materializa a mi lado, y no necesito girarme para saber que es Erik quien acaba de llegar a la barra.

—Déjame invitarte —dice.

—No es necesario —le contesto, sin llegar a mirarlo. Me parece que suspira, y guarda su cartera.

Pago mi bebida y, tras darle un trago, lo miro.

Lleva unos Levis que resaltan sus largas y musculosas piernas. Completa el look con una camiseta negra sin mangas y el pelo despeinado. Sus gruesas pestañas enmarcan sus ojos azules, que brillan como agua líquida. Es tan jodidamente guapo que cuesta mirarlo.

—¿Vas a aceptar mis disculpas? —pregunta.

—¿Por qué te estás disculpando, exactamente? —muy a mi pesar, entro en su juego.

—Por lo que pasó en Agüero —responde, como si fuera evidente.

—¿Por qué parte en concreto? —le digo, y su expresión se endurece ligerísimamente. Sus ojos vagan por mi rostro, como si intentara leerme. En algún momento bajan más allá de mi barbilla y me recorren deliberadamente el cuerpo, calentando cada parte sobre la que se posan. Después vuelve a subirlos con lentitud hasta encontrarse de nuevo con mis ojos.

—Ya lo sabes —dice, y quiero decirle que no, que no tengo ni idea de por cuál de las millones de cosas que hicimos mal se está disculpando, pero en este momento aparece la rubia, y literalmente se coloca entre ambos.

Doy un paso para atrás, manteniendo mi copa lo más nivelada que puedo. Qué maleducada.

Frunzo el ceño a su espalda, pues estaba manteniendo una conversación.

Erik también endurece su expresión. Cuando ella le lleva la mano al hombro, él la sujeta por la muñeca, deteniendo su caricia. Se inclina hacia ella y le dice algo al oído. No sé qué le dice, pero todo el cuerpo de la rubia se pone tenso como el acero. Se queda congelada un momento y, en cuanto es capaz de reaccionar, se marcha rápidamente.

—¿En qué estábamos? —Me pregunta Erik.

—¿Qué le has dicho? —Quiero saber, pues ha sido una situación muy rara.

—Nada que te concierna —me espeta.

Me doy la vuelta para irme, pero me sujeta de la muñeca y me gira para que vuelva a estar frente a él.

—Estábamos hablando del sábado en Agüero. De que me pasé de la raya. Y de que lo siento —una emoción extraña cruza su mirada. Es tan rápida que no tengo tiempo de identificarla.

Asiento con la cabeza. Supongo que se está refiriendo a todo lo sucedido en general.

A cómo me aplastó contra la pared del baño, mientras me penetraba desde atrás. A cómo recalcó su demanda con embestidas. A cómo me tuvo que sujetar cuando me quedé lánguida por la brutalidad del orgasmo.

Mi piel se pone de gallina al recordarlo y tomo una bocanada de aire. Él me está mirando, y es posible que mi cara refleje lo que estoy pensando, porque sus ojos se nublan repentinamente por el deseo. Qué jodidos estamos los dos.

Su mano todavía está sujetando mi brazo, y su pulgar empieza a acariciarme suavemente la parte interna de la muñeca.

Cierro los ojos ante la sensación y suprimo un gemido.

Retiro la mano. Me resulta muy complicado pensar si me está tocando.

—Disculpas aceptadas —le digo, porque, seamos sinceros. Yo también fui una parte protagonista importante.

Me giro abruptamente y regreso junto a Claudia.

Unos instantes después, él se coloca en el extremo opuesto a nosotras.

Me centro en Claudia, en lo bien que me hace sentir. Se empeña en que bailemos. La verdad es que yo no suelo bailar, porque no se me da nada de bien.

—No se trata de que se te de bien, —me dice. —Se trata de que te lo *pases* bien. Eso puedes hacerlo, ¿no?

Y dejo que me dé vueltas y bailo, y bebo y bailo, mientras el resto de compañeros del gimnasio baila a nuestro lado, en una marabunta de cuerpos. Y me lo estoy pasando tan bien que he perdido la noción del tiempo.

En una de las vueltas, me choco contra un pecho duro y cálido, que parece que me abraza aunque apenas me toca. Sigo bailando, con los ojos cerrados, dejándome llevar por la música, y dejando que Erik meza su cuerpo junto al mío de manera perezosa. Porque sí, porque soy tan consciente de él que no necesito abrir los ojos para saber que es quien se ha colocado a mi espalda.

Su pecho toca mis omoplatos, y apoyo ligeramente la nuca en su pectoral. Noto cómo su pecho sube y baja con su respiración, mientras mece nuestros cuerpos. Sus manos se deslizan suavemente por mis brazos, dejando el vello de punta con la sensación. Suena un pequeño ronroneo en su caja torácica cuando nota el efecto que causa en mi piel.

Nos movemos lentamente, sin ninguna prisa. Sus manos se aventuran más allá de mis brazos, y llegan a posarse en mis caderas. Me acaloro con la sensación. Su aliento se desliza por la curva de mi hombro, dejando una sensación que me quema. Presiono todo mi cuerpo hacia atrás, apoyándome totalmente, y suprimo un gemido cuando noto su erección contra mis nalgas. Su respiración se vuelve errática, y su pecho sube y baja de forma desacompañada.

Seguimos bailando así lo que parece una eternidad. Sé que tendré su aroma por todo mi cuerpo cuando llegue a casa.

Finalmente baja su mandíbula hasta mi oído, y me muerde ligeramente en la zona sensible tras la oreja. Jadeo. Me giro para mirarle, aunque todo mi cuerpo protesta porque, para hacerlo, tengo

que separarme de él.

Me pasa una mano por la nuca, acercándose, y me mira. Me mira con un deseo tan crudo que hace daño.

Me muerdo los labios y él posa los ojos en ellos. Los suyos se abren ligeramente y deja escapar una respiración entrecortada.

Es curiosa, la sensación de que nadie nos está mirando. Me gusta. Me dan ganas de besarlo.

—No hay nada que pensar —susurra, mientras acerca su mano a mi frente y desliza el pulgar entre mis cejas, deshaciendo mi tensa expresión.

Si tan solo fuese cierto...

Me rindo, y le retiro la mano, no sin antes darle un apretón cargado de significado. La clave para que me siga.

Me alejo de él y me dirijo hacia donde creo que están los baños.

Un pasillo oscuro y estrecho lleva hasta ellos. Antes de llegar a la puerta, me alcanza. Me gira bruscamente y me besa. Me besa con tanta pasión que nos golpeamos contra la pared. Le agarro con fuerza del pelo, y gime en mi boca. Un gemido ronco que retumba por todo mi cuerpo. Tiemblo.

—Ven a mi casa —dice, entre jadeos y besos.

Inevitablemente mi vista se va hacia la puerta de los baños. Los tenemos muy cerca. Necesito esta liberación.

Fija su mirada en mí.

—Ese rollo no me va —hace un gesto hacia donde yo estoy mirando.

—Nadie lo diría —le respondo, y suelta un quejido estrangulado que no se sabe si es una risa o un suspiro.

Ha dejado de besarme, y sus ojos lo dicen todo. O lo tomo, o lo dejo.

Se separa, manteniendo mi mano en la suya, y casi no me creo que haya puesto condiciones.

Tomo un par de bocanadas profundas mientras él me mira. Intento recobrar el control de mi cuerpo. Me toma un rato, pero poco a poco el calor va remitiendo y deja que mi mente se aclare.

Creo que no estoy preparada para lo que él propone.

Finalmente me separo y lo dejo en el pasillo, y regreso donde está Claudia.

Mi cuerpo entero protesta, está molesto. Necesito algo que ahora mismo no tengo.

Erik regresa unos minutos después, y se sienta en un taburete. Clava sus ojos sobre mí mientras se bebe una cerveza. Y eso es lo que hace el resto de la noche.

Intento prestar atención a Claudia, que de alguna manera está empeñada en que me lie con Erik. Dice que hemos aumentado la temperatura del bar con nuestro baile. La ignoro.

Aun así, enumera las ventajas de lo que cree que podría ser el polvo de mi vida. Ajá. Cuando ve mi cara, lo rebaja al polvo del año. Según ella, equivaldría, como mínimo, a treinta horas de descargar con el saco. Río ante esa ocurrencia.

Puede ser que Erik se canse de esperar, de mirarme y de que no le mire. En un momento, coge la cazadora de cuero y se marcha.

Suspiro. Tal vez sea para bien. Pero mi cuerpo no está de acuerdo.

Me quedo con Claudia una hora más, escuchando sus batallitas, e intentando animarla a que se acerque a una chica que la mira mucho. Yo no tengo radar de lesbianas, pero es cierto que la mira. Claudia no necesita tanto empuje como necesito yo.

Cuando está claro que esas dos van a estar mejor solas, decido irme a casa.

Subo las escaleras hacia la salida con una sensación de presión en el pecho. Un lamento por

haber perdido una oportunidad.

Al salir a la fría noche, lo último que espero es encontrarme a Erik.

Está apoyado sobre su Ducati en la acera frente a la puerta del local. Me detengo y lo miro. La farola creando una extraña luz a su alrededor. No sé cuánto rato estamos así, estáticos. Simplemente mirándonos.

Finalmente me envalentono y avanzo hacia él.

En ese mismo instante él se incorpora, como si hubiese estado esperando a que fuese yo quien diese el primer paso para venir a encontrarme a medio camino.

Lleva el casco colgado del codo. Lo descuelga cuando se me acerca, y me lo coloca con cuidado. Sus dedos me acarician la barbilla cuando me abrocha las correas. Sus ojos brillan cuando me mira.

—No hay nada que pensar —me repite, y me coge de la mano. Y lo dejo que me guíe hasta su moto.

La arranca, y coloco las manos alrededor de su cintura. El viento revuelve su pelo oscuro. Él no lleva casco, pues me lo ha puesto a mí.

Milagrosamente, no nos para la policía. Entramos en el parking subterráneo de un edificio del centro y aparca.

Lo sigo hasta un ascensor, nuestras pisadas resonando en el aparcamiento silencioso.

Cuando las puertas se abren, introduce un código.

No hablamos mientras subimos, cada uno apoyado en extremos opuestos de la cabina. Mirándonos. Su mandíbula está ligeramente tensa, y sus ojos están fijos en mí, tan oscuros que el azul no se llega a adivinar. Su rostro se ve más anguloso de lo normal.

Me sobresalto cuando un pitido anuncia que hemos llegado.

Las puertas se abren, y él me hace un gesto con la mano para que salga primero.

Abre la única puerta que hay en el rellano, y entramos a oscuras en un apartamento que parece totalmente acristalado. La noche madrileña brilla ante mis ojos, y no puedo evitar el acercarme a los ventanales a apreciar la vista. Es hermoso.

El lugar se ilumina con una luz tenue. Miro a mi alrededor. Es impresionante. Un ático modernista con muebles oscuros. Estamos en un salón comedor gigantesco. Hay un cuadro abstracto en tono gris sobre un sofá chaise longue. Una alfombra de diseño bajo una televisión enorme.

Erik observa cómo yo miro todo. Cuando me giro me hace un gesto, invitándome a pasar al interior de la vivienda. Voy hacia el pasillo que me señala y, conforme ando, los sensores van haciendo que todo se ilumine.

Llego a la habitación principal. En el centro hay una inmensa cama gris. A los pies, otra de esas alfombras mullidas de diseño. Dos mesillas negras. La visión de la cama hace que mi respiración se atasque.

A mi espalda, Erik ha tocado algo, y los vidrios de los enormes ventanales se oscurecen, haciendo que el lugar se vuelva íntimo. Un instante antes parecía que estábamos acompañados por Madrid. Ahora estamos solos.

Me giro hacia la puerta, y jadeo ligeramente al ver su expresión. Deseo crudo en sus ojos, y también ese matiz de odio. Me pregunto si siempre está ahí cuando se excita o si solo es cuando está conmigo.

Su mandíbula está tensa. Cierro los ojos un instante, consciente de cada poro de mi piel. No sé qué me pasa cuando estoy con él.

Se quita con lentitud la cazadora de cuero, y la lanza a una esquina. Observo sus movimientos

cuando se saca la camiseta negra, y su esculpido pecho queda al descubierto. Tiene un tatuaje intrincado en el lateral del abdomen. Se desabrocha el botón del pantalón. Me mira mientras yo le observo y, si no fuera por lo rápido que se mueve su pecho, no sabría que su respiración está tan alterada como la mía.

Se acerca a mí con pasos deliberados, y me estremezco. Hay algo fiero en la forma en la que parece que se deleita viendo cómo tiemblo. Me quita el blazer, y me desabrocha la blusa, sus ojos anclados en los míos mientras va soltando botón tras botón. Metódicamente, y sin ninguna prisa. Su mirada severa, observándome sin perderse ninguna de mis reacciones.

Mi blusa cae al suelo, y me baja uno a uno los tirantes del sujetador. Despacio, lo desabrocha y lo deja caer sin dejar de mirarme.

Cuando ya me tiene desnuda de cintura para arriba, se aparta ligeramente, para poder verme completamente. Sus pupilas se dilatan todavía más. No hay duda de que le gusta lo que ve. Cuando mis pezones reaccionan y se endurecen bajo sus ojos, desliza distraídamente sus dientes por su labio inferior.

Al instante siguiente parece haber perdido todo el control que estaba mostrando, y me empuja contra la cama.

La colcha está fría bajo la piel de mi espalda.

Me observa un instante, él todavía de pie. Tensando la expresión, mirándome con cierto poder, como si yo fuese su presa y él un depredador. Porque eso es lo que parece cuando arrastra su cuerpo sobre el mío, cuando se coloca entre mis piernas, cuando empieza a acariciar mi pecho con determinación y a lamer mi pezón. Succiona ligeramente la piel sensible de la aureola, y él se tensa todavía más cuando yo gimo, como si mi placer lo afectara a él.

Sus besos van bajando poco a poco, desde mi pecho hasta mi vientre. Sus manos son habilidosas cuando me desabrochan el vaquero y lo deslizan por mis piernas sin ninguna dificultad. Me baja la ropa interior y se vuelve a retirar para mirarme. Estoy completamente desnuda. Completamente expuesta. Completamente a su merced. Y hay algo en la forma en la que su mirada arde que me hace sospechar que está pensando lo mismo.

Me levanta una pierna sobre su hombro, y va deslizando sus labios por mi muslo interno. Dejando un reguero de besos y mordiscos a su paso.

Cuando veo dónde se dirige me congelo. Levanta la mirada brevemente, notando mi cambio de actitud.

—Nunca... —empiezo a decirle.

—Yo tampoco —responde con voz ronca, y no me da tiempo de registrar lo que significa, porque lo siguiente que sé es que su boca está devorando mi parte más íntima, y que mi parte racional ha explotado, porque no puedo pensar. Todo lo que puedo hacer es boquear en busca de aire.

—Ay dios, ay dios —lloriqueo, demasiado sobrepasada.

Gimo más fuerte cuando me da un ligero mordisco en la carne sensible. No sé qué tiene con lo de morder. Aprieto su cabeza con mis muslos, y él me sujeta por las nalgas, levantándose, llevándose a su boca para poder devorarme más intensamente.

—Erik —no puedo evitar el gemir su nombre, y eso hace que sus movimientos se vuelvan más frenéticos.

—Me vuelves loco —gruñe roncamente entre besos.

No sé en qué momento ha pasado, pero se ha quitado los pantalones. Jadeo al ver su enorme erección. Tiene puesto un preservativo.

Me coge de las caderas y me arrastra hasta el borde de la cama, sin dejar de chuparme en

ningún momento.

Se coloca en el suelo, de rodillas, y sigue lamiendo y chupando como si su vida dependiera de ello. Dedicar toda su atención a mi clítoris, y yo ya no puedo más, y alcanzo un orgasmo tan intenso que en vez de gemir estoy agonizando entre gruñidos.

Erik también gruñe y, en cuanto mis contracciones acaban, se coloca en mi abertura me penetra con fuerza.

—Ay dios —soy absolutamente esclava del momento. Porque aún estoy mareada por mi orgasmo. Porque las intensas sensaciones hacen que solo pueda sentir, que solo pueda respirar a través del deseo que me está consumiendo.

Los ojos de Erik son dos dagas que se me clavan en el rostro mientras me penetra fuertemente, una y otra vez, sin descanso.

El ver cómo me mira, la necesidad que parece que tiene de poseerme, hace que me vuelva a excitar y, de nuevo, me encuentro acariciando otro orgasmo con la punta de los dedos.

Erik sigue bombeando, los músculos de sus brazos tensos mientras me sujeta las caderas.

De repente se detiene y sale de mí. No me da tiempo de protestar, porque vuelve a cogerme de las nalgas, se arrodilla y vuelve a llevar mi pubis a su boca. Jadeo fuertemente. Está volviendo a lamer como un loco mi zona íntima, y yo temo desmayarme.

Su respiración rabiosa choca cálidamente con mi abertura, sensible por sus embestidas.

Cuando estoy a punto de terminar, como si fuese consciente de ello, para. Me quejo, pero no me hace ningún caso.

Me coge en brazos como si no pesara nada, y me aparta del borde de la cama para colocarme en el centro del colchón, esta vez con algo menos de dureza. Entonces se coloca nuevamente sobre mí y me vuelve a penetrar con determinación.

—Abre los ojos —me ordena con tono autoritario, con palabras casi duras.

Lo hago, y cuando nuestras miradas se encuentran él se estremece ligeramente y empieza a correrse. Su mirada es un caos de lujuria y de enfado. Me penetra con tanto desespero que yo también alcanzo el orgasmo, ambos jadeando sobre la boca del otro.

Gruñe cuando termina, y se desploma sobre mí, su respiración agitada en mi hombro.

Me pitan los oídos y estoy mareada. Los dos orgasmos han sido tan brutales que siento la necesidad de comprobar que estoy entera.

Lo empujo ligeramente y él se retira con cierta reticencia. Me estremezco cuando sale de mí.

Pasa su brazo sobre mi tripa y me ancla a la cama.

—Duerme hoy aquí —pide, en voz baja, evitando mi mirada.

Me pillan por sorpresa.

—¿Para qué? —Pregunto, y no reconozco mi voz estrangulada.

Entonces sí me mira, y hay una extraña emoción en sus ojos que no sé identificar.

—Para poder disfrutarte —responde roncamente, y me estremezco.

Cierro los ojos, abrumada por las promesas que esconden esas palabras.

Los vuelvo a abrir, y me está escrutando. Asiento ligeramente y su rostro pierde gran parte de la tensión. La sombra de una mínima sonrisa parece adivinarse en las comisuras de su boca.

—Bien —es todo lo que dice.

Se levanta de la cama, y miro embobada su impresionante trasero. Unas nalgas duras y perfectas.

—¿Te quieres duchar conmigo? —Propone, señalando con la cabeza hacia la puerta que debe de dar a un baño anexo. Como no digo nada, decide tomárselo como un sí. —Te espero dentro —dice, entrando al servicio.

Cierro los ojos un momento, concentrándome en retomar el poder sobre mi cuerpo.

Qué locura. Jamás pensé que se podían tener tantas sensaciones físicas a la vez. Tanto placer.

Oigo cómo el agua de la ducha empieza a correr. Me vuelvo a estremecer. A este paso, me va a dar un infarto.

Decido que sí, que quiero experimentar la noche completa. Que quiero quedarme con él. Al menos por hoy.

Me levanto de la cama, y me choco contra el cajón de una de las mesillas. Está abierto, y veo que tiene una montaña de condones dentro. Lo abro ligeramente, preguntándome quién guarda semejante arsenal.

Hay algo más en el cajón. Lo reconozco perfectamente. Mi respiración se acelera cuando saco la tela de encaje azul marino. Es la ropa interior que me rompió ese sábado en Agüero. La dejo donde estaba y cierro el cajón, mientras una sensación de oscuridad me envuelve. Es, cuanto menos, inquietante que la cogiese y que la guardase.

Supongo que todo va en el pack. Esas miradas de deseo y odio que me regala claramente esconden algo perturbador.

Busco mi móvil, pero no lo encuentro por ningún lado. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi.

Tengo que avisar a mi madre de que pasaré la noche en casa de Úrsula, o entrará en pánico si no regreso.

Voy recogiendo mi ropa, que está esparcida por todos los sitios, pero no hay ni rastro del teléfono. Empiezo a jurar. No es una opción quedarme sin avisar.

Veo que el móvil de Erik sobresale del bolsillo de su cazadora. Voy a probar a llamarme, a ver si está aquí. No lo he mirado en toda la noche, y ya no estoy segura de si he salido con él o si lo he dejado en casa.

El smartphone de Erik no tiene bloqueo de pantalla ni código de seguridad.

Voy al menú de llamadas, y marco los dígitos de mi móvil. Conforme voy introduciendo los números, van apareciendo debajo los contactos que tienen esos dígitos. No termino de introducirlos. Aún tengo que marcar tres números más, pero mi número completo aparece debajo como coincidencia de dígitos, precedido por un #31#. Mis manos se detienen, mis dedos congelados.

He visto en internet que esa es una de las maneras de ocultar un número de teléfono.

Clico sobre esa opción de coincidencia que me da el móvil. Aparece un desplegable con opciones. Enviar mensaje de texto. Llamar. Historial de mensajes.

Selecciono el historial con dedos temblorosos. La vista se me nubla cuando aparece la siguiente pantalla, y leo el primero de los mensajes.

“¿No te cansas de ser la gran cornuda de Trinidad?”

Tengo que releerlo varias veces, porque no logro procesar lo que está pasando.

Es el primero que mandó, y el primero que recibí yo.

Deslizo la pantalla y el siguiente aparece debajo.

Se me ha helado la sangre en las venas. Mi corazón retumba y, de pronto, estoy aterrada. Escucho el agua de la ducha, y siento la presencia oscura de Erik llenándolo todo. Me cuesta respirar. Es él quien me ha estado insultando. Es él quien me dejó los bombones con cucarachas.

Salgo del menú del móvil, regreso a la pantalla principal y lo vuelvo a dejar donde lo he encontrado, sin dejar de temblar. Tengo que salir de aquí.

Mi corazón late tan fuerte que únicamente puedo oír su latido. No sé si Erik sigue en la ducha.

No sé si está a punto de regresar al cuarto.

Recojo mis cosas rápidamente y, sin siquiera vestirme, salgo lo más sigilosamente que puedo al pasillo. Allí corro hasta la entrada, las luces encendiéndose a mi paso como focos cegadores, avisando de mi presencia.

Alcanzo la puerta de la entrada, y está bloqueada. Gimo, mientras sigo intentando abrirla, y finalmente lo consigo. No estaba cerrada. Son mis manos, que se han vuelto torpes por la impresión. No la cierro tras de mí.

Presiono con fuerza el botón del ascensor, unas diez veces por lo menos.

Empiezo a vestirme mientras espero que llegue de una maldita vez y, en el proceso, encuentro mi móvil en el bolsillo del vaquero.

La espera se me hace eterna, y no puedo dejar de mirar la puerta de la casa de Erik, esperando que él aparezca en cualquier momento. Con ese brillo demencial que a veces tienen sus ojos. Y me preguntó qué será capaz de hacer, y si alguien me escuchará desde el piso de abajo. Porque no hay vecinos aquí. No hay nadie aquí. Y ahora soy consciente de que Erik es un completo desconocido.

El ascensor llega y el pitido hace que de un bote. Entro rápidamente, nerviosa mientras espero a que las puertas se cierren de una vez.

Cuando lo hacen, me pregunto, ¿y si baja por el otro ascensor? ¿Y si ya está abajo, esperándome?

No hay nadie cuando llego a la planta calle.

Salgo corriendo del edificio y consigo parar un taxi. Me meto dentro y le pido al taxista que arranque, que se dé prisa.

No me creo lo que ha pasado. Tengo una sensación de irrealidad tan grande que es como si estuviera flotando en una nube.

Ese hijo de puta ha estado jugando conmigo todo este tiempo.

Fluctúo entre un enfado poderoso que me hace creerme capaz de todo. Qué se ha creído. Puedo aplastarle. Pero también hay momentos en los que recuerdo las cosas que hemos hecho juntos, los tintes siniestros que tienen y, aunque hasta el momento me han excitado, ahora me preocupa que sean solo la punta del iceberg. ¿De qué es capaz?

CAPÍTULO 6

Gracias a dios el lunes no tenemos clase. Semana completa de fiesta por Semana Santa. Lo que significa que no tendré que volver a exponerme al desquiciado de Erik hasta dentro de siete días. Aunque estoy tan rabiosa por el enfado... es como si el saber que él es oculto hiciera que esté menos nerviosa de alguna manera.

Soy consciente de que todavía no he llamado a Julio, aunque le dije que lo haría el sábado.

Tampoco él me ha llamado. Me pregunto si todo el tema de los mensajes ocultos, recordándome su engaño, ha podido agravar nuestro distanciamiento. Los nervios, las suspicacias. El revivirlo con cada notificación.

Sé que no quiero estar con Julio de la forma en la que antes quería. Ya no me imagino un futuro a su lado a largo plazo. Pero de alguna manera él se siente como algo estable, algo seguro.

El lunes hablo con él por WhatsApp. Le pregunto cómo está, y tras un primer contacto me propone ir a comer.

Vamos a un restaurante italiano del centro. Lo primero que hace nada más verme, es disculparse por lo sucedido el viernes tras la cena con sus padres.

Dice que el estrés de los exámenes influyó, y que el verme tan deseable y no poder tocarme hizo que perdiese los papeles. Que cuando me fui temió que fuese a dejarlo.

Pero que prefiere esperarme a estar sin mí. Que para él eso no es una opción porque me quiere, y porque sabe que en algún momento, se tarde lo que se tarde, lograremos estar como estábamos antes.

Es un buen giro de los acontecimientos. Tal vez no me estaba amenazando, después de todo. Por fin algo empieza a salir bien después de tantas situaciones desagradables.

Aprovecho para decirle que quiero intentarlo, pero que es muy posible que me cueste mucho tiempo volver a estar mínimamente bien con él. Que no me puede presionar de esas maneras. Que lo haremos a mi ritmo o que probablemente no lleguemos a ningún sitio.

Para el postre me está cogiendo la mano y no la suelta en ningún momento hasta que vuelve a dejarme en casa.

El miércoles por la tarde voy al desfile de la boutique al que querían ir Ursu y Lorena. Es una muestra de la nueva colección. El lugar está abarrotado, y eso que la única manera de acceder era con invitación. Varias modelos desfilan vistiendo unos modelos llevables, y otros que claramente suponen una excentricidad del diseñador de turno, y que no creo que nadie en sus cabales se pusiera.

No logro dejar de pensar en Erik, y en lo incomprensible que es todo. Pienso en el primer mensaje que recibí. Una semana aproximadamente antes de que nos liásemos.

Si tanto odio siente hacia mí, ¿por qué acercárseme de una manera física? Llevábamos años distanciados. No le encuentro sentido por ningún lado. Tampoco a la rabia que emanan los

mensajes.

Cuando el desfile termina, ceno con las chicas en un restaurante de comida rápida.

Úrsula quiere saber si he recibido más mensajes. Le digo que no. Que se despreocupe por el asunto. No quiero decirle lo que he averiguado ni en qué circunstancias lo he hecho. Pero les dejo claro a ambas que el tema ya no va a suponer ningún problema.

Las dos me miran con cierta suspicacia, pero lo dejan correr.

Se alegran mucho cuando les cuento que Julio y yo hemos acercado posiciones. Las dos son fieles seguidoras del Team Julio.

En cuanto a los días de Semana Santa propiamente dichos, Ursu se va a ir a Marbella a disfrutar del sol en un apartamento que han alquilado sus padres. Lorena se irá a Francia, pues sus padres tienen un importante trato que cerrar allí y los acompaña.

Yo no tengo ningún plan. Alfonso me propuso bajar con él a Sevilla para disfrutar del ambiente que se crea alrededor de las procesiones, pero aún no he decidido qué hacer.

Cuando llego a casa todavía es temprano, y mis padres están cada uno en sus respectivos despachos.

Me pongo el pijama y empiezo a deambular por el catálogo de Netflix.

Mi móvil suena con un mensaje de WhatsApp de un número no agendado.

“Dijiste que te quedarías”.

Lo leo, la sensación de inquietud acrecentándose en mí.

No tiene foto de perfil, solo un fondo negro con dos equis blancas, formando una cara muda.

Veo que el número está escribiendo.

“Dijiste que pasarías la noche conmigo”.

Ya no hay dudas de que es Erik. Aprieto la mandíbula con todas mis fuerzas, decidiendo si bloquearlo inmediatamente. Como los puntos que indican que está escribiendo vuelven a aparecer, no puedo evitar que la curiosidad gane a mi sensatez.

“¿Quieres venir esta noche?”.

“Puedo pasar a buscarte”.

“Estás de coña???”. Lo mando antes de que me dé tiempo a pensarlo. Sé que no debería de contestarle, porque en cierto modo le estoy reforzando, pero es que me tiene harta. Hijo de puta. Se debe de creer que soy idiota.

“¿Por qué lo dices?”.

Tomo varias respiraciones profundas, y decido zanzar de una vez por todas la conversación.

“No vuelvas a escribirme”.

“Y, por supuesto, no vuelvas a acercarte a mí”. Añado.

“???”. Es todo lo que pone. Lanzo el móvil por la cama e intento concentrarme en el catálogo de series.

De todas formas, no engaño a nadie. Estoy más pendiente de si llega un nuevo mensaje que de mirar lo que aparece en la pantalla.

Ha sonado un pitido y, cuando suena el segundo, no puedo evitar deslizarme por la colcha para recuperar el móvil.

Leo los mensajes desde la pantalla de notificaciones, para que no le aparezca ni que lo he leído, ni que me he conectado.

“No me pareció que la noche del sábado fuese TAN mal”.

“De hecho, todo lo contrario”.

Un escalofrío me recorre la espalda. No lo entiendo, y cuando no entiendes a alguien no

puedes saber cómo va a reaccionar o cuál va a ser su siguiente movimiento. Para empezar, me sorprende que me esté escribiendo a través de WhatsApp y con su número visible, y que no haya optado por insultarme tras el anonimato.

Entran dos mensajes más.

“Pero puedo hacértelo de mil maneras distintas, Ave, hasta encontrar la que nos sirva a ambos”.

“Solo es cuestión de practicar”.

Me es imposible no rodar los ojos. El tío se lo tiene muy creído. Me tengo que recordar que es un perturbado, y obviar el hecho de que nunca antes en mi vida había tenido dos orgasmos seguidos. Ni siquiera sabía que eso era posible. Hasta el momento, lo achacaba a falsos mitos.

“Sé que me estás leyendo.”

Enarco una ceja ante este último.

“Dime por qué te fuiste.”

“Y, de paso, explícame esta parte de no volver a acercarme a ti.”

Mis dedos queman con la necesidad de contestarle. Me pregunto si es así con todas las chicas con las que se obsesiona. Su fama es de sobras conocida en Trinidad. Liges de una noche. No suele repetir. Dudo, sinceramente, que se envíe mensajitos con otras mujeres.

La cabeza me va a estallar de tanto intentar comprender, y probablemente no haya nada que comprender. Simplemente que está loco, y que odia a mi familia porque mi madre fue amante de su padre. Y porque es probable que eso influyese en el suicidio de la suya. Por extensión, me odia a mí.

Entonces... ¿por qué acostarse conmigo?

Lanzo un suspiro de frustración. Me resulta imposible de entender. Está loco, y tengo que mantenerlo lejos.

Decido apagar el móvil para no ver si sigue escribiendo.

A la mañana siguiente salgo a correr por la urbanización antes de llegar a conectar el móvil.

Es una pena, porque tengo que correr sin música. Dependo del móvil hasta para eso, pero mejor así. Si lo encendiera y tuviese algún mensaje más, la carrera se convertiría en una rumiación constante acerca de las cosas que escribe. Ya bastante pienso en la conversación de anoche, evaluando todas y cada una de las palabras que escribí.

La carrera es todo lo que soy capaz de aguantar sin revisar el móvil. Cuando llego a casa lo primero que hago es encenderlo, antes incluso de darme una ducha.

Me entran varios mensajes de Ursu y de Julio. También de Erik. Concretamente dos.

“No entiendo cómo en un momento estabas gimiendo mi nombre, y media hora después desapareces”.

El segundo fue enviado una hora después, es decir, a eso de las dos de la mañana.

“Solo quiero entenderlo”.

Gruño de frustración.

Erik es jodidamente inteligente. Pero está claro que, ahora mismo, no tiene ni la más mínima sospecha de que lo sé.

Me voy a la ducha, y no puedo deshacerme de las acuciantes ganas que tengo de contestarle mientras me enjabono. “Un mensaje más. Y luego lo bloqueo”, me digo cuando salgo del baño.

Así que, contra todo lo que había decidido hasta el momento, me encuentro escribiéndole.

“No sé de qué te extrañas. Puedes buscar motivos en una larga lista. Baja autoestima. Inseguridades. Ser la cornuda de Trinidad. Elige, cabrón.”

Hago referencia a varias de las lindezas menos fuertes que me ha escrito desde el anonimato.

Y estoy pensando si mandarle otro más en el que vuelva a decirle que me deje en paz, cuando se conecta.

Inmediatamente el tic de mi mensaje cambia de color, confirmando que me ha leído.

Empieza a escribir. Puntos y más puntos sucediéndose en la pantalla. Y lo borra. Ya no escribe. Vuelve a empezar a escribir. Y lo vuelve a borrar.

Me encuentro nerviosa, esperando a ver qué pone, con qué respuesta sale. ¿Lo negará?

Lo he pillado desprevenido, pues está cambiando de opinión sobre lo que va contestar constantemente.

Entonces aparece como desconectado, y acto seguido me llama.

Me sobresalto tanto que el móvil se me cae a la alfombra. Lo recupero con cuidado de no darle por error al botón de contestar.

A los diez segundos de agotar los tonos, el móvil vuelve a sonar.

Ni qué decir tiene que no le voy a responder.

Después de esa segunda llamada, el móvil se queda en silencio.

No puedo evitar pensar qué me habría dicho de habérselo cogido.

Deambulo un rato por la habitación. Estoy muy nerviosa. Echo un vistazo al móvil, aunque sé que no tengo ninguna notificación. No hay quien me entienda. Claramente se ha dado por enterado. No soy ninguna idiota con la que pueda jugar. Asunto zanjado.

Abro la conversación de Julio, y le respondo a los mensajes de la mañana.

Me escribía para darme los buenos días. Hace siglos que no hacemos eso. Se siente extraño.

Cuando le contesto, me pregunta qué voy a hacer en los próximos días, y me propone hacer una pequeña escapada juntos, tal vez a la casa de la sierra o a donde me apetezca.

Le digo que voy a ir a Sevilla con Alfonso. Acabo de decidirlo en este preciso instante. No sé si es una escapatoria a todo este jaleo con él, con Erik y con los mensajes anónimos, pero me parece que puede ser sano poner tierra de por medio, aunque sea por unos pocos días.

Escribo a mi hermano y le informo. Iremos de jueves a domingo, justo los días de más ambiente.

Esa misma tarde, Erik me vuelve a llamar. De nuevo, vuelvo a no responder.

Después entra un mensaje.

“Tenemos que hablar. Te lo explicaré todo”.

No le digo que no hay nada de qué hablar. Se acabó.

El resto de días hasta el viaje pasan rápidamente. Por suerte, Erik no me ha vuelto a llamar.

El martes voy de compras con Úrsula. Está empeñada en renovar su vestuario para sus cortas vacaciones.

Pasamos la tarde de tienda en tienda en un centro comercial. Cuando por fin terminamos y descansamos tomando un batido, vuelvo a sentir una imperiosa necesidad de contarle lo sucedido con Erik. Pero me parece todo tan complicado, hay tantas cosas que explicar, que no lo hago.

El miércoles accedo a quedar con Julio para despedirnos. Vamos a vernos en una cafetería del centro.

Justo cuando estoy por salir de casa, suena el telefonillo que nos conecta con la garita de seguridad.

—Buenas tardes, Ramón al habla. Llamo para informar de que hay un joven que dice tener una cita con la señorita Cayetana.

—¿Quién es ese joven? —Pregunto.

—No me ha dicho su nombre, señorita. Insiste en que no es de mi incumbencia, y que usted lo está esperando.

Una descabellada idea empieza a formarse en mi cabeza.

—¿Ha venido en una moto? —Quiero saber.

—Sí, señorita. ¿Lo dejo pasar?

—No, no lo deje pasar. Dígale que no me encuentro.

Agradezco a Ramón su trabajo y cuelgo.

No me puedo creer que Erik haya venido hasta aquí. Debe de estar muy interesado en “explicármelo todo”, como dijo en su mensaje.

Cuando pienso en él siento más rabia que miedo. La verdad es que viendo todo en perspectiva, por muy siniestros que sean algunos de sus comportamientos, no creo que sea peligroso realmente. ¿Que está loco? Puede ser. ¿Que tal vez su extraño comportamiento tenga algo que ver con su deseo sexual, como un tipo de cortejo oscuro en el que manda cucarachas y mensajes desde número oculto? También puede ser. Lo que es seguro, es que a mi esta historia no me va. Y que mirándolo desde el lado positivo, está bien tener un motivo para poder poner distancia, pues últimamente el deseo por él me estaba nublando las entendederas.

Tras cinco minutos de espera, decido que ya es suficiente margen para que se haya marchado, y me monto en el coche. Llegaré un poco tarde a la cita con Julio.

Cuando salgo de la urbanización, Ramón me levanta la barrera y me hace un gesto, señalando a Erik, que está apoyado sobre su Ducati, mirando el móvil.

Nuestras miradas se cruzan. Mierda. Piso el acelerador y, antes de que el coche responda, ya estoy viendo cómo él ha reaccionado y se está subiendo a la moto.

Tomo la carretera que lleva a la circunvalación, esperando que no me siga. Pero me sigue. Claro que me sigue. No es tonto, y supongo que la larga conversación telefónica de Ramón para determinar que yo no estaba en casa no ha engañado a nadie.

Empiezo a acelerar y él también acelera.

Por el retrovisor veo cómo sale de detrás de mi coche. Se pone en paralelo a mi ventanilla y, como el loco que es, suelta una mano del manillar para hacerme gestos que indican que pare.

Ay dios mío. Está en el jodido carril contrario. Acelero más, y él hace lo mismo. Es un milagro que no haya tráfico en sentido contrario.

Estoy sudando y agarrando el volante con toda la fuerza de la que soy capaz.

Erik acelera todavía más, con un ruido atronador, y me adelanta fácilmente, colocándose justo delante del BMW.

Va a intentar que frene a las bravas. Antes había pensado que no me parecía peligroso. Ahora sí me lo parece. Es un jodido demente que va a conseguir que nos matemos.

Justo aparece el desvío a la circunvalación y lo tomo, con velocidad excesiva, pero sin peligro.

Como él va delante, no tiene tiempo de girar. Veo por el retrovisor cómo está girando la cabeza para mirarme, como sorprendido de que me haya perdido. No puedo verle los ojos porque lleva puesto un casco integral, pero casi puedo imaginarme su mirada asesina, y un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

Cuando llego a la cita con Julio él no tarda en darse cuenta de mi tensión, y eso no facilita en nada nuestro café y nuestra despedida.

A la hora de regresar a casa, tengo cierto reparo en coger el coche. Me da miedo que Erik pueda estar por algún sitio, escondido, al acecho, para volver a perseguirme en una carrera de locos.

Por suerte, nada de eso sucede.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente por la mañana estoy con Alfon en el AVE, tomándome una Coca Cola en el vagón cafetería.

Le cuento casi todo lo sucedido con Erik. Omito algunas partes, pero a grandes rasgos le cuento que él era quien mandaba los mensajes, y que antes de averiguarlo me acosté con él.

Al escucharlo se atraganta y casi me escupe su bebida. Entiendo su reacción.

Alfonso claramente conoce a Erik, pues antes del incidente siempre estaba en casa. Aunque mi hermano no compartía nunca el tiempo con nosotros, pues es más mayor y no le interesaba lo más mínimo lo que hacían unos críos.

—Joder. Qué fuerte. Ese chico estaba colado por ti. —Le enarco una ceja, no compartiendo su opinión. —Pensaba que ya no teníais relación.

—Y no la teníamos. Hasta ahora. Pero vamos, que a partir de ahora tampoco la tendremos —sentencio, dejándolo claro, por si quedan dudas.

—A mí me parece muy bien que te acuestes con quien te dé la gana. Pero no pierdas de vista los negocios de la familia.

Le frunzo el ceño.

—¿Pero no estás escuchando que era él quien me mandaba los mensajes? —Le digo, alucinando. Tal vez si le hubiese contado todo con pelos y señales, cucarachas incluidas, se tomaría el asunto con mayor seriedad.

—Es importante que Julio no se entere —me dice, haciendo caso omiso de la mirada asesina que le estoy regalando. —Has tenido buenos modelos en papá y mamá para saber cómo esconder una aventura.

Dejo el tema por imposible, y el resto del tiempo lo pasamos en nuestro vagón. Él, mirando el móvil, y yo escuchando música con los auriculares.

Yo no soy muy religiosa que digamos, pero hay que reconocer que el tema de las procesiones siempre consigue emocionarme. Los integrantes de las cofradías, con sus rostros tapados. El sonido de los tambores y de las cornetas en medio de la oscura noche. Las saetas desgarradoras.

Es imposible que no se te pongan los pelos de punta.

Vemos procesiones durante la noche del jueves y del viernes. Durante el día aprovechamos para pasear por Sevilla, comer tapas y asistir a algún tablao flamenco.

Me encanta el clima de Andalucía, lo cálido que es en comparación con Madrid, incluso en esta época del año.

Estamos alojados en un hotel precioso, que tiene una terraza llena de farolillos.

Alfonso no para de hacerse selfies y fotos constantes.

Está utilizando una aplicación para ligar, y el sábado por la noche queda con un chico.

Me invita a que vaya con ellos, pero está claro que sobro.

Así que, después de cenar en la hermosa terraza del hotel al son de varias guitarras españolas,

él se marcha y yo doy una vuelta por las calles cercanas.

Están llenas de vida. Los comercios todavía abiertos y un montón de chiringuitos callejeros. Me compro una pulserita y vago durante una eternidad hasta que me entra sueño.

Entonces vuelvo al hotel, y veo que tengo dos WhatsApps de mi madre y un mensaje del número oculto. Pedazo de cabrón.

Abro el mensaje, que contiene una fotografía. La descargo, y empiezo a preocuparme seriamente cuando veo que es una foto de la fachada del hotel. Debajo de la foto está escrito *“No puedes esconderte de mí, zorra”*.

Se me revuelve el estómago al ver el insulto. Al percibir el odio que transmite el mensaje.

Por el color de la luz del cielo, la foto ha sido tomada unas horas antes, cuando ya estaba anocheciendo.

Erik es un demente. No hay otra explicación.

Decido escribirle a su número. No voy a andar haciendo caso a su versión cobarde.

“Cabron. Estás loco. Seguirme hasta aquí se llama acoso, y está penado por la ley. O paras este jodido juego, o iré a la policía.”

Tiro el móvil encima de la cama, y me doy una ducha. Antes de hacerlo, decido volver a comprobar que la puerta de la habitación está correctamente cerrada. Le echo la cadena, para más seguridad.

Estoy tan rabiosa que ni los cálidos chorros de agua consiguen calmarme en lo más mínimo.

Además, hay algo en la forma de insultarme que me duele. No tiene sentido. Ni que yo esté dolida ni que él me insulte de estas maneras, con tanto desprecio. Menos aún, cuando nos hemos acostado. ¿Realmente me odia tanto? Ciertamente los encuentros sexuales con él son muy intensos y un poco salvajes, pero no percibo en él, en absoluto, la inquina que me transmiten los mensajes.

Cuando estoy saliendo de la ducha, el móvil suena.

Miro con desconfianza los números que ya me sé de memoria, y dejo que se agoten los tonos.

Acto seguido, entra un WhatsApp.

“No sé de qué estás hablando.”

Lo leo en la pantalla de notificaciones. La sensación de que nada de esto tiene sentido se acrecienta.

Vuelve a llamar. Y luego, cuando no le cojo, vuelve a escribir.

“Cógeme el teléfono de una puta vez.”

“Por favor.” Añade un minuto después.

“O déjame que hable contigo. Puedo ir ahora mismo.”

Este último mensaje consigue que mis sospechas se acrecienten.

“¿Dónde estás?” Le pregunto.

Su respuesta no se hace esperar.

“En casa. Puedo estar en tu puerta en diez minutos.”

La cabeza ha empezado a dolerme. Tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo, algo muy evidente, pero no sé el qué.

“¿Por qué me estás mandando fotos desde oculto?”

Decido enviar ese mensaje, a ver si su respuesta me da algo de información. Porque todo me parece irreal ahora mismo.

El teléfono vuelve a sonar. Este chico no se cansa de llamar. Cuando los tonos se agotan,

responde.

“No te he mandado ninguna foto.”

Muevo insistentemente el pie, barajando mis opciones.

Tomo una bocanada de aire y pulso el botón de llamar. Me coge al primer tono.

—Joder, Ave, por fin —la ronca voz de Erik suena, de alguna forma, aliviada.

—¿No me has mandado una foto?

—No, no te he mandado nada. Si me dejas, puedo explicártelo...

—Quiero que me pongas en manos libres —lo corto. Oigo cómo empieza a protestar y a intentar explicarme lo que sea, pero no le hago caso. —O lo haces, o te cuelgo ahora mismo.

Parece que la amenaza funciona.

—Ya está. Necesito explicarte... —Su voz retumba en el espacio, indicando que efectivamente está usando el altavoz.

—Ahora, sin colgar, sal al menú principal y entra en Mapas.

Vuelve a protestar, y estoy a punto de colgarle. Como me escucha decidida, hace lo que le pido.

Le digo que haga una captura de pantalla de su ubicación y me la mande mientras hablamos al WhatsApp.

—Te he dicho que estoy en casa —gruñe tras mandar el mensaje. Mi móvil vibra. —¿Qué coño está pasando?

Le cuelgo, y abro la foto que me ha mandado. Efectivamente, el puntito de la ubicación muestra que está en Madrid. Por la zona del ático al que fuimos la última noche que nos acostamos. También se muestra que hay una llamada a mi número en curso en la barra de notificaciones.

Erik vuelve a llamar, pero apago el teléfono.

No entiendo qué está pasando. Y una parte de mí cree o quiere creer que lo que ha dicho es cierto, y que él no me ha enviado la foto.

Pero si no es él, ¿quién está mandándome estos mensajes? ¿Quién demonios ha venido hasta Sevilla para molestarme?

La habitación se me antoja un lugar hostil, y me encuentro deseando que Alfon regrese.

Lo hace a las ocho de la mañana, ni más ni menos, pues se ha quedado a dormir en casa de su ligue. Por lo visto me mandó un mensaje para avisarme, pero yo había apagado el móvil.

No le cuento nada de la foto, pues estoy tan abrumada por el asunto que no sabría ni cómo empezar a exponerlo sin que se me dispararan los nervios.

¿Es posible que Erik no sea quien manda los mensajes? No tiene sentido, pues yo misma vi el historial en su móvil. Él es quien está detrás del número oculto. Entonces, ¿cómo hizo la foto de anoche? ¿Cómo coño sabía de mi localización?

En el tren de vuelta a Madrid, decido hacer una lista de las personas que sabían de nuestro viaje.

Mis padres. Julio. Ursu y Lorena.

¿A quién más se lo habrán dicho? No es una información que suponga ningún secreto, y es posible que alguno de ellos lo haya comentado con alguien. Es habitual hablar de los planes de vacaciones con todo el mundo en esta época. ¿Se lo habrá dicho Julio a sus padres?

—Alfon, ¿a quiénes les has contado que veníamos los dos a Sevilla? —Le pregunto, pero él no me está escuchando. Está totalmente enfrascado en su Instagram. Le doy un manotazo para que me haga caso, y entonces caigo en la cuenta de que ha estado haciendo fotos todo el viaje. —

¿Has colgado fotos del viaje en Instagram?

Me contesta que sí distraídamente, y le pido verlas.

Efectivamente. Ha subido varias fotos de los dos. En una de ellas, estamos cenando en la terraza del hotel. Detrás de nosotros se puede leer claramente el nombre del lugar. No solo eso, ha etiquetado la ubicación exacta de nuestro paradero.

La fecha de subida es del sábado por la noche, un rato antes de que recibiese el mensaje. Le devuelvo el móvil y él sigue a lo suyo.

Mi hermano tiene la cuenta totalmente abierta, como tanta gente en esa red social. Alfonso ha publicado a los cuatro vientos dónde estábamos. Pero, si subió la foto solo un rato antes del mensaje, ¿cómo pudo la persona llegar hasta Sevilla? Ya tenía que estar allí.

A menos que...

Busco en mi móvil el nombre de nuestro hotel. Voy a imágenes. Me aparecen un montón de fotos. Paso las páginas, y en la tercera encuentro exactamente la misma foto que recibí.

La agrando. Sí, es exactamente esa foto. Al clicar en el enlace, me lleva a la página de Booking, de reserva de hoteles.

Vuelvo a observar la foto. No hay duda de que es la misma. Ahora que la miro, veo que los farolillos están colocados de manera distinta. Y que hay unas flores que, sin duda, anoche no estaban ahí. Y menos tan florecidas en pleno mes de abril.

Alguien sacó la maldita foto de internet y me hizo pensar que estaba frente al hotel.

Eso también hace que Erik pudiera haberla enviado, aunque estuviese en Madrid.

La cabeza me va a estallar.

El resto del día pasa en una nebulosa. Paso la tarde deshaciendo la maleta, y como necesito distraerme con algo, yo misma pongo la lavadora y tiendo mi ropa, en lugar de esperar a que lo haga alguien del servicio mañana.

Ceno con mis padres. No es habitual que compartamos comidas, pues cada uno llevamos horarios distintos.

Después, subo a mi habitación y me pego un par de horas con una serie de fondo, a la cual no presto atención, porque no puedo dejar de pensar en lo sucedido en Sevilla.

CAPÍTULO 8

Lo último que me apetece es volver a la universidad el lunes.

El viaje a Sevilla no me ha sentado nada bien, y eso que iba fenomenal hasta el sábado por la noche.

Todo el asunto de los mensajes anónimos me tiene bastante desquiciada ya.

Intento evitar a todo el mundo, y les digo a las chicas que comeré un sándwich mientras termino un trabajo de Macroeconomía. No estoy de humor para ir a la cafetería con todos los demás.

He decidido que voy a dejar que Erik se explique, a ver si logro encontrarle algo de sentido a todo lo que está pasando.

Cuando acaban las clases, le mando un WhatsApp para decirle que acepto escucharle. Se lo pongo así tal cual.

Me pregunta cómo quiero quedar. Le respondo que en ese mismo momento, en algún sitio donde ningún conocido nos pueda ver.

Me propone ir a un parque de las afueras. Le digo que no, que vamos a una cafetería. Obviamente no voy a ir con él a un sitio apartado. Cada vez tiene más papeletas para ser el psicópata del año.

Finalmente me manda la ubicación de un bar que se encuentra en un barrio próximo, pero lo bastante distante para que ningún compañero de Trinidad esté por allí.

El local es una especie de tetería en la que la especialidad parecen ser las shishas.

El ambiente está cargado por el vapor aromático que desprenden las cachimbas, y su luz es muy tenue.

En lugar de sillas solo tiene sofás, alfombras, y un montón de cojines en el suelo, sobre los que se sientan grupos de amigos.

Me parece un lugar excesivamente íntimo. No me parece el más adecuado para quedar con él. Lo único positivo que tiene es que es absolutamente seguro que no nos vamos a encontrar a nadie conocido por estos lares.

Atisbo a Erik, que ya está sentado en un oscuro rincón. Parece que se esfuerza por ser siniestro.

Se levanta cuando llego, pero no dice nada, todo lo que hace es señalarme el sillón que queda frente al suyo para que me siente.

Nos sentamos ambos y nos quedamos mirándonos. Es una situación bastante tensa. No sé, había pensado que él se pondría a hablar y que todo sería tan fácil como escuchar.

Una camarera viene a tomarme nota. Erik ya está tomando algo. Pido un té y ella se va.

—Te he dicho tantas veces que quería explicarme, que pensarás que tengo mi discurso preparado —me dice con voz ronca un instante después. Me mira intensamente, y luego se pone a jugar con la cucharilla de su café. Por la forma en la que mueve incesantemente el pie, golpeteando la bota contra la alfombra, se podría intuir que está nervioso. De todas formas, su

expresión es tan severa que no refleja nada. —No sé ni por dónde empezar —murmura, y yo no digo nada. Porque me parece que lo mínimo es que sea él quien hable.

Viene la camarera con mi té, y le pregunta a Erik si puede servirle algo más. Se dirige a él de una forma extraña, como si su frase tuviese un doble significado. Por favor. ¿Está intentando ligar con él, aunque esté acompañado?

No me queda claro. Erik le dice que no con un sombrío gesto de cabeza, sin mirarla, y ella se marcha de nuevo.

La luz tenue hace que sus rasgos resulten angulosos.

—La verdad, Caye, es que llevo un montón de años odiándote, —me suelta, y no puedo evitar fruncir el ceño. ¿Así va a ser esta conversación? —Pero a la vez, llevo media vida o más, deseándote.

Me revuelvo en mi asiento, incómoda, y cuando intento decirle algo, me frena con la mirada.

—Siempre supe que eras para mí. Desde pequeño, sabía que estábamos hechos para estar juntos —de vez en cuando me mira, pero la mayor parte del tiempo está jugueteando con su café y evitando mis ojos. —Después, nuestros padres cometieron su cagada monumental, y de un día para otro, desapareciste de mi vida. Tenía que aguantar verte por los pasillos del instituto, verte a todas horas. Estabas delante pero ya no estabas —comprendo perfectamente lo que dice, pues yo lo sentí igual.

—No sé qué tiene que ver todo esto con el tema que hemos venido a tratar —le suelto, secamente, y él me fulmina con la mirada. Mi primer instinto es encogerme en el sofá, pero aguanto el tipo y también le aguanto la mirada.

—Y, la verdad, es que al principio estaba rabioso contigo, porque tu madre había destrozado el matrimonio de mis padres... —continúa, como si no le hubiera interrumpido.

—No fue solo cosa de mi madre —le recuerdo, pues aunque su comportamiento fue muy reprochable, no fue la única culpable y siento la necesidad de defenderla.

—...pero en realidad estaba rabioso porque no viniste a mi ni una sola vez. Porque no hiciste nada por recuperarme. Porque a mí me habían arrancado la parte más importante de mi vida, y parecía que a ti no te afectaba en absoluto estar lejos de mí —en este momento me mira, y sus ojos se han oscurecido por un velo de rabia.

—¿Qué sabrás tú cómo viví yo la situación?

Él sacude la cabeza, desestimando mi comentario. Eso me enfurece.

—Lo que más me jodió es que ni siquiera viniste cuando más te necesitaba —por la forma en la que lo dice, está claro que se está refiriendo al suicidio de su madre. —No solo no viniste, si no que empezaste a salir con Julio.

Me aguanta la mirada. Es increíble cómo unos ojos azules pueden parecer tan negros.

—No sé qué quieres que te diga —me pongo a la defensiva, porque en cierto modo estoy empezando a sentirme culpable, y ese sentimiento debilitante es lo último que necesito ahora. —Tampoco tú viniste a mí. Siempre he pensado que me odiabas porque de alguna manera me culpabilizabas de lo sucedido.

Nos fruncimos los ceños un rato. Finalmente, él vuelve a hablar.

—Y es cierto. Pero ni tú eras responsable de lo que sucedió, ni lo era yo. Tú y yo fuimos daños colaterales —se pasa una mano por el pelo, haciendo que los mechones oscuros queden revueltos y que alguno le caiga sobre la frente. —Hace tiempo que estoy en paz con esa parte de la historia. Y hace tiempo que entendí que no servía de nada odiarte por no haber vuelto a mí.

—Tú lo has dicho. Ninguno de los dos nos buscamos.

—Por eso decidí empezar a enviarte los mensajes —suelta, y yo contengo la respiración, pues

este es el punto al que quería llegar. —Me jodía verte con Julio. Me volvía loco que te tocara. Y hace poco, Andrés me contó que te había engañado con Úrsula. Ahí no pude más, e intenté que lo dejases. Si antes ya sabía que ese imbécil no te merecía, después de eso ya no tenía ninguna duda.

—Estás loco —le digo con firmeza, y su expresión se vuelve todavía más sombría.

—No, Ave —niega lentamente con la cabeza. —Estoy más cuerdo que nunca. Porque por fin estoy en paz con mis sentimientos. Por primera vez he dejado de luchar contra ellos, y he reconocido lo que quiero —en sus ojos relampaguea un sentimiento decidido, y el estómago me da un vuelco.

—¿Y qué se supone que quieres? ¿Hacerme la vida imposible? ¿Seguir mandándome regalos macabros? Estás loco —le repito, y cuando hago un amago de levantarme, él se incorpora ligeramente en su asiento y posa una mano determinada en mi rodilla, deteniéndome.

—No te he enviado ningún regalo macabro —me dice, muy serio.

—¿Y cómo llamas tú a las cucarachas? —Le retiro la mano sin contemplaciones.

Toma una respiración, como si intentase calmarse antes de volver a hablar.

—Caye —dice, muy seriamente —no te he enviado nada. Sé que los mensajes no fueron un plan brillante, pero oye, funcionaron. Te liaste conmigo —sonríe tensamente, una sonrisa que no le llega a los ojos, que permanecen muy serios.

—¿Y la nota? ¿Y los insultos? —Le vuelvo a preguntar, porque de verdad que quiero entender, pero no comprendo nada.

—¿A qué te refieres? —Me mira sin entender y, si no fuese porque no confío en absoluto en él, podría creer que realmente no sabe de lo que le estoy hablando.

—A los mensajes insultándome.

—Es cierto que “cornuda” no es la mejor manera de dirigirme a ti... —empieza, pero yo le corto.

—¿¿Y “pedazo de escoria” y “zorra” sí lo son?? —Le grito, y siento unas enormes ganas de golpearle.

—Pero, ¿qué dices? —su expresión es cada vez más sombría. —Yo nunca te he llamado eso.

—En tus últimos mensajes con número oculto. Yo misma los vi en tu móvil.

—Empecé a mandarte los mensajes para que desconfiaras del cabrón de Julio y para que lo dejases de una maldita vez. En cuanto nos liamos, dejé de mandártelos, pues ya había obtenido lo que quería —Dice, con un tono tan hosco que su voz aún resulta más grave. —Aunque está claro que no, porque todavía sigues con ese gilipollas.

Se cruza de brazos y se recuesta en el sofá, mirándome con rabia desde allí.

—No entiendo cómo puedes estar mintiéndome a la cara de estas maneras —le digo. Recojo mis cosas y me pongo de pie.

Inmediatamente él se levanta.

—No te estoy mintiendo. Tú has visto los mensajes. No hay insultos ahí.

—Seguiste mandando mensajes después de que nos liásemos.

—No, Caye, no te he mandado ningún mensaje oculto desde entonces —repito con firmeza. —Si alguien más te está escribiendo, no soy yo.

Gruño de pura frustración y salgo del local.

Fuera ha anochecido. Un segundo después él sale tras de mí.

—Déjame tu móvil —le tiendo la mano con rabia. Él me sostiene la mirada y, sin apartar los ojos de los míos, se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón, y me lo da.

Repito el proceso de aquella noche, introduzco mi número de teléfono y le doy al historial de

mensajes.

Me aparece el primer mensaje que recibí del número oculto. Bajo y aparecen los siguientes.

“No haces más que rebajarte. Lo hizo una vez. ¿Cómo sabes que no lo está haciendo de nuevo a tus espaldas?”

“¿No te lo planteas? ¿Dejar de rebajarte de esas maneras?”

“¿Tan baja es tu autoestima que necesitas estar con el chico de oro para que tus inseguridades se eclipsen? Porque no lo consigues, se te notan cada vez más.”

Después de ese, no hay más. El teléfono me sugiere ir al “historial de conversación de WhatsApp”, que son los mensajes que hemos intercambiado con el número al descubierto.

—No estoy orgulloso de los mensajes, pero necesitaba que abrieras los ojos —dice, mientras yo observo la pantalla.

—Has borrado el resto —le espeto, dándole el móvil de malas maneras. Pero lo cierto es que aquella noche en su casa, solo llegué a leer los dos primeros. No sé si por aquel entonces estaban todos en el historial.

—No he borrado absolutamente nada —y hay tanto aplomo en sus palabras que una parte de mí quiere creérselo.

Me giro para marcharme.

—Cayetana —su voz ronca hace que detenga mis pasos. Creo que, en todos estos años, nunca jamás me ha llamado por mi nombre completo hasta este momento. Me giro, y él me mira con decisión. —Por primera vez en mi vida he reconocido lo que quiero. Lo que *siempre* he querido. Y no me voy a retirar del juego.

Lo dice con tanta seguridad, con tanto aplomo, que la piel de todo el cuerpo se me pone de gallina. Hay una determinación fiera brillando en sus ojos.

—¿Qué coño? —Le grito, harta ya. —¿Qué pretendes? ¿Que seamos noviecitos? ¿Que paseemos cogidos de la mano? —He perdido los papeles y mi voz suena histérica de lo surrealista que me parece todo esto.

—Todo. Lo pretendo todo. Y ya te aviso —me mira con una intensidad que me deja sin habla. —No me va a importar jugar sucio para conseguirlo. Para conseguirte.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Me giro y echo a andar por la oscura calle hacia donde he aparcado el coche.

Al día siguiente, en la universidad, Úrsula nos cuenta una noticia bomba que consigue que me distraiga un poco de todo el asunto que me reconcome. Mientras estaba en Marbella durante el puente, se encontró con Andrés y se liaron. Fueron unos besos que no llegaron a mayores, pero es muy fuerte.

Ella lo achaca a que había bebido cuando se lo encontró. Andrés es mono, pero hasta donde yo sé, Úrsula no ha mostrado nunca interés en él. De hecho, en ocasiones parece que la saca de sus casillas.

La hora de la comida es súper incómoda, porque Erik no deja de mirarme, y me preocupa que alguien se dé cuenta.

Cuando nuestras miradas se cruzan, me dedica sonrisas burlonas.

Por suerte, Julio no está.

Intento centrarme en mi comida, porque toda esta situación, unida a la tensión evidente que hay entre Andrés y Úrsula, me parece horrorosa.

Martín está contando algo de sus vacaciones en Italia cuando las chicas de un curso superior con las que Erik se sienta a veces, se acercan a nuestra mesa.

—Hola, sexy —una de ellas le toca el hombro, y en el recorrido que hace su mano aprovecha para acariciarle levemente la nuca. —¿Vienes esta tarde con nosotras al cumpleaños de Edu?

—Da una fiesta en un spa. Jacuzzi incluido —Añade una morena.

Sé que Erik es jodidamente atractivo. El haber sido siempre bastante reservado, le confiere ese aire de misterio que, unido a la bomba de relojería que es, lo convierte el paquete de chico malo perfecto. Está claro que eso atrae constantemente a otras chicas.

Debo reconocer que no me gusta cómo lo miran. Como si fuese un trozo de carne. Pero bueno, no es algo que me incumba a mí en lo más mínimo.

—Déjame comprobar si tengo planes —Erik se hace el ocupado, y casi ruedo los ojos cuando saca el móvil, como si fuese a chequear su agenda.

Me giro hacia Lorena, e intento sacarle conversación para no prestar más atención al grupito de recién llegadas.

En este momento mi móvil vibra sobre la mesa, y lo miro distraídamente.

Le dedico toda mi atención cuando veo que es un mensaje de Erik, aunque no tengo el contacto agendado.

“¿Quieres hacer algo conmigo esta tarde, preciosa?”

Oh, por favor.

Lo miro, pero está girado, hablando con las chicas, a las que parece que todavía no les ha confirmado asistencia. No puedo verle toda la cara, pero atisbo a intuir una mueca socarrona.

Le digo a Lorena que ya he terminado de comer, y me levanto con mi bandeja.

Úrsula aprovecha que me voy antes de tiempo para escaparse ella también y alejarse de Andrés.

Ambos chicos nos siguen con la mirada cuando nos vamos. Andrés lo hace de una manera bastante más obvia que Erik.

—Ni siquiera sabía que te gustaba —le digo a Úrsula de camino a las taquillas. —De hecho, pensaba que estabas cien por cien interesada en el chico ese que conociste en la discoteca. ¿Luis?

—Mira, ni me preguntes. No sé lo que pasó —dice, y parece abochornada. Estoy a punto de decirle que la entiendo perfectamente, que a veces las hormonas nos juegan malas pasadas, cuando veo que hay una mancha roja en mi taquilla.

La observo detenidamente, mientras Ursu avanza hasta la suya. No es una mancha roja, es como la huella de un dedo.

Abro la taquilla con cierto recelo, y mis sospechas se confirman cuando dentro encuentro, encima de mis libros, una muñeca empapada de un líquido rojo, simulando sangre.

Donde deberían estar los ojos hay dos cortes en forma de equis. Es muy macabra.

Apenas escucho a Úrsula sobre el sonido de mi corazón.

—Caye, ¿me estás oyendo? —creo que dice. —¿Qué pas...? —Suelta un gritito cuando ve la muñeca. —¿Qué es eso? —Pregunta con voz chillona.

Cojo la muñeca, y al hacerlo su cabeza cae rodando. Las dos damos un brinco del sobresalto.

—No me digas que es un regalo de tu acosador —dice con voz estrangulada.

Quiero decirle que no, pero es evidente que sí.

Ambas miramos la cabeza de la muñeca, que es horriblemente inquietante. Ha rodado hasta parar centímetros más allá, su rostro girado hacia nosotras, mirándonos sin ojos, en una muda expresión sangrienta.

La cojo y la tiro a la basura que hay al final del pasillo.

Úrsula está muy nerviosa y vuelve a decirme lo que me dice siempre. Que se lo tengo que contar a mis padres, que esto ya ha pasado de castaño a oscuro.

La ignoro, notando cómo mi enfado crece por momentos, mientras cojo mi libro de Macroeconomía, en cuya portada hay gotas de esa sangre falsa. Están secas. Alguien ha dejado ahí la muñeca hace rato.

Pienso en Erik, en si habrá tenido oportunidad de hacerlo. Cualquiera podría haberlo hecho, en realidad. Cualquiera que acuda a una materia distinta a las mías, ha podido aprovechar que yo estaba en clase para dejarla. Las cerraduras de las taquillas son bastante endebles, la verdad.

Úrsula no tarda en contárselo a Lorena, y ambas me dan un sermón tremendo al final de las clases, para intentar que pida ayuda o que, en palabras de Lorena, ponga una denuncia en la policía.

El resto de la semana es una vorágine de clases y de entrenamientos con Claudia. Seguimos trabajando con el tema de la defensa personal, pero no veo grandes avances en mí.

Sé que Claudia no aplica ni la mitad de fuerza que tiene, y que las llaves que me está enseñando a hacer resultan muy forzadas y que no me darían resultados en una situación real de peligro frente a un oponente.

Prefiero no pensar en ello.

Por las noches me cuesta dormir, pues sigo dándole vueltas al asunto de los mensajes y de los regalitos, y si de verdad Erik no estará relacionado con todos ellos.

Me resulta muy confuso discernir entre la verdad y la mentira. Es cierto que hubo un cambio de tono en los mensajes, cuando empezaron a volverse todavía más ofensivos.

¿Será cierto que todo este tiempo he estado recibiendo mensajes de dos personas?

La simple idea me da ganas de vomitar. La imagen de la muñeca ensangrentada sin cabeza me viene por las noches, y hace que esté inquieta.

Todo parece más peligroso de noche. Durante el día intento ser racional, y decirme que, aunque haya algún loco cuyo único propósito en la vida parece ser hacerme la mía imposible, realmente no ha hecho nada gravísimo. Insultos y regalos macabros.

Aunque a Ursu y a Lorena no les haga caso, una parte de mí sí se pregunta si debería hablar del tema con mis padres. ¿Y si va a más, y yo no lo he frenado a tiempo?

De todas formas, los ánimos están muy crispados en casa. El contrato con los Vélez no termina de cerrarse, y mis padres están insoportables.

El viernes, le digo a mi madre que voy a utilizar su tarjeta de socia del club para ir al spa, y me dice que ya no es socia Premium, que ahora solo tiene un plan base. Que había que recortar gastos, y que no puedo ir.

Me quedo muda de la impresión. Desde que tengo uso de razón, mi madre es miembro Premium del club y las apariencias lo son todo para ella. No me quiero imaginar cómo estamos para que haya tomado semejante decisión.

El sábado por la noche, voy a cenar con Julio. Vamos a una hamburguesería de diseño.

Es lo más cerca que Julio puede estar de la comida basura. Suele mirar mucho su dieta, así como su entrenamiento.

La cena no está mal, pero no es como comerse una hamburguesa con mayonesa y ketchup de verdad. La mía lleva brotes de espinacas baby. La de Julio está hecha con pan de centeno.

Nuestra conversación es la propia de un matrimonio de ancianos.

Desde la última discusión, Julio se ha mantenido en un plano bastante apático. No me

presiona, y resulta antinatural. Es como si meditara mucho sus frases y acciones antes de ejecutarlas.

Cuando estamos hablando de cómo fue mi viaje a Sevilla, se me ocurre preguntarle si habló sobre el mismo con alguien.

Se extraña por la pregunta, como es normal, y tengo que insistirle para que haga memoria.

—Puede que lo comentara con los chicos. ¿Por qué lo preguntas? —Me mira con la ceja enarcada, y cuando quiero saber qué chicos, simplemente repite: “No sé, los chicos.” Así que me quedo con eso.

Sevilla y la foto es un hilo del que es imposible tirar. Cualquiera podría haber visto el Instagram de Alfon.

Después de cenar vamos a Agüero, pues Alexia celebra su cumpleaños. No me gusta este sitio, pues inevitablemente está ligado a Erik en mis recuerdos.

De nuevo, estamos todos los alumnos de Trinidad allí. Erik incluido.

Tiene a una chica en minifalda a su lado, que no para de hablarle al oído y de aprovechar cualquier excusa para tocarle los bíceps. Él no parece hacerle mucho caso, pues sus ojos están clavados en mí, en cada uno de mis movimientos.

Su mirada me recorre de arriba abajo, sus dientes acariciando ligeramente su labio inferior.

Cada parte en la que se posan sus ojos me arde, de tan intensa que es su mirada. Empiezo a acalorarme, y tengo que retirarme el pelo de la nuca para intentar regular mi temperatura.

Julio pasa su brazo por mi cintura y me atrae hacia él. Dejo de mirar a Erik.

Me susurra al oído lo guapa que estoy, y le sonrío. Me coge de la mano y nos dirigimos a la barra, donde paga los cubatas de ambos. No me gusta, pero sería raro si de repente me negase a que me invitase, cuando lo ha hecho siempre.

Y entonces la culpabilidad me golpea. Porque sí, él me engañó primero, pero fue una sola vez. Y yo lo estoy haciendo repetidamente.

Cojo el cubata que me ofrece y le doy un trago enorme.

Definitivamente Julio no se merece esto. Pero tampoco yo me merezco que me obliguen a estar con él cuando no quiero. No sé por qué, miro mi reloj. Como si ahí fuese a estar marcada la fecha de firma del contrato.

Veo a Ursu en la esquina de la discoteca. Nuestras miradas se cruzan y me saluda con la mano. Está con Andrés, que se ha arreglado especialmente. Ella vuelve su atención hacia él. Parece que están manteniendo una conversación seria. Tal vez estos dos tengan más futuro juntos del que yo había intuido.

Me vuelve a pasar por la mente el contarles a Ursu y Lorena lo sucedido con Erik. Pero la realidad es que sé que he hecho algo malo, y tengo miedo de que me estalle en la cara estando pendiente el negocio de mis padres.

Por mucho que confíe en ellas, sé que la mejor manera de mantener oculto un secreto es, precisamente, no contarle nunca.

Voy al baño, y tengo que pasar obligatoriamente por donde están Erik y esa chica en minifalda que no para de manosearle.

Paso muy cerca, prácticamente hombro con hombro con Erik. Y él aprovecha la cercanía para deslizar el dorso de su mano a lo largo de mi antebrazo, y rozarme con delicadeza los dedos.

No me ha mirado, y ha sido un gesto tan disimulado que nadie ha podido verlo. Nuestras

miradas ni siquiera se han cruzado. Pero yo he sentido la caricia extendiéndose cálidamente hasta mi pecho.

Sé que no puedo dejar que el anhelo y el deseo que siento por Erik me nublen el juicio en este momento. Todavía no sé si es él quien se esconde tras todas estas situaciones macabras.

La verdad es que tras nuestra conversación en el bar de shishas, hay una parte dentro de mí que le cree y que da por hecho que sí, que es cierto que son dos personas distintas las que me están escribiendo, y que Erik solo mandó los primeros mensajes. Que no es él quien me ha dejado una muñeca sangrienta descabezada en la taquilla.

Otra parte me dice que sea cauta, y que tal vez solo es que quiero que eso sea cierto, porque Erik me atrae. Me atrae su cuerpo, su espalda ancha, sus músculos y su atractivo rostro. Me atrae esa forma siniestra con la que me mira, sus ojos cargados de deseo y de rabia. Me atrae lo complicado que es todo. Hago una nota mental para recordarme que tengo que buscar información sobre conductas sexuales raras en internet.

Aprovecho mi visita a los servicios para revisar mi móvil. Desde el incidente con la muñeca no he recibido ningún mensaje nuevo de oculto. Noto cómo la tensión de los hombros se desliza fuera de mí. Ni siquiera era consciente de lo tensa que estaba antes de mirar el móvil.

Cuando regreso, Julio quiere que bailemos. Él sabe que no me gusta bailar, pero se empeña. Deja nuestras bebidas en la barra, y me lleva al centro de la pista, para bailar demasiado pegados una canción que definitivamente no es lenta.

Le dejo hacer, aunque no me siento nada cómoda y noto perfectamente los ojos de Erik lanzando llamas en nuestra dirección.

La mano de Julio está posada en la curva de mi espalda, y en algún momento baja un poquito, aunque no llega a tocarme el culo por milímetros.

Cuando la canción termina, atisbamos a Alexia, y le pido que vayamos a felicitarla. Así consigo que nos alejemos de la pista de baile.

Después le digo que voy a buscar a Lorena, y lo dejo con ella y con Martín.

Voy directamente a la zona de los servicios, en busca de esa salida que da a la terraza larga en la que Erik y yo nos besamos por primera vez.

Me dirijo al recoveco del final, a la revuelta de la planta artificial enorme. Es el lugar perfecto para tener un momento a solas lejos de las miradas de todo el mundo.

Cuando llego allí, me apoyo en la barandilla y tomo una profunda bocanada del aire fresco de la noche. Cierro los ojos e intento enfocarme en algo que no sea el ruido de la calle. Llevo días sumida en una nebulosa. No soy capaz de ver entre tanta bruma, y tengo la sensación pulsante de que estoy pasando algo por alto. Algo muy evidente que no consigo ver.

—Estás preciosa —me sobresalto al escuchar la grave voz de Erik a mi lado. Echo un vistazo detrás de él, cercionándome de que nadie nos puede ver si no se acerca. —Es una maldita tortura el mirarte y no poder tocarte delante de todos —Su tono está cargado de anhelo, y sus ojos están brillantes. Desliza el dorso de la mano a lo largo de mi brazo desnudo, y yo cierro los ojos. Me resulta imposible no estremecerme. Hace una pausa y deja de acariciarme. —Sabes que odio ver cómo te toca —Su voz ha cambiado, y ahora está llena de rabia, como si me estuviese echando la culpa de que Julio me haya tocado. Me aparto de él y le doy la espalda, mirando hacia la noche madrileña. Supongo que algo de responsabilidad tengo en el asunto.

—No sé qué pretendes con todo eso —le digo, en un susurro derrotado. Porque la verdad es que estoy cansada.

—Sí lo sabes —se ha colocado a mi espalda. Noto su presencia enorme detrás de mí, irradiando un calor que se me mete en el cuerpo a través de la fina tela del vestido.

—Tú no haces estas cosas —le digo, y me giro para mirarlo. Doy un paso atrás, pues está demasiado cerca. Cuando me levanta las cejas, a modo de pregunta, aclaro —esto, el intentar conquistar a alguien. El quererlo *todo* —hago referencia a sus palabras de nuestra última conversación.

—Claro que sí. Llevo años queriéndolo y negándomelo. Además, siempre hay una primera vez —responde, y su semblante se endurece con algún pensamiento. —Nos han robado demasiadas primeras veces.

Sus dedos se enredan en mi pelo con firmeza, y me atrae hacia él. Me mira desde la altura que le confieren los centímetros que me pasa, y posa sus ojos en mi boca.

En un gesto inconsciente, se humedece ligeramente el labio inferior con la lengua. Es muy erótico, y no puedo evitar gemir muy bajito.

Su mirada se eleva para buscar mis ojos, fuego puro en ellos.

—¿Eres consciente de la manera en la que me miras? ¿El odio y el deseo que muestras? —me suelto de su agarre e intento poner distancia de por medio, pero él vuelve a acercarse.

—No te miro con odio... —murmura, pero ni él mismo suena convencido cuando lo dice.

—Sí lo haces. Te recuerdo la última vez que estuvimos aquí —hago un gesto con la cabeza, señalando a la discoteca. Haciendo referencia a esa vez en la que parecía que quería castigarme mientras lo hacíamos. Su semblante es mortal, pero no cambia ni un ápice al escuchar mis palabras. Su expresión es de piedra. —¿No te das cuenta de lo retorcido que es todo esto?

Clava su mirada en mí durante unos instantes, en los que únicamente se escucha el sonido del tráfico y la canción del interior de la discoteca, amortiguada.

—Prefiero no pensarlo, la verdad —dice, evitando mi mirada, como si le costara reconocer que él también se lo ha planteado. Su mandíbula se tensa mientras mira al suelo. Después vuelve a mirarme con una emoción intensa en los ojos. —¿Qué quieres que te diga? ¿Que estoy bien jodido? —Me pregunta, la rabia y la amargura mezclándose con sus palabras. —Es algo que ambos sabemos —sus pupilas están dilatadas, cuando recorren ávidamente mi rostro, como si quisiera encontrar ahí la respuesta a algo. —Y también sabemos ambos que jamás te haría daño. Jamás —sentencia, y permanecemos un rato callados, mirándonos. Mi corazón late tan fuerte que me preocupa que pueda estallar. Y tengo que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para evitar besarlo en este mismo momento y acabar con la expresión de anhelo torturador que muestra su rostro. Porque sí, sé que si me acercara a él, ese sentimiento desaparecería de sus ojos. —Quiero que dejes a Julio —dice con firmeza. Empiezo a contestarle que eso no es una decisión que le corresponda a él tomar, pero me interrumpe. —No me hagas apretarte las cuerdas, Ave, porque te juro que lo haré —sisea, pero sus palabras son claras, así como su determinación. Siento un escalofrío porque, de nuevo, vuelvo a pensar que no sé de qué es capaz. —Te dije que no tendría reparos en jugar sucio para conseguir lo que quiero.

—Típico comportamiento de niño rico malcriado —le respondo bruscamente, queriendo rebajar la intensidad de los sentimientos que está mostrando claramente, desparramándose por sus ojos desde las profundidades de su alma. —Encapricharse con algo que no puede tener.

Me dedica una sonrisa cruel que no le llega a los ojos, mientras niega lentamente con la cabeza.

—Los dos sabemos que no se trata de eso —y lo dice con una profundidad tan exagerada, poniendo tanta intención a sus palabras, dejando tan claro que sabe lo que quiere y que irá a por ello, que no puedo evitar temblar ligeramente. Da un par de pasos, alejándose de mí, y antes de

darse la vuelta, añade —No voy a esperar mucho más para mover ficha.

Y ha sonado a una jodida amenaza. Y yo me quedo tan preocupada como excitada por este encuentro.

El domingo tenemos merienda familiar con los padres de Julio y los míos. De vez en cuando hablan del contrato, pero todo me suena a ideas vagas, muy poco concretas, y me pregunto cuánto tiempo exactamente va a llevar todo esto, porque cada vez parece más improbable que el asunto esté zanjado antes de que yo me vuelva loca.

Aunque insisten en que nos quedemos a cenar, mis padres deciden que nos vayamos, pues mi padre no se encuentra muy bien. La verdad es que últimamente no tiene buen aspecto, probablemente debido a los problemas de la empresa.

No es habitual que ellos rechacen ninguna invitación de los Vélez.

—¿Qué te ocurre? —Le pregunto cuando estamos en el coche, después de despedirme de Julio.

—Todo el tema del contrato me tiene agotado —murmura, mientras arranca el coche.

—Trabajas mucho —le digo, porque ciertamente nunca está en casa. Ahora, cuántas de esas horas las dedica a trabajar y cuántas a sus diversas amantes, no sabría decirlo.

—Estos días he empezado a delegar en Lucas. Gracias a dios que lo tenemos en la empresa.

Mi madre asiente con la cabeza.

—¿Y Carmen? —Me atrevo a preguntar por la contable, aunque sé que la despidieron. Pero él no sabe que tengo esa información.

—Carmen ya no trabaja con nosotros. Pero Lucas es de plena confianza.

—Bueno, entonces, dedícate a descansar. No tienes buen aspecto —le digo, e intento no pensar en lo desmejorado que se lo ve.

El jueves por la noche, Erik me escribe.

“¿Lo has dejado ya?”

Directo al grano. Ni un “hola” ni nada.

Ruedo los ojos. En estos días que hemos coincidido en la universidad, no hemos intercambiado ni una palabra.

“¿Para qué quieres que lo deje? ¿Para estar contigo?”

Le contesto, con toda la intención de pincharle. Me ha leído, pero tarda un poco en responder.

“Claro que para que estemos juntos, y no escondiéndonos.”

No le digo que no nos estamos escondiendo. Es que no hay nada entre nosotros más que un montón de tensión sexual.

“Y también quiero que lo dejes porque es un gilipollas que te engañó y que no te merece.”

“Por favor.” Le contesto. *“Ni que tú fueses un santo. Cambias más de chica a tu lado que de pantalones.”*

Esta semana se ha sentado a comer con diversos grupos de chicas. Todos han tenido en común que sus integrantes son atractivas y que siempre hay alguna tocándole cuando le están hablando.

Tarda en contestar. Cuando lo hace, es con una sola palabra.

“¿Celosa?”

“Ya quisieras.” Le contesto, y es cierto, no estoy celosa. Lo que Erik haga me trae sin cuidado.

Escribe durante un montón de rato.

“Usar los celos no es algo que descarto. En el amor y en la guerra, todo vale. Y, desde que entendí que no te había estado odiando, sino que estaba jodidamente despechado y rabioso por

todo lo que te echaba de menos, lo tengo claro. Esta es mi batalla. Y te aseguro que daré con la manera de estar contigo.”

Me quedo mirando la pantalla, pues no sé qué contestarle. Antes de que se me ocurra algo, vuelve a escribir.

“Visto que no lo has dejado, te aviso de que mañana empezaré a jugar mis cartas.”

Supongo que quiere que le pregunte qué va a hacer. O tal vez no, porque tras enviar el mensaje se ha desconectado, como si no le interesara seguir hablando. Yo también me desconecto.

Lo cierto es que a la mañana siguiente, voy a clase con cierta inquietud. No quiero que Erik haga ninguna tontería. Además, ¿qué puede hacer? ¿Liarse con alguna de esas chicas delante de toda la cafetería para darme celos? Porque eso no tendría ningún efecto sobre mí.

Vivo la comida con tensión, pues Erik sí se ha sentado con nosotros en esta ocasión, pero no me mira ni una sola vez.

Julio está distraído, mirando a Andrés, que tiene una expresión mortal, y le pregunta que qué le pasa. El chico dice que no le pasa nada, pero es evidente que está muy enfadado.

Miro a Ursu y le levanto las cejas. Niega imperceptiblemente con la cabeza. Ella tampoco sabe qué le pasa.

Alexia y Martín se pegan la comida hablando del periodo de exámenes finales que comenzaremos en breve. Estamos en la recta final del curso.

Proponen salir el sábado para desfogar antes de tener que empezar a estudiar como locos y estar enclaustrados durante semanas.

Acepto, aunque la realidad es que no necesitamos un motivo para salir, porque hacemos lo mismo todos los fines de semana.

Ya está empezando a hacer mejor tiempo, así que vamos a ir a una discoteca que tiene una terraza cubierta.

Cuando terminan las clases y estoy por marcharme al gimnasio, me encuentro a Andrés apoyado en mi coche. Los brazos cruzados y el semblante serio. Lleva puestas unas gafas de sol, pero igualmente se le ve el ceño fruncido.

—Cayetana —dice al verme, y se incorpora. —Quería hablar contigo.

—Sí, claro —abro el coche para poder dejar la mochila dentro. Me imagino que quiere hablar de Úrsula. Nada me prepara para lo que me suelta.

—Erik me ha dicho que os estáis enrollando —lo miro petrificada, como un cervatillo asustado ante los faros de un coche. Abro la boca para decir algo, pero las palabras no salen. Así que continúa. —Yo no soy quién para meterme en lo que tú haces o dejas de hacer —dice, casi sin poder controlar la ira. —Pero Julio es uno de mis mejores amigos. O terminas lo que te traes entre manos con Erik, o se lo contaré.

Jamás hubiese imaginado que Andrés tuviese un tono de voz tan amenazante y siniestro. Creo que le digo que sí, que nunca más volverá a pasar, pero no estoy segura, porque estoy como en una nube. En algún momento se marcha.

Me lleva un rato volver a recuperar las facultades y meterme en el coche. Me cuesta creer que esto haya pasado realmente.

Llamo a Erik, tan rabiosa que tengo los dientes apretados, pero el muy sin vergüenza no me coge el teléfono.

Ay, joder, ¿qué voy a hacer?

Cuando llego al gimnasio casi espero encontrármelo y utilizarlo a él en lugar del saco. Pero eso no sucede, porque no está por ningún sitio a la vista. Entreno con Claudia, aunque no consigo

sacarme ni un gramo del enfado.

Por la noche me planteo escribirle para insultarle, pero no ganaría nada con eso.

Mi gran preocupación ahora es que Andrés se lo diga a Julio. Pero si llevase intención de decírselo, ya lo habría hecho, ¿no? Además me ha dado un ultimátum, al que yo he respondido.

Tengo que mantener la cabeza fría. Lo más probable es que no le diga nada.

No puedo permitirme que Julio se entere. Por un montón de motivos. Porque, si no se entera, es como si yo no hubiese hecho nada malo, aunque esto no es del todo cierto. Porque me odiaría. Porque le haría daño. Porque el jodido negocio de mi padre, el que lo tiene tan desmejorado que hoy ni siquiera ha ido a trabajar, depende de esto.

El sábado no tengo ninguna gana de ir a la discoteca, pero finalmente lo hago porque tengo miedo de que si falto, Andrés aproveche para hablar con Julio. Nunca se sabe lo que puede pasar cuando hay alcohol de por medio.

Julio me ha pasado a buscar por casa. Cuando llegamos a la azotea del lugar, se pone a discutir con Martín sobre el resultado de un partido de fútbol que se jugó anoche.

No veo por ningún sitio a Andrés. Úrsula tampoco está, así que tal vez estén juntos.

Desde donde estoy veo a Erik. Tiene la espalda apoyada en la barra. Los codos sobre la encimera, con semblante despreocupado.

Está mirándome, mientras una pelirroja le habla sin parar desde tan escasa distancia que en cualquier momento se le subirá encima.

Me hace un imperceptible gesto con la cabeza que no respondo.

Como Julio no me hace caso y Andrés no está a la vista, decido acercarme a la barra, justo donde está él.

Observa mis pasos, y una expresión fugaz de sorpresa cruza su rostro cuando ve que me estoy dirigiendo hacia él. Inmediatamente después la disimula y la reemplaza por su mueca de indiferencia habitual.

Me coloco a su lado, y finjo esperar a que algún camarero venga a servirme.

Erik le dice algo a la chica al oído y, un instante después, esta se marcha.

Estamos hombro con hombro. Yo mirando hacia la zona de bebidas, y él dándole la espalda.

—Cómo te atreves, cabrón —le digo, en cuanto estamos a solas. Suelta un suspiro, pero no dice nada. —Ni me devolviste la llamada —por el enfado que suena en mi voz, me doy cuenta de que eso también me ha sentado mal.

—No hacía falta. Ya sabía para qué me llamabas —dice, apáticamente. Y quiero zarandearlo para hacerlo reaccionar. Me giro disimuladamente para asegurarme de que nadie conocido anda cerca. De hecho, un grupo de gente que no conocemos se ha colocado entre la zona donde está Julio y nosotros, ocultándonos de su visión completamente.

—¿Cómo se te ocurre hacer algo así?! —Le doy un codazo en el costado con todas mis fuerzas, pero él no se mueve.

—Mi siguiente movimiento será contárselo a Julio —me dice, y no puedo evitar girarme para mirarlo, boquiabierto. Ha perdido completamente el juicio.

Está mirando al frente, pero en su rostro solo se ve determinación.

—No, no lo harás —le digo, perdiendo los nervios.

—Por supuesto que sí. Me muero por ver la cara de ese hijo de puta. Y, si tengo suerte y quiere tomar represalias, me dará una buena excusa para partirle la boca.

Le dedico la peor mirada que soy capaz, y cuando un camarero se me acerca, lo despacho con

un gesto de la mano. Erik se gira por primera vez hacia mí y me mira un breve instante, antes de recuperar su posición de indiferencia. Esa que hace que cualquiera que nos vea no pueda ni intuir que estamos hablando.

—Mira, Caye —me susurra con voz rasposa, lo suficientemente fuerte para que yo lo escuche por encima de la música. Hace una breve pausa. —Ya estaba dispuesto a todo antes de que pasara nada entre tú y yo —se muerde ligeramente el labio, y vuelve a echarme una mirada fugaz. —Antes. Cuando solo era capaz de imaginar lo que sería estar contigo. —Entonces se gira y clava en mí sus intensos ojos, queriendo dejar claro la seriedad de sus siguientes palabras. —Ahora sé lo que es besarte. Ahora sé lo que es estar dentro de ti y que gimas mi nombre mientras te corres. Si ya estaba dispuesto a todo antes, ¿tú crees que hay algo que no sería capaz de hacer, ahora que sé que es jodidamente mejor que cualquier cosa que haya podido imaginar?

Sus ojos se clavan en mí como puñales ardiendo, esperando una respuesta, y le retiro la mirada. Enfadada y encendida. Porque sí, lo peor de todo es que sus palabras me acaloran. Esa pasión que pone a las cosas que dice hace estragos en mí.

—Sé lo que estás pensando —me dice, volviendo a llevar la vista al frente. —Sé que tienes ganas de hacérmelo furiosamente. Y lo sé porque eso es lo que me pasa a mí todo el maldito tiempo, que tengo unas ganas demenciales de follarte de todas las formas posibles, hasta dejarnos a ambos sin sentido. Hasta que los dos olvidemos que en algún momento has estado con otro hombre que no sea yo.

Tomo una bocanada de aire, y lo miro. Me devuelve la mirada. Sus ojos brillan intensamente por la rabia y el deseo. Son un reflejo de los míos.

Reúno fuerzas para darme la vuelta y me alejo de él lo máximo posible.

Julio pasa sus brazos a mí alrededor cuando me acerco a él, y no me escabullo cuando me besa. No solo eso, si no que respondo su beso con más intención de lo que lo he hecho últimamente. Él emite un gruñido bajo cuando mi lengua roza la suya, y en este momento sé que estoy jugando con fuego.

Me retiro ligeramente de él, intentando poner espacio, y veo claramente lo que he hecho. Voy a terminar quemada. Así lo asegura la mirada encendida que me devuelve Julio. Aparto la mía y, en el proceso, veo la mirada asesina que me lanza Erik.

Cuando le digo a Julio que me marchó a casa, un instante después, su cara es un absoluto poema de frustración. Mierda, mierda. Sin duda sus esperanzas han crecido con ese beso.

Cuando llego a casa, tengo un mensaje de Erik. Por la hora que marca, ha debido de enviarlo justo cuando me he marchado.

“El mayor obstáculo entre nosotros era yo mismo. Me ha costado años aceptar lo que quería.”

Está conectado cuando lo abro, y le ha debido de marcar que lo he leído, porque vuelve a escribir.

“Ahora no voy a dejar que NADA se interponga entre tú y yo. Ni siquiera esa parte tuya tan terca.”

Vuelve a escribir.

“Si quieres jugar sucio, Ave, jugaré sucio. Soy capaz de todo para conseguirte.”

No contesto a sus mensajes, pero este último me deja terriblemente inquieta. ¿Y si aprovecha que no estoy en la fiesta para contárselo a Julio? Esa noche no consigo dormir prácticamente nada.

CAPÍTULO 9

En algún momento de la madrugada he debido de quedarme dormida, porque me despierto sobresaltada.

Lo primero que hago es mirar el móvil, y veo que tengo un mensaje de las seis de la mañana, en el que Julio me cuenta que acababa de llegar a casa y que me echaba de menos.

Mensaje como los que me enviaba hace siglos, cuando había bebido y estaba excitado. Un escalofrío me recorre al recordar lo encendidos que estaban sus ojos cuando le respondí el beso.

Al menos sé que Erik no le ha dicho nada. Si no, no me habría escrito.

Decido no responderle, para ver si sus ánimos se aplacan un poco.

Sorprendentemente, el número oculto no me ha vuelto a escribir. Elijo creer que la pesadilla ha acabado, y que es un tema del que no tengo que volver a preocuparme.

Tal vez, después de todo, sí que era Erik quien estaba detrás de los mensajes, y se ha cansado después de nuestra conversación.

Esa idea no me convence, pues en el fondo estoy casi segura de que no fue Erik quien mandó los últimos mensajes. Pero lo importante es que oculto no me está molestando más.

Por la tarde, Ursu nos pide a Lorena y a mí que nos reunamos en el Starbucks que hay cerca de Trinidad. Parece nerviosa en sus mensajes, y dice que nos tiene que contar algo.

Cuando estamos las tres sentadas frente a nuestros cafés, nos dice que anoche se acostó con Andrés.

—Joder —es todo lo que atino a decir.

Y nos cuenta los detalles, y en algún momento comenta “ya sabéis que yo casi no tengo experiencia”. Y dejo de escucharla. Porque por primera vez soy consciente de que Ursu nunca ha tenido novio. Y que es probable que perdiese la virginidad con Julio.

Se me revuelven tanto las tripas que tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no vomitar.

Dejo que Ursu y Lorena sigan hablando, sin ser consciente de lo que dicen, porque no puedo hacer otra cosa que repetir la imagen mental de ellos dos juntos, borrachos, acostándose. Los dos sabiendo que me estaban traicionando.

La semana siguiente me resulta súper agobiante. Esté donde esté en la universidad, me encuentro con Erik o con Julio. Con las miradas intensas del primero y con constantes muestras públicas de cariño del segundo.

Estoy bastante harta de que Julio me toque cada vez que me tiene cerca. Y estoy harta de que Erik nos lance miradas de odio cada vez que eso pasa, porque hay tanta tensión que en cualquier momento alguien se dará cuenta.

También pillo a Andrés mirando entre Erik y yo. Observándonos. Quizá intentando determinar si efectivamente hay algo entre nosotros. Y la verdad es que me fastidia, porque ya bastante complicado es todo, como para que él, que no tiene vela en este entierro, se meta también.

Esta semana por la tarde no quedo con nadie. He determinado una rutina fija de entrenamiento para intentar acallar la mente y mis miedos. Unos días voy a la piscina y otros al gimnasio.

Claudia se empeña en comentar constantemente lo rara que estoy.

El miércoles vuelvo a recibir un mensaje del número oculto, y se me cae el alma al suelo. Parece que esa etapa no está tan acabada como yo pensaba.

“¿Te crees mejor que los demás?”

Lo ignoro, y decido que no va a alterar mis planes. Estaba a punto de entrar en la piscina, y no voy a dejar que un maldito mensaje me quite las ganas de dedicar tiempo a mi salud física y mental. Por muchas ganas que en ese momento tenga de volver a casa y de meterme bajo el edredón.

Dejo mi albornoz y las chancletas junto a una calle cualquiera, y me meto con cuidado. No hay absolutamente nadie, y lo prefiero así.

He conseguido aumentar hasta seis largos, y mientras estoy por el tercero, tengo la angustiante sensación de que alguien me observa.

Me detengo para comprobar lo que ya sé. Que estoy sola, y que solo es mi imaginación.

Pero no me puedo sacudir la mala sensación.

El tema de los mensajes me está volviendo paranoica. Decido que cuando llegue a casa llamaré a la compañía de teléfono para ver si se puede bloquear a un número oculto. Debería haberlo hecho hace tiempo.

Cuando voy a salir de la piscina, veo que mi albornoz y mis chancletas no están donde las había dejado. ¿Habré entrado por el lado opuesto de la piscina o contado mal los largos?

Miro al otro extremo, y no, allí tampoco hay nada.

Empiezo a jurar, porque está claro que alguien me ha quitado la ropa. Ando con cuidado hacia los vestuarios, pues el suelo de baldosas es tremendamente resbaladizo bajo mis pies mojados.

La sensación de inquietud aumenta, y ando muy despacio, estando segura de que alguien me está observando.

Abro la puerta de los vestuarios, y están inusualmente oscuros. Tengo que entrar para alcanzar la luz, que busco a tientas porque nunca antes he tenido que encenderla. Mientras, el corazón me martillea en los oídos, porque juraría que hay alguien más aquí.

Cuando doy con el interruptor los fluorescentes relampaguean varias veces antes de quedarse completamente encendidos. Me es suficiente el primer fogonazo para que el corazón se me salga del pecho.

En los espejos hay una foto enorme mía. Con el papel donde deberían estar los ojos arrancado, formando dos macabros pozos sin fondo. En la boca, hay impresa una cucaracha gigante. Y bajo mi cara, unas letras enormes rojas, escritas con furia, que rezan:

“No lo eres. Eres peor que una sucia cucaracha. Pronto llegará tu hora.”

Se me escapa un grito de horror y echo a correr. Oigo claramente cómo alguien se mueve en el vestuario a mi espalda. Hay dos puertas para salir de la piscina, y creo que me dirijo a la más cercana.

Todo lo que puedo hacer es correr y rezar para no resbalarme. Dios, dios.

Alguien me está persiguiendo, escucho el chillido sordo de unas suelas de goma, y solo puedo pensar en salir de la jodida piscina, en llegar a un lugar en el que haya alguien.

Cruzo las puertas y ya casi estoy en el pasillo principal, cuando me choco contra algo duro.

Pierdo el equilibrio y me caigo.

Miro hacia lo que me ha hecho caer, y suprimo un grito cuando veo que es Erik.

Está intentando sujetarme, y yo empiezo a revolverme con uñas, dientes y patadas.

Es jodidamente grande y tan fuerte que empiezo a sentir verdadero pavor.

—Caye, ¡Caye! ¿Qué te pasa? —Me sujeta fuertemente los brazos.

—¡Aléjate de mí! ¡Ayuda! —Empiezo a gritar mientras le araño.

—Joder, ¡joder! ¿Qué te sucede? ¿Qué ocurre? —Está gritando. Y de pronto veo que se ha arrodillado entre mis piernas, en un intento de sujetarme y de que deje de pegarle, y caigo en la cuenta de que tal vez no está intentando sujetarme si no levantarme del suelo. Me retira los mechones de la cara, mientras me busca la mirada ávidamente. Cuando nuestros ojos se encuentran su expresión cambia radicalmente, como si se hubiese enterado de algo que yo no sé. Entonces, inexplicablemente me abraza. —Tranquila, Ave, tranquila. Estoy aquí—empieza a decir entre susurros, mientras me sujeta firmemente y me acaricia el pelo. Me susurra varias cosas más y, aunque no sé qué me dice, sé que está intentando calmarme. Y es todo lo que necesito para intentar tranquilizar mi respiración, con la cara enterrada en su camiseta.

Cuando estoy más calmada, se retira para mirarme. Una sombra de preocupación tiñe sus ojos. Y quiero creer que no es él quien me ha dejado el mensaje en los vestuarios, porque me siento segura a su lado. No me sentiría segura si fuese peligroso, ¿no?

—Caye, qué te pasa —dice al fin, intentando que su voz suene calmada, pero claramente él también está alterado.

—Alguien me perseguía... —empiezo a balbucear, señalando detrás de mí.

Él mira hacia las puertas batientes que dan a la piscina.

—¿Qué quieres decir? —Su tono se ha endurecido notablemente.

—Yo tenía mis cosas junto a la piscina, y luego no estaban, y no había luz en el vestuario, y cuando la he encontrado había una foto mía con los ojos arrancados...

Me callo, porque sus ojos tienen un brillo raro, y porque es posible que no me esté entendiendo. Estoy tan sobrepasada que mi discurso no es coherente.

Me pasa el brazo por la cintura, intentando levantarme.

—Ven. Tienes que vestirme —dice, mientras me levanta con cuidado. Me echa un vistazo de pies a cabeza, comprobando que no tengo ningún daño físico. —Y yo tengo que ver qué coño está pasando—murmura, más para él que para mí.

Anda lentamente, con la mano todavía en mi cintura, sosteniéndome fuertemente.

Cuando entramos en la piscina me estremezo, y Erik intensifica su agarre. Miro por todos los sitios, pero está vacía.

Al llegar a la puerta de los vestuarios de las chicas, me suelta con cuidado.

—Voy a echar un vistazo, ¿de acuerdo? —dice, poniendo ambas manos en mis mejillas y mirándome a los ojos, como si quisiera cerciorarse de que le estoy entendiendo.

Niego con la cabeza.

—Vamos —le digo, y mi voz no suena muy convencida. Pero lo último que quiero es quedarme sola de nuevo.

Me coge de la mano, y agradezco ese detalle.

Entramos en el vestuario, cuyas luces siguen encendidas, y parpadeo varias veces cuando veo que el espejo donde estaba mi foto muestra nuestro reflejo. Suelto la mano de Erik y me acerco, no creyéndome que no esté.

—Te juro que estaba aquí —le digo, señalándole el vidrio. —Te juro... —bajo la mano, pues no sé qué más decir.

—Ya no está —dice él, después de revisar el vestuario de arriba abajo. —Tienes que vestirme, estás temblando —señala, y entonces soy consciente del frío que tengo.

—No tengo las llaves de mi taquilla. Estaban en mi albornoz —le digo.

—¿Cuál es tu taquilla? —inquire, y se lo indico. Revisa por encima la cerradura. Saca un manojo de llaves, y mete una en el hueco que queda en el lateral. Con un golpe seco hace palanca y la taquilla se abre.

Vuelvo a sentirme inquieta, porque acaba de demostrarme lo fácil que le resulta abrir taquillas. Y me acuerdo de cuando abrieron la mía para dejar la muñeca ensangrentada. Pero después observo cómo busca mi ropa ávidamente entre mis cosas, para que yo pueda vestirme, y en ese momento pienso que es imposible que haya sido él quien está detrás de todo esto. Porque sería jodidamente increíble que sea tan buen actor. Su preocupación es evidente.

Cuando dudo tras coger la ropa que me tiende, dice que va a esperar fuera.

—¡No! —le digo rápidamente, pues no quiero estar sola ni un minuto. —Gírate, —le pido, porque, aunque ya me haya visto desnuda, no tengo ninguna intención de quitarme el bañador delante de él.

—No entiendo muy bien qué es lo que ha pasado —comenta, con la espalda girada hacia mí. Yo me doy prisa por ponerme la camiseta, que se humedece ligeramente porque no he podido secarme. —Pero me gustaría que me lo explicases cuando estés más calmada. ¿Querías... —hace una pequeña pausa, como si dudase. —¿...quieres venir a casa, y me lo cuentas con tranquilidad?

Termino de vestirme mientras pienso qué hacer. No puedo ir a casa tan alterada como estoy ahora. Mis padres notarían que algo no va bien. Tampoco quiero quedarme sola con mis pensamientos y mis miedos.

—De acuerdo —le digo, cuando ya estoy lista.

—Bien —suspira ligeramente al decirlo, y yo cojo mi mochila.

Ambos salimos del vestuario, en esta ocasión sin tocarnos. Vuelvo a echar un vistazo, pues todavía no me creo que no haya nadie.

Cuando llegamos al parking, Erik se sube a la moto y espera a que yo ponga el coche en marcha, para que le siga.

Pongo la calefacción del habitáculo para que mi pelo se termine de secar, y lo sigo por las oscuras calles. Ya ha anochecido, y la falta de luz hace que lo vea todo peor.

Echo un vistazo a la hora, y mientras estamos detenidos en un semáforo, le envío un mensaje a mi madre para que sepa que cenaré con las chicas.

Erik se gira varias veces mientras estamos detenidos, como si quisiera cercionarse de que estoy ahí. No puedo verle los ojos con el casco, pero le hago un gesto afirmativo con la cabeza.

Volvemos a ponernos en marcha, y me hace gestos para que lo siga al parking.

No me había dado cuenta de lo enorme que es su plaza de garaje. Lo suficiente para dejar la moto y mi coche.

Me espera junto a la puerta y, una vez estoy a su lado, me toma de la mano. Dejo que me conduzca hasta el ascensor que funciona con código. Observo cómo mete los dígitos, y me digo que no es para nada inquietante que los números se correspondan con la fecha de mi cumpleaños, si no una mera coincidencia.

Cuando llegamos al ático, Erik abre la puerta sin soltarme la mano, y me conduce a la cocina.

Es una estancia enorme, con una mesa central de madera clara a la que se anexan varios taburetes.

—¿Quieres beber algo? Agua, um... ¿té?

Le acepto el agua mientras me siento en uno de los taburetes.

Me trae un vaso lleno y se sienta en el taburete contiguo.

Me lo bebo entero y después empiezo a contárselo todo.

Cómo recibí sus mensajes, cómo he seguido recibiendo mensajes todo este tiempo, aunque él asegure que no los ha mandado. La nota en mi libro, la caja de bombones. La muñeca, la foto del hotel de Sevilla.

No hace ningún comentario, pero su semblante se va endureciendo conforme avanza la historia.

—Joder —es todo lo que dice cuando finalmente llego a lo que ha pasado esta tarde.

—Te juro que era una foto enorme, más grande que un A3. Me había arrancado los ojos, y debajo estaba escrita esa frase —no quiero ni repetirla en voz alta, pero se me ha quedado grabada a fuego en la retina. De todas formas, mientras le voy relatando lo sucedido empiezo a pensar que tal vez he sobrereaccionado esta tarde. ¿Puede ser que me haya imaginado que alguien me perseguía? Lo que está claro es que había alguien más ahí. Alguien que ha retirado la foto y que ha salido por la otra puerta.

—¿Puedo ver los mensajes? —Pide, y le paso el móvil.

No es una conversación completa, pues al ser de un número oculto hay que abrir mensaje por mensaje.

—Desde aquí. Este mensaje ya no es mío —me muestra la pantalla. “*¿Te sientes superior con ese ridículo vestido?*” —Lo recibiste la noche en que nos acostamos por primera vez —dice, revisando la fecha. Asiento con la cabeza.

Va leyendo los mensajes uno por uno y, de vez en cuando, suelta algún juramento.

—Hijo de la gran puta —murmura, devolviéndome el móvil y mirando absorto a un punto fijo de la madera.

—No sabemos si es un hombre —le recuerdo.

—¿Puede ser Julio? —Pregunta, alzando la vista.

—¿Cómo va a ser él? —Entorno los ojos.

—Piénsalo. Los mensajes de la otra persona empiezan cuando nos liamos. Quizás sepa lo que ha pasado entre nosotros, y quiera hacértelo pagar.

Lo medito un instante, pero niego con la cabeza. No tiene sentido.

—No me extraña que no quisieras verme ni en pintura. No, si pensabas que yo te había mandado todo esto.

—¿Qué querías que pensase? Vi los dos primeros mensajes en tu móvil.

Asiente con la cabeza, y se muerde el interior de la mejilla.

—Me jodió muchísimo salir de la ducha y ver que te habías marchado —comenta, y me aparta la mirada para que no pueda ver la emoción que acaba de cruzarle, fugazmente, el rostro. La controla rápidamente. —Tiene que haber una manera de desbloquear el número —dice, levantándose del taburete. Se dirige a la nevera y la abre. Echa un vistazo dentro. —¿Te apetece que prepare algo de cenar? Puedo hacer unos raviolis en un momento.

Le voy a decir que no, pero en ese momento mi tripa ruge sonoramente. Él no espera más respuesta que esa y se pone a cocinar.

Es extraño. Cómo se mueve con soltura por la cocina. Cómo sus brazos se tensan al hacer cualquier movimiento, haciendo que sus músculos se marquen sugerentemente.

La cena está lista en muy poco tiempo, pues tanto los raviolis como la salsa son precocinados.

Se me escapa un gemido cuando los pruebo, y él me mira sin poder esconder una pequeña sonrisa. La luz directa de la cocina hace que se le marquen las pecas de la nariz, y me encuentro mirándolo yo también.

Cuando me doy cuenta, vuelvo a centrar la atención en mi delicioso plato.

Erik sigue hablando de cómo desenmascarar al número oculto. Después de cenar, propone que hagamos una lista de posibles sospechosos.

—Claramente, más allá de ti, no tengo ningún sospechoso —le digo, mientras le ayudo a cargar el lavavajillas. Es extraño encontrarme en una situación tan íntima y tan cotidiana como esta con él.

Cuando terminamos, cojo mi chaqueta, lista para irme. Veo claramente en su mirada que él no quiere que me vaya.

Yo no sé lo que quiero en este momento. He visto cómo la vista de Erik se ha deslizado hasta su enorme y atrayente sofá. Y sé que me encantaría acurrucarme ahí con él, y olvidar todo lo sucedido esta tarde entre sus brazos. Pero también sé que, de cierta forma, sigo furiosa con él porque le contara lo sucedido a Andrés.

Me acompaña hasta el garaje para abrirme la puerta.

Cuando estamos en el ascensor me mira intensamente, pero ninguno de los dos habla.

Cuando sus ojos caen a mis labios, creo que es momento de cortar lo que parece que va a suceder.

—Erik —le digo, haciendo que su vista vuelva a subir a mis ojos. —No quiero que le digas nada de lo que ha pasado entre nosotros a Julio.

Su expresión se endurece notablemente, pero no responde.

Me sujeta la puerta cuando entro al coche, y le hago un leve gesto de cabeza a modo de despedida.

Cuando llego a casa saludo a mis padres, que vuelven a estar en sus respectivos despachos.

Sé que mi padre se encuentra un poco mejor y que hoy ha vuelto a trabajar después de un par de días de descanso, pero no son horas para que siga trabajando. Se lo comento, pero dice que tiene que ponerse al día con algunos asuntos.

Voy directa a mi habitación, y el cansancio de lo vivido me golpea. Me duermo sobre la cama, con ropa y todo.

CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente me despierto agotada, y eso que he dormido un montón de horas.

He debido de pasar media noche en mala postura, porque me duele muchísimo el cuello.

Me doy una ducha rápida para llegar a clase a tiempo. Pronto empezarán los exámenes finales, y estas clases son las más importantes del año.

Lo sucedido en la piscina parece extrañamente lejano, como si hubiera sido un sueño.

Me recuerdo que necesito estar centrada en mis estudios, porque alguna que otra nota se me ha resentido últimamente.

Mi madre está en la cocina, junto a Amalia, estableciendo el menú para la semana. Me informa de que mi padre está mucho mejor, y de que se ha ido temprano a la oficina.

Lorena me ha guardado un sitio en Economía Europea. Intento prestar atención, pero si comparo mis apuntes con los que ha tomado ella, debo reconocer que los míos dan mucha pena.

Como hoy hace buen tiempo, deciden que comamos afuera, en las mesas que hay junto al césped. Ellas se adelantan para coger sitio, y yo me encargo de ir a comprar tres sándwiches.

Le mando un WhatsApp a Julio para decírselo, y para intentar que se sienta incluido de alguna manera en mis planes. Últimamente nos hemos distanciado todavía más. Tal vez él también se esté cansando. Es muy complicado mantener una relación así.

Cuando estoy esperando en la fila de la cafetería, Erik se coloca detrás de mí.

Me saluda ligeramente con la cabeza, y yo hago lo mismo.

Echo un vistazo a la carta, aunque ya sé qué voy a pedir. La verdad es que me resulta incómodo tenerlo tan cerca aquí, delante de todo el mundo, y sin el resto de amigos del grupo. Como si el hecho de que alguien nos viese hablando pudiese poner de manifiesto todo lo que ha pasado entre nosotros.

—Respecto a lo que me pediste ayer... —dice despreocupadamente, como quien habla del tiempo. —Lo de que no le cuente nada a Julio —me giro sobresaltada para mirarlo, tanto a él como a nuestro alrededor, para asegurarme de que ninguno de nuestros amigos está cerca. —No te puedo prometer que no lo vaya a hacer. Pero puedo darte un poco más de tiempo —no me está mirando. Está centrado en poner una botella de agua en su bandeja.

Lo ignoro. Todo el tema que se trae con querer que Julio se entere, me asusta y me enfada a partes iguales.

Cuando la señora de la cafetería ya me ha cobrado y tengo los sándwiches en mi poder, lo miro.

—Que Julio se entere no significa que vaya a estar contigo —le espeto, y me marchó mientras su ceño se frunce.

Fuera hace un sol estupendo, y Julio y Andrés ya se han sentado con las chicas. Me siento entre ambos, e intento ignorar la tensión que se instala en mis hombros por la cercanía de

Andrés. Creo que me juzga, y eso me hace sentir muy incómoda.

Después se nos unen Alexia y Martín. Erik no come con nosotros.

Alexia está proponiendo la típica escapada de todos los años cuando los exámenes terminen, para celebrar el final de curso. Se da por hecho que todos vamos.

Les dejo que hablen, sin intervenir en la conversación. Julio se me acerca un poco más, y coloca su mano en mi rodilla. Yo me centro en mi sándwich y en el sol que acaricia mi rostro.

—Qué ganas, ¿no? —me susurra, dándome un ligero apretón.

Yo asiento distraídamente con la cabeza. Todos los años hacemos algo por final de curso. Antes de lo sucedido entre Julio y Úrsula, la idea me entusiasmaba. Ahora ya no es lo mismo.

Cuando terminan las clases, voy a la piscina. En esta ocasión, no es para nadar. Es para revisar el lugar e intentar reconciliarme con él.

Como es relativamente temprano, hay cinco calles ocupadas. Entro en los vestuarios, y me acerco al espejo. Me acuerdo perfectamente de dónde estaba colocada mi foto, y miro el vidrio desde distintos ángulos. Al principio no veo nada, pero después de unos buenos minutos de inspección, encuentro un pedazo de cinta adhesiva. Como es transparente, prácticamente no se ve. Claramente fue la forma en la que ayer se pegó mi foto, y lo que permitió que se retirara tan rápidamente.

Si había alguien más en el vestuario, estaba escondido en las múltiples duchas y cubículos con váter. En total hay siete duchas y ocho cubículos, todos ellos con puertas. Quien quiera que fuese, estaba dentro de alguna de ellas.

Me quedo pensando en lo sucedido. Hasta ahora, el número oculto se ha tomado muchas molestias en que yo no sepa quién es. Por lo poco que sé hasta el momento, es alguien de Trinidad, pues sabe cuál es mi taquilla, mis horarios y, en la noche del vestido, estaba en la fiesta.

Quizás ayer no quería que lo descubriese. Quizás salí demasiado pronto de la piscina, y estaba en medio de la faena. Tal vez llegué demasiado pronto, y tuvo que esconderse en las duchas.

Es posible que los pasos que oí, en lugar de estar persiguiéndome, fuesen pasos de alguien que huía. Al estar tan cerca de que yo descubriese su identidad.

La idea cobra fuerza en mi cabeza, y en cierto modo hace que me envalentone. Quien quiera que fuese, es posible que ayer temiese que yo le viese el rostro. Es una lástima que me diese por huir en vez de quedarme y desenmascararlo.

Me voy de la piscina con la sensación de haber logrado algo.

Cuando llego a casa, me pongo a hacer trabajos retrasados.

Por la noche recibo un mensaje de Claudia, recordándome que tenemos sesiones pendientes de defensa personal, y que llevo días sin aparecer por el gimnasio. Estoy a punto de contestarle cuando recibo un mensaje de oculto.

Contiene dos fotos. Las descargo, notando cómo mi pulso se acelera.

No me veo la cara, pero puedo imaginar el espanto que deben mostrar mis ojos cuando veo que fueron tomadas ayer, en la piscina.

En ellas salimos Erik y yo. Justo antes de que entrásemos al vestuario. Tiene las manos colocadas sobre mis mejillas y me está hablando desde muy cerca. En una posición que le parecería íntima a cualquiera que viese la foto. En la otra estamos andando hacia el vestuario, cogidos de la mano.

Acto seguido, entra un mensaje.

“De tal palo, tal astilla. Pronto llegará tu hora.”

Apago el móvil, furiosa.

No me puedo quitar las fotos de la retina.

Mi teoría de que la persona huyó acaba de derrumbarse. No solo no huyó, sino que permaneció en el lugar, al acecho.

Hago memoria de la piscina. Ayuda que hoy he estado escudriñándola con ojos atentos.

Hay una pequeña sala junto a la otra salida, que utiliza el personal de mantenimiento y el de limpieza. Tiene un pequeño vidrio. Oculto debió de esconderse dentro y, por el ángulo, estoy casi segura de que tomó las fotos desde ahí.

Cierro los puños y no me doy cuenta de que me estoy clavando las uñas en las palmas hasta que estas me duelen. Estoy tan frustrada, tan rabiosa...

Había alguien ahí, escondido, mirándonos a Erik y a mí. Espiándonos. Sacándonos unas jodidas fotos en las que yo estoy semi desnuda y él me está tocando. Si estas fotos llegan a Julio, no tendría manera de justificarme. No, cuando todo el mundo ve la relación aparente que tenemos Erik y yo, es decir, una relación inexistente.

¿Y el mensaje que acompañaba a las fotos? ¿De tal palo, tal astilla? Estoy segura de que hace referencia a mis padres. En este caso, a sus infidelidades. ¿Quién puede saber algo así? Ciertamente, no he hablado nunca del tema con nadie, salvo con mi hermano.

Decido llamar a Erik, para contarle lo que ha pasado. Mantengo el dedo sobre el botón de llamar, sin llegar a pulsarlo, mientras un inquietante pensamiento empieza a formarse en mi mente.

¿Qué hacía Erik, a esas horas, en el pasillo anexo a la piscina?

No se lo pregunté en ningún momento.

Es, cuanto menos, conveniente. Él, apareciendo justo para ayudarme cuando yo estoy asustada. Tomándome de la mano, y tocándome la cara en un ángulo tan perfectamente capturable desde el cuarto de mantenimiento que casi parece orquestado.

Él está empeñado en separarme de Julio. Tener unas fotos como estas serían una manera perfecta de que mi novio se enterase sin tener que mancharse las manos.

Juego con el anillo que llevo en el dedo corazón, girándolo incesantemente entre mi pulgar y mi meñique, mientras intento pensar.

¿Tiene sentido? ¿Puede haber orquestado todo esto para que termine con Julio? ¿Solo para que esté con él?

A no ser que haya más motivos. A no ser que haya una razón de mayor peso.

Las palabras de Lorena me vienen a la mente. “Sabes que lo desheredaron, ¿no?” Recuerdo cómo le dije que lo dudaba. La Ducati. El piso del centro.

Intento hacer memoria, y no puedo recordar que la Ducati tenga mucho tiempo. Ciertamente parece nueva. Casi recién adquirida. No recuerdo haberlo visto con ella hasta esa noche cuando lo vi desde el taxi, saliendo de la discoteca.

Me muerdo el labio, y la presión en mis sienes aumenta, mientras intento unir las piezas del puzzle.

El padre de Erik siempre ha sido muy estricto. Recuerdo perfectamente cómo jamás sonreía, su expresión siempre seria, severa.

¿Y si sí que lo desheredó? El rumor ha circulado siempre por ahí. Cuando el río suena, agua lleva. Y la verdad es que Erik fue una auténtica bomba de relojería durante varios años, no sería de extrañar que su padre hubiese tomado medidas extremas.

Pero, ¿y si después llegó a un acuerdo con él? Volver a recuperar el dinero familiar, a cambio de algo. Eso explicaría cómo se puede costear el ático, la moto.

¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

Y entonces dejo de girar el anillo entre los dedos ante la respuesta que tengo delante.

Mi ruptura con Julio implicaría la ruptura del contrato de mi familia con los Vélez. Es un proyecto tan ambicioso y que implica una infraestructura tan grande, que muy pocas empresas podrían abordarlo. El AVE Madrid-Munich. En los medios, cuando se empezó a hablar del asunto, ya se referían al proyecto como una “obra faraónica”.

Sí, se pueden contar con los dedos de la mano las empresas que pueden encararlo. Entre ellas, la de mi padre. Entre ellas, la del padre de Erik.

Noto el sudor frío en la nuca.

Sin duda, con mi padre fuera del tablero, la familia de Erik tendría vía libre, y casi con total seguridad serían los adjudicatarios del contrato.

Hijo de la gran puta.

Esa noche no consigo pegar ojo.

Por la mañana intento sin éxito cubrirme las ojeras con corrector, pero no hay maquillaje que tape los círculos morados que han aparecido debajo de mis ojos. Son demasiadas noches ya durmiendo mal.

Mi madre me comenta el mal aspecto que tengo en cuanto me ve. Y yo le doy las gracias por señalarlo.

Cuando llego a la universidad, busco a Julio. Me preocupa que le hayan llegado las fotos.

Suspiro aliviada cuando constato que actúa como siempre.

Quiero manejar la información que tengo y hacer uso de ella inteligentemente. Ir un paso por delante de Erik. Pensar con la cabeza fría. No dejarme arrastrar por la inmensa furia que siento dentro.

La rabia que siento cuando noto la mirada de Erik en la comida, buscando la mía, es indescriptible. No lo miro ni una sola vez. Necesito tiempo para pensar cómo encarar el asunto y lo que sé.

Esta tarde me quedo estudiando en la biblioteca hasta tarde. Lorena y Úrsula me han acompañado un par de horas, pero después se han marchado.

Cuando salgo, ya ha anochecido.

El parking está prácticamente vacío cuando voy a buscar el BMW.

Antes de arrancar, reviso la agenda para asegurarme de que no estoy olvidando ninguno de los trabajos pendientes.

Estoy en estas cuando, de pronto, se abre la puerta del copiloto y Erik entra rápidamente. No puedo evitar soltar un pequeño jadeo.

—¿Qué cojones haces?! —Le grito, y él me frunce el ceño. Miro alrededor, pero el aparcamiento está vacío. No sé si es bueno, porque así nadie me puede ver con él, o malo, porque nadie puede ayudarme si lo necesito.

—Tranquila, ¿eh? —Dice, levantando ambas manos, como mostrándomelas en son de paz. —Te he comprado una cosa —Rebusca en los bolsillos de su cazadora y me tiende una bolsa de papel.

—¿Quieres que te diga dónde puedes meterte tu regalo? —Le gruño, y su mirada se endurece.

—¿Qué coño te pasa? —Su tono de voz se ha elevado, y ahora él también me está frunciendo el ceño. Sigue con el paquete alzado, esperando a que lo coja.

—¿Qué hacías, hace dos días, en la universidad? —Le pregunto, mis palabras duras. Al garete con lo de mantener la cabeza fría. Erik saca lo peor de mí.

—Pero, qué...

—Que qué hacías la otra noche tan cerca de la piscina —le estoy gritando, y más que una pregunta, se entiende que lo estoy acusando.

—¿No pensarás que yo...? —Su mandíbula se ha puesto dura y su mirada está cargada de rabia.—¡No me jodas, Ave! —Da un manotazo al salpicadero y la bolsa de papel que llevaba en la mano sale volando.

—Contesta a la maldita pregunta —pido, y mi voz sale siseando a través de mis dientes apretados.

Me mira un instante con odio. La rabia emanando de él tan potentemente que llena el habitáculo entero.

—Tenía una tutoría —responde, su voz baja y ronca.

—Una tutoría —repito, con voz incrédula.

—Sí. Una tutoría. De Legislación. En ese despacho que está justo en el pasillo de al lado de la piscina —nos aguantamos la mirada duramente unos instantes. —Tengo la confirmación de la cita. ¿Necesitas que te la muestre? —Prácticamente escupe las palabras con sorna. Cuando asiento levemente con la cabeza, parece que sus ojos echan fuego. —Eres increíble, joder. Eres increíble —gruñe, negando con la cabeza mientras busca en su móvil.

Cuando encuentra el correo del profesor, me pone la pantalla a escasos centímetros de la cara.

Me aparto para poder leer y, efectivamente, hay un email del Doctor Castillo, dirección de correo electrónico oficial de la universidad, en el que le cita a una hora cercana a lo sucedido para la revisión de un examen de Legislación.

—¿Ya estás contenta? —Pregunta, su enfado palpable, mientras vuelve a guardar el móvil. —¿¿No vas a decir nada?? —En otras circunstancias, su rabia me asustaría. En estos momentos, no. Bastante tengo con la mía propia.

—¿Por qué quieres que termine con Julio? —Le miro fijamente, no queriendo perderme ni una sola de sus expresiones. Su rostro oscureciéndose todavía más.

—Sabes perfectamente por qué quiero que dejes a Julio —responde, sus palabras durísimas. Me aguanta la mirada, y en un momento, parece que algo cambia en su expresión. Niega con la cabeza, mientras continúa mirándome. —Crees que te oculto algo —murmura, más para sí mismo que para mí. —Te he contado absolutamente todo. *Todo*. Sabes lo que quiero de ti —sigue negando con la cabeza, y exhala un suspiro cansado. —No tuve nada que ver con lo que pasó en la piscina. Todo son paranoias tuyas —dice, con un tono vacío. Abre la puerta, y sale del coche. Antes de cerrarla, se vuelve a agachar para dirigirse a mí, sus ojos, duros. —El otro día te vi bastante asustada, y no me gustó. Había pensado que te sentirías más segura teniéndolo —señala con un gesto la bolsa de papel que ha caído en la alfombrilla del copiloto. —Pero como ya me tienes a mí como cabeza de turco, puedes tirarlo en la próxima papelería que encuentres.

Cierra de un tremendo portazo y camina hacia su moto, que está aparcada unos metros más allá debajo de una farola. Antes de llegar a ella, le da una furiosa patada a una piedra, que se estrella contra un cubo de basura, provocando un estruendo.

Tomo varias respiraciones profundas, intentando calmarme. Nada ha salido como estaba previsto. Y lo peor es que tengo la sensación de que, de algún modo, soy yo quien acaba de traicionar a Erik, y no al revés.

Cuando por fin llego a casa, mucho rato después, cojo la bolsa de papel. Dentro encuentro un spray de defensa personal. Es diminuto y rojo. Podría pasar perfectamente por un pintalabios grande.

Mi pecho se encoge ligeramente, preguntándome si de verdad estoy metiendo la pata con él hasta el fondo.

Permanezco casi toda la mañana del sábado en la cama. Estoy hecha polvo, y no me puedo quitar de encima la sensación de que he sido injusta con Erik. De todas formas, él empezó mandándome esos mensajes y generando en mí la desconfianza, ¿no?

Ya no sé qué pensar.

La semana siguiente es un caos de entregas de trabajos y de estudio. Apenas queda un mes de curso, y todo el mundo anda como loco.

Julio está enfrascado en sus materias, y me está dejando bastante a mi aire, cosa que agradezco.

Erik me ignora. Prácticamente no reconoce mi presencia, y nunca me mira cuando le busco la mirada.

Las pocas veces que lo he pillado mirándome, ha apartado rápidamente la vista, cargada de anhelo y enfado. Es como volver a los viejos tiempos.

Además, ya prácticamente no se sienta con nosotros, pues se dedica a estudiar con unas chicas de un año superior.

El otro día me enteré de que está matriculado en algunas materias de último curso, pero sé que ese no es el único motivo para no estar apenas con nosotros, sino el evitarme.

Un día estoy en la biblioteca, repasando con Ursu, y él está con tres chicas. Una de ellas no para de tocarse el pelo cada vez que él le explica algo. Que si se lo pone detrás de la oreja, que si se lo echa para un lado. Que si para el otro. Tienen las cabezas muy próximas, agachadas frente al libro, y no paran de cuchichear.

No siento celos, pero la situación me molesta.

—¿Qué te pasa? —Quiere saber Úrsula, pues es posible que mis miradas hacia la otra mesa sean muy evidentes.

—Nada, nada —le quito importancia, volviendo a centrar la vista en mi libro. Por suerte, parece que Andrés no le ha contado nada sobre lo sucedido entre Erik y yo.

Cuando Ursu dice que ya ha estudiado suficiente por hoy y me deja sola, decido mandarle un mensaje a Erik. Con un simple *“Lo siento.”*

La verdad es que no esperaba que lo leyese allí mismo, en medio de la biblioteca. Pero cuando lo hace, su expresión se endurece, y fija en mí sus profundos ojos. Me hace un leve gesto con la cabeza, como si aceptara con desgana mis disculpas, y después lanza el móvil a la mesa y se centra en seguir explicándole a la tía esa que tiene un problema con el pelo.

Está claro que sigue enfadado, pero yo ya he hecho todo lo que podía hacer. Pedirle perdón por mis sospechas, y obviar que él me llamase paranoica.

A partir de este momento, me resulta más fácil centrarme en los estudios.

Todo lo que hago es ir a clase, hacer trabajos, estudiar y, de vez en cuando, pasarme por el gimnasio a entrenar un poquito con Claudia. No he vuelto a la piscina y, aunque me digo que es porque no me queda ni un minuto del día libre, la verdad es que no tengo ninguna gana de regresar después de lo sucedido. Si algún día lo hago, será en hora punta.

Claudia me sigue enseñando algún movimiento de defensa personal, pero cada vez tengo más claro que en mi caso no sirve para nada. Ella dice que lo más importante es tener la convicción de que puedes salir de una situación de peligro, que eso es lo que te da fuerzas e impide que te

quedes paralizada.

Yo estoy llevando el espray que me dio Erik en el bolso, solo por si las moscas, y me da casi más seguridad mental que lo que aprendo con Claudia. De todas formas me encanta entrenar con ella, y los ratos de desconexión que me aporta no tienen precio.

El fin de semana voy a comer al piso de Alfon. Hace ya varios años que se fue de casa, repudiado por mis padres. Debería de haberme acostumbrado ya a que las comidas familiares con él son solo de dos, pero no lo consigo. He intentado hablar muchas veces del tema con mis padres, pero resulta totalmente imposible. No quieren ni oír hablar del asunto. Piensan que mi hermano tiene una conducta depravada reprochable.

Es tremendo que unas ideas estancas puedan ser más fuertes que el amor por un hijo. Aún así, mis padres nunca han sido excesivamente amorosos, ni con nosotros ni entre ellos.

Al principio, Alfon sufrió un poco. Ahora dice que ya no le importa lo más mínimo.

Me cuenta que está viendo a un chico, un futbolista de primera división. Cuando le pregunto si es algo serio, me dice que todo lo serio que él puede mantener algo. Eso no es mucho.

Después de comer propone que veamos una película, pero yo tengo que volver a estudiar.

Me da muchísima pereza, pero me recuerdo que es el último esfuerzo.

La semana siguiente, solo tenemos clases de repaso. Algunos profesores ofrecen la posibilidad de realizar simulacros de exámenes para ir más preparados para los de verdad.

Ursu, Lorena y Alexia van todas las tardes. A mí me resultan una pérdida de tiempo, así que me dedico a estudiar en la biblioteca de la universidad prácticamente hasta que la cierran.

Es un lugar muy tranquilo, mucho más adecuado para estudiar que mi habitación, tan llena de distracciones.

Estoy en mi lugar habitual. Julio está a mi lado. Normalmente él no estudia aquí, pero hoy ha hecho una excepción.

Mientras estudia, clicca constantemente su boli. Saca punta, mete punta, saca punta, mete punta. Lo hace de manera distraída mientras piensa, pero es algo que siempre me ha puesto de los nervios.

Dado que nuestra relación está cayendo en picado, no se me ocurre pedirle que pare.

Cuando anuncia que se va a marchar, casi se me escapa un suspiro de alivio.

Me propone ir a cenar a algún sitio. Le digo que no, que me voy a quedar un rato más.

—Algún día te dejarán aquí dentro —comenta, mientras guarda sus libros en la mochila.

Le sonrío y le digo que esté tranquilo. La bibliotecaria me tiene ya muy vista, y todos los días viene a avisarme antes de cerrar.

Continúo una hora más haciendo resúmenes y esquemas. Fuera ha anochecido, y no debe de quedar mucho para que cierren. Me estiro, pues tengo los miembros adormecidos, y echo un vistazo al móvil.

Tengo un montón de mensajes de Claudia.

“Me veo en la obligación de avisarte de que el príncipe hoy está entrenando sin camiseta.”

“Y verlo es un poema.”

“Algunas chicas están babeando tanto que tendré que ir a buscar la fregona.”

“Da para sacarle una foto.”

“O una sesión entera.”

“Pero si lo hiciera, probablemente perdería mi trabajo.”

“De ti depende mover tu culo, venir rápido y no perdértelo.”

No puedo evitar imaginarme a Erik, haciendo flexiones de brazos en la barra elevada, sin camiseta. Sin duda, tiene que ser una visión interesante.

Estoy por responderle que no voy, que estoy agotada, cuando la notificación de un nuevo mensaje de Ursu me aparece en la pantalla.

“Caye, estoy en la cocina de la cafetería. Me he quedado encerrada. Ven a sacarme, por favor.”

Tengo que releerlo varias veces, porque cuesta entender la situación.

Suelto una carcajada baja. ¿Qué coño hace ella en la cocina de la cafetería? Lo único que se me ocurre es que haya ido allí con Andrés.

Recuerdo los inicios de mi relación con Julio. Quedábamos para besarnos en los sitios más inusuales. Detrás de las gradas del gimnasio. En el cuarto del bedel... Siento una punzada en el pecho al recordar lo feliz que era con él en aquella época.

Recojo mis libros, y me despido de la señora de la biblioteca.

Bajo al piso de abajo y me dirijo hacia la cafetería, esperando que la puerta principal esté abierta y que no tenga que dar toda la vuelta para entrar desde la puerta que da al campus.

La cafetería lleva horas cerrada. Si quieres algo después de la hora de la comida, tienes que conseguirlo en las máquinas expendedoras.

Por suerte la puerta está abierta, pero el lugar está súper oscuro.

Un ligero escalofrío me recorre cuando, de la nada, me viene el recuerdo de lo sucedido en la piscina. Pero esto no tiene nada que ver.

—¿Ursu? —Llamo, en voz baja.

Bordeo las mesas y voy hasta donde está la barra tras la que trabajan las camareras. Entro por el hueco que tiene abierto en un lateral, y me dirijo hasta donde se supone que está la cocina.

He tenido que encender la linterna del móvil, porque no se ve nada.

—¡Ursu! —Vuelvo a llamar, esta vez un poco más alto.

No contesta. Reviso el lugar con la linterna, pero está vacío.

Justo cuando estoy a punto de llamarla al móvil, lo escucho. Un murmullo. Tengo que prestar mucha atención para escucharlo.

“Caye.” Al principio me han parecido imaginaciones mías, pero mi nombre se vuelve a repetir. Con voz muy débil.

—¡Ursu! ¿Dónde estás? —Estoy empezando a asustarme, y ya no tengo cuidado en no alzar la voz.

Vuelvo a mirar por todos los sitios, y me acerco a la puerta desde la que parece que sale la voz.

Es la puerta del cuarto refrigerado.

La aporreo con la mano.

—¡Ursu! ¿¿Estás ahí??

—Caye —la voz súper débil hace que no tenga ninguna duda de que algo malo está pasando.

—¡Sí, estoy aquí, Ursu! Te voy a sacar —tengo que guardar mi móvil para utilizar las dos manos, pues la manilla que abre la puerta está súper dura.

Cuando consigo abrirla, un frío gélido sale del interior, y en ese momento estoy aterrada, porque no entiendo qué hace mi amiga ahí dentro.

—¡Ursu! ¡Estoy aquí!

Ella vuelve a decir mi nombre débilmente, y yo no consigo ver nada en el interior de la

cámara, ni encuentro ningún interruptor para encender la luz.

Necesito entrar a por ella, y necesito usar la linterna de mi móvil. Pero no puedo hacer ninguna de esas dos cosas si tengo que estar sujetando la pesada puerta, que claramente tiene un muelle para que vuelva a cerrarse en cuanto la suelte.

—Ya llego, Ursu —le respondo cuando vuelve a decir mi nombre.

Busco a mi alrededor algo que pueda colocar de obstáculo para evitar quedarnos encerradas. Hay un cubo de basura cercano, bastante pesado. Lo alcanzo y lo coloco haciendo tope, asegurándome de que la puerta no puede cerrarse.

Entro en el gélido cuarto, y mientras saco el móvil para alumbrar estoy totalmente segura de que mi amiga no se ha metido en este sitio para estar con Andrés.

Cuando enciendo la linterna veo que el lugar es más grande de lo que había supuesto. Hay varias estanterías y no alcanzo a ver todo.

Me dirijo hasta detrás de unas repisas de latas de comida congelada, que es de donde creo que viene la voz de Ursu.

En este momento suena un estruendo detrás de mí, y me giro, esperando encontrarme a alguien. Pero no hay nadie. El estruendo lo ha provocado la puerta al cerrarse.

—¡Joder! —grito, y vuelvo corriendo hasta la puerta. —¡No, no! —La golpeo, pero no se abre. Es totalmente imposible que se haya cerrado sola. La he asegurado bien. —¡Ursu! —Grito, yendo a grandes zancadas hasta detrás de la estantería, pero ahí no está. —¡Úrsula, joder! ¿Dónde estás?

Escucho su vocecilla, pero no está por ningún lado. Me estoy volviendo loca de tanto mirar, y no la encuentro. Entonces lo veo. Un pequeño dispositivo en un estante. Lo cojo, mientras pronuncia mi nombre. Lo miro, y no logro procesar lo que tengo delante.

Es una pequeña grabadora. Un maldito aparato que repite “Caye” cada poco tiempo. La voz de mi amiga saliendo de él.

“¡Joder!” Vuelvo a gritar, y lanzo el aparatito contra la pared. Varias de sus piezas salen disparadas cuando cae al suelo.

Saco el móvil, estando casi segura de que tendré un horrible mensaje de oculto. Pero lo que veo me asusta todavía más, y es que aquí dentro, no hay señal.

Voy nuevamente a la puerta, y la aporreo con todas mis fuerzas. El cubo de basura no se ha podido deslizar. Alguien me ha encerrado. Alguien me ha tendido una trampa.

—¡Ayuda! ¡Sacadme de aquí! —Grito al máximo de mis pulmones, y el aire frío que entra por mi garganta hace que me duelan ligeramente.

Empiezo a ser consciente de que estoy en verdadero peligro. No sé a cuántos grados está el lugar, pero a bajo cero seguro. Es de noche. Casi todo el mundo se ha ido ya de la universidad.

Vuelvo a golpear a la puerta hasta que mis puños duelen.

Busco a mí alrededor algo con lo que hacer palanca, pero el tipo de puerta que es no lo permite.

Estoy tan asustada que he empezado a hiperventilar. Me arrodillo un momento. Me centro en intentar calmarme. Calma. Calma.

Al cabo de un rato largo de respirar profundamente, sigo temblando, pero ya no es de nervios si no de frío.

Tengo que salir de aquí, o no sé si seré capaz de aguantar toda la noche sin... morir congelada.

No sé cuánto tiempo aguanta viva una persona en estas circunstancias. No llevo abrigo, no tengo chaqueta. Me obligo a no pensar en esa opción.

Rebusco en mi mochila y en mis bolsillos. Suelto una risa furiosa cuando encuentro el espray

de Erik. Un spray muy útil que ahora mismo no sirve para nada.

No tengo mucha batería después de estar todo el día fuera de casa, y con la linterna puesta no dudará mucho. Tampoco es que el móvil sirva de nada si no hay señal.

Decido comprobar cada centímetro de la cámara para ver si hay una sola raya de cobertura en algún sitio.

Voy lentamente, dando tiempo al móvil de captar cualquier onda. La pantalla se mueve descontroladamente con los temblores de mi mano. Se me está cayendo la moquita, y cada dos por tres tengo que limpiarme con el dorso de la mano.

Nada, no lo consigo. Miro a mi alrededor, intentando pensar.

Tal vez, si me subo a las estanterías...

Compruebo la estabilidad de las mismas, y voy utilizando las baldas para escalar. No tienen una gran altura, pero sí lo suficiente para que pueda colocar el móvil, extendiéndolo la largura de mi brazo, un metro por encima de lo que conseguía desde el suelo.

Subo y bajo de todas ellas. En una de las últimas, el móvil agarra una rayita. El corazón me va a explotar cuando lo veo.

Marco el número de Ursu y espero con el corazón en un puño mientras el móvil intenta conectarse. Después de lo que me parece una eternidad, el mensaje que anuncia que el otro terminal está apagado, se escucha claramente aunque no haya puesto el altavoz.

No sé si es porque la raya de cobertura no es real o porque realmente su móvil está apagado.

Pruebo a llamar a Lorena. Pasa exactamente lo mismo. Un rato largo de espera, y un mensaje de que el teléfono se encuentra apagado. Aparece un aviso de que la batería está próxima a agotarse.

Llamo a Alfon, y en esa ocasión sí que da tono. Suelto un grito de alegría, pero me dura poco, porque no lo coge.

Juro en voz alta, y le doy a rellamar. Vuelve a pasar lo mismo.

“¡¿Qué cojones haces, Alfon?!”

Llamo a mi madre, y está comunicando. No sé cuánto rato queda antes de que el móvil se apague.

En este momento me acuerdo de que Claudia ha dicho que Erik está en el gimnasio. Y el gimnasio está muy cerca de Trinidad.

Erik sabe dónde está la cafetería. Erik puede ser mi salvación ahora mismo.

Intento llamarlo, pero en la pantalla aparece el mensaje de que el nivel de batería ya no permite realizar llamadas.

Le voy a enviar un mensaje, pero necesito la otra mano para sostenerme encima de la estantería y no caerme.

Abro WhatsApp y le grabo un audio.

“Erik, estoy encerrada en la cámara frigorífica de la cafetería de Trinidad. Si me escuchas, ven rápido.”

Suelto el dedo, y escucho el pitido que indica que el audio se ha grabado. Aparece el reloj que señala que todavía no se ha enviado.

Busco el número de Alfon de nuevo, rezando para que no esté en una cita totalmente ajeno al móvil, y empiezo a grabarle el mismo mensaje que a Erik pero, antes de terminarlo, el móvil se apaga.

Se me escapa un pequeño gemido.

No puede ser. Intento volver a encender el aparato, pero no responde.

Bajo con cuidado de la estantería, a tientas, pues no hay ni un resquicio de luz aquí dentro.

Y voy palpando las estanterías hasta que toco lo que creo que es la puerta. La jodida puerta que no ha querido abrirse.

Se me ocurre que, tal vez, pueda ser una buena idea moverme, hacer algo de ejercicio para mantener la temperatura corporal.

Empiezo a dar saltos, a subir y bajar los brazos, a hacer lo que se me ocurre. Pero pronto me doy cuenta de que las bocanadas de aire frío están consiguiendo que el poco calor que tenía en el cuerpo me abandone.

Me siento junto a la puerta, rezando para que el mensaje le haya llegado a Erik, y me fustigo mentalmente por no haber intentado mandar mensajes a todo el mundo en lugar de llamar.

De vez en cuando pido ayuda por si aún hay alguien en el edificio que pueda oírme.

No sé cuánto rato pasa, pero llega un momento en el que no siento los dedos de las manos, ni los de los pies, porque llevo un calzado nada apropiado para estar dentro de un frigorífico.

El río de moquita está produciendo escarcha, y he dejado de limpiármela, porque la sensación de tocar pequeños cristales de hielo bajo mi nariz, hace que me angustie todavía más.

Estoy adormilada, y apoyo la cabeza en la pared. Cierro los ojos, e intento que mis dientes dejen de castañear. Porque están castañeando tanto que duelen, y porque de vez en cuando me muerdo sin querer.

Y es curioso, porque en ese momento no siento ganas de llorar. Siento una tremenda tristeza.

Pienso en lo que he estado haciendo estos últimos meses. En lo poco que he aprovechado la vida.

Pienso en Julio, en que me he obligado a estar con él. Y en este momento, en este momento en el que solo estoy rodeada por frío, pienso que el dejar o no a Julio no era algo tan tremendo, sino una simple tontería. Qué manera de desaprovechar mi vida. Qué manera de generarme preocupaciones.

Y tengo una especie de sueño, que no sé si solo es una ensoñación, en la que le digo, tanto a él como a mis padres, que ahí se quedan. Que yo paso de todas sus historias, y que soy dueña de mi propia vida. Libre. Y dejo que un hermoso sentimiento en el que vuelo me meza.

Esa ensoñación se empieza a disipar cuando algo me golpea la cara. Algo muy molesto me está pegando en las mejillas, y me está gritando que abra los ojos.

No le hago caso, porque yo soy dueña de mi propia vida. Yo decido. Y yo decido que quiero seguir meciéndome tranquilamente.

Pero la voz no desiste y está empeñada en que le mire, y cada vez grita más fuerte y me zarandeo sin ningún reparo.

Y abro un poquito los ojos, y entra una luz que me hace daño. No, no es la luz la que hace daño. Es mi cuerpo y mis pulmones los que duelen, un montón.

Veo unos ojos pegados a los míos, pero me cuesta enfocarlos. Las manos en mis mejillas están tan cálidas que queman, e intento retirarme. Duele el intentar retirarme.

—Eso, Caye, bien, mírame, mírame —dice la voz, y ahora que estoy mirando esa cara, me doy cuenta de que es Erik.

Murmuro su nombre con voz rasposa, y él me abraza, mientras dice, “Caye, caye”. Y su voz suena rara, angustiada.

Reconozco el interior de la cafetería. La nube en la que he estado flotando empieza a desvanecerse, y empiezo a ser consciente de todo.

—¿Qué demonios hacías ahí dentro? —La voz de Erik suena un poco más aguda que de normal.

—Erik —consigo pronunciar con voz rasposa, —me... han... encerrado... — y quiero

explicárselo todo, pero no puedo porque tiritó descontroladamente. Porque ahora que estoy despertándome me doy cuenta de que estoy congelada.

—¿Qué coño dices? ¿¿Quién?? ¿¿Cuánto tiempo llevabas ahí?? —Su voz ya no suena aguda, ahora suena terriblemente grave. Y ahora que ya no me está abrazando, no puedo dejar de pensar en que tengo hielo en las venas. Mis dientes provocan un ruido constante al chocar entre sí, y él se quita la cazadora y me la pone sobre los hombros. Empieza a frotarme los brazos vigorosamente, y yo no me puedo creer nada de lo que ha pasado. —Vámonos de aquí —dice, al cabo de un rato, y me tiene que ayudar a ponerme de pie. Los ojos me lloran, y los párpados me hacen daño al pestañear. Vuelvo a moquear, y solo puedo pensar en la suerte que tengo de que Erik haya aparecido.

Soy vagamente consciente de que no estamos yendo hacia la puerta principal, sino hacia la trasera. Es posible que Erik me esté hablando mientras me sostiene, pero no estoy segura.

Tengo tanto frío que siento que estoy pisando hielo. Cuando miro a mis pies veo que no es hielo lo que genera los crujidos, sino vidrio. Cristales rotos, provenientes de una puerta, que es posible que Erik haya roto para entrar. Tiemblo todavía más.

—¿Tienes las llaves de tu coche? —Creo que pregunta, pero no espera respuesta, porque ya está revisando en mi mochila, que inexplicablemente está colgada de su hombro.

—Ay, Erik... —murmuro cuando me ayuda a meterme en el asiento del copiloto.

—¿Quién te ha encerrado? —Creo que ha preguntado nada más se ha sentado en el asiento del conductor. A pesar de la nebulosa, la rabia que impregna sus palabras me queda clara. Está encendiendo el motor. —Lo voy a matar. Lo voy a matar, ¡joder! —Da un golpe de frustración en el salpicadero mientras intenta poner la calefacción. El termostato hace un ruidito cuando lo consigue. Se acerca a mí todo lo que permiten los asientos, y sigue frotándome la espalda y los brazos. Ahora está frotándome también las piernas.

La calefacción del BMW empieza a funcionar a máxima potencia, y el calor nos rodea, aunque solo lo siento fuera, como si resultase totalmente imposible que entrase en mi cuerpo congelado.

Erik toma mis manos entre las suyas y se las lleva al rostro, insuflando aire caliente en mis palmas. Tiene una expresión asesina grabada en los ojos. Cuando veo ese gesto tan delicado, sus labios exhalando aire caliente sobre mi piel, a pesar de su terrible mirada, empiezo a llorar. Empiezo a llorar tan desesperadamente que me parece que en cualquier momento me voy a ahogar entre sollozos. Él me está abrazando, pero yo no le devuelvo el abrazo. Todo lo que hago es llorar y dejar que me sostenga y me susurre cosas incomprensibles al oído.

Creo que repite que va a matar a alguien, y también dice que tenemos que ir a su casa, porque la calefacción no es suficiente.

Siento la pérdida de su cuerpo nada más se acomoda en su asiento para poner en marcha el coche.

Intento abrazarme a mí misma, pero mis músculos están entumecidos y no cooperan. No logro pensar con claridad. Es como si estuviese aletargada, como si el frío hiciese que mis pensamientos se sucediesen en cámara lenta.

Me pregunto si me he quedado dormida, porque lo siguiente que sé es que estamos entrando en su piso. Me tiene fuertemente sujeta del costado, y prácticamente dejo que me arrastre.

Cuando llegamos a su habitación, arroja mi mochila al suelo y me conduce al cuarto de baño.

Me sienta despacio en la taza del váter, y se aleja. Escucho el agua correr.

Después se arrodilla delante de mí y, mientras empieza a quitarme las zapatillas, me dice que me tengo que duchar. Yo asiento con la cabeza entre temblores, porque parece que el frío nunca se va a ir.

Me quita la camiseta y me hace ponerme de pie. Me quita los vaqueros y vuelve a pasar sus brazos por mi costado para hacerme entrar en una ducha.

Se me escapa un sollozo cuando los chorros de agua, totalmente abrasadores, me queman la piel.

Intento apartarme, pero Erik me presiona con su cuerpo para que permanezca debajo de la cortina de agua.

—Caye, tienes que aguantar un poco. No está tan caliente. Solo es el contraste —murmura vocalizando despacio, como si se dirigiera a una niña pequeña, intentando que me quede quieta.

Sigo temblando, pero al cabo de unos minutos parece que el agua está surtiendo algún efecto. La nebulosa de mi cabeza se está disipando. Estoy en ropa interior, ligeramente encogida, y Erik está frente a mí, sin camiseta pero con los vaqueros puestos, mojándose entero, mientras sigue frotándose los brazos.

Sin pensar en lo que estoy haciendo, busco su cuerpo, y me abrazo a él como si fuese un salvavidas, y vuelvo a llorar silenciosamente. Es curioso cómo no he derramado ni una lágrima estando dentro de la cámara frigorífica, y cómo ahora que estoy a salvo no puedo parar.

Alguien ha intentado matarme. La certeza de lo cerca que he estado de congelarme me tiene totalmente aterrada.

Dejo que Erik me abrace y me acaricie la espalda durante lo que parece una eternidad. De vez en cuando me besa la frente y las mejillas, y me dice que ya ha pasado todo. Y eso solo hace que yo siga llorando. La delicadeza de sus gestos se contrapone con la tensión evidente que hay en su rostro y en todo su cuerpo, que está rígido como el acero.

Cuando paro, mil horas después, me separo lentamente de él.

—Gracias —le digo, y su cara resulta extraña, porque nunca he visto su rostro mostrar sentimientos tan abiertamente como en este momento. Normalmente los cubre con un semblante de indiferencia. Ahora tiene una rara expresión, mezcla de un odio asesino y vulnerabilidad.

Asiente levemente, y me pasa la mano por el pelo.

—¿Estás bien? ¿Deberíamos ir al hospital?

Niego con la cabeza. Tanto rato debajo del agua caliente finalmente ha hecho efecto. Sigo sintiendo malestar, pero estoy bastante segura de que solo se debe a los nervios.

Cierra el agua y, estando todavía dentro de la ducha, se quita los vaqueros para no empaparlos todo.

Sale fuera y vuelve con dos toallas. Una envuelta en su cintura, y la otra en la mano. La voy a coger, pero él se adelanta y me envuelve en ella. Vuelve a abrazarme, y suspira sonoramente.

Cuando me suelta, saca un secador de pelo, y empieza a recoger mi ropa del suelo.

—Ahora te traigo ropa limpia. Tengo algunos bóxers sin estrenar, si te quieres quitar... um, la ropa interior.

Sale del baño y vuelve a entrar con una camiseta de manga corta y con unos calzoncillos negros de marca. Todavía llevan la etiqueta. Vuelvo a darle las gracias, y él se marcha.

Me miro en el espejo, y me veo tan desmejorada que me cuesta reconocerme.

Intento infundirme confianza. Estoy bien. Todo ha salido bien. No tiene ningún sentido rumiar qué podría haber pasado si Erik no llega a aparecer.

Me quito la ropa interior mojada, y opto por extenderla sobre el secador de toallas.

Me pongo la camiseta de Erik, que huele a él y que me queda inmensa. Quito la etiqueta a los bóxers y me los pongo, sin dejar de pensar en que nunca me imaginé estar en una situación como esta.

Me seco el pelo, y salgo a la habitación anexa.

Los vidrios de las ventanas están oscurecidos y la luz que proyecta una sola lamparita es cálida. Erik está en la cama, la espalda apoyada en el cabecero. Lleva una camiseta de algodón y unos pantalones de hacer ejercicio. Y la verdad es que siento unas irrefrenables ganas de ir hacia él.

Me doy cuenta de que tiene mi móvil, y que la pantalla de este brilla.

—Lo he puesto a cargar. No tienes patrón de seguridad, por cierto —contesto con algo parecido a un “um”, y él se retira ligeramente en la cama, haciéndome espacio, y es todo lo que toma para que me rinda y me siente con él. —Te he hecho chocolate caliente, —me dice, mientras alarga la mano para coger una taza que hay sobre su mesilla. —Ultra espeso y con canela, como te gusta. Bueno, o como solía gustarte. Espero que todavía te guste así —me la tiende, y yo me derrito, y se me vuelven a humedecer los ojos.

Su expresión se apaga ligeramente. Se acerca y vuelve a abrazarme, y el estar en la cama hace que todo me parezca mucho más íntimo.

—Estoy bien, estoy bien —le digo, retirándome al cabo de un rato de su abrazo. Él recupera su postura original, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, pero mantiene su brazo sobre mis hombros. —Es solo que estoy muy sensible.

Me lanza una mirada oscura.

—¿Y cómo quieres estar? —espeto. —Cuéntame todo, y no omitas ni un solo detalle —ordena, aunque sé que el enfado que emana ahora mismo no es conmigo.

Le relato lo sucedido, y la mano que mantiene en mi hombro cada vez me agarra con más presión.

—Dame tu móvil —me dice.

—¿Para qué?

—Quiero escribir al número oculto. Quiero que sepa que lo voy a matar en cuanto averigüe quién es. Y te aseguro que lo haré —me mira con intensidad cuando niego con la cabeza, los ojos oscuros y la mirada tensa. Entonces me pregunto cómo he sido capaz de pensar que él tenía algo que ver en todo esto. —Y, aunque me tomaré la justicia por mi mano, también tendríamos que poner una denuncia. Y tendrías que informar a tus padres y al rector de la universidad de lo que ha pasado.

Asiento ligeramente, y él me propone ir en este momento a la policía, pero la verdad es que estoy agotada, y que no me veo con fuerzas de encarar una visita ahora mismo.

Le doy un sorbo al chocolate y de repente me acuerdo de Ursu. Está claro que ella no estaba en la cámara como decía el mensaje, pero... ¿y si oculto le ha hecho algo? La grabación con mi nombre pudo haber sido hecha por cualquiera y en cualquier momento. Basta con grabar una conversación entera y recortar el segundo en el que me nombra.

La idea de que hemos tenido a esa persona tan cerca me pone los pelos de punta.

Cojo mi móvil y veo que tengo unas diez llamadas perdidas de Erik, que han ido directamente al buzón al estar el móvil apagado.

También tengo un mensaje de Ursu. Lo abro y lo primero que veo es que el mensaje que me mandó, el que decía que fuese a la cafetería, ya no está.

En su lugar figura *“Este mensaje fue eliminado.”*

Justo debajo hay un audio sin escuchar.

Le doy a reproducir, notando cómo el pulso se me acelera.

“Ey, Caye. Acabo de ver tu llamada. Salimos ahora del simulacro de examen de Matemáticas Empresariales. Una matada.” Escucho a Lorena al fondo, repitiendo *“Una absoluta matada.”* *“Mañana hablamos, ¿ok? Que solo me queda energía para llegar a casa y morirme en la cama.”*

—Alguien ha cogido su móvil y te ha mandado el mensaje desde allí —dice él.

—Su móvil tenía que estar en la taquilla, como siempre que hacemos exámenes. Y cualquiera pudo cogerlo.

—No cualquiera, —responde, roncamente. —Un maldito hijo de puta. Eres consciente de que han intentado matarte, ¿verdad? De que si no llego a ver el mensaje, de que si no llego a mirar el móvil... —deja de hablar un instante. —Y yo te llamé paranoica el otro día, porque ni por un momento me pude imaginar...

Le toco la rodilla, y le zarandeo la pierna ligeramente.

—Nadie se podía imaginar algo así —le digo, y una fugaz expresión torturada aparece en sus ojos. Llevo la mano a su mejilla, y la sombra de una barba incipiente me raspa ligeramente la palma. Me mira, sus ojos oscuros. —Lo único que tú has hecho es salvarme.

Me observa un instante, y su mirada cae a mi boca. Aguanto la respiración, y él niega con la cabeza, volviendo a apoyar la nuca en el cabecero.

Cojo el móvil, y aunque son casi las once de la noche, llamo a Úrsula.

Me responde con voz extrañada, algo soñolienta.

—¿¿Caye??

—He recibido un mensaje desde tu móvil. Diciendo que fuese a la cafetería. Alguien te ha cogido el móvil y lo ha enviado.

—Espera, ¿qué? —Parece que se ha despertado súbitamente. —¿Quién? ¿Cómo?

—¿Dejaste tu móvil en la taquilla para hacer el examen de Matemáticas?

—Claro, como siempre que hay examen...

—¿Puedes mirar si el mensaje todavía está en tu móvil? —Le pregunto, y le indico que tiene que mirar en WhatsApp. Me confirma lo que ya sé, que no hay ningún mensaje.

—¿Estás segura? —Pregunta, su voz un poco incrédula, pues a ella no le figura nada. En mi móvil se ha quedado la confirmación de que alguien lo ha borrado.

Le digo que no se preocupe, y que mañana hablaremos bien. Vuelvo a dejar el móvil.

—No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho por mi hoy —me giro hacia Erik, y él me sostiene la mirada, sus ojos brillantes.

Permanecemos un rato callados, mirándonos.

—No tienes nada que agradecer —dice roncamente.

Echo un vistazo a mi ropa, que está perfectamente doblada en la mesilla.

—Es hora de que me vaya —me incorporo ligeramente y Erik pone su mano en mi antebrazo, deteniéndome.

—No, quédate —pide, y puedo ver que sigue preocupado.

—Ya estoy bien, en serio.

—Pero yo no —intensifica el agarre sobre mi brazo. —Yo no estoy bien, Caye —niega con la cabeza, mientras sus ojos se posan en donde sus dedos aprietan mi piel. —Estoy asustado. De mí mismo. Porque siento tanta ira que temo que se me vaya de las manos... —Sube los ojos y se me atasca la respiración al ver sentimientos tan crudos en su rostro. Le cojo la mano y se la aprieto ligeramente. —No quiero perder el control como lo perdía hace años —observo las duras líneas de su mandíbula, y realmente veo que la situación también le ha afectado un montón a él. Que no solo se queda en mí. Decido no negarme lo que yo también quiero. Que vuelva a abrazarme como me abrazaba en la ducha, y olvidarme de todo lo que ha pasado.

—Voy a avisar a mi madre —le digo, y él asiente.

Le envío un WhatsApp, muy consciente de que es muy tarde, pero probablemente ni se ha dado cuenta de mi ausencia.

—No tengo hambre, pero puedo prepararte algo para cenar —ofrece. Niego con la cabeza. He tenido suficiente con el chocolate caliente.

Me tumbo en la cama, y Erik se tumba a mi lado. Nos quedamos de costado, mirándonos.

Pasa una mano tras mi espalda, acercándonos. Su cuerpo irradiando calidez en la proximidad. Y empieza a acariciarme la parte baja, con movimientos calmados y perezosos.

Sus ojos son cálidos mientras me observa. En algún momento empiezan a desdibujarse, y me quedo dormida.

CAPÍTULO 11

Despierto con una sensación de opresión en el pecho. Abro los ojos y no reconozco dónde estoy. Por los ventanales se cuela una luz anaranjada.

Erik está abrazado a mí, la mitad de su cuerpo cubriendo el mío. Eso es lo que generaba la opresión.

El corazón se me acelera al estar en esta posición con él.

Intento salir de debajo de su cuerpo, y él intensifica su agarre, soltando un gruñido.

Sigo intentándolo y logro que se retire mínimamente.

Abre los ojos perezosamente, con su mano todavía enredada en mi costado, y sus pupilas se dilatan ligeramente al verme.

—Ey —me saluda, una leve sonrisa maliciosa extendiéndose por su cara.

—Ey —le digo, y no puedo evitar sonreírle yo también.

De repente, lo sucedido anoche parece muy lejano. Irreal.

—¡Joder! —Exclamo al ver la hora que marca el reloj de su mesilla. —¡Son más de las diez!

Empiezo a levantarme, y él rodea mi cintura y me arrastra de vuelta a su lado.

—No tiene sentido ir a clase a estas horas. Quedémonos aquí —remarca su petición atrayéndome hacia su cuerpo y, en el movimiento, su enorme erección roza mi cadera.

Se me atasca la respiración y lo miro, sus ojos oscureciéndose sobre los míos. Finalmente es él quien se retira.

—Voy a darme una ducha —informa, y observo cómo desaparece en la estancia contigua.

Suspiro y me estiro en la cama. Pienso en lo sucedido. En la tristeza que sentí al verme sin salida. Al pensar en cómo he estado manejando mi vida en los últimos meses. En lo peligroso que es que oculto haya estado dispuesto, realmente, a hacerme daño.

También pienso en Erik, en cómo se ha portado conmigo en las últimas horas. En la forma en la que me ha estado abrazando y acariciando. En su dura erección rozando mi cadera. Y me estremezco.

Soy un caos de emociones. Pero tengo claro que no tengo miedo. Ahora tengo un plan, que pasa por poner una denuncia. Me siento decidida y llena de energía. Ya no soy una mera espectadora de lo que sucede, alguien pasivo. Ahora me toca actuar a mí.

Erik sale de la ducha con una toalla alrededor de la cintura, y nada más. Todavía tiene gotitas de agua en el pecho, que resbalan por sus pectorales, trazando caminos hasta su abdomen.

Me quedo observándolo sin ser capaz de respirar. Las gotitas bajan por debajo de su ombligo, donde se dibuja una leve sombra de vello oscuro, creando un recorrido que desaparece debajo de la toalla. Mis ojos se quedan fijos en el bulto que se intuye bajo la prenda. Y siento cómo se me endurecen los pezones.

Hago todo el esfuerzo del mundo por volver a subir la vista a sus ojos, que se han oscurecido notablemente.

Me aclaro la garganta, y le digo que me gustaría ducharme a mí también.

—Como si estuvieras en tu casa —responde. —En el armario del lavabo hay de todo, coge lo que necesites.

Asiento, y me dirijo al cuarto de baño sintiendo su mirada fija en mis movimientos.

El espejo me devuelve una imagen curiosa. Tengo el pelo revuelto, resultado de no haberme aplicado ninguna mascarilla. Mis mejillas están encendidas, y mis ojos brillan por la excitación.

Me estremezco al verme así. Este hombre consigue que me vuelva loca. Y yo no sé si es por el cúmulo de emociones vividas en las últimas horas, o porque nunca he estado tanto rato con Erik adulto a solas sin que nos hayamos acostado, o qué. Pero siento la tensión creciendo en mi vientre, y una sensación de expectación construyéndose rápidamente.

Me ducho y vuelvo a ponerme su ropa.

En el armario encuentro un cartón con varios cepillos de dientes sin abrir, y saco uno. El sabor mentolado de la pasta hace que me sienta como nueva.

Cuando salgo, veo que ha hecho la cama. Curioso. Tan curioso como lo ordenado que parece estar su ático.

Me dirijo hacia la cocina, que es de donde provienen los ruidos.

Sobre la enorme isla de madera hay un cuenco lleno de fruta cortada, y dos tazas de humeante chocolate.

Erik está haciendo algo en una sartén. Me dedica una mirada fugaz cuando me ve, y luego vuelve a centrar su atención en lo que está preparando.

Lleva puestos unos pantalones tipo yoga, pero no lleva camiseta. Sus mechones, todavía húmedos, están revueltos. Es jodidamente atractivo.

—Estoy preparando tortitas —anuncia, y me acerco a su lado.

Echo un vistazo a la sartén y al plato que ya contiene varias de ellas hechas, y se me escapa un “mmm”. Él me observa.

Me vuelvo hacia la mesada, y alucino con que le haya dado tiempo de preparar tantas cosas. O es muy rápido, o yo soy muy lenta en la ducha.

Cojo una fresa y me la llevo a la boca. Después tomo la taza de chocolate y le doy un sorbo.

El contraste con la acidez hace que el chocolate resulte espectacular.

—Oh, por dios —se me escapa un gemido, —esto está increíble.

Erik carraspea a mi espalda, y me vuelvo. Me está mirando con ojos ensombrecidos. Su mirada se desliza hasta mis labios, y su expresión se torna fiera. Trago, pues es lo único que puedo hacer si me está mirando así. Y ya estoy notando cómo se me vuelven a endurecer los pezones.

Me giro para que no pueda darse cuenta, y escucho el pitidito que hace la placa de inducción cuando la apaga.

—¿Sabes que puedo ver la excitación en tus ojos? —Su voz ronca suena a mi espalda, y yo apoyo ambas manos sobre la madera, necesitando algo donde agarrarme, porque cuando habla así, me provoca estragos. Jadeo ligeramente cuando siento sus manos posándose en mis caderas. —Me encanta verte con mi ropa... —susurra acercándose un poco más. Su cálida respiración deslizándose por la zona sensible cercana a mi oído. Se me escapa un gemido tembloroso al escucharle, y él toma aire abruptamente. Sus manos endureciendo su agarre, acercándose a mis nalgas. —Joder, quiero follarte aquí mismo —jadea, y yo tiemblo. —¿Qué me dices? ¿Quieres lo mismo que yo? —Acerca su erección a mi trasero, todo su pecho presionando mi espalda, y siento una necesidad urgente.

Presiono de vuelta mi trasero contra su erección, y un gruñido bajo sube por su garganta.

—Sí... —logro articular, y su respiración se acelera.

—Me vuelves loco... —su voz suena estrangulada por la excitación. Empieza a besarme y a mordirme el cuello, mientras su duro cuerpo presiona el mío. Mis ojos se deslizan ligeramente hacia los enormes ventanales que muestran Madrid desde las alturas. —Son tintados. Nadie nos ve —me dice ásperamente, claramente consciente de dónde estaba mi mirada. La dureza de su voz, el saber lo excitado que está, me excita todavía más. Una de sus manos ha rodeado mi cintura y me está tocando sobre la tela del bóxer. La otra está pellizcando suavemente mi pezón a través de la tela de la camiseta. Y yo todo lo que puedo hacer es agarrar la madera de la mesa, para no caerme ante semejantes sensaciones.

Las manos de Erik, demandantes, tocándome por encima de la ropa. La visión de los edificios sabiendo que nadie puede vernos. Sus dedos deslizándose dentro del bóxer, encontrando mis labios. Acariciándolos, entrando poco a poco dentro de mí.

No es suficiente, necesito más. Gimo y aprieto ese dedo con necesidad. Y él gruñe y en un rápido movimiento me baja los bóxers y se desnuda. Me presiona con algo más de fuerza contra la mesa, y se coloca en mi entrada. Tiemblo por la anticipación.

—No te imaginas cuánto me excitas... —su voz, dura, casi acusadora. Y en ese momento me encantaría poder verle la cara, pero entonces me penetra con fuerza, y ya no puedo pensar más. Gimo.

Empieza a moverse a un ritmo constante, implacable, y los dos estamos jadeando.

Estoy tan excitada que no soy consciente de que estoy respondiendo a sus envites, buscándolo a medio camino, moviendo mi cadera a su encuentro. Y eso parece afectarle, porque sus movimientos se vuelven un poco más descontrolados, y de sus labios se escapan graves gemidos.

Cuando estoy a punto de terminar, sale de mí, me gira y me sube con facilidad a la mesada. Quedamos frente a frente, y no pasa ni un segundo y ya me ha vuelto a penetrar. Sus ojos fijos en los míos, su expresión severa mientras bombea dentro de mí. Me saca la camiseta sin detenerse, y sus pupilas se agrandan al ver mis pechos. Empieza a tocármelos con fuerza.

Me enciende verlo así, su mandíbula tensa, como si luchara por mantener el control, cuando claramente está tan afectado como lo estoy yo.

Empiezo a correrme, y me tengo que sujetar a sus hombros para no caerme. Él sigue empujando dentro de mí con determinación.

Ralentiza el ritmo cuando termino, y lleva una mano a mi nuca. Dirige mi rostro lánguido hacia su cara y empieza a besarme con desespero.

Gimo en su boca cuando succiona mi labio inferior. Sus manos se deslizan por mis piernas, y las enrosca detrás de su espalda. Entonces me levanta de la encimera y, sin dejar de besarme, empieza a movernos.

Soy vagamente consciente de que nos estamos dirigiendo al salón, al enorme sofá cheslón.

Se sienta, conmigo sentada encima de él, a horcajadas con él todavía dentro de mí.

Lo miro, y me resulta imposible no volver a encenderme viendo el deseo que muestran sus ojos. Todo su cuerpo tiembla ligeramente por la necesidad, y yo empiezo a moverme con decisión.

Su respiración se acelera, colándose entre sus labios entreabiertos.

Sus manos han intensificado su agarre sobre mis muslos, sus dedos hundiéndose en mi piel. Guiando mis movimientos. Intensifico el ritmo, intentando llevarlo tan profundamente como soy capaz, y él gime, y echa la cabeza para atrás. Su nuca apoyada en el sofá, sus ojos entrecerrados en una expresión de torturada concentración. Su nuez subiendo y bajando rápidamente con su respiración. Le agarro del pelo y le bajo la mirada, porque quiero ver ese caos de emociones en

sus ojos que tanto me excita.

Se muestra ligeramente sorprendido por la excesiva fuerza que he utilizado para obligarle a mirarme, y acto seguido sus férreas manos obligan a mis caderas a bajar todavía más, a tomarlo tan adentro como me es físicamente posible. Y esa sensación me lleva al borde y vuelvo a correrme, y él también lo hace. Sus dedos clavándose en mis muslos mientras frunce el ceño en la mueca más erótica posible y gime gravemente.

Me dejo caer sobre su pecho, totalmente desmadejada.

Él nos levanta y nos lleva a la cama. Sale de mí cuando me deja sobre el colchón, y yo me estremezco ante la sensación. Entra un segundo al baño y cuando vuelve se echa a mi lado y nos cubre con una manta ligera.

Me mira con intensidad, su rostro luminoso. Ya no queda rastro de la tensión de minutos antes. Parece que tiene muchos menos años. Me recuerda al Erik de siempre, al que tenía delante cuando era niña.

—Ha sido jodidamente increíble —me susurra, mientras me abraza y deja un reguero de besos por mis mejillas, mi frente y mi clavícula.

Yo hago un sonido afirmativo, totalmente de acuerdo, y cierro los ojos para que la habitación deje de dar vueltas.

Al cabo de un rato de abrazos y caricias por su parte, se debe de cansar de que yo no le responda, porque empieza a darme ligeros mordiscos en el cuello, en el hombro y la clavícula. Y cuando esto no funciona, pasa a hacerme cosquillas en los costados.

Me intento librar, riéndome como loca, y pidiéndole que pare.

Me gira hasta que quedo bocabajo, y me da una palmada en la nalga. Gimo ante lo inesperado que me resulta el movimiento. Después me da un lametazo justo donde ha posado su mano.

—Vamos a desayunar ahora, o me resultará imposible dejarte salir de esta cama por las próximas horas —se desliza por mi espalda hasta darme un beso en el cuello, y después se separa, dejando mi cuerpo frío con su ausencia.

Tomo la mano que me tiende, y me levanto de la cama, quedando desnuda delante de él.

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo, sus dientes raspando su labio en un gesto inconsciente. Endurece su expresión, y acto seguido sacude su cabeza.

—Vamos, anda, vamos —murmura, y se dirige a un armario para sacar ropa.

Yo entro al cuarto de baño y compruebo que mi ropa interior está seca. Me la pongo, y después cojo el resto de ropa que hay doblada en la mesilla.

Vamos a la cocina, y me ruborizo ligeramente cuando veo la mesa sobre la que lo hemos hecho. Creo que Erik ha pensado algo parecido, porque su expresión se ha tensionado también.

Nos sentamos en unos taburetes altos y empezamos a comer lo que él había preparado. El chocolate ya está frío, pero está igualmente bueno.

Mientras se zampa las fresas, me pregunta de la nada si me acuerdo de la vez que hicimos una casa del árbol en su jardín, y de cómo robamos una escalera a sus vecinos.

Empiezo a reírme al recordar cómo se enzarzaron con el padre de Erik, acusándole de ladrón, y cómo él casi les suelta a los perros, y empezamos a contar batallitas entre carcajadas.

Es como si el tiempo nunca hubiera pasado. La situación es tan liviana y distendida, y estoy tan a gusto, que me encuentro flotando en una nube.

No sé cuánto rato pasa, pero parece que llevamos horas recordando situaciones cuando suena mi móvil.

Bajo de un salto de la banqueta, y me dirijo a la habitación. Esta mañana no me he acordado ni

de quitarle el cargador.

Es mi madre. Echo un vistazo al reloj antes de responder. Son más de las cuatro de la tarde, hora de estar en la uni. Le cojo el teléfono, pensando en decirle que estoy en la biblioteca si es que alguien la ha informado de que no he ido a clase, pero no me llama para eso.

Su voz suena débil y lejana cuando me informa de que está en el hospital, porque mi padre ha sufrido un infarto.

Parpadeo varias veces, casi sin poder procesar lo que me está diciendo.

—Pero, ¿está bien? —Logro preguntar.

Sí, está bien, pero ha sido bastante grave. Me dice en qué hospital y habitación se encuentran, y cuelgo.

—¿Va todo bien? —Erik me observa desde el umbral de la puerta de la habitación, los brazos cruzados sobre su pecho desnudo.

—Me tengo que ir. Mi padre ha sufrido un infarto —le digo mientras recojo mis cosas rápidamente. Agarro las llaves de mi coche de la mesilla y mi mochila.

—Voy contigo —dice, poniéndose una camiseta y alcanzando las zapatillas.

Me detengo un segundo.

—No, no es buena idea —le digo, y él me frunce ligeramente el ceño.

Sería una situación complicada que mi madre nos viese juntos.

Me acompaña hasta el garaje para abrirme la barrera, y antes de meterme en el coche me da un breve beso.

—Te llamo luego —le digo, lanzando la mochila al asiento trasero.

—Bien —asiente levemente, claramente descontento con la opción de no acompañarme. —Y recuerda que tenemos que poner una denuncia —añade, y me doy cuenta de que eso es lo último que me importa.

Llego al hospital más de media hora después, porque es hora punta de tráfico.

Llamo a la puerta de la habitación que me ha indicado mi madre y asomo la cabeza. Ella está sentada en un sofá, y mi padre está tumbado en la cama, conectado a un montón de aparatos.

—Cayetana, cariño —dice mi madre, levantándose.

Me acerco a la cama de mi padre, que me hace un pequeño gesto con la cabeza.

—Papá, ¿cómo estás? —Le cojo la mano que no tiene vía con cuidado. Él me la estrecha.

—Bien, bien —contesta con la voz débil.

Me giro para mirar a mi madre, que se ha colocado a mi lado, y que no tiene buen aspecto.

Ella me frota ligeramente la espalda, pues no somos de mucho contacto físico en mi familia.

—Los médicos dicen que está fuera de peligro, pero que ha tenido mucha suerte. Si en vez de estar en casa, hubiera estado solo en la oficina, dios sabe lo que habría pasado.

—Vaya susto, papá —le aprieto la mano entre las mías. —¿Te encuentras bien? ¿Te duele?

—Siento presión en el pecho —comenta.

—Dicen que está dentro de la normalidad —asevera mi madre. —Lo achacan al estrés provocado por el trabajo.

En un gesto poco habitual, mi madre me rodea con los brazos. Cierro los ojos e inhalo su delicado perfume.

—¿Hasta cuándo tiene que estar aquí? —Le pregunto cuando se separa.

—Los médicos han dicho que por el momento tiene que permanecer en observación.

—¿Necesitas que te traiga algo de la cafetería? —Le ofrezco.

—No, mejor bajo yo mientras tú estás aquí. Así estiro las piernas.

Nos quedamos a solas mi padre y yo. Aunque es bastante grande parece pequeño en la cama

del hospital. ¿Cómo hemos llegado a estar en este punto por el dichoso trabajo? O mejor dicho, por la dichosa firma del contrato. Porque estoy segura de que es eso lo que lo ha traído hasta aquí.

—Hija, quita esa cara de preocupación. Pronto me darán el alta —me dice, y yo soy consciente de que no puedo contarles lo que pasó anoche en la cafetería de la universidad en este momento. Bastante tienen ya.

—Te tienes que cuidar. Tu cuerpo te está avisando de que tienes que bajar el ritmo —le digo, pero él quita importancia a mis palabras con un gesto de la mano, y dice que lo que le ha pasado no tiene nada que ver con el trabajo.

Al rato vuelve mi madre con un café. Me insiste en que llamemos a Julio y a sus padres. Es lo último que quiero, después de lo sucedido con Erik. Pero ella insiste y dice que somos prácticamente familia. Que si no lo llamo yo, lo llamará ella, y eso quedará mal.

Así que lo hago, pero se agotan los tonos y salta el buzón de voz. Le dejo un mensaje informándole de lo ocurrido, bajo la atenta escucha de mis padres.

Mi madre me dice que va a pasar la noche en el hospital, y quedamos en que yo iré a casa a traerle un pijama, una almohada, zapatillas y algún tupper con comida que está preparando Amalia.

En el camino a casa, Julio me llama. Dejo que suene.

Cuando llego, la cocinera ya lo tiene todo preparado en una bolsa. También le ha metido la tablet, el portátil y el cargador del móvil.

Se la ve muy preocupada por mi padre, y yo la tranquilizo. Intenta que le lleve a él otro tupper con tortilla de patata, que es su preferida, pero le digo que no creo que en su estado le dejen comer nada fuera del régimen del hospital.

Me dice que me va a dejar preparada la cena y que después se marchará. Le doy las gracias y regreso al hospital.

Cuando estoy a punto de entrar en la habitación, me llama Erik. Me alejo una distancia prudencial y contesto.

—Ey. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu padre? —Su voz suena aún más grave por teléfono que en persona.

—Hola, bien. Bien, está todo bien. Dicen que ha sido un susto, y que está fuera de peligro.

—Sé que no quieres que tus padres me vean contigo —dice con cierto reproche, —pero puedo ir y encontrarnos en la cafetería... —en este momento levanto la mirada y veo que Julio acaba de salir del ascensor y se dirige hacia mí —o puedo pasar a buscarte más tarde... —Tengo a Julio casi encima, y me está diciendo algo mientras se acerca. —¿Estás con Julio?? —Erik ha debido de escucharlo, y su tono se vuelve hosco.

—Ahora no puedo hablar, ya te llamaré —le susurro, y cuelgo justo antes de que Julio me dé un beso en la mejilla.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien? —Tiene cara de preocupado, y antes de que me dé cuenta de lo que va a hacer ya me está abrazando. Me tenso en sus brazos, la culpabilidad haciendo acto de presencia.

Le explico lo que me ha contado mi madre, y ambos entramos en la habitación.

Dentro está Lucas, el hermano de Ursu.

Se acerca a darme dos besos mientras Julio va a saludar al enfermo.

—Menudo susto nos ha dado tu padre —me dice, sacudiendo la cabeza. Se gira hacia él. —Tienes que trabajar menos, Ernesto —todos asentimos y secundamos sus palabras. —Bueno, yo

me marchó ya. Me alegro de que no haya sido más grave. Dedícate a recuperarte, que yo me ocupo de todo lo demás—le advierte, mirándolo con cara seria.

—Agradecemos mucho tu dedicación —le dice mi madre, dándole dos besos y acompañándolo a la puerta.

Julio se queda un rato más para charlar con mis padres y cuando se marcha me da un beso en la mejilla. Le digo que nos veremos en la universidad.

Cuando anochece me despiden de mis padres y me voy a casa.

La verdad es que no me gusta estar en una casa tan grande sola después de lo que ha pasado en los últimos días, pero nada más cruzo el umbral de la puerta, me llama Úrsula.

Su hermano le ha contado lo sucedido y está preocupada. Le digo que ha sido solo un susto, y que ya hablaremos en otro momento porque estoy agotada. Ella me dice que vale, y que no me olvide de explicarle eso de que le quitaron el móvil. También me dice que va a avisar a Lorena y a decirle que no me llame hasta mañana.

Amalia me ha preparado lasaña boloñesa, uno de mis platos favoritos, y se me encoge un poquito el corazón al pensar en lo buena que es esta mujer, y en cuánto nos mimaba a su manera.

Cuando ya estoy en la cama, intentando dormir, pienso en la determinación que sentía esta mañana. En la seguridad de que lo correcto era ir a la policía a explicar lo sucedido en la cafetería de la universidad.

Ahora mismo, con todo el tema de mi padre, viéndolo todo tan lejano, no sé si le veo sentido. ¿Qué voy a hacer? ¿Ir a espaldas de mis padres a poner una denuncia? Oculto no ha vuelto a escribir. ¿Y si realmente el cubo de basura se movió y la puerta se cerró sola? ¿Y si el objetivo del mensaje y de la grabadora era darme un susto, y lo demás fue circunstancial? Estoy hecha un lío.

En algún momento, entre divagaciones, me quedo dormida.

CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente me levanto muy temprano. Hablo con mi madre, que dice que han pasado buena noche. Escucho a mi padre de fondo, quejándose de que necesita ir a la oficina para comprobar que se ha pagado a unos proveedores.

Ruedo los ojos, segura de que Lucas o quien sea que esté ahora en el departamento de contabilidad, ya se ha encargado. Le digo que pasaré más tarde a verlos, pero ella me dice que me despreocupe y que me centre en estudiar. Uf. Estudiar. Llevo dos días sin tocar un libro, y los exámenes comienzan la próxima semana.

Decido no ir a la universidad, pues todo lo que imparten ahora mismo son meras clases de repaso.

En lugar de eso me paso por las oficinas de la empresa de mi padre. Quiero ofrecerme a echar una mano y ver si efectivamente se ha pagado a los proveedores esos. Estoy segura de que mi padre se quedará más tranquilo si cuando vaya al hospital le digo que ya he hablado con Lucas del asunto. Eso, si no lo ha hecho él ya.

Cuando llego a las oficinas, todavía no ha llegado ningún trabajador. Me lo dice el conserje del edificio. “Salvo por el chico que parece que vive aquí.” Supongo que está haciendo referencia a Lucas.

Me sorprende encontrarme la puerta cerrada. Llamo, y Lucas no puede esconder su asombro cuando me abre.

—¿Está bien tu padre? —Me pregunta, desde la puerta, y yo le digo que sí, que no se preocupe. Que he venido a echar una mano en lo que haga falta.

Doy un paso al frente y él se retira para dejarme pasar. Me observa mientras cuelgo el bolso y la chaqueta en el perchero del recibidor.

—¿No tienes exámenes que estudiar? —Me dice, con tono suspicaz.

—Sí, pero creo que mi familia ahora me necesita. Sé que hay unos pagos pendientes a unos proveedores...

—Ya fueron efectuados —me contesta él, cruzándose de brazos y observándome con una mirada extraña.

—¿Te importa si echamos un vistazo y lo comprobamos? Mi padre está preocupado por el asunto, y quiero que se tranquilice...

—Mira, Cayetana —me corta, con tono serio. —Sé hacer mi trabajo. Entiendo que quieras ayudar a tu familia, pero la forma de echar una mano es centrándote en lo que sí son tus asuntos, es decir, estudiar, y no en esto —su rostro es severo. —Y, no te lo tomes a mal, pero todavía no estás ni graduada. Cuando tengas el título, estoy seguro de que serás de vital importancia en esta empresa. Pero hasta que este momento llegue, déjame a mí hacer mi trabajo.

Trago saliva, y me muerdo la lengua antes de recordarle que él tampoco está graduado.

—Lamento si te he dado a entender que no estás haciendo bien tu trabajo, —le respondo, —solo pretendía ayudar.

Él suspira, e intenta relajar su semblante, aunque sus rasgos permanecen afilados.

—Tu única manera de ayudar es sacar adelante el curso y apoyar a tu padre. Realmente no tienes nada que hacer aquí.

Me hace un gesto hacia la puerta, y permanece con la mano extendida hacia ella. Suspiro, alcanzo mi bolso y mi chaqueta, y salgo fuera.

Se despide de mí cordialmente y cierra.

Vuelvo a casa bastante desanimada. Pensándolo bien, es posible que la idea haya sido estúpida. Puedo tener algo de idea de Economía, pero probablemente estorbara más que ayudase. Aun así, no me ha gustado el tonito de superioridad con el que Lucas me hablaba, como si estuviese reprendiendo a una niña pequeña.

Paso la mañana estudiando en mi cuarto y respondiendo a mensajes de Julio, Ursu y Lorena, que quieren saber cómo se encuentra mi padre. También me escriben Andrés, Alexia y Martín. Se ve que la noticia ha corrido rápido.

Un poco antes del mediodía viene Amalia. Charlamos un poquito y luego se pone a limpiar y a preparar la comida.

Mi madre llama para decir que los médicos quieren mantener a mi padre un día más en observación. Le ofrezco el quedarme yo esta noche en el hospital, pero dice que no, que prefiere quedarse ella y que yo descanse y pueda estudiar. También me dice que aprovechará para venir a casa a ducharse cuando yo vaya al hospital.

Se lo comento a Amalia, que ya tiene preparados unos tupperes por si acaso, con comidas que le gustan a mi madre. Le agradezco que se esté tomando tantas molestias, y ella me dice que no le cuesta nada.

Cuando llego al hospital, veo que en la mesa de al lado de la cama de mi padre hay un ramo enorme de flores firmado por los Vélez.

Mi madre se acerca a darme un beso, y se marcha al poco de llegar yo.

Mi padre tiene mejor aspecto.

—Me ha dicho Lucas que esta mañana has estado en la empresa —dice, intentando incorporarse un poco para mirarme. —Sé que tu intención era ayudar, pero la realidad es que poco puedes hacer.

—Sí, claramente no he sido de ninguna ayuda —murmuro, sentándome en la butaca cercana a su cama.

—Lo único que tienes que hacer es estudiar, Cayetana —me responde, con mirada seria. Seguramente Lucas y él habrán estado hablando de eso también. De lo que tengo y no tengo que hacer. —Aunque tal vez podrías traerme algo de comida en condiciones. La que me dan aquí no puede ni llamarse alimento.

Le digo que no, que no voy a contribuir a que empeore.

Saco mi libro de Macroeconomía de la mochila, y repaso un poco mientras él ve la tele.

Me pregunto si debería de charlar un poco más con él, alguna conversación profunda como las que tienen las personas en los hospitales en las películas. Pero la verdad es que en mi familia no tenemos ese tipo de relación. Entonces me doy cuenta de que no he hablado con Alfon en los últimos dos días.

—Papá, habéis avisado a Alfonso, ¿verdad? —Pregunto, y cuando veo cómo su cara se

contorsiona y adquiere una tonalidad peligrosa, me arrepiento de que las palabras hayan salido de mi boca.

—Ni se te ocurra —sisea, sin mirarme.

Y me siento fatal por no haberme acordado antes de él. Cuando salga del hospital lo llamaré.

Pienso en pasar otra noche sola en casa, e inevitablemente la mente se me va a Erik.

Cuando le colgué porque tenía a Julio encima, le dije que le volvería a llamar, pero no lo hice. ¿Estará enfadado? Su tono no era muy amistoso cuando lo dejé con la palabra en la boca.

Le mando un WhatsApp.

“Mi padre tiene que estar una noche más en el hospital, y mi madre se queda con él. ¿Quieres venir a casa?”

Para cuando regresa mi madre, todavía no me ha contestado. Se la ve mejor después de ducharse y cambiarse de ropa.

Le doy un beso a mi padre y otro a ella, y bajo al parking.

Estando dentro del coche llamo a Alfon. Se enfada muchísimo por que no le haya avisado antes. Le pido disculpas, y le digo que ayer fue un día muy duro. También accede a no contactar con mi padre a corto plazo, pues es consciente de que lo que le ha llevado al hospital es el estrés, y no hay nada que estrese más a mi padre que mi hermano.

Le prometo que lo mantendré informado de cualquier avance que haya.

Cuando cuelgo, veo que Erik ha contestado.

“¿Hora?”

Es todo lo que pone. Ni un *“¿Cómo está tu padre?”* ni nada.

“Salgo ahora del hospital. Llegaré en una hora. A partir de entonces, ven cuando quieras.”

Llego a casa antes de lo previsto, y calculo que me da tiempo de darme una ducha. Así que eso es lo que hago, mientras pienso en Erik y me sorprendo al constatar las ganas que tengo de verle.

Todavía llevo el pelo mojado cuando suena el telefonillo de la entrada.

—Señorita Cayetana, soy Ramón. El muchacho de la moto está aquí y dice que ha quedado con usted.

—Sí, déjelo pasar.

—Señorita... se trata del mismo hombre que no quiso que pasase el otro día —titubea, como si quisiera estar seguro de que no hay malos entendidos sobre quién está dejando entrar.

—Sí, sí, que pase, gracias.

Le cuelgo y espero con cierta expectación en la puerta. Fuera ya es de noche.

Pronto aparece la luz de su moto al inicio de la calle, resonando fuertemente en la tranquilidad de la urbanización.

La aparca junto a mi BMW y se quita el casco. Contengo la respiración cuando se pasa la mano por el pelo, en un infructuoso gesto que solo consigue despeinar más sus mechones y que esté todavía más guapo.

—Ey —me dice, acercándose a mí.

—Ey —le sonrío, pero él está serio.

Nos quedamos un breve momento en el porche, hasta que me doy cuenta de que es raro y lo invito a pasar.

Cierro la puerta tras nosotros, y le señalo las escaleras, para subir a mi habitación.

Sube delante de mí, mirándolo todo. Como si estuviese repasando las cosas que han cambiado desde que estuvo aquí por última vez.

Entra en mi cuarto y deja el casco sobre la mesa de estudio. También se quita la cazadora y la

deja en el respaldo de la silla.

—Bueno, ¿cómo estás? —Pregunto, consciente de que está extrañamente callado, mientras observa mi habitación. Mi cuarto está exactamente igual que siempre. Cuando mis padres decoraron la casa ya crearon un cuarto de adulta, así que nunca tuve un dormitorio de niña.

Va a decir algo, pero parece que se arrepiente. Endurece la mirada.

—¿Cómo está tu padre? —Dice, apoyándose en el escritorio, cruzando los brazos sobre el pecho. Está tan serio que me es imposible obviarlo.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —Pregunto, y él tensa todavía más la mandíbula.

—¿Acaso te importa? —Espeta.

—¿Qué coño te pasa? —Ahora le estoy gritando, porque su estúpida actitud me está molestando. Mirándome, ahí, enfadado, con los brazos cruzados y las oscuras cejas en una dura línea.

—¿Qué coño me va a pasar? —Responde, elevando la voz él también. —Anoche estabas con Julio —sisea, y me fulmina con la mirada.

Lo miro con la boca abierta.

—Sí, porque vino al hospital.

—Hospital al no querías que yo fuese —me recrimina.

—Sí, ¡discúlpame por querer ahorrarle a mi padre un segundo infarto! —Prácticamente escupo las palabras mientras gesticulo exageradamente, y él se incorpora, acercándose a mí de manera amenazante.

—Qué hicisteis después —su mandíbula está tan tensa que prácticamente no ha sonado ni a pregunta.

—¿Después de qué? —Le pregunto sin entender, y sus ojos tiene un brillo peligroso.

—Ya sabes qué quiero decir. Contéstame —Su enfado me recuerda a otras muchas situaciones similares en las que estaba entremezclado con la excitación, y siento que me empiezo a acalorar.

—Oh, ¡por favor! —No puedo disimular el enojo en mi voz, y me obligo a dejar de mirarle los hombros, tensos. Sus manos cerradas en duros puños. —¡Perdóname si no he estado pendiente de llamarte y explicarte cada paso que doy! ¡Me parece que la jodida situación en la que estoy me excusa! —Le chillo, y cuando intenta agarrarme del brazo le doy un manotazo y le grito que me suelte.

—Pensaba que lo de la otra noche había cambiado algo entre tú y yo —dice, con palabras sombrías, intentando volver a acercarse a mí.

—¡Estás como una cabra! —Le respondo, furiosa, y lo siguiente que sé es que me ha apresado entre sus brazos y que me empieza a besar desesperadamente. Siento tanta rabia que lo único que puedo hacer es besarle también, mientras le tiro del pelo y le golpeo el pecho con el puño de vez en cuando.

Él responde a uno de mis puñetazos presionando su erección duramente contra mi cadera, y yo pierdo todo el raciocinio. Empiezo a quitarle la camiseta a la vez que intento desabrocharle el cinturón. Me faltan manos para tantas cosas que quiero hacer. Se le escapa un sonido erótico cuando meto mi mano en su ropa interior y le doy un apretón poco cuidadoso ahí. Es curioso escuchar ese sonido proveniente de un hombre que está tan furioso como lo está Erik.

En algún momento abre los ojos con determinación y me quita la mano de su miembro, como si hubiese retomado el control.

Me desnuda rápidamente y se termina de desnudar él. Solo le hacen falta dos dedos para enfundarse un preservativo, y empieza a tocarme por todas partes, mientras me besa, me lame y me muerde. Yo estoy gimiendo y temblando de la necesidad. Me toca entre las piernas y suspira

gravemente.

Entonces me gira hacia el espejo de mi habitación, y me coge del pelo con decisión, forzándome a que mire la imagen que nos devuelve el reflejo. Una jodida imagen de cuerpo entero demasiado porno, demasiado intensa. Hay algo turbio en la forma en la que me sujeta el pelo. La respiración se me atasca en la garganta.

Su mirada es tan oscura que parece que el espejo solo devuelve una sombra donde están sus ojos. Y su cuerpo parece gigante detrás de mí. Su enorme pecho subiendo y bajando aceleradamente. Me suelta el pelo, y desliza su mano por mi cuello.

—Mírate. Mírame —ordena, gruñendo en mi oído, su vista clavada en la mía a través del reflejo. —Mira cómo tiembles cuando estás conmigo —su pelvis presiona ligeramente mis nalgas, y yo gimo, excitada. Me pellizca un pezón, y yo me retuerzo. Él, atento a cada reacción. Desliza lentamente la otra mano entre mis muslos, y lleva sus dedos entre mis piernas, la zona empapada. Su agarre sobre mi pecho se intensifica. Retira el dedo, y lo sube a mis labios. Roza ligeramente mi labio inferior, humedeciéndolo con mi propia humedad, y luego se lo lleva a su boca. —Mira lo jodidamente mojada que estás cuando te toco —sisea tras chuparlo, sus palabras cargadas de rabia. Su erección presiona en mi entrada, dura como una roca, y yo cierro los ojos ante las sensaciones. Me lleva la mano a la barbilla con fuerza, obligándome a mirarlo a través del espejo. —Mira. Mira lo duro que estoy por ti —susurra. —Mira lo loco que estoy por ti —en ese momento me penetra con dureza, y yo gimo, e intento agarrarme al marco del espejo para no perder el equilibrio.

Erik mantiene la mirada clavada en la mía, y la mano en mi barbilla para que no deje de mirarlo en ningún momento. Es jodidamente excitante el ver cómo lucha por mantener el control de sus movimientos, tan duros y contundentes que hacen que mis pechos vibren en cada estacada, mientras el deseo nubla sus ojos.

—Míranos. Mira cómo te miro —está utilizando un tono muy similar al que usó esa noche en Agüero, cuando estaba rabioso. —No quiero que nadie más te vea así. Solo yo quiero verte así —empuja y empuja dentro de mí, mi cuerpo entero temblando. —Solo tú puedes verme así —me agarra fuertemente de la cadera con una mano, para que acepte por completo sus movimientos, mientras mantiene la otra donde termina mi barbilla y empiece mi garganta, y yo estoy a punto de explotar. Una expresión torturada cruza su expresión. —No voy a durar mucho más, Ave —sus palabras se han convertido en jadeos apresurados, y el pensar que está al límite tan pronto me lleva al borde, y estallo en un orgasmo increíble. Casi no soy consciente de que él se ha enterrado profundamente dentro de mí, y que también está gimiendo con su liberación.

Me mantiene sujeta, anclada a su cuerpo, mientras normalizamos nuestras respiraciones. Su mirada enganchada a la mía, brillando con la rabia.

Después suspira, y me suelta. Sale de mi y entra en el baño de mi habitación, supongo que a revisar el preservativo.

Cojo mi ropa interior y me la pongo. Me siento en la cama, intentando tranquilizarme.

Cuando sale, empieza a recoger su ropa, que está tirada por todos los sitios, y murmura que se marcha.

Al principio creo que no lo he oído bien.

—¿Que te vas? ¿¿Adónde?? —Vuelvo a elevar la voz, porque no entiendo nada.

—¿Y qué pretendes? —Sisea de vuelta, su expresión mortalmente seria. —¿Que me quede aquí? ¿Que duerma contigo? —Pregunta con odio.

—¿Qué coño te pasa? —Me levanto para empujarle, porque siento tanta frustración que necesito hacer algo.

—¡Ya sabes lo que me pasa! —Espeta, sujetándome las manos para que no le empuje. —¡Que me vuelve loco pensar que él te toca!

Y sus ojos son dos pozos sin fondo. Su mandíbula, una roca.

—¿Quién, Julio? —Pregunto, incrédula ante el numerito que está montando. Y, aunque no quiero darle información, tampoco quiero que se marche. Y, sobre todo, no quiero que siga llevando esa mueca de enfado y de desesperanza. —Hace meses que no nos acostamos, —le digo, secamente, soltándome de su agarre, —concretamente, desde que se tiró a Úrsula.

No me deja soltarme. Me mira y parpadea varias veces, su expresión confusa.

—¿Me estás mintiendo? —Pregunta, con cierto recelo.

—¡Claro que no! —Termino de soltarme, y él suelta un suspiro. No parece del todo convencido de mis palabras, pero una expresión de alivio inunda su rostro.

Se pasa una mano por la cara, mira al techo, y después suspira. Me acerca a él y me abraza.

—Gracias a dios —susurra. —Es algo que no puedo soportar. Anoche cuando escuché su voz me imaginé de todo. —Lo dejo que me abraze mientras escucho su corazón, que late desbocado contra mi mejilla.

Cuando parece que se ha tranquilizado un poco, me conduce a la cama y se sienta, haciendo que yo me siente encima de él. Me mira con intensidad, mientras me retira un mechón de pelo tras la oreja.

—Necesito que lo dejes, Ave —su tono es suplicante. —No puedo vivir así, voy a perder la cabeza.

Se me pone la piel de gallina al ver su semblante. La verdad es que los últimos días han sido intensos para ambos. Y en algo tiene razón, de algún modo las cosas han cambiado entre nosotros desde la noche del incidente en la cámara frigorífica.

—Lo voy a dejar —le digo, estando segura de eso por primera vez. —Pero no todavía. Necesito más tiempo.

Su expresión vuelve a endurecerse y sus ojos recorren mi rostro, como si estuviese buscando una respuesta ahí.

—¿Por qué necesitas más tiempo?

—Es complicado de explicar —me revuelvo ligeramente sobre sus rodillas, pues realmente esto no es algo que quiera contar. Decirlo en voz alta me avergonzaría, por la posición en la que me dejaría. Pero supongo que en este momento siento que sí le debo algún tipo de explicación. —Tiene que ver con los negocios comunes de la familia.

—¿Te está chantajeando? —Pregunta, su mano se cierra sobre mi muslo. Casi puedo ver los engranajes en su mente, señalando a Julio como la persona detrás del número oculto.

Niego con la cabeza.

—No. No me está chantajeando. Pero necesito un poco de tiempo para poner orden —me mantiene la mirada, y quiero reafirmarle. —Lo dejaré, ¿de acuerdo? —Deslizo los dedos por su nuca, enredándolos suavemente en sus mechones, y él cierra los ojos y exhala.

Después apoya su frente sobre la mía.

—De acuerdo, —murmura, su cálido aliento rozando mis labios. —Pero necesito que me jures que no vas a dejar que te toque. Que no vas a dejar que haya ningún acercamiento físico por su parte —su cuerpo entero se tensa con la simple mención.

Le miro a los ojos y asiento. Estoy segura de que puedo cumplir esa promesa.

Me observa, y debo de transmitirle determinación, porque sus férreos brazos se relajan notablemente.

Me besa con suavidad, con una delicadeza que pensaba que no poseía, y yo le devuelvo el

beso. Tranquilo, húmedo. Sin prisa. Y es curioso cuánto lo disfruto, porque nunca antes nos hemos besado así. Como si tuviésemos todo el tiempo del mundo. Como si esto fuese lo único que los dos necesitamos en este instante. En otras circunstancias el pensamiento me asustaría, pero en este momento estoy demasiado focalizada en las cosas que la lengua de Erik le hace a la mía.

Mucho tiempo después bajamos a la cocina. Hace rato que pasó la hora de la cena, pero los dos estamos famélicos.

Caliento el contenido de varios tupperts de Amalia. Los devoramos rápidamente, mientras Erik me recuerda el tema de poner una denuncia, y yo le explico que ahora mismo me parece que es lo último que necesitan mis padres.

—He conseguido el número de un investigador privado —me dice, mientras me rellena el vaso vacío de agua. —Es posible que la policía no haga nada. Y, si lo hace, sea a un ritmo muy lento. Puede que lo mejor sea optar por alguien con menos escrúpulos y con ganas de cobrar.

Le levanto las cejas a esto último.

—¿A qué te refieres con lo de menos escrúpulos?

—Supongo que la policía actuará siguiendo la ley. No se pondrán a revisar ninguna taquilla, o pertenencias de nadie de Trinidad sin una orden. Necesitamos a alguien que actúe más rápido.

Lo medito un instante, y creo que tiene razón.

—¿Entonces ya tienes a alguien en mente? —Cuando él asiente, no puedo evitar darle un ligero empujoncito con mi rodilla en la pierna. —Gracias por haberte informado. Y gracias por ayudarme.

Su brazo se detiene a medio camino mientras lleva una porción llena de macarrones a su boca. Su expresión se ensombrece ligeramente, como si el hecho de que me ayude fuese algo seguro fuera de discusión.

—No tienes nada que agradecer —dice, y continúa cenando.

Después subimos a la habitación y nos tumbamos en la cama. Mi cabeza apoyada en su hombro. Él me acaricia el pelo mientras hablamos de un montón de tonterías. Y estoy tan a gusto que no me puedo creer que haya estado separada de él tantos años. Que haya olvidado lo que es estar con alguien con quien tienes tanto feelling.

Nos dormimos a más de las cinco de la mañana, y aun en sueños sigo charlando con él.

A la mañana siguiente estoy muerta. Erik está enroscado sobre mi cuerpo, y gruñe cuando intento apartarlo. Me lleva un montón de esfuerzos poder salir de la cama, porque una vez se despierta, se dedica a impedir que me levante.

Finalmente lo logro, entre risas, y entro al cuarto de baño que hay en mi habitación.

Me sorprende ver que luzco radiante, a pesar de las pocas horas de sueño. Mi mirada brilla, y me pregunto si de algún modo reflejará lo contenta que me siento.

Me lavo la cara y me cepillo los dientes.

Al regresar, compruebo que Erik también está radiante. Se levanta y me da una palmada en el trasero de camino al baño. Doy un respingo. No puedo evitar sonreír.

Cuando estoy a medio vestirme vuelve a la habitación, se coloca a mi espalda y me rodea con sus brazos.

Baja la cabeza al hueco donde se unen mi cuello y mi hombro, e inhala profundamente. Hace un sonido ronroneante, y yo apoyo la nuca en su pecho.

—No sé qué haces vistiéndote —dice, intentando quitarme la camiseta que acabo de ponerme. Entre risas, consigo librarme de su agarre, y todavía a medio vestir, cojo mi móvil. Es temprano, pero mi madre ya debe estar operativa.

Erik se ha tumbado en la cama, y le hago un gesto para que permanezca callado.

Él me saca la lengua, o más bien se relame los labios, mientras me observa. Solo lleva puesto un bóxer negro, y su cuerpo es malditamente impresionante. Se le marcan los músculos incluso en la posición de reposo en la que se encuentra. Tranquilamente tumbado con los brazos doblados tras la cabeza. Retándome con esa expresión burlona tan sexy. Tentándome con ese cuerpo tan perfecto y apetecible.

Mi madre responde varios tonos después, y dice que la noche ha ido bien. Que creen que les darán el alta por la tarde.

Yo escucho vagamente lo que comenta, porque mi vista se ha ido inevitablemente a la entrepierna de Erik. La tela del calzoncillo tirante, apenas conteniendo su enorme erección, y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no suspirar ante la visión. Él me aguanta la mirada, su semblante adquiriendo una tonalidad peligrosa.

Creo que quedo con mi madre en que no me pasaré por el hospital, y que ellos regresarán en algún momento de la tarde. Creo.

Cuando cuelgo, Erik no se mueve, pero su mirada me atrae hacia él, con promesas no dichas de placeres increíbles.

Trepo por su cuerpo, hasta colocarme a horcajadas sobre él, y le doy un beso en la nariz.

Él se ríe, y el sonido ronco que provoca hace que una cálida sensación inunde mi pecho.

Saca las manos de detrás de su cabeza y las desliza por mi costado hasta mis muslos.

—¿Va a venir alguien del servicio por la mañana? —Pregunta, y yo me estremezco al escuchar las verdaderas implicaciones de la misma.

Niego con la cabeza.

—Amalia no llegará hasta las doce.

—Bien —resuella, mientras sus manos suben por debajo de mi camiseta hasta mi pecho.

Suspiro cuando sus dedos hábiles se cuelan por dentro de la tela y encuentran mi pezón.

—No sabes cuántas veces he imaginado esto —dice, ejerciendo más presión en mi pecho. —Hacértelo aquí. Esa era mi gran fantasía de adolescente... no creo que nunca haya dejado de serlo. —Baja mi cadera para presionar todavía más su erección contra mi zona íntima, y yo gimoteo.

—¿Me estás diciendo que cuando venías aquí ya pensabas en esas cosas? —Le digo, casi sin aire, enarcando una ceja, mientras él continúa tocándome las tetas.

—Por supuesto —dice, muy serio. Entonces traga y se relame. —No sabes la cantidad de veces que me he tocado pensando justo en esto.

Y yo tengo que cerrar brevemente los ojos ante la sensación que sus palabras han provocado en mi cuerpo.

—Éramos unos críos —le digo, manteniéndole la mirada, mientras empiezo a mover las caderas sobre su erección, deslizándome a lo largo de su dureza con la tela de por medio.

Él aprieta la mandíbula, impidiendo que se le escape un sonido ante el movimiento.

—Con quince años no éramos ningunos críos —responde, con la voz entrecortada y el deseo nublándole los ojos. —Tú ya te habías desarrollado —me da un apretón cargado de significado en el pecho, —solo que siempre has sido un poco pánfila.

—Así que pánfila —le digo, ejerciendo más presión sobre su excitación, con toda la intención de provocarlo.

—Mhm... —Se le escapa un gemido estrangulado. —Por eso ayer no podía aguantar ni un segundo más. Por eso es posible que ahora tampoco aguante mucho. Porque llevo demasiado tiempo esperando este momento —sentencia, y en rápido un movimiento nos da la vuelta y se coloca encima de mí, entre mis piernas.

Nos besamos con necesidad y, una eternidad después, lo hacemos. Con menos urgencia que otras veces, pero con más intensidad si es que eso es posible. Y estoy tan excitada que acabo teniendo varios orgasmos, provocados por las acciones de un Erik tan anhelante, tan decidido, con su oscuro y profundo deseo desbordándose de sus pupilas.

Cuando terminamos nos duchamos juntos, y como ya es prácticamente la hora de que llegue Amalia, le meto prisa para que se vaya.

Me da un obsceno beso antes de abrir la puerta, que me deja temblando de pies a cabeza, y quedamos en que mañana concertará una cita con el investigador.

CAPÍTULO 13

Mis padres regresan a casa por la tarde. Amalia les ha dejado preparadas ingentes cantidades de comida. Platos que seguro que no le convienen a mi padre. Aunque él insiste en que en los análisis no le han sacado hipertensión ni colesterol, así que puede comer lo que quiera. Sí, sin duda tiene mejor aspecto.

Mi madre y él discuten ligeramente sobre su vuelta al trabajo, que él quiere que sea inmediata. No sé si llegarán a un acuerdo.

En esta ocasión, sí recuerdo escribir a Alfon para informarle de que ya ha recibido el alta.

El resto del día me dedico a estudiar en mi habitación y respondo a los mensajes de mis amigos, que quieren saber cómo está mi padre.

Cuando me echo a dormir, las sábanas y la almohada huelen a Erik, y me encuentro presionando mi nariz sobre las mismas, inhalando profundamente el atrayente aroma.

No sé qué me está pasando, pero olisquear sábanas no es algo que haya hecho nunca. Pero es que es un olor increíble. Un olor tan familiar, mezclado con algo nuevo. Con algo potente y masculino que el Erik de mi infancia no tenía.

Y de pensar en las cosas que hemos hecho juntos me acaloro.

En ese momento mi móvil vibra, y me incorporo para cogerlo de la mesilla, casi esperando que sea él. Pero no es él, es Julio. Que me escribe para darme las buenas noches.

Toda la calidez que estaba sintiendo desaparece, reemplazada por el frío de la culpa y del rechazo que siento por Julio. Le contesto a su mensaje con una carita mandando un beso.

Lo tengo que dejar, de eso estoy convencida, pero no sé ni cómo empezar a abordar el tema. Luego está el asunto del contrato. Me preocupan las consecuencias que un paso en falso tenga para la salud de mi padre.

Por la noche me cuesta dormir.

Al día siguiente me levanto temprano y voy a la biblioteca. Ursu y Lorena se pasan en los descansos de las clases de repaso a saludarme y a interesarse por mi padre. Salimos al pasillo para no molestar al resto de estudiantes.

Les repito lo que ya les dije ayer, que está en casa más gruñón de lo normal, pero fuera de peligro.

—Tienes mala cara, Ursu —le digo cuando la observo más detenidamente.

—La situación con Andrés está un poco tensa —comenta, y por la expresión conocedora de Lorena, ella ya está al tanto. —Últimamente ha estado comportándose de forma muy celosa. Hace un par de días le dije que no podíamos seguir viéndonos.

Le digo que lo siento, y le pregunto si hay algo en lo que la pueda ayudar. Una noche de chicas, una tarde de compras...

Ella niega con la cabeza, diciendo que tenemos que hacer un esfuerzo final y que luego ya

habrá tiempo de pasar el duelo.

Dadas las circunstancias, no les comento nada de lo sucedido con el móvil de Ursu ni con la cámara frigorífica, pues creo que entrarían en pánico y ya bastantes cosas están pasando que nos distraen de los exámenes. Además, parece que Ursu ha olvidado el tema, así que lo dejo estar.

Cuando terminemos el curso, les contaré todo. Y, si todo va bien con el investigador, incluso habré desenmascarado al número oculto.

Antes de irse me recuerdan que el próximo miércoles nos van a hacer la foto de final de curso, justo antes de la hora de comer. Se me había olvidado por completo. Me pongo una alarma en el móvil.

En realidad, es una tontería, porque las fotos son prácticamente iguales año tras año, solo que nosotros estamos un poco más crecidos.

Por la tarde acudo a la ubicación que me ha mandado Erik. Me ha citado en un parking subterráneo de una zona empresarial, famosa por estar llena de oficinas. No queda exactamente lejos de las de mi padre, y estoy algo inquieta.

Cuando llego, veo a Erik junto a su moto ya aparcada, y estaciono el BMW en una plaza libre que hay al lado.

Sujeta la puerta para que salga, y lo primero que hace en cuanto me pongo de pie es besarme. Todo su cuerpo presionando el mío. Sus brazos rodeándome posesivamente.

—Ey —murmura con la respiración agitada cuando se separa, regalándome una sonrisa.

Se la respondo, y dejo que me coja de la mano. Nos dirigimos al exterior, y no puedo evitar soltársela al salir del estacionamiento. Sé que el gesto no le ha pasado desapercibido, porque su expresión se ha endurecido ligeramente, pero no dice nada.

Cruzamos la calle y entramos a un portal que tiene un montón de placas en la fachada.

Me informa de que el tal Goyo Fonseca se encuentra en la segunda planta. Subimos por las escaleras, y me resulta imposible no admirar lo increíblemente perfecto que es el trasero de Erik. Mis dedos hormiguean de las ganas que tengo de tocárselo. Pero no lo hago, porque no sería apropiado, y porque ni siquiera entiendo qué hago pensando en estas cosas cuando estoy a punto de contratar un investigador privado porque alguien intentó congelarme viva. Así dicho suena aterrador.

El tal Goyo es un hombre calvo enorme, con una espesa perilla negra. Lleva un traje negro, y más parece un portero de discoteca que un detective.

Me sorprende lo limpio que está su escritorio, acostumbrada a ver las montañas de papeles que suelen tener sobre sus mesas los investigadores que salen en las películas.

Nos ofrece sentarnos en las dos sillas que quedan frente a él.

Nos pide que le comentemos por qué queremos contratar sus servicios, y le hago un breve resumen.

Entonces saca un bloc de notas y me pide que empiece a relatarle todo desde el principio, sin olvidar absolutamente ningún detalle.

Hago lo que me pide, y Erik de vez en cuando interviene, añadiendo información.

—Los mensajes anónimos reales empiezan después de que nosotros intimásemos —explica en un momento, mientras Goyo lo apunta. Me resulta graciosa la elección de palabras, pero lo que no me hace ninguna gracia es que sé que todavía sigue teniendo dudas sobre Julio. Y yo sé que Julio puede ser muchas cosas, pero no haría algo como esto.

El investigador me da su dirección de correo electrónico, y me pide que le mande cuanto antes

una lista tanto de mi círculo de amistades, como de la gente que estuvo en la fiesta la noche en la que recibí un mensaje haciendo referencia a cómo iba vestida. Dice que quien enviase los mensajes pudo haberme visto en una foto subida a la red de esa misma noche, y no porque se encontrase físicamente presente en la fiesta, pero que vamos a empezar por ahí.

También quiere saber a qué se dedica mi familia, y algunos datos personales más relacionados con mi relación con Julio.

Cuando intento pasar de puntillas por el tema de los cuernos, él se frena ahí y me pide que lo desarrolle. Lo hago, sintiendo cómo Erik se tensa a mi lado. No es el único incómodo hablando de este tema.

—¿Hay manera de rastrear el teléfono desde el que se envían los mensajes? —Pregunta.

—No es tan fácil. Para empezar, necesitaría su tarjeta SIM —responde, y me hace un gesto de cabeza que señala mi teléfono. —Entiendo cómo de necesarios son los móviles hoy en día, pero para seguir esa línea tendría quedarme con ella por un tiempo indeterminado. La llevaría a terceras personas de confianza, pues yo no dispongo de los conocimientos necesarios para realizar la tarea.

Sin duda, tendría que conseguir una nueva tarjeta SIM o pedir un duplicado a la compañía.

—Creo que vale la pena intentarlo —le digo.

—Me veo en la obligación de volver a recalcar que es un proceso costoso que no siempre da sus frutos.

—No se preocupe. ¿Puedo hacérsela llegar en un par de días? Así doy tiempo a que me manden un duplicado.

Quedamos en que lo haremos así.

Cuando nos vamos a ir le pregunto por sus honorarios.

—Ese tema ya está solucionado —me responde, y hace un gesto de cabeza señalando a Erik. Lo miro extrañada, pero él no me devuelve la mirada.

El investigador nos acompaña hasta la puerta, y quedamos en estar en contacto. Antes de irnos, me advierte de que es conveniente que no comente absolutamente nada de que va a investigar el tema con nadie. Ni siquiera con las personas en las que confío. La forma en la que lo dice me provoca un escalofrío.

—¿Has tenido que adelantar dinero? —Pregunto a Erik, cuando salimos fuera.

—Quiero pagarlo yo —responde, mientras abre la puerta que da a la calle y espera a que pase. —Fue mi idea.

—Claramente no te corresponde a ti pagarlo —le digo, deteniéndome y cruzándome de brazos.

Él también se detiene cuando ve que no le sigo.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Tienes alguna cuenta propia que tus padres no controlen? —Cuando abro la boca y no digo nada, continúa. —Lo que me imaginaba. ¿Y cómo pretendes explicarles a qué se deben esos pagos? Porque hasta donde yo sé, has decidido mantenerlos al margen por el momento.

—¿Y cómo piensas pagarlo tú? Porque corren rumores de que... —me muerdo la lengua, pero la parte no dicha queda colgando lamentablemente entre nosotros.

Erik frunce el ceño.

—¿Rumores de qué? ¿De que mi padre me desheredó? —Finaliza, su expresión dura.

—No quería decir eso...

—Da igual, —me corta —de todas formas son ciertos. Pero me jode cuánto le gusta hablar a la gente de las vidas ajenas. —Elevo las cejas, preguntándome entonces de dónde saca el dinero.

Responde antes de que tenga que formular la cuestión en voz alta. —Mis abuelos me dejaron una herencia descomunal a la que tuve acceso a los dieciocho.

—Ah. —Murmuro, sintiéndome mal por todos los malos entendidos. —Pero te lo devolveré.

—Bien, bien, lo que tú digas. —Responde, zanjando el tema. Me coge de la mano y, aunque me preocupa que alguien conocido pueda vernos, en esta ocasión no le suelto.

Nos despedimos en el parking con un largo beso, que me deja jadeando, y mientras se pone el casco le vuelvo a repetir que le devolveré el dinero. Pero que probablemente me cueste algún tiempo.

Él no hace mucho caso a esto último y arranca.

Paso los siguientes días encerrada en la biblioteca, el sábado incluido.

Es una suerte que en periodo de exámenes la mantengan abierta incluso en festivo, porque me resulta mucho más fácil estudiar aquí que en casa, y más ahora que mis padres están todo el día ahí.

Finalmente mi madre ganó la discusión y mi padre todavía no se ha incorporado al trabajo. Eso lo tiene malhumorado y se pega todo el día quejándose. Además, no está yendo al club de golf, pues el médico le desaconsejó el deporte y el alcohol, que es básicamente a lo que se resume el club. Así que mi madre últimamente se está quedando en casa para controlar que no se escape. Eso, o simplemente es una excusa que pone constantemente cuando habla con sus amigas del spa, para disimular que ya no tiene una cuota premium. A saber.

Justo cuando estoy por marcharme a casa, ya metida en el coche, Julio aparece frente a mí. Me saluda con la mano, y me hace una señal para que desbloquee las puertas.

Abre la del copiloto y entra.

—He visto cómo salías de la biblioteca, y quería hablar contigo —dice, y se quita la chaqueta. —¿Cómo estás? ¿Cómo está tu padre?

—Aparte de lo que te conté por mensaje, la situación no ha cambiado —le contesto, preguntándome si es que tiene previsto quedarse mucho rato aquí, y por eso se está poniendo cómodo.

—Eso es bueno —comenta, estirando las piernas y echando ligeramente para atrás el asiento, para tener más espacio.

—Sí, sin duda. Fue un susto muy grande. Mi madre le está obligando a hacer dieta.

No tengo muy claro que me haya escuchado.

—Hace siglos que no nos vemos.

—Estamos de exámenes —le recuerdo.

Se me queda mirando, sus ojos recorriendo mi cuerpo. Me aclaro la garganta, sintiéndome algo tensa.

—¿Recuerdas cómo nos desfogábamos durante el periodo de exámenes de primer curso? —Me lanza una mirada sugerente. —No parábamos de hacerlo. —Empiezo a decirle que me tengo que ir a casa, pero él no me escucha. —La verdad es que he pensado mucho en eso durante estos días —su voz se ha vuelto ronca, y puedo ver claramente en su mirada que está excitado. Y yo estoy terriblemente incómoda. A ello no ayuda que ha empezado a deslizar su mano por mi brazo, subiendo hasta mi nuca. Y para cuando me quiero dar cuenta, ya se ha acercado a mí y está presionando sus labios contra los míos.

Jadeo por la sorpresa, pero él debe de malinterpretarme, porque aplasta su cuerpo contra él mío todo lo que se lo permite el habitáculo, y en un movimiento rápido ya tiene la mano debajo de mi camiseta.

—Cómo te deseo... —susurra contra mi boca, mientras intenta colar sus dedos bajo mi sujetador.

—Espera, espera... —empiezo a decir, intentando frenar su mano.

—No puedo esperar más —dice, intensificando su agarre en mi piel.

—¡He dicho que pares! —le grito, empujándole con fuerza para que se aparte.

Me mira, mezcla de sorprendido y excitado.

—¿Qué cojones te pasa? —Me grita, enfadado. —¡Llevo dándote meses de tiempo! ¡¿Cuánto más quieres que espere?!

—Mira, déjalo. Estás muy nervioso —le digo, recolocándome el sujetador.

—¡No! ¡No lo dejo! —Da un puñetazo al salpicadero. —¡Respóndeme! ¡¿Cuánto tiempo más tengo que aguantar que mi novia no se acueste conmigo?!

Normalmente Julio no grita, y no me habla tan duramente como lo está haciendo ahora.

—¡No lo sé! ¡No quiero que me toques! —Le respondo de vuelta, y él aprieta la mandíbula.

—¡¿Y eso te parece normal?! —Gruñe, y de repente se hace el silencio entre nosotros.

Él no me mira, su expresión atormentada.

Me parece que pasa una eternidad hasta que soy capaz de volver a hablar. Lo miro con tristeza.

—No. No me parece normal —le digo, con un hilillo de voz. —Creo... creo que deberíamos darnos un tiempo... o terminar con esto —Se gira lentamente para mirarme, con los ojos como platos.

—¿Cómo puedes decir eso? —La herida es evidente en su tono de voz. —Yo te quiero. Sé que podemos arreglar esto juntos.

Niego con la cabeza, sintiendo cómo resbala una lágrima por mi mejilla. Ahora que por fin lo he dicho, siento una liberación abrumadora. No quiero retractarme de mis palabras.

—Tú mismo lo has dicho, Julio —busco su mano y la cojo entre las mías. —No es normal estar así.

—No te des por vencida, por favor —susurra, enlazando sus dedos entre los míos.

—Necesitamos distanciarnos y ver todo con perspectiva. Hace tiempo que nada es lo que era —le digo con voz bajita, odiando el dolor que veo que le estoy causando.

Sus ojos brillan con las luces del parking. Al cabo de un rato, exhala un suspiro, y sale del coche.

Yo me quedo mirándolo marchar, con una extraña angustia en el pecho.

Cuando regreso a casa voy directa a mi habitación. Les digo a mis padres que picaré algo más tarde, que por ahora voy a seguir estudiando.

La realidad es que me siento culpable, porque si mi padre llega a enterarse de lo que acaba de suceder con Julio... Quién sabe qué puede pasar. No quiero ni imaginarme lo que podría suponer para su dedicada salud.

Y es que el sentimiento de liberación que siento viene mezclado con la culpa y con la duda. Porque la verdad, temo haber dado un paso en falso del que más tarde pueda arrepentirme. Pero es que no tenía otra alternativa. Mientras estaba metiéndome mano, me he sentido contra las cuerdas.

En lugar de estudiar, reviso el boceto de lista que estoy preparando para el investigador.

La de mi círculo de amistades la tengo terminada. Estoy teniendo más dificultades para completar la de asistentes a la fiesta en la discoteca Deluxe, cuando recibí el mensaje sobre el vestido. El primero de los mensajes que no envió Erik.

Hago una foto a los nombres que he anotado, y se la mando a Erik.

“Esto es todo lo que tengo. ¿Recuerdas quién más asistió?”

Me contesta a los diez minutos.

“Así, de primeras, no.” Responde. *“Pero podemos completarla juntos mañana.”*

Lo medito un segundo. La verdad es que no nos hace falta quedar para completar la lista, y que tenemos toneladas de contenidos que estudiar para los exámenes que comienzan el lunes.

Si soy sincera conmigo misma, tengo que reconocerme que tengo muchas ganas de estar con él. Así que le contesto que vale, y quedamos en que iré a su casa después de comer.

Después de hablar con Erik, le escribo a Claudia. Lleva días metiéndose conmigo por haber abandonado el gimnasio. Que justo antes del verano y de la operación bikini es el peor momento para hacerlo.

Le digo que no lo he abandonado, que es una situación temporal hasta que terminemos los exámenes. Y que yo también la echo de menos.

El domingo como con mis padres. Amalia ha dejado preparadas unas verduras hervidas para mi padre que son una angustia, y un asado para nosotras. Parece incluso cruel.

Mi madre interrumpe mis pensamientos sobre la mala pinta que tiene el brócoli, para preguntarme cómo está Julio.

Intento poner la voz más calmada y normal del mundo cuando le contesto que bien, que está estudiando sin parar.

Después, les digo que he quedado con Lorena para estudiar y, echándome a la espalda la mochila llena de libros para disimular, me despido de ellos.

Un rato más tarde estoy sentada en la alfombra del salón de Erik, repasando la lista por décima vez. La verdad es que me cuesta mucho centrarme teniéndolo tan cerca. Mucho más si tenemos en cuenta que estaba recién duchado cuando he llegado. Su pelo todavía húmedo. Y para más inri, lleva una camiseta sin mangas que deja al descubierto sus musculosos hombros. Demasiada distracción.

—Es imposible, —digo, frustrada. Por ahora solo hemos añadido a Andrés, al que increíblemente se me había olvidado apuntar. —Han pasado meses desde que fuimos a Deluxe. ¿Cómo vamos a recordar qué otras personas estaban allí?

—Yo tengo grabados a fuego los recuerdos de esa noche —comenta, con la voz ronca mientras mordisquea un boli, recorriendo mi cuerpo con su mirada. —Pero claramente son recuerdos de los servicios, no de la gente.

Me pongo roja y él se ríe.

Vuelve a quitarme la lista.

En ella solo tenemos apuntados a todos nuestros amigos cercanos: Úrsula, Lorena, Andrés, Alexia, Martín y Víctor. Y también un montón de alumnos de Trinidad que son amigos pero no tan cercanos, o simples conocidos.

Erik también está apuntado en la lista. Me ha preguntado un par de veces si estoy segura de que Julio pasó ese fin de semana en la casa de la sierra y no en Madrid. Le digo que por supuesto que estoy segura, aunque la realidad es que no vi ninguna foto ni nada por el estilo. Al pensar en esto, se me ocurre una idea, pero Erik la verbaliza antes que yo.

—Vamos a revisar las redes sociales —propone, y se levanta. Vuelve al minuto con un portátil.

Me siento a su lado en el sofá, y entramos en su Facebook. No sé cómo lo hace, pero filtra por fecha todas las publicaciones que efectuaron sus contactos esa noche y en la madrugada del día siguiente.

Vamos mirando una ingente cantidad de fotos, algunas de ese lugar y otras que no están relacionadas. Erik pasa su brazo por mis hombros y empieza a acariciarme distraídamente.

Intento focalizar mi atención en la pantalla y no en los efectos que sus dedos tienen sobre mi piel y mi temperatura corporal.

Anoto a Miriam, una compañera de clase que había olvidado. Hicimos juntas la secundaria también.

De todas formas, en las fotos de Deluxe también aparece mucha gente que ni Erik ni yo conocemos. Amigos de amigos.

En un momento llegamos a una foto en la que se ve a Erik bailando con una chica. Me acuerdo perfectamente de ella. Recuerdo su ajustado vestido rojo.

—Si no recuerdo mal... —murmura, mientras se va a las peticiones de amistad pendientes de confirmar.

Se abre un desplegable inmenso en el que parece que todo son mujeres. No puedo evitar fruncir el ceño a la pantalla. Menuda lista. Y las fotos de perfil son bastante parecidas en todas ellas. Selfie, morritos. En fin.

Baja en la lista y ahí aparece la morena del vestido rojo. Que en la foto de perfil parece una modelo. Erik confirma la petición de amistad, que vete tú a saber cuánto lleva ahí sin responder.

—Anótala. Es Marta Jiménez, de Empresariales. Un curso superior.

—No la conozco... —comento, aunque la apunto igualmente. Que sea Goyo quien cribe.

Empezamos a mirar sus fotos de esa noche, y vemos que también está Jesús Olivares, de nuestra promoción, al que hemos olvidado apuntar.

En ese momento se le abre una ventana de notificación. Es un mensaje privado de la tal Marta.

“Te has hecho de rogar, bombón. Me encanta tu foto de perfil, por cierto.”

Me da tiempo de leerlo antes de que Erik lo cierre.

—La borraré en cuanto terminemos de mirar las fotos —comenta, aunque yo no he dicho nada al respecto.

Seguimos en su perfil un rato más y, cuando terminamos, efectivamente la elimina de su lista de amigos. No solo eso, también la bloquea.

—No te he pedido que lo hagas —le digo, casi sintiéndome mal con la chica. Pero debo reconocer que también me siento extrañamente triunfante. Un sinsentido.

—Pero yo quiero hacerlo. Tengo muy claro lo que quiero —me dice, mirándome seriamente.

No sé qué contestarle, y en lugar de hacerlo cambio de tema.

—Déjame entrar en mi cuenta —le pido, y él cierra sesión y me pasa el ordenador.

No suelo utilizar la plataforma, y lo primero que aparece cuando se carga es mi foto de perfil, que no he cambiado en años. Julio y yo besándonos.

Noto cómo Erik se tensa automáticamente a mi lado. Su mano ha dejado de acariciar mi espalda.

—Es una foto muy vieja, no uso nunca Facebook —no sé por qué siento la necesidad de explicarlo.

—Sí. Sé exactamente desde qué día la tienes —responde secamente, y yo decido pasar por alto su tono y centrarme en lo que tenemos que hacer.

No sé cómo filtrar publicaciones por fecha, así que le devuelvo el portátil.

Retira su brazo de mis hombros, que se quedan repentinamente fríos.

Selecciona las opciones y repetimos el proceso que hemos hecho con su perfil en silencio.

No ha vuelto a hablar desde que ha visto la foto.

No anotamos ningún nombre nuevo. De todas formas, el cómputo total de nombres incluido en la lista ha aumentado en siete en lo que llevamos de tarde.

Erik tiene el semblante sombrío, y cuando ya la búsqueda no da más de sí, le digo que me marchó a casa.

Me acompaña al garaje para abrirme el portón y, sin decir absolutamente nada, me hace un mínimo gesto con la cabeza a modo de despedida.

La verdad es que es una montaña rusa de estados de ánimo.

Cuando llego a casa yo tampoco estoy de muy buen humor. Lo quiera o no, los altibajos de Erik también me afectan a mí. Y más ahora que estoy empezando a ser consciente de que me gusta.

Después de enviarle la lista al detective, dedico el resto del domingo a estudiar.

El lunes empezamos con dos exámenes prácticamente seguidos. Cuando salgo del último tengo un dolor de cabeza enorme.

Me encuentro a Julio en el pasillo, pero me evita la mirada. Trago saliva e intento ignorar la angustia que se me ha instalado en la tripa. Julio ha estado en mi vida los últimos años. No sé si sabré acostumbrarme a esto.

Cuando llego a casa, veo que tengo un mensaje de Erik.

“Estoy en la puerta de tu urbanización. ¿Puedes salir?”

Me sorprende que dé por hecho que estoy en casa.

Les digo a mis padres que voy a buscar un paquete que ha llegado a la garita, pero ellos están tan enfrascados en una discusión sobre el trabajo de mi padre que ni se plantean que ningún guardia ha llamado para avisar de que ha llegado nada.

Estoy cansada, así que me acerco con el BMW y salgo fuera. Noto cómo el guardia de turno observa con cara rara cómo aparco justo en la puerta exterior.

Erik está apoyado en su moto, el casco colgando del manillar.

—Ey, —me sonríe cuando me acerco, y yo me cruzo de brazos instintivamente. Veo que está contento, pero a saber cuánto le dura.

—Ey, —le respondo, colocándome frente a él a cierta distancia.

Observa un instante el suelo mientras se mordisquea el labio, y después sube la mirada a mis ojos.

—Escucha, ayer me comporté como un adolescente gilipollas —se rasca la nuca, claramente incómodo con la situación. No es tan habitual que Erik pida perdón. —Quedamos en que no tendrías contacto físico con él... —frunce ligeramente el ceño ante la simple mención de las palabras —y sé que me tengo que dar por satisfecho con eso. De hecho estoy más que satisfecho. Es solo que, a veces, pienso en cómo hubiese sido todo entre tú y yo si mi padre hubiese mantenido la polla en los pantalones. O si tu madre no se hubiese bajado las bragas... ya sabes.

Asiento con la cabeza. Yo no pienso en cómo hubiesen sido las cosas entre nosotros, porque no tiene ningún sentido darle vueltas a eso. La realidad es la que es.

—Bueno, ahora estamos aquí —es todo lo que le contesto. Permanecemos un rato en silencio, y después añado —le pedí a Julio que nos diésemos un tiempo hace un par de días.

Él me observa, con la expresión blanca.

—¿Va en serio? —Enarca una ceja, y cuando asiento me lanza una sonrisa fulminante, y me quedo sin palabras, porque realmente verlo sonreír así es todo un espectáculo.

Lanza una grave carcajada al aire, y lo siguiente que sé es que me ha cogido y que está dando

vueltras conmigo encima. Vuelve a reír, y todo su pecho vibra con el sonido.

Me baja y pongo los pies en el suelo. Quiero decirle que tenga cuidado, que nos puede ver alguien, pero me pierdo en la alegría que irradia su rostro y olvido lo que le quería decir.

—Joder, joder —susurra, mientras empieza a besarme con urgencia. —Te lo haría aquí mismo —murmura entre besos y mordiscos, y noto su erección atestiguando sus palabras. Me resulta imposible no reír... y acalorarme. —Dios, no sabes cuánto me pone que seas mía, solo mía. MIA —jadea roncamente mientras me besa el cuello y me toca de manera posesiva, casi rozando el límite de lo impropio para estar al aire libre.

—Ey, ey, —le digo, retirándole las manos y poniendo un ligero espacio entre nosotros. —No te aceleres. De momento estamos aquí y ahora.

Él no me hace ni caso y me da un beso húmedo y profundo, que me deja temblando con ganas de más.

—Llevo media vida esperando esto, Ave. No pretendas que eche el freno —me da un beso más.

—Tengo que volver a casa... —le digo, ahora sí, separándome para poder mirarlo en condiciones porque lo siguiente que quiero decirle es importante. —Quiero que sigamos manteniendo lo que sea esto entre nosotros.

No quiero que nadie en la facultad se entere de esto... y menos Julio, estando tan reciente nuestra ruptura.

—*Esto*, Ave, es lo mejor que vamos a hacer ambos en la vida —sentencia, con una sonrisa burlona pero con ojos profundamente serios. Yo ruedo los ojos y él aprovecha para darme una cachetada en el trasero, de camino a su moto. —Te veo mañana —me guiña un ojo y se enfunda el casco.

Lo observo marchar antes de volver a mi coche, casi sin poder creermelo la expresión radiante que tenía su cara. No creo que jamás lo haya visto así, ni siquiera cuando éramos niños. Y la verdad es que yo también estoy contenta. Su alegría es contagiosa. Solo espero que no tenga cerca un próximo bajón, porque esos también se me pegan.

CAPÍTULO 14

Para el miércoles ya he hecho los exámenes de Econometría, Sistema Fiscal Español y Hacienda Pública. Después de comer tenemos que ir todos los alumnos de la promoción a la escalinata de la entrada, para hacernos la foto de fin de curso.

He comido un sándwich en la biblioteca, y quedo diez minutos antes de la foto con Ursu y con Lorena. Ambas llevan muy mala cara. Úrsula intenta disimular las ojeras con kilos de maquillaje.

—Me veo horrible —se queja, mientras rebusca en su estuche.

—El tener que hacer la foto todos los años en medio de los exámenes es lo peor —comento, pues yo tampoco tengo el rostro más descansado del mundo.

—Si esperaran a hacerla cuando acabasen, la mitad de los alumnos se habría marchado ya de vacaciones —indica Lorena. Ella no suele maquillarse, y se está peinando. No somos las únicas alumnas retocándonos en los servicios. —Tal vez si te dices iluminador podrías disimularlas un poco más... —le dice a Ursu, que realmente tiene mala cara.

—¿Estás bien? —Le pregunto, porque la verdad es que hace como mil años que no hablamos. Desde que empezaron a acercarse los exámenes hemos estado cada una a lo suyo.

—Sí... solo un poco cansada. —Echa un vistazo a las otras compañeras que están en el baño, y que están por marcharse. Cuando salen y la puerta se cierra, nos mira a través del espejo y empieza a aplicarse máscara. —Además la situación con Andrés está muy rara. Prácticamente no me habla. Y todo va a ser extraño cuando vayamos a la sierra.

—¿Ya se ha decidido que iremos a la sierra? —Pregunto, y Lorena me hace un gesto afirmativo con la cabeza.

Es habitual que hagamos un viaje de fin de curso todos los años, solo los amigos más próximos. Pero este año no me he interesado ni lo más mínimo por la organización.

Empiezo a pensar en que efectivamente será raro, porque Julio siempre está en los viajes. Tal vez sea mejor no ir.

—Pero vas a venir, ¿no? —Le pregunta a Ursu, y ella hace un puchero.

—La verdad es que me muero de ganas, y necesito algo de desconexión después de los exámenes. Además quiero estar con vosotras, porque después en verano, con tanto viaje, no nos vemos nada...

—Yo no sé si iré este año... —empiezo a comentar, y ambas se giran para mirarme.

—¿Cómo no vas a ir? —Para Lorena es como uno de los eventos fijos del año. Es normal que lo considere de ese modo, ya que llevamos haciendo lo mismo desde que teníamos dieciséis años.

Les voy a contar lo sucedido con Julio, pero Ursu se me adelanta.

—Caye, te necesito a mi lado —me dice, cogiéndome del brazo con desesperación. —Si no estáis vosotras, no sé si me veo capaz de aguantar todo el fin de semana tenso con Andrés.

Suspiro, y les digo que lo voy a pensar, pero ambas se lo toman como un sí.

Cuando salimos a la escalinata, ya están prácticamente todos los alumnos de tercero. Dado que

se imparten tres carreras del área de ciencias económicas, estamos casi cien alumnos.

La vicerrectora está presente, y el fotógrafo tiene un megáfono desde el que empieza a lanzarnos órdenes sobre cómo colocarnos. Altura baja en primeras filas, los más altos detrás.

Veo a Erik en el extremo de una de las escaleras superiores. Me hace un leve gesto con la cabeza. Al que no veo por ningún sitio es a Julio.

Nos hacen como diez tomas en la misma posición, y nos dicen que ya hemos terminado.

Me despido de las chicas y me marcho, pues tengo que seguir estudiando.

Cuando llego a casa, mi madre me dice que ha llegado una carta para mí.

Es el sobre de la compañía de teléfonos con el duplicado de tarjeta.

Saco la vieja y activo la nueva. Supuestamente, la antigua queda desactivada desde este momento, aunque conserva todos los mensajes recibidos. O eso dice el panfleto de la carta.

Decido escribirle a Erik.

“Acabo de recibir el duplicado de tarjeta.”

“Bien. Mañana tengo que hacer un par de cosas por la zona empresarial. ¿Quieres que le lleve la tarjeta al investigador?” Pregunto a los diez minutos.

“Si te pillas de paso, sería genial. Tengo un montón de temas todavía por estudiar.”

Añado una carita verde con la lengua fuera.

“¿Te la meto en la taquilla en un sobre?” Pregunto, y aunque me ha leído tarda un montón en responder. Está claro que no le gusta que evitemos el contacto público.

“Ok.” Contesta al rato. Y luego añade: *“¿Has recibido algún mensaje más?”*

“No.” Le contesto, y hace tanto tiempo que anónimo no me ha escrito que parece que todo haya sido mentira. También, el hecho de que en Trinidad estemos de exámenes y con el agua al cuello, refuerza mi teoría de que es alguien de allí. Eso, o que todo este juego macabro ha terminado por fin.

“Si te vuelve a escribir, dímelo.”

Le contesto con un emoticono de un pulgar para arriba, y me desconecto.

La semana pasa en un abrir y cerrar de ojos. Mis padres se marchan el sábado a visitar a mis tíos, y como tengo la casa para mí, decido no desplazarme hasta la biblioteca a estudiar.

El investigador me contacta el domingo por email para preguntarme un par de cosas sobre mi rutina fuera de la universidad. Le contesto con horas aproximadas en las que suelo ir al gimnasio (o solía ir; según Claudia soy una desertora y tendré que ganarme el puesto de vuelta), lugares que frecuento con Ursu y Lorena (que básicamente se reducen al centro comercial y el Starbucks), y discotecas por las que suelo salir. También me dice que cuando sepa algo de la tarjeta o consiga cualquier avance, me volverá a contactar.

Me quedo pensando en cuáles serán sus honorarios, y cuánto tiempo le puede llevar dar con anónimo. No tengo claro de qué cantidad de dinero estamos hablando en mi deuda con Erik.

El martes solo tengo un examen, y decido que puede ser una buena idea el hacerle una visita a Claudia. Le avisto previamente por WhatsApp a lo que responde con un “Aleluya” y un montón de confetis.

No estoy mucho tiempo en el gimnasio. Tres cuartos de hora, lo suficiente para despejar un poco la mente entre ratos de estudio y para hacer una rutina completa de las que me preparó Claudia.

Está radiante, y me cuenta que ha conocido a alguien. Hace semanas de eso, pero no me lo ha podido contar porque no me dejó ver por aquí, recalca.

De camino a casa, me llama Alfon. Le pongo en manos libres y le cuento los avances de nuestro padre. Se reducen a discusiones con mi madre sobre el momento de la vuelta al trabajo. La verdad es que esta situación familiar es un asco. No soy madre, pero me resulta increíble pensar en rechazar a tu hijo por su condición sexual. Y realmente estamos hablando de que, para mis padres, Alfon no existe.

Cuando llego a casa, mi madre está en la cocina tomándose una copa de vino.

Me saluda y me acerca un sobre que ha llegado.

—Supongo que es la foto de todos los años —comenta, mientras lo abro.

Le digo que sí, que es lo mismo de siempre. La carta del rector, agradeciendo a la familia la confianza depositada en la institución, y la foto.

Me busco para ver cómo he salido, y no me doy cuenta de que mi madre se ha acercado y está mirando la foto también.

—Úrsula es exactamente igual a su madre cuando era joven. Son como dos gotas de agua, me parece estar mirando a Lucía —pasa un dedo por la foto, por encima del cuerpo de Ursu. —No sé si sabes que tu padre y ella estuvieron juntos cuando estábamos en la universidad —hay un deje de amargura en su voz, y yo noto cómo me tenso al escuchar la información. Es algo que ya sospechaba, pero me da repelús oír la confirmación. —A Lucía nunca le importó estar con hombres comprometidos. Está claro que su hija ha salido a ella. —Me quedo muda de la impresión, pues jamás he escuchado hablar a mi madre de esta manera. Nunca ha hecho ningún comentario sobre Lucía, o sobre Úrsula. Ni siquiera cuando le conté el engaño de Julio con ella.

Puede ser que se deba al vino el tono amargo que está empleando. Me dan ganas de decirle que sé de muchos de sus esgarces amorosos, y que está juzgando lo mismo que ella ha estado haciendo durante toda la vida. Sin ir más lejos, con el padre de Erik, cuando también estaba casado. No me da tiempo de decirle nada, porque acto seguido añade —No veo a Julio. ¿Dónde está?

Me aclaro la garganta.

—Tenía mucho que estudiar —guardo la foto en el sobre y le digo que yo también tengo que seguir repasando.

Me tiro en la cama, malhumorada por el doble rasero que tiene mi madre.

Vuelvo a mirar la fotografía. No he salido mal para las pocas horas que había dormido.

Busco a Erik, y tengo que reconocer que parece un jodido modelo.

Guardo la foto en el cajón del escritorio, en una carpeta junto a otra decena de fotos muy similares. Final de primaria. Todos los cursos de secundaria y bachillerato. Y ahora, prácticamente todos los cursos de la universidad.

No puedo evitar preguntarme si anónimo está en esas fotos.

Antes de ponerme a repasar, echo un vistazo al móvil y veo que tengo cincuenta mensajes sin leer.

Pertenecen casi todos a un nuevo grupo de WhatsApp, “Escapada a la sierra”, que ha creado Alexia hace un rato.

Miro los participantes y veo que están ella, Martín, Úrsula, Lorena, Andrés, Víctor y Erik. Me sorprende ver que no está Julio.

Empiezo a leer la conversación, que inicia con un mensaje de Alexia en el que dice que cuando se acabe esta semana tortuosa, disfrutaremos de un merecido descanso en la sierra, en la casa de sus padres.

Tiene piscina, barbacoa y cinco habitaciones. Salida el sábado por la mañana y regreso el

lunes por la tarde.

El siguiente mensaje es de Julio, en el que avisa a todos de que este año no se suma, seguido del aviso de que ha abandonado el grupo.

Trago saliva, empezando a sentirme ligeramente angustiada.

Hay algún mensaje de Martín, en el que pregunta si alguien sabe por qué Julio no viene, pero nadie sabe nada.

Los demás han confirmado su asistencia. Erik incluido. No era consciente de que Erik no ha venido a ninguna de nuestras escapadas de fin de curso hasta que Alexia lo comenta y le manda un montón de mensajes de aplausos por honrarnos con su presencia esta vez.

En ese momento, Lorena me manda un mensaje privado.

“Te escribo porque veo que no contestas en el grupo del finde. Vendrás, ¿no? Además, Julio no viene, así que estarás más tranquila...”

Y pienso en lo que está diciendo, y es verdad. Tal vez su ausencia sea para bien.

Le contesto que sí, que no había tenido todavía tiempo de contestar.

Escribo en el grupo y confirmo mi asistencia.

Empezamos a organizar los coches, y ofrezco el mío. Ursu y Lorena vendrán en el BMW. Alexia y Martín irán en el de él. Andrés, Víctor y Erik en el de Víctor. Quedamos en que saldremos a las diez de la mañana desde una gasolinera de las afueras. Y ya nos despedimos y nos vamos a estudiar para nuestros respectivos exámenes.

Me cuesta mucho concentrarme, porque no paro de pensar en Julio y, de algún modo, me siento responsable de que no vaya a venir con nosotros a la montaña.

El resto de la semana se pasa volando, y para cuando me quiero dar cuenta, ya es viernes y estoy preparándome la bolsa.

Esta mañana he tenido el último examen, de Legislación Europea, y he salido exhausta de él. Aun así, el cansancio se me ha pasado rápido ante la idea de haber terminado. Hay algo tremendamente excitante ante la perspectiva de tener dos meses libres por delante, sin tareas que entregar, sin exámenes que estudiar. Totalmente libre para hacer lo que quiera.

Por la noche me llama Erik.

—Hola, —me saluda, su voz ronca y sexy provocándome un hormigueo, aunque solo haya pronunciado dos letras.

—Hola —susurro, consciente de que mis padres están en casa.

—¿Qué tal has acabado los exámenes?

—Bien. Tengo dudas con el de Macroeconomía, pero el resto han ido bien. ¿Tú?

—Sin problemas —responde, y hace una pausa. —¿Sabes que me muero de ganas de pasar el finde contigo? —Dice con voz sugerente, y yo suspiro ligeramente ante la cadencia de sus palabras.

—¿Te tengo que recordar que quiero que mantengamos esto en secreto? —Le digo con tono suave, una sonrisa tirándome de la comisura de la boca.

—Lo sé, lo sé, —su tono es cansino, como si le estuviese dando la misma cantinela de siempre. —Pero, hasta ahora, siempre habías ido con Julio y yo me quedaba sin ir por no veros —su voz se endurece ligeramente.

—¿Quieres decir que no venías por nosotros? —Pregunto, incrédula.

—¿Crees que quería pasar todo un fin de semana viéndoos juntos? ¿Observando cómo compartíais habitación y torturándome imaginando lo que pasaba detrás de vuestra puerta

cerrada? —Pregunta con ironía.

—Nunca hemos compartido habitación, siempre he dormido con Úrsula y Lorena —le digo de pasada.

—Bueno, pero en esta ocasión irás conmigo. Como tendría que haber sido siempre —su voz se torna posesiva, y ruedo los ojos. —Aunque sea en secreto —añade, supongo que para que me quede tranquila. —Sé que hablaste de echar el freno y tonterías similares, pero yo tengo un plan alternativo que es mucho mejor.

—Ajá...

—Mis abuelos me dejaron una casa en Suiza, en el medio de Los Alpes. Es jodidamente chula. De madera, ventanales enormes, una chimenea, y un montón de camas grandes en las que hacerlo sin parar. —Llegados a este punto se me escapa la risa. —Tiene una cocina enorme, en la que también podemos hacerlo, —añade, con tono socarrón. —Solo tienes que aceptar venir conmigo en verano. Podemos ir en coche, haciendo ruta hasta llegar allí.

Suspiro, siendo muy consciente del sentimiento cálido que está creciendo en mi pecho. Es anhelo. Anhelo por vivir lo que está detallando.

—Déjame pensarlo —le digo, y aunque en su suspiro escucho perfectamente que él hubiese preferido ya un sí por respuesta, no me presiona.

Nos despedimos hasta mañana en la gasolinera, y yo me quedo pensando en cómo podría aceptar su propuesta ante mis padres.

Todavía no saben nada de lo sucedido con Julio, y mi madre achaca el que no aparezca últimamente por casa al estrés de los exámenes. Me da miedo cómo puedan tomárselo y las implicaciones que tenga para nuestros negocios.

Tema aparte es el hecho de que Erik está inevitablemente ligado al nombre de su padre y a todo lo sucedido con la empresa que compartía con mi familia... y al engaño de mi madre. Demasiado complicado todo, en contraste con lo simple que sonaba su plan. Él, yo, y una cabaña en el medio de la montaña. No sé por qué las cosas no pueden ser más simples.

A la mañana siguiente me despido de mis padres y paso a recoger a Lorena y a Ursu.

Cuando llegamos a la gasolinera, todos los demás ya están allí.

Mi corazón se salta un latido cuando veo que Julio también está.

—¡Pensábamos que no venías! —Le dice Ursu cuando nos bajamos a saludar.

—Ya ves. He pensado que es mejor no perder la oportunidad —comenta, despreocupado, con las manos en los bolsillos mientras me mira fijamente. Y tengo la sensación de que me está hablando solo a mí.

Intento no mirar directamente a Erik, porque tiene el semblante ensombrecido y un brillo de enfado en los ojos.

El fin de semana todavía no ha empezado y ya tengo ganas de volverme a casa.

CAPÍTULO 15

La casa de la sierra de la familia de Alexia queda a dos horas de Madrid.

Hacemos el recorrido del tirón, los tres coches en caravana.

La conducción se me pasa rápido, oyendo música y escuchando a las chicas charlar animadamente sobre los planes de verano.

Tomamos un desvío y recorremos un camino privado que se interna en la montaña. Vamos despacio, en una ascensión constante. Cuanto más nos adentramos en la montaña, más crece la sensación de que estamos en el medio de la nada.

—No creo que se pueda acceder a este lugar en invierno —comenta Ursu, y puede que tenga razón, porque es una sucesión de curvas muy angostas y empinadas.

Llegamos a un conjunto de casas separadas entre sí por un espacio considerable. Martín aparca frente a una, y los otros dos coches hacemos lo mismo.

La edificación es de madera oscura, con grandes ventanales. Está rodeada de pinos frondosos, que generan cierta sombra y una sensación fresca. Tiene un porche con varias butacas de aspecto antiguo, pero que claramente son de diseño. Es preciosa. Debe de costar una fortuna.

Dentro hay un fuerte olor a madera con un toque ahumado.

Intento ignorar las miradas que me lanzan Erik y Julio y me centro en escuchar a Alexia, que está repartiendo las habitaciones.

Subo con Ursu y Lorena al piso superior, donde está la nuestra. Es tan grande como una suite y tiene un baño anexo. Las dejo a ellas elegir cama y me quedo con la que sobra, mientras mando un mensaje a mi madre para avisarle de que hemos llegado sanas y salvas.

Cuando bajamos, hablan de ir a un pueblo cercano para comprar los víveres para el finde.

Proponen que los que hemos conducido nos quedemos a descansar. Erik dice que también se queda. Se marchan Alexia, Julio, Ursu y Lorena a comprar. Andrés, que en principio se quedaba, decide en el último momento que se va con ellos. Observo la mirada molesta que le lanza Ursu.

Me voy a mi habitación, y empiezo a sacar el contenido de mi bolsa.

Estoy en estas cuando la puerta se abre y entra Erik.

—¿Qué haces aquí? —Le siseo, preocupada por que alguien lo descubra.

—Tranquila, Martín y Víctor se han ido a duchar —dice. Se acerca a mí en un par de pasos y me estrecha entre sus brazos. Me besa de forma demandante y, aunque mi idea inicial es separarme, me resulta imposible hacerlo, porque la forma posesiva en la que me está tocando hace que se me nuble el raciocinio. Eso, sumado a su respiración acelerada mientras me lame el labio hace que sea muy difícil pensar.

Me da un ligero mordisco y apoya su frente contra la mía, separándose y respirando aceleradamente, mientras continúa tocándome el trasero.

—Necesitaba esto para no perder la cabeza —susurra, el aire provocado por sus palabras deslizándose cálidamente por mis labios. —He tenido que pasar todo el jodido viaje escuchando

sus planes para recuperarte —gruñe, y vuelve a besarme con necesidad.

Mi estómago se tensa al escuchar sus palabras sobre Julio.

Después se separa, y me dice que se marcha para no tentar a la suerte.

Yo me tengo que sentar para intentar tranquilizar mi respiración, que no solo está acelerada por lo que Erik provoca en mí, sino también por la preocupación que me genera pensar que Julio “tiene un plan”.

Cuando vuelven los demás, bajo a ayudarles a guardar la compra.

Se compone principalmente de comida preparada y alcohol.

Noto la mirada de Julio clavada en mí mientras voy colocando las cosas en el frigorífico y en los armarios que me indica Alexia. La situación me hace sentir incómoda.

Decidimos que vamos a comer pizza, y como la preparación solo requiere estar mínimamente pendiente del horno, hay una desbandada general.

Nos quedamos Julio y yo solos.

—¿Cómo estás? —Le pregunto, intentando romper el hielo.

—He tenido momentos mejores, la verdad —está apoyado en la encimera, los brazos cruzados sobre el pecho, observándome. Tiene una ligera sombra de barba de un par de días y, aunque no se le nota mucho debido al color rubio, es inusual que no esté afeitado. Él siempre va hecho un pincel, y siento una punzada de culpabilidad por verlo así. —¿Tú cómo lo llevas?

—Bien, a ratos —no sé ni qué decirle, y menos cuando me mira con esos ojos apenados. —Supongo que la temporada de exámenes me ha ayudado a estar un poco distraída.

—Ya. Qué jodido momento tan inoportuno para esto. Justo en plena temporada de exámenes —comenta, amargamente, y mi culpabilidad aumenta por diez.

Trago saliva y me giro hacia el horno, fingiendo comprobar la pizza. Él carraspea y vuelve a hablar.

—Escucha, Caye —se acerca a mí y coge mi mano entre las suyas. —Estos días sin ti han sido muy duros —abro la boca para responder, pero se me adelanta. —Sé que necesitas tiempo, y puedo dártelo. Probablemente ahora que ya no tienes que estudiar, tengas más tiempo para valorar nuestra relación y todo lo que podemos perder si la terminamos.

Vuelvo a tragar saliva, y le hago un gesto de asentimiento con la cabeza. Sus ojos están brillantes mientras me observan el rostro. Sus dedos trazan círculos sobre la piel de mi mano.

En ese momento regresa Alexia, y Julio me suelta. Me da tiempo de ver a Erik detrás de ella, lanzando una oscura mirada hacia donde estamos Julio y yo.

—La idea es comer rápido e ir a dar un paseo —nos dice, mientras empieza a sacar platos de un armario.

—Estupendo —murmuro, y le echo una mano con la vajilla. De nuevo, siento la mirada de Julio clavada en mí.

Comemos afuera, en un gigantesco jardín que hay en la parte trasera de la casa. Aquí arriba no hace tanto calor como en Madrid, así que estoy con chaqueta. Hay mucha vegetación y muy tupida, lo que acrecienta mi sensación de estar en medio de la nada. Desde este ángulo, ni siquiera se ven esas otras casas lejanas que hemos visto al llegar. Tengo una constante sensación de inquietud, que empeora con la rigidez que se respira en el ambiente.

Erik exuda tensión. Su mandíbula apretada, mientras nos lanza furtivas miradas a Julio y a mí. Julio no para de mirarme, prácticamente ni está comiendo. Y luego están Ursu y Andrés, que no sé qué rollo se traen, pero se ha creado una extraña atmósfera en torno a ellos.

Ninguno participa en la conversación que tanto se empeña Alexia por sacar. Yo hago mis

mejores esfuerzos por contribuir, pero la situación es complicada.

Solo espero que el ambiente mejore, porque aún nos quedan varios días en la sierra.

Después de comer, recogemos y cargamos el lavavajillas, y vamos a dar el paseo que ha propuesto Alexia.

Llevo una chaqueta impermeable porque ha empezado a gotisnear. Sin embargo, todo el mundo parece de acuerdo con mantener el paseo y salir de esa extraña nebulosa en la que nos encontramos.

Tomamos el sendero que sale de la casa. Es estrecho y está despejado de maleza. Nada que ver con los laterales, llenos de arbustos y de altos árboles.

Vamos en fila, pues el sendero no da para más.

Al poco tiempo de caminar, ya empiezo a notar los efectos positivos del aire fresco. Puedo pensar con más claridad y no me siento tan tensa como me sentía en la casa.

Caminamos en silencio, siguiendo a Alexia. Solo se escuchan nuestras pisadas, amortiguadas por la tierra y algunas hojas caídas, y sonidos del bosque. Animalillos moviéndose entre la oscura vegetación a nuestro paso. Aves ululando.

No sé cuánto rato estamos caminando. La vegetación se va haciendo menos espesa, y empezamos a ver claros de rocas. Pasamos por varios cortados que te dejan sin respiración. Caída libre de varios metros sobre espesa vegetación, que forma un mar verde oscuro.

Es una vista tan impresionante como temible.

Cada vez que nos topamos con uno de esos acantilados en nuestros giros, nos detenemos a observar la imponente vista.

Yo lo hago desde la distancia, pues no soy muy amante de las alturas.

Cuando llegamos a uno de los acantilados más altos, desde el que los árboles ya parecen meros arbustitos, Alexia propone regresar. La subida desde aquí ya es muy escarpada.

Algunos de los chicos dicen que van a continuar. Erik entre ellos.

Se me encoge ligeramente el pecho al ver el escarpado camino de piedras sueltas que tienen por delante.

—Ten... tened cuidado —les digo, poco contenta con la idea de que continúen. Creo que Erik ha entendido que mi mensaje iba para él, pues nuestras miradas se han encontrado una milésima de segundo por primera vez desde que hemos dejado la casa.

Creo que todos los chicos sienten que tienen algo que demostrar, o simplemente es que están locos y no ven el peligro en este camino, porque todos ellos continúan.

Las chicas nos volvemos a la casa.

—¿Crees que estarán bien? —Le pregunto a Alexia cuando empezamos a deshacer el camino.

—Por supuesto —dice ella, quitándole importancia a mi preocupación con un gesto de la mano. —Martín ha hecho la ascensión a la cumbre un montón de veces. Y el camino es lineal, no tiene pérdida.

Me centro en cada paso que doy, pues la bajada es algo más complicada que la subida, y aparte de mi mente las preocupaciones. Son adultos. No tiene por qué pasarles nada.

Parece que llevamos horas caminando cuando por fin vislumbramos el tejado de la construcción de madera.

Cuando llegamos, Úrsula se pide primera para ducharse.

Lorena y yo nos quedamos charlando tranquilamente. No puedo evitar lanzar miradas al exterior, preguntándome cuánto rato queda para que anochezca.

Cuando sale Ursu, entra a ducharse ella.

—No veas cuánto me incomoda Andrés —dice, en cuanto nos quedamos solas. —Es como si no aceptara que no va a haber nada más entre nosotros. Y no para de comentar situaciones que vivimos juntos cada vez que tiene ocasión —se empieza a quitar la humedad del pelo con la toalla. —Incluso en el supermercado. ¿Te puedes creer que me ha preguntado si recordaba la primera vez que comimos doritos juntos? Es de lo más creepy, en serio.

Le hago un sonido afirmativo, y dejo que siga hablando.

Se viste y rebusca en su bolsa hasta encontrar el secador de pelo y la plancha.

Mientras hablamos, recibe varios mensajes, e interrumpe su discurso para mirar el móvil.

Me dice que es el chico mayor que conoció en aquella fiesta, el tal Luis, al que dejó de escribir cuando se lio con Andrés. Por lo visto ahora han retomado relación.

Finalmente me puedo meter a duchar, y dejo que el agua caliente deshaga los nudos que no sabía que tenía en la espalda.

Cuando salgo, las chicas ya no están. Desde el piso de abajo suben voces animadas. Los chicos ya han regresado, y me relajo un poco más. Me tomo mi tiempo para secarme el pelo tranquilamente y vestirme.

Bajo al piso de abajo y encuentro a casi todos sentados en los sofás. Claramente los ánimos se han alivianado, y la charla es distendida. Úrsula y Andrés se están incluso riendo.

Noto que Erik no está en el grupo. Me uno a ellos, sentándome en el hueco que me están haciendo Lorena y Víctor, y acepto la lata de cerveza que me pasa este último.

Julio me hace un pequeño gesto con la cabeza a modo de saludo desde el sofá de enfrente, y yo le sonrío levemente.

Hay una mesa baja de madera entre los cuatro sofás. En ella hay un montón de cartas esparcidas. Están jugando a un juego básico, y quien pierde tiene que beber. Dado que todavía no hemos cenado, no parece la mejor de las ideas.

Al cabo de un rato, he perdido varias veces y ya empiezo a notar los efectos del alcohol.

—¿Y si preparamos algo de comer? A este paso voy a acabar muy perjudicada... —Propongo, y Alexia y yo nos levantamos para ir a la cocina.

Preparamos pizzas nuevamente y llenamos varias ensaladeras de ganchitos y de patatas fritas. También cortamos queso y abrimos un paquete de jamón ibérico ya cortado que tiene una pinta estupenda.

Erik aparece en la puerta de la cocina, recién duchado. Su pelo todavía está húmedo, y algunos mechones le caen sobre la frente. Está increíblemente guapo.

—Ey —dice, acercándose y cogiendo una de las bolsas de patatas que aún hay que abrir.

Le sonrío cuando creo que Alexia no me está mirando, y su seria expresión se relaja un poco.

—¿Qué tal el paseo? —le pregunta ella, mientras coloca las cuñas de queso en un plato.

—Bien —se limita a decir, mientras coge un bol y procede a llenarlo con patatas. Aunque su expresión ya no sea tan sombría, está claramente molesto.

Me pregunto si debería explicarle de algún modo la situación en la que me ha encontrado varias horas antes. Julio cogiéndome la mano. Después me recuerdo que no estaba haciendo nada malo, y que sería muy sospechoso que, dado que nunca interactuamos delante de los demás, ahora me pusiera a cuchichear con él.

Cuando salimos de la cocina cargados con varios platos, me roza ligeramente el brazo, con intención pero sin mirarme, y yo me estremezco. Es increíble todo lo que me provoca con tan poco estímulo.

Los demás nos aplauden cuando colocamos el festín en la mesita baja, retirando las cartas.

El volumen ha aumentado, lo que es un indicador de que más de uno va borracho. Lorena y Ursu no están bebiendo, pero el resto se han bajado al menos tres latas de cerveza por cabeza.

Alguien pone música de fondo, y cenamos y bebemos animadamente.

Yo me tomo otra cerveza, empezando a disfrutar por fin del fin de semana.

La tensión parece que se ha disipado casi por completo. Es curioso cuánto aliviana las cosas el alcohol.

Ursu está mensajeándose todo el rato, y Andrés la observa con el ceño fruncido. Ella parece no darse cuenta, o ha optado por ignorarle completamente.

Cuando terminamos todo, Lorena y Andrés recogen los platos, y los demás volvemos a jugar al juego de cartas.

Pierdo varias veces más, y me encuentro bebiendo y riendo un montón. Ya casi no hago caso de las miradas que me lanzan Julio y Erik, cada uno sentado en sillones opuestos al que me encuentro yo.

—Este juego es lo peor —comento, mientras pierdo por enésima vez y me abro la tercera cerveza. Soy la única que todavía va a cervezas, pues el resto que está bebiendo, ya ha empezado a servirse cubatas.

—Es verdad. ¡Vamos a jugar a verdad o atrevimiento! —Propone Víctor, e instintivamente me tenso. No creo que pueda salir nada bueno de ese juego.

Empiezo a protestar y a decir que no somos unos críos, pero eso solo consigue que algunos me abucheen y que decidan empezar por mí.

—Caye, ¿con quién fue tu primer beso? —Pregunta Alexia, y la miro a ella, sintiendo todos los rostros girados hacia mí. Veo en sus ojos que cree que me ha hecho una pregunta liviana. Porque quién se va a imaginar que mi primer beso fue con Erik. —¿Eliges verdad o atrevimiento? —Me pregunta, y por un momento estoy tentada de elegir atrevimiento para no contestar. Pero me da miedo el reto que me puedan proponer. Así que opto por mentir, porque a excepción de Erik, nadie sabe la verdad.

—Verdad —digo. —Fue con Julio. —Intento no mirarlos a ninguno cuando me vitorean, como si hubiese revelado algún secreto y no hubiese dicho simplemente lo que todos esperaban que dijese.

Por el rabillo del ojo veo que Julio me está sonriendo. Le doy un trago a la cerveza, incómoda. Erik ha dejado de beber y me mira muy serio.

Víctor ha creado una especie de sistema de selección de turno con las cartas que nadie entiende. Le toca a Erik.

—Erik, cuéntanos con quién perdiste la virginidad. Esa verdad, o atrevimiento. —Erik le lanza una mirada fulminante. Hace una pausa, en la que todos esperamos callados. —Definitivamente no fue cómo ni con quién había esperado —dice, eligiendo la verdad. —Fue en el gimnasio del instituto. Con Marta Solanas.

Los chicos estallan en silbidos y en carcajadas, y yo me tenso al ver la expresión sombría de Erik. Ha clavado la vista en el suelo y agarra tan fuerte su copa de whiskey que sus nudillos están blanquecinos.

Se me revuelven las tripas al pensar en él con Marta. Ella iba un par de cursos por encima de nosotros en el instituto, así que, sin duda, Erik perdió la virginidad siendo bastante joven.

Recuerdo perfectamente a Marta. Súper popular. Preciosa, con el pelo rubio largo. Y una talla de sujetador que era la envidia de la mayoría de las chicas y el sueño de muchos de los chicos.

Aprieto los dientes, sin entender por qué me provoca tanta rabia el imaginarlos juntos.

Estoy tan enganchada con el pensamiento, que no me he dado cuenta de que le toca a Julio.

—Para seguir la racha, cuéntenos cómo fue tu primera vez. Eso, o atrevimiento —le dice Andrés. Julio me lanza una sonrisa, y yo me tenso todavía más.

Erik ha dejado la copa en la mesa con cierta fuerza, provocando un sonoro ruido pero, aparte de mí, nadie parece haberse percatado.

—No voy a contar detalles —me avisa, y yo agunto la respiración. —Fue uno de los mejores días de mi vida. Fuimos a una suite de ese hotel cinco estrellas que hay en el centro, y perdimos la virginidad Caye y yo. —Los demás vuelven a vitorear. —Debo reconocer que no duré mucho, porque estaba excitadísimo. He mejorado bastante desde entonces —me guiña un ojo, y yo siento náuseas por los nervios.

Erik carraspea, y veo tanta tensión en su rostro que temo que la situación se vaya a descontrolar en cualquier momento. El alcohol no solo distiende las situaciones. También las puede empeorar en cuestión de segundos.

—Yo me voy a dormir —les digo, poniéndome de pie.

—¿Qué? ¿¿Ya?? —Preguntan las chicas.

—¿No te habrá sentado mal lo que he dicho? —Julio levanta las cejas con aire preocupado.

—No es eso, es solo que estoy cansada. Y aún tengo que llamar a mi madre para ver qué tal sigue mi padre —les digo, sorteando diversos pares de pies para salir de la zona de sofás.

Me lanzan varios quejidos y abucheos, pero yo les doy las buenas noches y subo al piso de arriba.

El corazón me martillea cuando llego a la habitación.

Me tumbo en la cama sin siquiera quitarme las zapatillas. Cierro los ojos e intento borrar de mi mente las horribles imágenes de Erik perdiendo la virginidad con Marta.

Saco el móvil del bolsillo de la sudadera. Solo son las once. Lo vuelvo a guardar. Es casi imposible que me pueda dormir tan temprano. Menos aún teniendo en cuenta lo nerviosa que estoy y lo altas que llegan las voces y las risas desde el piso de abajo.

Me preocupa que Julio cuente algo que haga estallar a Erik. Dichoso juego. Dichosa situación. No sé en qué momento pensé que este fin de semana era una buena idea.

Al cabo de un rato consigo que la imagen de Marta y sus pechos gigantescos empiecen a diluirse. Las voces de abajo cada vez suenan más fuertes, y por lo que atisbo a escuchar, yo diría que siguen jugando a verdad o atrevimiento.

La habitación, que es enorme, se me antoja asfixiante, y tengo muchas ganas de salir a caminar, para que el aire fresco de la noche me aclare un poco la mente.

Me levanto y echo un vistazo por la ventana, pero todo lo que se ve son árboles oscuros. Tal vez no sea la mejor idea salir a caminar ahora.

Opto por abrir la ventana, y dejo que la brisa que entra me refresque la cara.

Estoy observando la luna llena, que se ve increíblemente brillante, cuando la puerta de la habitación se abre.

Entra Julio, y cierra tras de sí.

—¿Qué haces? —Miro extrañada cómo se acerca a mí con decisión.

—Caye, tienes que oír esto —me dice, alzando la mano para coger la mía. —Andrés ha contado que perdió la virginidad con Úrsula hace unas semanas, y que ella también era virgen.

—¿Qué...?

—Dice que era virgen —recalca las palabras, sus ojos brillantes mirándome insistentemente.
—Al principio no he caído, pero luego lo he visto claro. No nos acostamos, Caye.

—Julio, es tarde y has bebido... —empiezo a decirle, pero él no me escucha.

—Yo siempre he dicho que no me acordaba de nada. Y aunque Úrsula estaba empeñada en que pasó algo, ella tampoco se acordaba de los detalles —me suelto de su mano, y él me agarra del brazo, intensificando la fuerza y, aunque intento soltarme, creo que él no es ni consciente de la fuerza con la que me sujeta. —No nos acostamos, Caye. Tenemos la confirmación.

—Pero sí os liasteis. No sé, no cambia nada —le digo, y vuelvo a intentar soltarme.

—¡¿Cómo que no cambia nada?! —Su mirada es incrédula. —¡Lo cambia todo, Cayetana! ¡Lo cambia todo! —Está alzando la voz y me habla desde muy cerca. Solo se pone así cuando ha bebido mucho, y no me gusta verlo tan descontrolado. —¡¿Es que no lo ves?! ¡Todo puede ser como era antes, porque ahora sabemos que nada pasó! ¡Ahora sabemos que...!

En ese momento la puerta se abre con fuerza, haciendo que la madera golpee sonoramente contra la pared, interrumpiendo a Julio en su monólogo.

Los dos nos giramos sobresaltados para ver a Erik, que acaba de entrar en la habitación.

—¿Qué coño pasa aquí? —Pregunta, observando la escena. Julio sujetándome del brazo, su cuerpo muy pegado al mío.

—Tío, esto es una conversación privada —le espeta Julio, con tono amenazador.

—Suéltala —sisea Erik, acercándose a nosotros con un semblante tan severo que da miedo. Sus ojos tienen un brillo peligroso cuando mira a Julio.

—¿Quién te has creído que eres para interrumpirme cuando estoy con mi chica? —Julio me suelta, y se gira para encarar a Erik. Ambos están claramente borrachos y en plan machos alfa.

—¿Queréis dejarlo ya? —Les digo, pero Julio acaba de empujar a Erik.

—Vuelve a empujarme, cabrón —le reta este, e intento ponerme entre ellos. Julio, que no parece considerar que Erik es más grande que él, lo vuelve a empujar, y a continuación Erik le da un puñetazo.

Suelto un grito cuando los dos empiezan a pegarse en serio. Al instante siguiente Erik ha tirado a Julio al suelo y se le echa encima.

Gracias a dios, en ese momento aparecen Martín y Andrés, sus ojos saliéndose de las órbitas cuando ven el panorama.

—¡¿Qué cojones os pasa?! —Grita Martín, mientras intenta quitar a Erik de encima de Julio.

—¡Hijo de puta! ¡Te he dicho que la soltases! —Sigue gritando Erik, que está fuera de sí, y que se retuerce entre los brazos de los chicos.

—¡¿Quién coño te crees que eres?! —Julio está rojo de la rabia, cuando por fin logran sacárselo de encima.

Hace falta que intervenga Víctor también para que estos dos no sigan pegándose, pero parece que empiezan a tener la situación bajo control.

Veo que las chicas están observando la situación desde la puerta, con la expresión blanca.

Y yo decido que estoy harta de todo esto. Harta de que Julio y de que Erik se comporten como neandertales. Agarro mi cazadora y me marcho, dejando a los chicos que se ocupen de que no corra sangre.

—¡Caye! ¿Adónde vas? —Me pregunta Ursu cuando paso a su lado.

—Voy a tomar el aire. Necesito estar sola —les digo a las tres, y bajo las escaleras rápidamente.

Alcanzo la puerta principal, y unos instantes después, escucho pasos que me siguen.

Es Ursu, que intenta alcanzarme a la carrera.

—Caye, tranquilízate —me dice, aunque por suerte no intenta detenerme. Simplemente me sigue.

Tomo el sendero que hemos cogido esta mañana. La claridad que arroja la luna es suficiente para poder movernos con tranquilidad.

Camino rápido, sintiendo una necesidad acuciante de moverme y poder sacar toda la tensión acumulada en lo que llevamos de día. Cuanto más avanzamos, más lejanos quedan los gritos de los chicos.

Ursu no habla, pero sé que me acompaña. Y, aunque le había dicho que quería estar sola, la verdad es que agradezco saber que está conmigo ahora, en medio de la noche y en medio del bosque.

Seguimos avanzando por el sendero, en silencio, acompañadas de algún ruidito entre la maleza. Es increíble la cantidad de pequeños sonidos que hay en los bosques por la noche.

No sé cuánto rato pasamos caminando, me parece una eternidad. Poco a poco empiezo a calmarme, así que disminuyo un poco el ritmo, y Ursu hace lo mismo.

—No sé, estoy harta de esta situación con Julio —le digo, sin girarme, porque si la miro no tendré valor de seguir hablando. —Ha venido diciendo que no os acostasteis. Siempre ha dicho que no se acordaba de nada, y que probablemente fue todo un malentendido provocado por la situación y por todo lo que habíais bebido —Ursu no dice nada, pero sé que escucha. Así que aprovecho para seguir caminando y para dejar salir todo lo que llevo dentro. —Y sé que odias hablar del tema, pero la realidad es que esa situación de mierda pasó, y nos afectó a ambos. Nos afectó a los tres, joder, porque eres mi mejor amiga y te liaste con mi novio. Con mi exnovio. Y yo he intentando perdonarlo todo, y olvidarme del tema...

—Siempre te has creído mejor que los demás —murmura a mi espalda, con un tono de voz tan vacío que pierdo un paso. Me detengo. Mi pulso se acelera ante la elección de palabras. Las mismas palabras que usó anónimo en uno de sus mensajes.

Me giro lentamente, y suelto un grito cuando la veo, su rostro pálido bajo la luz de la luna, apuntándome con una pistola.

—¿Qué coño haces?! —Le grito, mi corazón latiendo desbocado.

—No te acerques —dice, aunque yo estoy clavada en el suelo.

—Ursu, ¿qué haces? —Le repito, llevándome una mano al pecho, preocupada por el ritmo de mi corazón. Intentando entender qué demonios está pasando. Intentando entender por qué mi amiga tiene una jodida pistola.

—Gírate —me dice, pero yo vuelvo a preguntarle lo mismo. —¿Gírate de una maldita vez! —Me grita. Y su voz es tan extraña que me asusta, y hago lo que dice. —Ahora empieza a caminar. Continúa hacia arriba.

Empiezo a andar, escuchando sus pasos claramente detrás de mí. Caminamos en silencio unos minutos, mi cabeza trabajando a mil por hora, pero no encuentro sentido a nada de lo que está pasando. ¿Es un arma real? ¿Está cargada? ¿Qué coño hace Ursu con ella, y por qué me apunta?

Pasa un rato en el que no consigo pensar y en el que continuamos caminando en silencio.

—¿Sabes? Durante varios años pensé que éramos hermanas —trastabillo cuando la escucho. —¿Camina, joder! —Me vuelve a gritar, y realmente es como si estuviese escuchando a otra persona. Me digo que esto no puede estar pasando, que debo de estar soñando. Seguimos andando, y al cabo de un rato vuelve a hablar. —Nos lo dijo mi madre hace unos años. Que había estado acostándose con tu padre todo este tiempo, desde la universidad. Desde la maldita universidad. Y que no sabía si yo era hija de mi padre o de él. ¿Te lo puedes creer? —Suelta una risa hueca, y yo me estremezco. Ralentizo un poco el ritmo, porque no quiero seguir avanzando

montaña arriba, pero ella vuelve a gritarme y a ordenarme que siga. Así que hago lo que me dice, mis piernas temblando ligeramente, porque de repente siento mucho frío. —Mandé analizar tu pelo. Cuatro putas veces. Y todas ellas dio negativo. Así que no, no somos hermanas —murmura esta palabra con asco, como si la mera mención le produjese estragos. —Tu familia nos hundió la empresa. Nos dejó en bancarrota.

—¿Mi familia? Mi familia no tenía negocios con vosotros —le respondo con un hilito de voz, aunque es verdad que mi padre compró posesiones de la antigua empresa de su familia por un precio irrisorio cuando las cosas les iban mal. Me pregunto si puedo echar a correr montaña abajo, cuando el único camino posible está taponado por ella.

—Tu familia utilizó una estrategia de precios agresiva en la crisis para salir a flote a costa de empresas como la nuestra —me gruñe. —¿Tú sabes lo que es tener que ver, día tras día, al recordatorio viviente de quién tiene el dinero de mi familia? ¿Tu brillante BMW? ¿El jacuzzi de tu habitación?

Quiero decirle que eso que está diciendo no tiene sentido. Que nosotros no hicimos nada y que yo no soy un recordatorio viviente de nada. Que se está volviendo loca. Pero entonces pienso que igual es que de verdad está loca y yo nunca me he dado cuenta.

Hago un amago de girarme para mirarla. Necesito verle la cara, porque no me creo que esto esté pasando, pero ella vuelve a gritarme en cuanto ve el primer movimiento.

Me recuerdo que tiene un arma y que, por irreal que parezca todo, estoy en desventaja. Sigo caminando.

—¿Eres tú quien me ha mandado mensajes anónimos? —Le pregunto, y ella vuelve a reírse. Un extraño sonido maniaco que me hiela la sangre.

—Claro que fui yo. Quería desestabilizaros a ti y a tu familia. Quería hacerte daño. Empecé con Julio, y sí, no nos acostamos. Le eché unas gotitas de té de campana en la bebida, y se quedó fuera de combate el muy imbécil. No hicimos lo que yo tenía planeado, pero me creyó cuando se lo conté y entró en pánico al pensar que te había engañado. Pensé que te hundiría saber que tu querido novio me había preferido a mí, pero de nuevo la perfecta Cayetana estaba ahí, dispuesta a perdonar —hay tanto odio en sus palabras que empiezo a estar aterrorizada. No me puedo creer que Ursu, mi Ursu, haya escondido estos oscuros sentimientos durante tanto tiempo. —Entonces viniste con el tema de los mensajes ocultos, y me diste la fórmula perfecta para llegar a ti sin dejar rastro —pienso en lo que está diciendo, y no me puedo creer que no cayese en la cuenta de que solo había hablado de los mensajes anónimos con ella, con Lorena y con mi hermano. Con nadie más.

—¿Qué se supone que pretendes con esto, Ursu? —Le digo, intentando que mi voz suene lo más suave y calmada posible, y eso solo parece enfadarla.

—Ya te lo dije. Ha llegado tu hora. Ha llegado el momento de que pagues por todo lo que nos arrebataste. No solo la empresa. También me quitaste a mi padre —dice, y yo ya no tengo claro de si está hablando de su propio padre, o si está hablando del tiempo en el que creyó que mi padre era también el suyo. ¿Llegó a creérselo? Sea como fuere, suena como una desquiciada, y yo estoy muy asustada.

Llegamos a uno de los acantilados, y mi intención es girar y seguir subiendo.

—No, no —dice. —Ahora vas a saltar.

Me giro y la miro con los ojos como platos. Ella está apuntándome con el arma desde un par de metros, con el semblante tan serio que parece una aparición.

—¿Qué coño dices? —Susurro, y observo su ojos oscuros, como pozos sin fondo en su piel blanquecina, fantasmagórica por la luz de luna.

—Ya me has oído —repite.

—No pienso saltar —le digo, y se me escapa una risa nerviosa.

—Ha llegado tu hora, Cayetana. Tienes que quitarte de en medio. Tienes que provocar un vacío en tu familia tan hondo que no puedan pensar en nada más. Y eso iba a suceder este fin de semana. De esta manera o de otra. Habíamos traído té de campana para drogarte también, y sacarte de la casa si era necesario. Pero me lo has puesto bastante más fácil.

No me ha pasado desapercibido que ha utilizado el plural al hablar de drogarme, y toda la piel de mi cuerpo se eriza ante la posibilidad de que haya alguien más detrás de este macabro juego.

—No voy a saltar.

—Sí lo vas a hacer —responde, muy seria, como si estuviera plenamente convencida de ello.

—¿Quién se va a creer que me he tirado? —Le digo, intentando hacerla razonar.

—Te has caído, —matiza. —Has estado bebiendo toda la noche. Y te has marchado muy molesta de casa por el espectáculo que ha montado tu exnovio. Yo he intentado seguirte, pero he perdido tu rastro. Te has desorientado y te has caído —su tono de voz es tan siniestro que me provoca escalofríos. —Salta o disparo.

—Si disparas todos sabrán que no me he caído —señalo, y me abrazo en un gesto inconsciente. En el movimiento noto algo dentro del bolsillo, y mi corazón se salta un latido cuando recuerdo lo que es.

En este momento se escucha un sonido en la maleza, y ambas nos giramos. Ha sido como si un cuerpo pesado se arrastrara cerca de nosotras. Miro hacia la oscuridad, asustada, pero Úrsula no parece prestar atención. Vuelve a mirarme.

—Salta. Salta o te juro que disparo. Y recogeré el casquillo.

Empiezo a decirle que la herida seguirá en mi cuerpo para que la vean los forenses, y entonces dispara.

Chillo, dando un saltito hacia atrás para alejarme del lugar donde ha saltado la tierra, justo a mis pies. Giro la cabeza rápidamente para asegurarme de que sigo lejos del acantilado.

—Lleva un silenciador. Nadie nos escucha. Podemos estar así toda la noche, hasta que caigas —dice con una voz escalofriante, y yo meto la mano lentamente en el bolsillo.

Encuentro el bloqueo de seguridad, y lo giro con el pulgar, tal y como ponía en el manual que acompañaba al spray que me dio Erik. Úrsula está hablando, pero yo ya no la escucho. Tomo aire, aguanto la respiración, saco el spray y la rocío con todas mis fuerzas. Cierro los ojos en el proceso, intentando no verme afectada por el líquido.

Úrsula grita, y cuando vuelvo a abrir los ojos veo que algo le ha hecho, porque tiene las manos en la cara y está aullando como loca.

Me tiembla todo el cuerpo y se me cae el spray. La bordeo con sigilo, y ella me grita que no me mueva, y se retira las manos de los ojos, el pelo pegándosele a la frente. Las cuencas se le han convertido en unas enormes pelotas rojas, tiene un aspecto diabólico. Apunta a todas partes con el arma, aunque parece que no ve nada.

Empiezo a correr con todas mis fuerzas sendero abajo.

Entonces, se empiezan a oír pisadas contundentes detrás de mí. Alguien intenta alcanzarme.

No me giro a comprobar, me digo que es imposible que Ursu se haya recuperado tan rápido. Que solo es mi imaginación. Pero las pisadas son urgentes y cada vez están más cerca. Más y más cerca. Me duelen los pulmones de lo rápido que estoy respirando en mi carrera.

Y en un momento, un peso enorme cae con fuerza sobre mí, y me precipito al suelo, dándome un golpetazo enorme y raspándome manos y rodillas.

El peso está sobre mí, y se siente como si una losa de mil kilos me hubiese caído encima.

Gimoteo ante el dolor que siento donde me he golpeado la cabeza. La boca se me llena con el sabor metálico de la sangre.

—Cayetana, Cayetana —susurra una voz espeluznante en mi nuca. Una voz de hombre que me resulta vagamente familiar, pero que no reconozco.

Entonces el peso se retira, y unas manos férreas me cogen de la chaqueta, obligándome a levantarme. Y lo veo.

—Lucas... —susurro con la voz estrangulada, pero él no me está mirando.

—¡Camina! —Me ordena, sujetándome con fuerza del brazo, y llevándome fuera del camino. Intento resistirme, pero él es mucho más fuerte que yo.

Me arrastra entre la maleza, mis pies enredándose entre las raíces y los arbustos.

—¡Suéltame! ¡Socorro! —Empiezo a gritar, y él me da un golpe en la cara tan fuerte que por un momento solo soy capaz de escuchar un pitido enorme.

—Tenías que ponerlo difícil, ¿verdad, zorra? —Vuelve a arrastrarme de nuevo, y yo me mantengo en pie a duras penas. —Visitas a la empresa para revisar las cuentas. Para controlarnos. Cuando por fin teníamos fuera de juego al inútil de tu padre. *Casi* fuera de juego. Mala hierba... —murmura, más para sí mismo que para mí. Yo solo escucho fragmentos de lo que dice, y no soy consciente de que estoy llorando hasta que las lágrimas nublán mi visión.

—¿Qué le has hecho a mi padre? —Pregunto con la voz ahogada, porque no sé si se refiere a lo que le pasó hace unas semanas o a algo que ha sucedido mientras estábamos aquí. Porque solo le mandé un mensaje a mi madre para avisar de que habíamos llegado, y no he pensado ni por un momento que era raro que no me hubiese contestado.

—... pero esta noche se va a acabar. Esta noche terminaremos contigo y con tu familia. Aunque lo tenga que hacer yo solo. Esta noche recuperaré lo que es mío, y no miséras migajas de un viejo que solo me tiene como su becario por lástima —nos acercamos a un claro, y empiezo a gritar cuando veo que lo que tenemos delante es otro de los acantilados.

—¡No! ¡No! ¡Suéltame! —Me retuerzo y le intento arañar. No puedo dejar que me tire. No quiero morir. Estoy aterrada. Y nadie sabrá qué es lo que ha pasado. Tal vez nadie encuentre mi cuerpo porque estamos fuera del maldito camino.

Intento desesperadamente arañarle, porque en ese momento la idea de que los forenses miran bajo las uñas de las víctimas viene a mi cabeza. Y yo no quiero ser una víctima. Me resisto con todas mis fuerzas, pero él es más fuerte.

En mi resistencia, he acabado en el suelo, y él me está arrastrando hacia el borde. Intento agarrarme a algo, pero todo lo que mis manos tocan son piedras y hojas que se rompen cuando tiro de ellas.

—¡Ayuda! —Sigo gritando. —¡Por favor!

—Se acabó —dice él, levantándose del suelo como si no pesara nada. Y en ese momento soy consciente de que voy a morir. De que no voy a llegar a graduarme. De que no voy a ir a Suiza con Erik. De que nunca más veré a mis padres. Y me vuelvo loca y sigo gritando y luchando con todas mis fuerzas.

—¡Suéltala! —Lucas se congela un instante, y veo que Erik se ha materializado de la nada y está a varios metros de nosotros.

—¡No des un paso más! —Le grita Lucas, y Erik se detiene en medio de los árboles, con una mueca de espanto horrible en su rostro.

En cuanto Lucas se cerciona de que Erik no avanza más, se gira hacia mí, sus ojos crueles posándose en los míos. Y una sonrisa demente aparece en su rostro. Entonces me empuja con todas sus fuerzas.

Grito cuando pierdo el equilibrio, y caigo contra la nada. Escucho a Erik gritar mi nombre, mientras me precipito hacia el vacío.

CAPÍTULO 16

Hay un pitido. Un molesto pitido que hace que me duela la cabeza. La cabeza. Me duele horrores la cabeza.

Abro un poco los ojos y la luz me ciega. Entonces recuerdo a Lucas y empiezo a gritar.

—¡Cayetana, hija! —Grita alguien que tiene la voz como mi madre. No, no es alguien que tiene su voz. Es mi madre, y está intentando que deje de patalear mientras llama a gritos a una enfermera. Aparece la enfermera y me hace algo. Lo siguiente que veo es oscuridad.

Abro los ojos en una sala luminosa que no reconozco. Parpadeo varias veces, totalmente desorientada, intentando enfocar la vista a mí alrededor.

—Oh, querida, estás despierta —miro hacia el rincón del que viene la voz, y veo a mi madre. Se levanta de un sofá y se acerca a mí con cautela. Tiene una cara horrible, es como si hubiese envejecido varios años.

—¿Mamá? —Pregunto, y la voz que escucho es rasposa y no la reconozco como propia.

—Sí, cariño —dice, cogiéndome de la mano. —¡Enfermera! —Grita, y me acaricia la cara. —Ya ha pasado todo. Estás bien, en el hospital.

Entonces me acuerdo de todo lo sucedido en la sierra, y siento pánico y empiezo a llorar.

—Mamá, Lucas... —empiezo a decir, pero me corta.

—Lo sé, lo sé, querida. No te preocupes. Ya estás a salvo —dice, y me sorprende ver que está llorando.

Aparece una enfermera, que me sonrío amablemente y me dice que he estado casi un día entero sedada, pero que estoy bien.

Me revisa las pupilas con una luz y me hace mirar a distintos puntos, mientras sigue sonriendo y repitiendo que está todo bien. En estas me doy cuenta de que tengo el brazo izquierdo escayolado.

La enfermera dice que se llama Luci, y que me va a administrar un calmante para que esté relajada y no me duela nada.

—¿Cómo he llegado aquí? —Le pregunto a mi madre, después de beber un sorbo del vaso de agua que me ha acercado la enfermera.

Entonces mi madre me cuenta que los servicios de emergencias los avisaron de madrugada tras rescatarme en helicóptero de una zona inaccesible de la montaña.

Que el hijo de Amancio llamó a emergencias y dio las coordenadas del accidente, y que el helicóptero nos trasladó a ambos. Trago saliva al escuchar la mención a Erik.

—¿El helicóptero rescató a Erik? ¿Está bien? —Intento incorporarme ligeramente en la cama, pero todo mi cuerpo duele.

Me dice que sí, que está perfectamente, y que no me mueva porque tengo una costilla rota. Que he tenido mucha suerte porque la cazadora se me enganchó en un árbol y frenó la caída.

Tiempo suficiente para que Erik pudiese bajar y alcanzarme. Que, si no, no estaría aquí para contarle.

Intento tragar el nudo que se forma en mi garganta al escuchar estas palabras.

También dice que la policía está esperando para hablar conmigo, pero que no tienen ninguna prisa. Que no lo harán hasta que yo no me encuentre bien.

Cuando le pregunto por Úrsula, me dice que está en dependencias policiales, aún a la espera de ver si se presentan cargos por intento de homicidio.

Me explica que Úrsula lo ha contado todo. Cómo ella y su hermano planearon el asesinato de mi padre, suministrándole no sé qué tipo de medicina que provoca ataques al corazón. Que lo que le pasó no fue fortuito, si no incencionado. Por eso los análisis de colesterol y de tensión de mi padre salían bien. Todo eso lo hicieron para hundir a mi familia y distraernos de lo importante.

Cuando le pregunto qué es lo “importante” me dice que Úrsula se refería a las cuentas de la empresa. Que ella y Lucas llevaban meses planeando un desfalco importante. Primero, Lucas consiguió convencer a mi padre de que echase a la contable y a varias personas más, que por su antigüedad, cobrarán demasiado. Después, Úrsula intentó asustarme por medio de las amenazas y los mensajes anónimos, con la intención de que mis padres se preocupasen por mi seguridad y no prestasen atención a la empresa. Pero, como yo no dije nada, su plan se fue al traste y entonces se centraron en intentar quitar a mi padre de en medio.

Yo escucho lo que me cuenta mi madre sin llegar a creérmelo del todo.

—¿Lucas está con Úrsula en comisaría? —Pregunto, y cuando veo cómo se tensa, sé la respuesta.

—Ha huido con capital —dice.

—¿A qué te refieres con capital?

—Antes de ir a la sierra, se llevó 800.000 euros que había en las cuentas de la empresa. Eso, sumado a las pequeñas cantidades que habían ido sacando a lo largo de los meses, hace que se haya marchado con más de un millón —me dice, su semblante mortalmente serio. Tomo aire, sintiendo que la cabeza me va a estallar. —Pero no te preocupes por eso, porque nuestros abogados ya están mirando qué se puede hacer. Lo vamos a solucionar —me dice, apretándome la mano e intentando transmitirme una convicción que ella claramente no siente. —Además, la policía cree que si piden libertad provisional bajo fianza para Úrsula hasta que se celebre el juicio, y su familia usa lo robado para pagarla, tal vez puedan rastrear ese dinero.

Asiento con la cabeza, aunque es más un acto reflejo que otra cosa.

—He dejado a Julio —le digo, porque en este momento me parece que es importante que lo sepa. Me mira como si no comprendiera lo que he dicho. Después asiente vagamente, aunque no dice nada. —Creía que te enfadarías.

Me observa un instante, y luego sacude la cabeza.

—No hay nada que puedas hacer ahora mismo para enfadarme, Cayetana. Solo doy gracias al cielo por que estés bien.

En este momento aparece Alfon en la puerta, y abre mucho los ojos cuando ve que estoy despierta.

—Ey, hermanita. Menudo susto... —su voz suena suave, pero su expresión es severa.

Se coloca al lado de mi madre, y le da un pequeño beso. Observo la situación sin poder creerme que estén en la misma habitación sin tirarse de los pelos.

Mi madre dice que va a salir a llamar a mi padre para avisarle de que estoy despierta.

—Puede que hiciese falta que estuvieses a punto de morir para conseguir este acercamiento

entre nosotros —dice Alfon cuando nos quedamos solos. —Nos has dado un susto de muerte.

—Créeme, yo también me he asustado —le digo, y él me hace una mueca.

—Julio y Erik estuvieron hasta altas horas de la noche aquí, esperando a ver si la bella durmiente se despertaba. Mamá le dijo a Julio que le avisaría cuando eso pasase, así que muy probablemente lo veas pronto por aquí.

Asiento con la cabeza, pensando que no tengo ninguna gana de ver a Julio.

Y me quedo pensando en lo que dijo Úrsula en la montaña. En que todo lo sucedido entre ambos había sido un plan orquestado por ella. Una trampa en la que yo caí, como un mosquito cae en una tela de araña.

No solo caí yo. También cayó Julio. Y soy consciente de que ese hecho marcó nuestro declive.

¿Es posible que haya creído tan profundamente que me puso los cuernos que, aunque ahora sepa que nunca pasó, ya lo sienta como algo real? Porque me resulta imposible el plantearme volver con él, incluso ahora que sé que nunca me engañó. La distancia ya se ha creado entre nosotros y está ahí, siempre.

¿Sería eso lo que le pasó a Úrsula? ¿Llegó a creer durante varios años que mi padre era también el suyo, que éramos hermanas y que yo lo tenía todo y ella nada? ¿Que ella se merecía tener las mismas cosas que yo? ¿Se lo creyó tanto que se convirtió en una realidad para ella, aunque después tuviese la confirmación de que no era así?

Me viene a la cabeza su obsesión con mi cepillo y mis pelos. La cantidad de veces que los quitó cuando venía a plancharse el pelo. ¿Era eso lo que hacía? ¿Coger muestras para analizar una y otra vez, negando los resultados que arrojaban las pruebas?

En algún momento viene mi padre, que también parece haber envejecido.

Me da un beso en la frente, y saluda ligeramente con la cabeza a mi hermano. No es algo muy emotivo, pero es mucho más de lo que han hecho en los últimos años, en los que prácticamente han negado la existencia el uno del otro.

Mi padre dice que no puede creerse cómo le manipuló Lucas. Cómo se dejó convencer para prescindir de sus fieles empleados, los que siempre le habían acompañado en la empresa, y los que hubiesen visto que había pequeñas fugas de capital en las cuentas. Al menos, antes de que llegasen al monto que ahora nos falta.

Y no solo eso. No se puede creer que Lucas intentase asesinarle, suministrándole un químico en el café que provoca arritmias, y cuya toma prolongada resulta en parada cardíaca.

El hecho de pensar que Lucas anda por ahí suelto me hiela la sangre.

Me comentan que los abogados de Úrsula probablemente intenten sacar la baza de trastorno mental para rebajar su pena.

—Tampoco me puedo creer que el hijo de... Amancio... te haya salvado la vida —dice, pronunciando el nombre del padre de Erik como si le provocase escalofríos. A mí también me los provoca, la verdad. No me puedo creer que Erik me haya salvado.

En este momento entra Julio.

Mi madre les dice a mi hermano y a mi padre que es mejor dejarnos solos.

—Cayetana, ¿cómo estás? —Me pregunta, acercándose a mí con un enorme ramo de rosas.

—He estado mejor, la verdad —le digo, y su vista baja a mi brazo escayolado. Opta por dejar las rosas en la mesita de la esquina.

Al apartar el ramo de su rostro, veo la sombra de un moratón donde Erik le pegó.

—No me puedo creer lo que ha pasado —dice, pasándose la mano por la cara. Tiene muy mal aspecto y unas enormes ojeras, probablemente resultado de no haber pegado ojo.

—Yo tampoco. No creo que nunca me lo llegue a creer —le digo, y es que todavía no me hago

a la idea de que Úrsula haya podido hacer algo así. —Lucas ha huido con bastante dinero de la empresa —le digo, y él asiente.

—Qué cabrón —murmura, y está claro que ya estaba al tanto de la situación. —Si te sirve de consuelo, creo que nuestros padres van a firmar el acuerdo laboral pronto. Así que supongo que os recuperaréis.

Lo observo un instante. Se ha sentado en la silla que está al lado de mi cama, y me observa con los ojos brillantes.

—¿En serio? ¿Aunque ya no estemos juntos? —Le miro, atónita. —Pensaba que solo querían hacer negocios con gente de *la familia*.

Él asiente.

—Así es. Y, aunque necesitemos tiempo, yo creo que nuestra historia no ha acabado —me mira con una convicción serena. —Ambos fuimos engañados por una perturbada. Porque sí, estoy al tanto de que me drogó —trago saliva y ambos permanecemos un rato en silencio. —Solo necesitamos tiempo para curar nuestras heridas. Más bien, tus heridas. Y, en un futuro, ver de dónde partir.

Me lanza una tímida sonrisa, y aunque tengo ganas de decirle que lo nuestro realmente ha terminado, decido que no es el momento para mantener esta conversación.

Es una pena que nuestra relación haya sido víctima de las tretas de Úrsula, pero la realidad es que ya está rota, y no creo que pueda recomponerse, aunque lo que la rompió ya no exista.

En este momento me viene a la mente algo que dijo Erik hace tiempo. Que fuimos víctimas de los actos de nuestros padres, y que nos robaron la oportunidad de estar juntos. No lo sé. Tal vez sea cierto, y la vida sea un juego de historias cruzadas.

Charlamos un ratito más, en el que Julio me relata cómo pensó que Erik se había marchado a tomar el aire tras su pelea. Y cómo todos empezaron a angustiarse cuando el tiempo pasaba y ninguno regresábamos.

Estaban pensando en ir a buscarnos, cuando oyeron el helicóptero y se temieron lo peor.

Ellos mismos llamaron a emergencias para preguntar si el helicóptero estaba relacionado con unos amigos suyos que habían salido a la montaña hacía horas en plena noche, y que no habían regresado.

Les confirmaron que sí y, aunque querían volver a Madrid, los servicios de emergencias les pidieron que permanecieran en la sierra, porque iban a mandar a una patrulla de la guardia civil.

No mandaron a una, si no a tres, y a varios equipos de rescate de montaña.

Unos policías permanecieron con ellos en la casa haciéndoles preguntas hasta la madrugada. El resto de efectivos se dedicaron a buscar a Úrsula, conocedores de que había tres jóvenes en la montaña y de que el helicóptero solo había rescatado a dos.

Por aquel entonces, todavía no sabían que iba armada y que había intentado tirarme por un precipicio. La encontraron en el camino, con claros signos de asfixia provocados por el spray de defensa, y con el arma.

Se la llevaron a una comisaría de un pueblo cercano, y horas después confesó todo. Por lo que cuenta Julio, está histérica por que su hermano haya huido sin ella.

—Es una locura —murmura, y yo asiento, todavía intentando procesar sus palabras.

Me dice que se va a marchar para que pueda descansar, y que todos nuestros amigos me mandan muchos ánimos. Que ha sido un alivio para todos saber que he despertado.

Se marcha, y mi padre vuelve a entrar. Mi madre y Alfon se han ido a comer. Juntos. La idea me hace feliz, y pienso que probablemente es lo único bueno que ha traído esta situación.

Mi padre se sienta en el sofá de la esquina, con un periódico. Me lanza miradas de vez en

cuando. Tiene muy mala cara.

—Papá, ¿estás bien? —Le pregunto, y él se toma un tiempo antes de contestar.

—No. La verdad es que no —cierra el periódico y sacude la cabeza. Se queda un instante pensativo, mirando a la nada. —No me puedo creer que metiera a semejante demente en la empresa. No me puedo creer que confiase en él, y que prescindiese de los empleados que llevaban toda la vida conmigo. Que nos pusiese en riesgo... —se le quiebra ligeramente la voz, y carraspea. —No me di cuenta de nada. Tal vez ya no estoy en condiciones de dirigir la empresa.

Hay tanto desaliento en su voz, que se me parte el alma de verlo así.

—No digas tonterías. Estás en plenas condiciones de seguir al mando de los negocios. Nadie podía imaginarse lo que se traían entre manos esos dos. Yo también he tenido a Ursu cerca durante años, y nunca se me hubiese pasado por la cabeza algo así.

Él sigue mirando al infinito, y vuelve a sacudir la cabeza.

—Quizás haya llegado el momento de delegar en Alfonso el mando. En ti. En vosotros.

—Me parece estupendo que Alfonso vuelva a trabajar contigo, pero no porque tú no estés en condiciones, sino porque nadie va a velar más por los intereses de nuestra empresa que uno de nosotros. Y porque Alfonso se merece estar ahí —le digo, y él me mira, aunque parece que está mirando más allá, absorto en sus pensamientos.

Unas horas después, tocan a la puerta, y Erik asoma la cabeza.

—¿Puedo pasar? —Pregunta, y mi padre se tensa en el sofá.

—Claro —le digo, y en este momento soy consciente de las ganas que tenía de verlo.

Mi padre carraspea, incómodo.

—Papá, déjame hablar con Erik a solas, por favor —le pido con voz suave, intentando no alarmarme por lo roja que se está poniendo su cara.

Mi padre se levanta y se dirige lentamente hacia la puerta. Antes de salir, se detiene frente a Erik.

—Quería agradecerte... lo que hiciste por mi hija en la sierra —le dice, y su voz suena extraña, como si le costase pronunciar las palabras. No es de extrañar, dada la historia entre ambas familias.

—No hay nada que agradecer—Erik le hace un leve gesto de reconocimiento con la cabeza, y mi padre se marcha.

—Ay, dios mío, ¿estás bien? —Le pregunto cuando logro verlo más de cerca. Tiene un montón de arañazos y cortes en el rostro y en los brazos. Algunas de las heridas de los brazos han tenido que ser cosidas con puntos.

—Eso te lo tendría que preguntar yo a ti, ¿no crees? —Me lanza una tensa sonrisa, que no le llega a los ojos. Avanza lentamente hasta mi cama, y se deja caer en la silla que está a mi lado, a peso muerto. Más que sentarse se ha desplomado. Nos miramos un instante. Sus ojos brillan cuando recorren mi rostro. —No creía que se pudiese sentir tanto miedo como el que sentí cuando caíste —dice, y su voz suena ronca, afectada por una emoción devastadora que se refleja en su rostro.

Se me humedecen los ojos al escucharlo.

—¿Cómo me encontraste? —Le pregunto, y mis palabras también suenan estranguladas.

Vuelve a observarme un largo rato antes de responder.

—Por tu móvil. Te instalé un rastreador —dice, y yo levanto las cejas ante la inesperada respuesta. —La noche en la que te encerraron en la cámara frigorífica. Cuando puse a cargar tu móvil, te instalé un rastreador para que no pasase algo así de nuevo.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta. No es momento de decirle que eso es

invasivo e ilegal, porque es lo que me ha salvado la vida. Recuerdo cómo alguna vez Erik suponía que estaba en casa. No lo suponía, lo sabía. Lo sabía gracias a dicho rastreador.

Seguimos mirándonos. Se me encoge la tripa al verlo así, con tantos cortes en el rostro. Y es increíble que me siga pareciendo guapísimo, magulladuras incluidas.

—Y bajaste a por mí —le digo, todavía sin creérmelo. No sé qué me resulta más increíble. Si que Úrsula intentase matarme, o que Erik se arriesgara tanto para salvarme.

—Por supuesto que bajé a por ti —me responde con aplomo, como si fuese algo obvio.

—Gracias —susurro, y mis ojos vuelven a humedecerse. Su rostro se tensa ligeramente.

—No era un acantilado, gracias a dios. Era un barranco con bastantes árboles.

—No le quita mérito —niego con la cabeza, todavía maravillada ante su hazaña.

—Ese hijo de puta se escapó —murmura, su voz colándose entre los dientes apretados. —Pero no podía perder tiempo en detenerlo. Lo único en lo que pensaba era en llegar hasta ti... y que no fuese demasiado tarde.

Alargo mi mano buena, y busco la suya. Entrelazo mis dedos con los suyos, y le doy un ligero apretón.

—Erik, me has salvado la vida —le digo, mirándole a los ojos. Los suyos están opacados por un oscuro sentimiento.

—No tendrías que haber llegado a esa situación. Yo no tendría que haber dejado que pasase —sacude la cabeza, inmerso en sus pensamientos.

—Evitaste que pasara una desgracia. Y, ¿sabes cuál era una de las cosas en las que pensaba cuando creía que iba a morir? —Le pregunto, y él se encoge ligeramente al escucharme decirlo en voz alta. Me mira, esperando a que continúe. —Pues increíblemente estaba pensando en que no podría ir a Suiza contigo.

Me observa un instante con las cejas levantadas, y acto seguido suelta una carcajada.

—Estás loca —me dice, pero está sonriendo por primera vez desde que ha entrado. —¿Quieres decir que, ahora que no tienes la excusa de estar en peligro de muerte, tal vez te plantees pasar el verano conmigo? —Me mira sugerentemente, y sus ojos caen a mi boca cuando muerdo mi labio. Se oscurecen, un atisbo de deseo asomando en ellos, y yo le tengo que recordar a mi corazón acelerado que estamos en un hospital con un brazo y una costilla rotos.

—Si la oferta sigue en pie, la acepto.

Me mira, y niega con la cabeza mientras sonrío. Sus ojos brillan, ahora con una emoción muy distinta.

—Así que todo lo que tenía que hacer durante todo este tiempo para que nos dieras una oportunidad, era simplemente salvarte la vida... —Me mira con una mueca burlona, y se acerca para darme un beso. Un beso ligero, pues tiene un corte bastante feo en la comisura de la boca, pero es un beso cargado de promesas y que sabe a comienzo.

Y yo le sonrío, abierta por primera vez a lo que la historia con Erik pueda traer. Despojada, por fin, de la carga de llevar auestas la responsabilidad del futuro de la empresa de mis padres. Y pienso que todo lo sucedido ha sido una mierda bien gorda, y que aún queda todo el proceso legal por delante... pero que en este momento soy capaz de ver todo lo bueno que esta situación ha desplegado delante de mí, y que estoy dispuesta a aprovecharlo.

EPÍLOGO

Erik

Estoy sentado en una butaca, en la esquina de la habitación, de madrugada. En penumbra, recordando.

Me muerdo el labio, distraído, mientras los recuerdos van y vienen. Llevo varias horas inmerso en eventos de años atrás, pero también en otros más recientes. En este momento, me viene a la mente lo vivido aquella fatídica noche, durante el trayecto en helicóptero.

Después de que los servicios de emergencia diesen parte de que había un perturbado suelto, que había empujado a una chica montaña abajo. Con Caye inconsciente, pero ya estabilizada. En una camilla, monitorizada.

Los tipos del equipo de rescate me preguntaron cómo me había caído yo. Les dije que solo había caído Caye, que yo había bajado a buscarla.

El chico más joven me miró sin comprender. “¿Por qué?” Preguntó. Lo miré fijamente. “Porque estoy loco por ella”, respondí. El hombre más mayor perdió los papeles en ese momento, totalmente enfurecido, diciendo que había sido casi un suicidio por mi parte, y que gracias al cielo ahora no estaban recogiendo dos cadáveres.

Está claro que la gente no me entiende cuando digo que estoy loco por Ave, no entiende que no es una manera de hablar. Es literal, con las cuatro letras de la palabra enraizadas profundamente en los recovecos más hondos de mi cabeza. Loco. Creo que ni la propia Ave entiende todavía lo determinante del asunto.

Siempre he sabido que estaba loco por ella. Solo que el Erik adolescente tenía ideas y fantasías mucho más suaves y menos decadentes que el Erik adulto, post suicidio de mi madre, post abandono de Ave. Porque claramente esos eventos sacaron un lado oscuro que no sabía que tenía dentro de mí.

No le he contado a Ave que nunca, ni una sola vez en toda mi vida, he podido tener un orgasmo sin pensar en ella. No importa que estuviese solo o acompañado. Siempre la he tenido en mente cuando me corría. Quizás algún día se lo cuente.

Ave siempre ha sido mi sueño, y verla con Julio fue mi pesadilla particular.

Tras el fallecimiento de mi madre, cuando ella se alejó, solía tener una fantasía recurrente.

Estaba en los baños del instituto, y Ave venía a buscarme. Cuando la veía, mi intención era marcharme, tan furioso estaba con ella que no soportaba su mera presencia. Sin embargo, ella se interponía entre mi camino y la puerta, cortándome el paso, presionando las palmas de las manos en mi pecho.

“No puedo vivir sin ti”, reconocía, por fin, mientras me agarraba la tela de la camiseta, desesperada. “Por favor, regresa a mi vida. Me cuesta hasta respirar sin ti”.

Y me alegraba ver las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Bien, que sufriese, que sintiese un poquito de lo que yo había sentido todo este tiempo al no

tenerla conmigo.

Me disponía a bordearla y a marcharme, pero ella me sujetaba con más fuerza. “Por favor”, gimoteaba, y estaba tan desesperada que se arrodillaba para suplicarme que la perdonase.

Yo la miraba desde arriba con semblante serio, impasible, sus ojos vulnerables mientras seguía implorando que la dejase volver a mí, diciendo que por fin se había dado cuenta de cuánto me necesitaba. Llevaba sus manos a mis piernas, y su respiración cambiaba repentinamente. Se humedecía los labios y tragaba con dificultad. Sus ojos se oscurecían por el deseo y bajaban fugazmente a mi pantalón. Entonces, con manos temblorosas y sin apartar su mirada de la mía, me desabrochaba el botón y me abría la bragueta.

Volvía a humedecerse los labios, me bajaba ligeramente el vaquero y, con dedos inseguros, cogía mi polla y se la llevaba a la boca. Primero deslizaba la lengua tentativamente por mi dureza y, después, me tomaba entero, sin poder reprimir un gemido al sentirme.

Siempre que empezaba a tocarme y esa fantasía venía a mi mente, estaba decidido a terminarla como se debía. Conmigo corriéndome profundamente en su boca, o mejor aún, en sus tetas. Qué menos, si era su jodida redención y mi puñetera fantasía. Pero, aun así, nunca era capaz. Todas y cada una de las mil veces que me masturbé pensando en eso, acababa rindiéndome a ella, levantándola del suelo, perdonándola y entrando dentro de ella. Y ni una maldita vez fui capaz de correrme sin antes provocarle un orgasmo a ella, aun en mi propia fantasía.

Ave hace un ligero ruido en sueños y yo salgo de mi cavilación. Observo su piel sedosa, parcialmente cubierta por las sábanas, y se me hace la boca agua.

Finalmente conseguí traérmela a Suiza, y llevamos un jodido mes de ensueño, largas jornadas de sexo, de baños en lagos de la montaña con agua helada, de conversaciones hasta la madrugada, de risas y de sonrisas suyas que en algún momento provocarán que me explote el corazón.

Ave aún pisa ligeramente el freno, pero es cuestión de tiempo que se rinda por completo a lo que somos. A lo que es. Mía.

Emite un suave gemido, cansado. Y una pequeña sonrisa toca mi boca. Estaba exhausta después de la maratón sexual que ha sido el día de hoy. La verdad es que no desaprovecho ninguna oportunidad que se presenta y, si pasan meras horas sin que se presente, la provoco yo.

Tengo como misión personal superar con creces las cientos de veces que me he corrido en mi vida sin ella, pensando en ella. Superarlas con una apoteósica cuenta de orgasmos compartidos.

Parece que vamos por buen camino.

¿Quién iba a pensar que mi Ave iba a ser tan jodidamente sexual en la realidad, y no solo en mis fantasías? Aunque siendo tan compatibles, dos mitades que forman un todo, no tendría que sorprenderme que sea casi tan depravada como yo. Puro fuego.

Miro cómo se retuerce en la cama, todavía dormida, y cómo lleva la mano al lado donde yo suelo dormir, buscándome incluso en sueños.

Mi parte depredadora se despierta con fuerza al ver ese movimiento, y me levanto de la butaca. Llevo mi mano a la nuca y me quito la camiseta, mientras me acerco a ella para que me encuentre, dispuesto a seguir saldando cuentas.

FIN